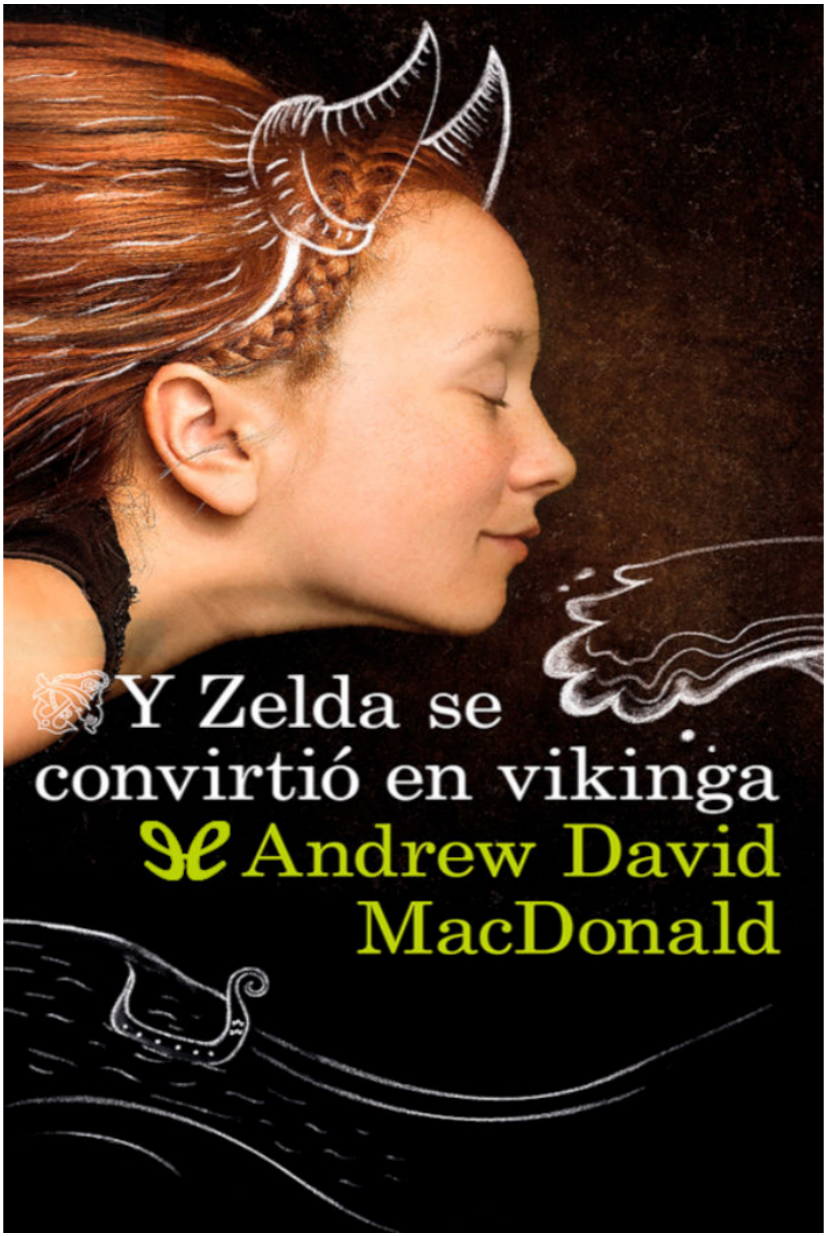

Y Zelda se convirtió en vikinga
Andrew David MacDonald

Te presentamos a Zelda, con veintiún años y una visión muy particular de la vida: en su casa no entran desconocidos, los tomates deben ir siempre en el medio del sándwich y no mojar el pan, y sueña con convertirse en un héroe vikingo en la vida real. Zelda nació con trastorno del espectro alcohólico fetal, lo cual hace que vea la vida de un modo más simple, pero también más inocente, humano y carente de los prejuicios y la soberbia que caracterizan a la mayoría de las personas.

Zelda vive con su hermano mayor, Gert, quien se preocupa y cuida de ella pero que a su vez debe hacer frente a sus propios problemas. Cuando Zelda descubre que Gert ha recurrido a métodos cuestionables y peligrosos para ganar suficiente dinero como para mantenerlos a flote, decide iniciar su propia búsqueda. Su misión: dar batalla a los villanos de esta historia, al modo de las guerreras vikingas, y, de paso, ser legendaria. No pasa mucho tiempo hasta que Zelda se encuentra frente a frente con este desafío, poniendo a prueba el alcance de su heroísmo, su amor por su hermano y la profundidad de su fuerza vikinga.

Andrew David MacDonald

Y Zelda se convirtió en vikinga

ePub r1.0
Titivillus 13.03.2023

Título original: *When We Were Vikings*
Andrew David MacDonald, 2020
Traducción: Pilar de la Peña Miguell
Fotografía de cubierta: Stefka Pavlova
Colección: Áncora & Delfín, n.º 1495

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Steven y Marta MacDonald

1

El vikingo que me regaló mi hermano por mi cumpleaños era alto y tenía músculos. Aunque no fueras experto en vikingos ni hubieras leído el *Manual del vikingo* de Kepple habrías dicho que aquello era un vikingo. Tenía cara de haber vencido a hordas de villanos y consumado actos de valentía, como Beowulf, el más célebre de los vikingos, que venció a Grendel, que no solo era un villano normal, sino también un monstruo.

Pero como yo soy una experta, le vi muchos fallos. Por ejemplo, la espada vikinga no era metálica y la ropa era de plástico, no de *brynja*, o de cota de malla, que es una armadura hecha de anillas con la que los guerreros se protegen de las espadas. Su pelo no era rubio de verdad; se notaba que iba teñido.

Después de ver al vikingo, elegí una nueva «palabra del día», que terminó siendo «colosal», una forma de decir que algo, o alguien, es increíblemente grande. Era una palabra que había escrito en mi lista, con la ayuda de mi mejor amiga,
AK
47, y como recordaba la definición, y el vikingo y la palabra combinaban bien, decidí olvidarme de mi otra palabra del día («elocuente») y convertir «colosal» en la nueva.

El vikingo cruzó como un trueno la puerta de nuestro apartamento, pasando por delante de Gert, y se quedó allí plantado, con la espada en la mano. Lo primero que dijo fue:

—¿DÓNDE ESTÁ ZELDA?

Echó un vistazo al salón, donde no había más que el sofá, la silla de Gert, la lámpara del rincón, la mesita de centro y la tele de Gert, nuestra posesión más legendaria.

Gert me señaló e hizo un ruidito con la garganta.

—¿Tú eres Zelda? —dijo el vikingo, señalándome con su espada

de plástico.

El vikingo había incumplido ya tres de las normas que Gert y yo hemos puesto junto a la puerta para asegurarnos de que nuestro apartamento siempre está limpio y ordenado y sigue siendo un buen sitio para vivir los dos:

- Quítate los zapatos para no llenarlo todo de porquería de fuera.
- No te quedes plantado en la puerta en vez de cerrarla y echar la llave enseguida, porque podrían intentar robarnos si ven la ocasión.
- No dejes bolsas y cosas en la entrada en vez de llevarlas a su sitio.

Las normas empiezan con una línea en mayúsculas que dice: NORMAS PARA ENTRAR Y SALIR, y hay un dibujo de una puerta y una persona entrando que Gert y yo hicimos juntos con la caja de pinturas que cogí prestada del centro cívico.

El vikingo no leyó las normas, pero cuando Gert hizo un ruidito y se señaló los zapatos, el vikingo dijo:

—Uy, mierda. —Y se los quitó de una patada—. Perdón —añadió.

(Aunque las palabrotas estaban permitidas, una de las normas de la casa era que había que procurar no decirlas, algo que a Gert le costaba más que a mí).

—Y la puerta —dijo Gert sonriente.

La sonrisa no era una norma escrita, sino algo que hacíamos el uno por el otro para demostrar que estábamos contentos con lo que hacía el otro sin tener que decir «GRACIAS POR HACER ALGO PEQUEÑO QUE ME HA GUSTADO». De ese modo podíamos guardarnos los gracias grandes para cosas más colosales.

—He venido a felicitarte por tu cumpleaños —me dijo el vikingo.

Cuando se acercó, noté que olía como las naranjas que llevan mucho tiempo en la encimera.

—*Góðan dag!* —le solté.

—¿Cómo dices? —dijo él.

—*Góðan dag!* —dije más alto y procurando pronunciar con claridad y correctamente todos los sonidos (palabra del día del 4 de

junio).

Según el *Manual del vikingo* de Kepple, *Góðan dag* es el saludo tradicional de los vikingos. En la página web de Kepple hay un vídeo donde enseña a pronunciar palabras y frases vikingas. *Góðan dag* se pronuncia «gou-dan-dag». Cuando dices palabras en nórdico antiguo tiene que parecer que escupes. Una de las cosas que hacía cuando empecé a hablar vikingo era ponerme la mano delante de la boca, porque si se me mojaba de saliva era que lo estaba diciendo bien.

Miró a mi hermano.

—¿Qué dice?

—*Góðan dag* —repetí, luego añadí—: *Ek heiti Zelda! Hvat heitir þú?*

Vamos, le dije mi nombre y le pregunté cómo se llamaba él.

—Contéstale lo que te he dicho antes —le dijo Gert.

Gert estaba sentado en el brazo del sofá y llevaba un gorrito de cumpleaños en forma de cono con unos dedos arrugados que le salían por arriba y que se movían con el aire que entraba por el balcón.

El vikingo miró a mi hermano un segundo, sin saber de qué le hablaba, hasta que de pronto se acordó y le cambió la cara.

—Ah, vale. Un segundo.

El vikingo cerró los ojos y se aclaró la garganta, como si fuera el presidente a punto de contarle al mundo algo muy importante. Gert bajó la música de tambores, que yo le había hecho descargar a propósito de la página web de Kepple.

—*Ac an dear* —dijo, parando en cada palabra y sin dejar de mirarme—. *Ac an dear* —repitió el vikingo, y se volvió hacia Gert—. ¿Lo he dicho bien?

—¿Lo ha dicho bien? —me preguntó Gert.

—*Ac an dear* —dije yo. Sonaba a nórdico antiguo, o algo así, solo que con menos escupitajos—. ¿Te importa repetirlo pero escupiendo más?

—*Ac an dear*.

Tosió y se sacó un papel doblado del calzoncillo de plástico, que era brillante y dorado (algo que un vikingo jamás se habría puesto). Me pasó el papel.

El texto estaba en nórdico antiguo. Lo pronuncié letra por letra.

—¡Aaah! —exclamé—. *Ek ann þér*.

Gert sonrió.

—¿Vale?

No era perfecto, pero con mi sonrisa le dije a Gert que me gustaba mucho el vikingo.

Casi todas las vikingas se quedan en casa y tienen bebés, cocinan y limpian, pero esa no había sido nunca la clase de mujer que yo quería ser. Mi parte favorita del *Manual del vikingo* de Kepple es la de las valquirias, unas mujeres fuertes y mágicas que deciden quién debe vivir o morir en las batallas. Llevan a los guerreros que eligen a un sitio que llaman el Valhalla, una casa donde están Odín y todos los demás dioses y que debe de ser colosal para que quepa en ella tanta gente. No te puedes hacer valquiria, claro. Lo eres de nacimiento. No es como los héroes, que se hacen siendo legendarios.

Yo no tengo aspecto de vikinga. Mido poco más de metro y medio y tengo los brazos flacos. Las piernas no las tengo flacas porque juego mucho con Gert al baloncesto y eso te las pone fuertes. Corro muy bien y podría correr sin parar, aunque los vikingos pasan más tiempo peleando que corriendo. Cuando iba al instituto, estaba en el equipo de atletismo. La mascota de nuestro colegio era el Cruzado, que es casi como un vikingo y también lleva armadura. Pero luego ya no pude seguir yendo a clase porque suspendí casi todo.

Muchas personas como yo tienen la frente ancha y los ojos pequeños. Mi amigo Yoda tiene la cara así. Pero en mi caso cuesta ver que no soy normal.

Cuento con el factor sorpresa en la batalla.

Aunque me gustaba el vikingo de Gert, habría preferido que me trajera una valquiria. Casi todo el mundo sabe cosas de los vikingos, pero muy pocos saben cosas de las valquirias, que son más poderosas que los vikingos. Normalmente, solo conocen *La cabalgata de las valquirias*, que es una canción de una ópera que hizo un antiguo músico alemán llamado Wagner.

A los vikingos les gustan las leyendas y, como la gente aún se acuerda de Wagner a pesar de que murió hace mucho, a mí él me gusta y respeto su leyenda.

Había otras tres personas que quería que vinieran a mi

cumpleaños. Mamá ya no vivía, así que no podía invitarla, salvo en espíritu, como hacen los vikingos para que sus familiares y amigos muertos vayan a las fiestas invisiblemente, pero sí que invité a
AK
47 y a Marxy.

Nuestro edificio de apartamentos está en una porquería de barrio, y Marxy vive en una parte muy rica de la ciudad, con lo que su madre, Pearl, nunca lo deja venir, ni siquiera a algo tan especial como mi primer cumpleaños desde que él y yo nos enamoramos.

Además, Pearl piensa que Gert es un delincuente. Qué estupidez, creo yo. ¿Los delincuentes van a la universidad con grandes becas para estudiar cosas de dinero?

Pues no. Se portan como villanos y hacen daño a otros en vez de salvarlos.

Mi hermano tiene buen corazón, pero asusta a mucha gente por su cabeza rapada y sus tatuajes, sobre todo el de la frente, que es una calavera que ríe y tiene una lengua grande y roja, y porque no viste como alguien que trabaja en un banco y tiene un empleo de verdad. Lleva vaqueros y camisetas negras ajustadas.

Esos, los que no se fían de Gert, son pinchamierdas y gilipullos, porque Gert es una de las personas más listas que conozco, y la más valiente, y si viviéramos en el pasado, la gente escribiría leyendas sobre él, ya te digo yo que sí. Si los villanos atacaran a tu tribu, querrías que Gert estuviera ahí para defenderte en la batalla.

Aunque también eché de menos a
AK
47 y me habría gustado que hubiera venido. Sabía que Gert y ella aún se querían, aunque ella dijera que lo odiaba con toda su alma y él dijera que ella ya no podía volver a estar en el apartamento nunca más.

A
AK
47 le habría gustado el vikingo. Estaba allí plantado, con sus calzoncillos dorados, haciendo animalitos con globos hinchados. Según él, su especialidad eran los perros. «Pero puedo hacer lo que me pidan».

—¿Qué animal quieres que te haga? —me preguntó Gert.

Le pedí un dragón, porque en muchas de las sagas antiguas de

vikingos hay dragones.

Infló un globo y un segundo después ya tenía forma casi de dragón. Lo sostuve en alto y le dije que estaba muy bien, aunque se parecía más a una serpiente que hubiera intentado atarse a sí misma, como los cordones de unos zapatos.

—¿Otro? —preguntó.

Sonó el telefonillo. Gert no se levantó a contestar como hace siempre que llama alguien. Es una norma que tenemos: si está en casa y llama alguien al telefonillo, siempre contesta él y decide si dejar entrar o no a la persona que está en el vestíbulo.

Volvió a sonar el telefonillo. El vikingo dejó de liar el globo y miró a Gert. Yo también miré a Gert.

—Llaman a la puerta —dije.

—Ya… ¿Contestas tú?

—Pero la norma…

Gert sonrió.

—Me parece que hoy te puedes saltar esa norma, porque es tu cumpleaños. Y porque creo que va a ser alguien especial.

No solemos saltarnos las normas, porque a los dos nos gusta saber cómo van a ser las cosas, y porque a mí me cuesta actuar correctamente si no tengo normas que seguir. Pero era cierto, era mi cumpleaños, y ya era adulta y tenía veintiún años.

Me quedé plantada en medio del salón, sin saber muy bien qué hacer.

El telefonillo sonó una vez más.

—En serio —dijo Gert—, ve a contestar. —Cerré los ojos y conté hasta diez, una de las cosas que me dijo el doctor Laird que hiciera cuando pensara que no se estaban cumpliendo las normas—. Venga, que tú puedes.

—Vale —dije—. Voy.

Cogí el globo dragón, me acerqué al telefonillo y pulsé el botón que decía HABLAR.

—Hola… —dije por el aparato.

—¿Eres Zelda?

Era una voz de mujer. Contesté que Zelda era yo, luego oí la voz de Marxy.

—¡Felicidades! —me dijo.

Miré a Gert, que hablaba con el vikingo. Sonrió por encima del

hombro del otro y me hizo una seña con el pulgar hacia arriba.

Había hecho magia.

Marxy no recordaba el saludo tradicional vikingo, pero Pearl, que olía a perfume, le señaló el cartel para que leyera las normas de la casa.

—¿Te acuerdas de tu libro? —le dijo Pearl—. Pues esto es como una página de ese libro.

En su casa, Marxy tenía un libro de imágenes que lo ayudaban a pasar el día, una especie de normas de la casa.

Marxy es alto y cuando camina agacha la cabeza, como si tuviera miedo de darse con las nubes. Además, habla despacio y no le gusta mirar a la gente a los ojos, salvo a las personas a las que quiere y de las que se fía. A veces coge hilos que se encuentra y hace con ellos bolitas minúsculas que le gusta masticar, y es asqueroso, pero cuando quieres a alguien intentas que no te molesten las cosas asquerosas que hace si no lo puede evitar.

Lo malo es que le cuesta recordar un montón de cosas importantes.

Marxy iba muy bien vestido, claro que él siempre vestía bien. Ese día parecía que fuese a una boda. Llevaba camisa, con su cuello y sus botones por delante. Era de color azul, mi favorito. Tenía todo el pelo para un lado, repeinado y brillante.

—Gert… —dijo Pearl, saludando con la cabeza a mi hermano, que aún estaba con el vikingo.

—¡Hola!

Ella, con sus joyas adornándole el brazo y los pendientes dorados colgándole de las orejas, miró al vikingo.

—Y este es… —preguntó.

—Thor, rey de los vikingos —contestó el vikingo.

Pearl lo miró fijamente y dijo:

—Vale, entonces el estríper no se va a quitar la ropa, ¿verdad?

—Este vikingo solo hace figuras de animalitos con globos —contestó el vikingo.

—¿Eres estríper? —le pregunté al vikingo—. ¿Te quitas la ropa?

—Tengo múltiples habilidades —contestó él.

—Bueno, pues esta fiesta es para menores —dijo Pearl, luego le dio una tarjeta a Gert y le pidió que la llamara si había algún problema—. Vuelvo en una hora.

—Procuraremos no quemar la casa —contestó Gert, pero era una broma, porque él tiene mucho cuidado con el fuego en casa y ni siquiera le hace gracia que yo cocine si él no anda cerca, una norma que cambiamos en cuanto demostré que sabía cocinar cosas como la pasta.

—Llámame cuando haga falta —le dijo Pearl a Marxy, agarrándolo de los hombros—. ¿Llevas el teléfono?

Marxy le enseñó el móvil. Se inclinó hacia delante y ella le besó la mejilla.

Cuando Pearl se marchó, el vikingo hizo otro dragón con un globo y se lo pasó a Marxy. Yo llevaba meses intentando enseñar a Marxy a hablar nórdico antiguo, pero por más que ensayábamos juntos, él no conseguía recordarlo.

Ni siquiera se acordaba de la palabra del día. Empecé a hacer un seguimiento del tiempo que era capaz de recordar la palabra del día y descubrí que, cuando eran palabras cortas que no conocía, lograba retenerlas tres días. Aunque seguramente su cerebro es más grande que el mío, no funciona del todo bien, con lo que tiene menos espacio de almacenamiento que el de una persona normal.

Las palabras más largas, como «colosal», se le olvidaban al día siguiente. Queríamos tener un idioma que poder hablar entre nosotros, uno que no supiera nadie más. Por eso intentaba enseñarle vikingo.

Marxy ya me había dado mi regalo de cumpleaños: un dibujo de los dos como vikingos. No se le da muy bien dibujar manos ni pies ni caras. Creo que lo que mejor le sale es que parezcamos enamorados. Y las espadas. Nuestras espadas se ven colosales e increíbles en el dibujo que me hizo por mi cumpleaños.

Marxy dejó que el globo dragón que el vikingo le había hecho cayera flotando al suelo. El vikingo se rascó la tripa sin pelo de color amarillo sol.

—*Ac an dear* —le dijo a Marxy.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el otro, cogiendo del suelo el globo dragón y acariciándolo en el regazo.

—Te quiero —dije yo.

—Y yo te quiero a ti —me contestó, envolviéndome con sus brazos—. *Ec an pear*.

Sonreí a mi hermano.

—¿Sigo haciendo animalitos con los globos? —preguntó el vikingo.

—No sé —dijo Gert—. Pregúntale a la cumpleañera.

Marxy tenía otro regalo para mí: un beso con lengua. Nos habíamos besado antes, pero no con lengua.

Como solo he besado a Marxy, lo único que sé es por vídeos de YouTube sobre besar y por lo que
AK
47 me ha contado, que es que no hay que pasarse con nada. No hay que pasarse con la lengua, me ha dicho
AK
47. No hay que pasarse con los labios. No hay que pasarse con nada.

A los besos de Marxy seguramente les sobra de todo, pero da igual. Me metió la lengua en la boca y la movió por dentro. Ya habíamos hablado de los besos con lengua, pero aún no los habíamos puesto en práctica, y debió de pensar que mi cumpleaños era el mejor momento para hacerlo.

Me rodeó con sus brazos y luego pegó su boca a la mía. Me besó delante del vikingo, que estaba al lado del equipo de música, observando los altavoces enormes de Gert. Nos miró unos segundos y le gritó a Gert: «¡Igual deberías venir a ver esto!», y cuando regresó mi hermano de la cocina, le dio al vikingo su trozo de tarta y nos separó.

—Beso con lengua —dijo Marxy, sonriendo y limpiándose de la cara una saliva que podía haber sido de cualquiera de los dos.

—Sí —dijo Gert, dándole una palmada en la espalda—. Sí, beso con lengua.

Marxy es alto como el vikingo, pero tiene menos músculo. También es más alto que Gert. Aun siendo colosal, le da miedo casi todo. Nunca se lo digo, pero sería un guerrero vikingo espantoso. En las tribus vikingas hay mucha gente, no solo guerreros y héroes como Gert. Marxy sería un granjero estupendo porque le gusta estar al aire libre y al sol, y trabaja mucho.

Al final de la noche, después de que se fueran Marxy y el vikingo, Gert se sentó en el sofá a mi lado, estiró los brazos y soltó un gran bostezo.

—Bueno, no ha estado mal, ¿verdad? —dijo, y abrió una lata de

refresco de uva, nuestro favorito. Bebió un trago y me pasó la lata.

Yo le contesté que había sido un cumpleaños poderoso y, aunque me dieron ganas de añadir que podría haber sido mejor si él hubiera hecho las paces con

AK

47, no lo hice. Estuvimos un rato sentados en el sofá, bebiendo el refresco. Luego yo me incorporé y recordé algo que quería hacer antes de irme a la cama.

—¿Podemos verlo? —le pregunté.

—Ya es tarde y cuesta una eternidad prepararlo —protestó Gert.

—Por favor… —dije, pellizcándole la piel fofa y rara del codo y retorciéndosela.

Me dijo que podíamos, pero que «solo una vez», y dejó la lata de refresco en la mesita de centro, junto a su cajetilla de tabaco y uno de los globos dragón del vikingo. Volvió enseguida con una bolsa de plástico con el reproductor de vídeo en una mano y la cinta VHS en la otra.

Lo ayudé a prepararlo, enchufando los cables en los agujeros de la tele, el rojo en el rojo y el amarillo en el amarillo, mientras Gert colocaba el reproductor en equilibrio sobre el de DVD.

Después me senté en el sofá y puse en marcha el videocasete.

Al principio, la tele se veía borrosa, pero luego todo se volvió más claro. Gert subió el volumen para que pudiéramos oír las risas.

En el vídeo, estamos en la playa. Gert y mamá llevan gafas de sol y su pelo rubio brilla al sol. El viento hace que las olas del mar rompan en la arena. Yo soy muy pequeña y llevo un bañador rosa, y gafas de sol también, unas grandes de color verde que me tapan media cara.

«Haz el pino», me dice mamá, y yo hago el pino. Gert me coge por un tobillo y mamá me agarra el otro riendo y me quedo cabeza abajo. Las olas nos salpican y de repente estamos corriendo por la playa, los tres, y gritando mientras nos sigue la cámara.

Estamos contentos y mojados. Hay gaviotas en el aire y no hay nubes, así que parecen letras del alfabeto volando por el cielo.

—¿Dónde era esto?

—En Florida —contestó Gert—. A las afueras de Fort Lauderdale. Fuimos allí de vacaciones en…

Cierro los ojos.

—En 1994 —digo—. Yo tenía seis años.

—Eso es.

El vídeo entero dura once minutos, luego hay un programa de la tele sobre la selva amazónica que alguien grabó sin querer encima a mitad del vídeo de la playa. Lo último que se ve es a mamá riendo cuando Gert coge la cámara y se la planta en toda la cara, con sus dientes blancos y sus labios gruesos, y ella la aparta con la mano mientras ríe como un famoso que no quiere salir en la tele.

Luego, Gert le dio al botón de *stop* y el televisor se quedó negro otra vez.

—Bueno, hora de acostarse —dijo, sacando la cinta y guardándola en su funda.

No hablamos de que era papá el que llevaba la cámara, el que corría detrás de nosotros por la playa, ni de que la única vez que recuerdo haberlo visto es cuando baja la cámara y se le ven los pies descalzos y peludos.

Los vikingos pasan mucho tiempo hablando de los muertos, sobre todo de los que han muerto con valentía en combate. Nuestra madre murió de cáncer, no peleándose con nadie, aunque cuando lo cuenta Gert a veces parece que fuera una especie de batalla, que se hubiera peleado con una tribu de villanos que tuviera dentro de su cuerpo.

Gert me contó que se le cayó el pelo, que se quedó flaca y murió porque la estaban envenenando. Yo no recuerdo que la envenenaran con radiación, que es invisible. No recuerdo mucho de ella. En las fotos que hay por nuestro apartamento se la ve guapa y rubia, que es el color del pelo de todas las vikingas famosas.

Cuando no se afeita la cabeza, Gert es rubio. Yo tengo el pelo oscuro, casi negro. No me lo afeito. Gert no me deja. A veces me parece que yo también debería tenerlo rubio, porque soy la que más sabe de vikingos, luego me digo que el color del pelo no te hace vikingo.

Son los actos lo que hacen a una persona grande y legendaria.

Nuestro padre le puso Gert a mi hermano porque es un nombre típico alemán. Gert no sabe que encontré su caja de fotos de nuestro padre, que él consiguió después de que muriera mamá. En esa caja hay una foto de nuestro padre en una cama, sin camisa, fumándose un cigarrillo. Lleva la cabeza afeitada y tatuajes y bigote, y se

parece mucho a Gert. Hay otra en la que está en una moto, y mamá detrás, agarrada con fuerza a su cintura. Va con cazadora de cuero y sin casco, aunque ir en moto sin casco va contra las normas y es peligroso, porque si te abres el cráneo se te podrían salir los sesos.

No sabemos lo que le pasó. Gert dice que lo detuvieron por meterse en las casas de la gente y que, cuando salió de la cárcel, ya no volvió con su familia.

—Seguramente está a dos metros bajo tierra —dijo Gert, queriendo decir muerto y enterrado.

No nos permitimos hablar de papá, y de mamá solo a veces. A Gert no le gusta mucho hablar de ninguno de los dos.

Yo no sé mucho de nuestra madre, salvo lo que me ha contado Gert. Me invento cosas sobre ella y se las cuento a todo el mundo. Los vikingos creen que las cosas que cuentas de una persona aquí, en la tierra, la hacen muy feliz en el Valhalla y que la mejor forma de hacer feliz a alguien es convertirlo en una leyenda de la que hable todo el mundo.

Por eso, yo les digo a todos que mi madre se enfrentó con una sola espada a cincuenta millones de barcos repletos de cánceres.

«Fue la mujer más valiente que haya existido jamás», le digo a la gente.

Antes de acostarme, cogí la foto de mamá que tengo enmarcada en mi escritorio y canté sus alabanzas, mentalmente, para no despertar a nadie. Si piensas en alguien antes de dormirte, a veces sueñas con esa persona. En mis sueños, a veces pienso que mamá murió y se convirtió en valquiria, y que un día, cuando yo esté en la batalla, me llevará con ella al Valhalla.

2

Es importante tener un horario que seguir, para que todo el mundo sepa dónde estás y tú sepas qué hacer en cada momento.

Por ejemplo:

Los lunes, después de desayunar, voy a la biblioteca a leer libros de vikingos. Gert vuelve de clase y almorzamos juntos. También me gusta jugar al baloncesto los lunes, en la cancha que hay al lado de nuestro edificio.

Los martes veo al doctor Laird una hora y luego tengo Ocio en el centro cívico del barrio.

Los miércoles voy a la biblioteca a leer la revista *National Geographic*, por si veo en ella alguna foto nueva de vikingos. También me gusta mirar las fotos de animales.

Los jueves, Gert y yo vamos juntos a ver al doctor Laird. Gert no tiene clase los jueves, así que ese día de la semana vamos también a algún sitio divertido.

Los viernes, los sábados y los domingos voy al centro cívico a Ocio, Lectura y Escritura y Conducta Social.

Mi fiesta de cumpleaños fue el lunes y a la mañana siguiente era martes, con lo que, según mi horario, me tocaba ir a ver al doctor Laird.

Solemos salir de casa a las 11:15 para estar en la consulta a las 12:00, pero ese día Gert dijo que el horario era distinto. Había recibido una llamada muy importante y me dijo que desayunaríamos antes y saldríamos de casa antes, porque teníamos que ir a otro sitio primero.

—¿Es otra sorpresa de cumpleaños? —le pregunté.

—Más bien un recado —contestó, y me dijo que no me preocupara.

Con Gert no me importa ir a sitios nuevos. Si estoy sola, no me

gustan los sitios nuevos, porque es fácil perderse y que te secuestren para pedir un rescate.

Además, me gusta el coche de Gert, que él siempre tiene muy limpio y resplandeciente.

Nunca había estado en el sitio al que me llevó Gert antes de la consulta del doctor Laird. Había un montón de casas con flores muertas y céspedes que parecía que nadie había cortado en mucho tiempo. Todas las casas eran de color naranja y amarillo y parecían muy cansadas. En algunas había arbustos con las hojas marrones, y la hierba de los céspedes estaba marrón y sedienta de agua.

Gert paró en una de las casas, que tenía la puerta de metal sin mosquitera. Delante había dos sillas de plástico blanco.

Aparcó, se quitó el cinturón y apagó la música, y el motor del coche gruñó hasta quedarse en silencio.

—¿Dónde estamos? —pregunté—. Estas casas parecen enfermas.

—En ninguna parte. Tú relájate, que vuelvo en un par de minutos.

—Ciento veinte segundos —dije—. Que son dos minutos.

—No me refiero a dos minutos exactos —me dijo.

—Pues, ¿cuánto tiempo exacto?

Suspiró.

—Quince minutos. Como mucho. Pero si tardo más, no te alteres.

Ese es un problema que tiene Gert: le gusta no ser preciso, una palabra del día que uso mucho porque me ayuda a saber qué esperar exactamente.

Cuando eres lo contrario de preciso, impreciso o muy vago, la gente no sabe cuándo va a pasar algo, ni cómo.

Pongo el cronómetro en quince minutos.

—¿Llegaremos a tiempo a la consulta del doctor Laird? Porque se enfada cuando me haces llegar tarde.

—No te preocupes. Llegamos de sobra. Baja las ventanillas para no morir derretida.

Gert se acercó a la casa, a la puerta, y yo me olí los sobacos. Llamó con los nudillos, le abrieron y entró. Después de bajar las ventanillas, saqué el móvil y le mandé un mensaje a Marxy preguntándole qué hacía. Me respondió «Nada» y me preguntó qué hacía yo, y le dije que esperar a que Gert saliera de una casa para

que pudiéramos ir a la consulta del doctor Laird.

Me mandó el emoji que tira besos con corazones y me dijo que su madre le había dicho que guardara el teléfono. Yo le envié el emoji que lleva gafas de sol y también el del puño, para demostrarle que éramos poderosos.

En la casa de enfrente había una mujer en biquini verde sentada delante de dos niños pequeños que chapoteaban en una piscina de plástico azul. Empezaron a pelearse y la mujer del biquini verde les dijo que dejaran de alborotar. Como no le hacían caso, dejó la bebida, se levantó y agarró del brazo al que había empezado la pelea. Lo sacó del agua, le bajó el bañador y se puso a pegarle en el trasero hasta que el niño empezó a llorar.

No quise seguir mirando.

En mi opinión, los padres no deberían pegar a sus hijos. Tío Richard solía pegar a Gert cuando era pequeño.

AK

47 dice que produce problemas emocionales.

Le di la espalda a la mujer y observé la casa donde había entrado Gert, el 334.

Eran las 10:41. Habían pasado once minutos. Mi cita con el doctor Laird era a las 12:00.

Teníamos exactamente una hora y diecinueve minutos para llegar allí.

Como no sabía dónde estábamos, no podía resolver el problema matemático y restar el tiempo que tardaríamos en llegar desde allí a la consulta del doctor Laird, que está en el centro.

Gert salió de la casa y vino hacia el coche. Había tardado doce minutos.

—Entra conmigo —me dijo.

—Pero me has dicho que me quedara aquí.

—Ya, pero voy a tardar un poco más de lo que pensaba.

—Nos queda una hora y diecisiete minutos para llegar a la consulta del doctor Laird —dije, y él me contestó que me tranquilizara, que había tiempo de sobra.

Mientras caminábamos quise cogerlo de la mano, pero no me dejó.

—Ahora no —dijo, y antes de que llegáramos a la puerta me pidió que procurara no decir nada—. Estate callada y, si te

preguntan algo, intenta contestar con las palabras justas, ¿vale?

—¿A qué hemos venido? —quise saber.

—¿Entendido?

Me agarró de la muñeca y apretó hasta que empezó a dolerme. Me solté.

—Entendido, vale. Madre mía. Hacer daño a un niño le produce inestabilidad emocional de adulto —dije, y la mujer del biquini verde se nos quedó mirando mientras uno de sus hijos lloraba. Sufriría inestabilidad emocional de mayor.

Eso era una realidad.

Por dentro, la casa olía a humo de tabaco y a marihuana. Se oyó la cisterna del váter y se abrió una puerta en el pasillo. Entonces salió un hombre grande lleno de tatuajes y abrió los brazos. Gert me dijo que se llamaba Tucán y que era muy importante, con lo que yo debía ser educada. Tucán llevaba un cigarrillo en la boca y no le importó que la ceniza cayera al suelo.

—Así que tú eres la famosa Zelda… —me dijo, haciéndole un toque con el puño a Gert y queriendo hacérmelo a mí después.

Me quedé mirándole la mano.

—¿La tengo sucia? —me preguntó, y se volvió hacia Gert—. ¿Por qué no choca conmigo?

—Son cosas suyas —dijo Gert—. Venga, Zelda, hazle un toque.

Tengo por norma no chocar más que con la gente que me cae bien o que se ha ganado mi respeto. Los abrazos son solo para los de mi tribu. No me gusta nada que me toquen los desconocidos, ni estar en sitios donde haya mucha gente.

Gert me puso ESA CARA, así que alargué el brazo y choqué con Tucán.

—Le he pedido a Gert que te hiciera entrar para poder conocerte —dijo—. Además, hace un calor de mil demonios ahí fuera y no quería que te cocieras en el coche. Nos vamos a ver mucho, así que preferiría que no te achicharraras, ya sabes.

—No soy tan famosa —dije yo.

Nadie se había quitado los zapatos, lo que significaba que las normas de aquella casa eran distintas de las nuestras. En casi todas te dejan llevarlos puestos, así que yo tampoco me los quité.

—Mi casa es tu casa —dijo Tucán en español—. ¿Sabéis qué quiere decir? —Gert lo tradujo. Tucán se quitó el cigarrillo de la

boca y lo movió de un lado a otro mientras hablaba—. Eso es. Pero ¿sabéis de dónde viene? —Me miraba a mí, por lo que negué con la cabeza y dije que no lo sabía. Él siguió explicándolo—. Cuando Cortés conoció a Moctezuma, el rey de los aztecas, este le dijo: «Está usted en su casa». ¿Sabes quién era Cortés, Zelda?

—Un explorador.

Tucán asintió con la cabeza.

—La palabra correcta es conquistador. ¿Y sabes lo que les hicieron a los aztecas?

—No lo sé —contesté yo.

Tucán se inclinó hacia delante hasta ponerme el cigarrillo casi en la cara.

—Se los folló, les quitó todo lo que tenían y los mató a todos.

El humo del cigarrillo me hizo toser. Se hizo el silencio un segundo.

Luego Tucán rio. Gert rio también, no con una risa en serio, sino silenciosa. Yo no le veía la gracia.

—A mí me parece un pinchamierdas —dije—. Cortés.

—Era un cabronazo de mucho cuidado, eso es lo que era. Bueno, ven, que tengo que hablar con tu hermano de unas cosas, así que te vamos a instalar por aquí.

Nos llevó al salón, donde había un sofá y un televisor grande. La moqueta necesitaba una limpieza. Nosotros también tenemos moqueta y una vez al mes Gert va en coche a la tienda de alimentación y alquila una máquina para limpiar bien el suelo de casa, que se ensucia mucho con el tiempo, aunque nos quitemos los zapatos. Tucán desde luego necesitaba esa máquina.

En una mesa redonda del salón había unas personas jugando a las cartas y fumando cigarrillos. Tucán dio unas palmas y dejaron de jugar.

—¡Atención todos! Me complace presentaros a Zelda, la hermana de Gert. Zelda, esta es la banda.

Saludé con la mano.

—¡Hola, banda!

Se volvieron todos a mirarme y me sentí como un palito en medio de un montón de árboles.

Siguieron jugando a las cartas. Tucán tiró el cigarrillo justo al centro de la mesa.

—Ha dicho: «¡Hola, banda!».

La banda dejó las cartas en la mesa y me saludaron todos, uno por uno. Tucán sacó otro cigarrillo y lo encendió.

—Tenemos juegos buenos, Zelda —me dijo Tucán, señalando el televisor—. Siéntate ahí, en el sofá.

Me senté cuando Gert movió despacio la cabeza para decirme que podía. Tucán me preguntó si quería alguna cosa.

—¿Un refresco o algo?

Le dije que tenía sed y él le pidió a uno de los jugadores que me trajera una
Coca-Cola.

—Tenemos el juego nuevo de la NBA. Te gusta el baloncesto, ¿no?

—La verdad es que no podemos quedarnos tanto rato —dijo Gert.

Me miré el reloj.

—Dentro de una hora y veinte minutos tenemos que estar en otro sitio.

—Relajaos —dijo Tucán, dándole una palmadita en la espalda a Gert—. Hay tiempo de sobra.

Tucán señaló a uno de los que jugaban y le dijo que me lo preparara.

—Ponle un rato el NBA2K —le dijo.

Gert me prometió que volvía enseguida.

—No tardo —dijo.

Y entonces Tucán y él se fueron por el pasillo, hablando en voz baja. Parecían dos vikingos grandes.

La persona que lo estaba preparando todo llevaba unos pantalones Nike negros medio caídos y se le veía la parte de arriba del culo mientras sacaba los cables y desliaba el mando. Era casi tan malo ver eso como a la mujer que pegaba a su hijo.

Me pasó el mando.

—Hazte una cuenta nueva —dijo—. No me jodas mi temporada.

Se fue a seguir jugando a las cartas con la banda.

Yo bebí de mi refresco y empecé a jugar. El juego era muy bueno. Había jugado versiones más antiguas en el centro cívico, en las Noches de Juegos, y elegí a los Boston Celtics, que era mi equipo favorito aunque no le gustara a nadie. A todo el mundo le gustaban

los Lakers o los Warriors. La gente pensaba que los Celtics eran aburridos.

Jugué un rato. Gané una partida contra los Denver Nuggets, y después perdí contra los San Antonio Spurs, que eran los campeones y tenían muy buen equipo. Son aburridos de ver en la tele, pero en la cancha lo hacen muy bien. A Gert le gustan porque no se hacen los chulitos con cosas como pases por la espalda o demasiados regates. Mueven mucho el balón y son como una buena tribu peleando juntos en vez de querer hacerlo todo cada uno por su cuenta.

Los que jugaban a las cartas bebían cerveza y no paraban de fumar. La casa estaba llena de humo. Me terminé el refresco y dejé la lata en la mesita de centro, junto al cenicero, que estaba llenísimo. Uno de ellos se levantó porque ya no le quedaba dinero; los otros intentaron que se quedara, pero se marchó de todas formas. Cuando se fue ese, se fue otro también.

Después de ganar otra partida, me miré el reloj. Veintiún minutos. Hacía un rato que Gert se había ido.

Dejé el mando en la mesita y me acerqué a los que jugaban a las cartas. Me puse detrás del que me había puesto el NBA2K y observé la partida. Quedaban cinco jugando y todos llevaban gorra de béisbol y tatuajes.

Delante tenían montones de dinero y cigarrillos. Uno de ellos fumaba con vaporizador. Yo sabía que muchas personas habían dejado de fumar cigarrillos normales y habían empezado a fumar con vaporizadores porque olían mejor y, cuando soltaban el humo, parecía el vapor de la ducha. El hombre era muy grande y gordo y me miró por encima del hombro.

—¿Quieres algo? —me preguntó el Gordo.

—Solo estoy mirando —contesté.

Había visto a Gert jugar al póquer, en el instituto, y tío Richard jugaba también. Se pone dinero en el centro y el que tiene las mejores cartas gana y se lo lleva todo. Si no querías poner dinero, podías poner cigarrillos. Eso era lo que hacía Gert en el instituto. A tío Richard le gustaba jugar con dinero.

El Gordo, detrás del que me había puesto, terminó perdiendo.

—Tío, me das mala suerte —me dijo—. Ponte detrás de otro.

—Tengo una cosa en la que te puedes sentar —dijo el de la

gorra roja—. Ven.

El Gordo le dijo que cerrara la boca.

—Es la hermana de Gert.

El de la gorra roja me miró de arriba abajo.

—A mí no me parece hermana de Gert —dijo, se dio una palmada en la rodilla y me pidió que fuera con él.

Decidí sentarme en una de las sillas vacías, al lado del que acababa de ganar la última mano. Era delgado y tenía el pelo de la cara afeitado en forma de lo que llaman «barba cortina», que es una tira fina que va de oreja a oreja por toda la barbilla, como las correas que lleva el casco de la bici para que no se te caiga de la cabeza.

Me tendió la mano y me dijo que se llamaba Hendo.

—Muy bien, Zelda —dijo—. Me puedes aconsejar. No me vendría mal un poco de suerte.

—Puf —dijo el Gordo—. Tu funeral.

Jugamos al póquer juntos, como un equipo. A Hendo le gustaba contar chistes mientras jugaba. Nadie se reía tanto ni contaba tantos chistes como él.

—Están la gallina y el huevo juntos en la cama… —dijo Hendo.

—¿Por qué no repartes y te callas? —le dijo el Gordo.

Hendo repartió las cartas y siguió hablando.

—Y la gallina está contentísima, con una puta sonrisa enorme en los labios… —Terminó de repartir y todos cogieron sus cartas—. Y entonces el huevo, muy frustrado, le dice: «Pues parece que ya hemos respondido a la pregunta».

—Ja, ja —dijo otro jugador.

—No lo entiendo —dije yo—. ¿Cuál era la pregunta?

El de la gorra roja se encendió otro cigarrillo y se volvió hacia el Gordo.

—¿Nos está vacilando?

Yo le dije que no les estaba vacilando y que aún quería saber cuál era la pregunta. Hendo contestó que la gracia era que el huevo y la gallina acababan de tener sexo y que la gallina se había corrido primero y el huevo estaba cabreado porque quería correrse, pero eso no iba a ocurrir.

—¿Por qué no iba a ocurrir? —pregunté, y estuve a punto de añadir «¿Y qué es lo que no iba a ocurrir?», pero a la gente no le

gusta que hagas demasiadas preguntas a la vez.

—¿Es retrasada o qué? —dijo el de la gorra roja, y el Gordo le dio un puñetazo en el brazo.

—No está bien decir eso —le repliqué yo—. Ni la palabra que empieza por ene.

—Ni la palabra que empieza por ene —repitió el de la gorra roja—. ¿De qué planeta eres?

—Del planeta en el que te vamos a desplumar —contestó Hendo, porque habíamos vuelto a ganarle.

Hizo un montón pequeño para mí en el que iba poniendo un poco de dinero cada vez que ganábamos.

Mientras jugábamos, le hablé de las runas y le dibujé una en una servilleta.

—Se supone que te protegen en la batalla —le dije, y a Hendo le gustó.

—Perfecto. El póquer es como un campo de batalla. El que gana se lo lleva todo.

Quiso frotar la runa para que le diera suerte antes de la parte del juego en la que todos van decidiendo por turnos lo que van a hacer, si apostar más o no seguir.

—¿Cuánto crees que debería apostar? —me preguntaba, y aunque yo no sabía si las cartas que tenía eran buenas, le decía más o menos. Y siempre me escuchaba.

Hubo un descanso en la partida cuando el Gordo fue a por más cerveza y el de la gorra roja fue al baño, llevándose consigo todo su dinero. Los otros dos fueron a fumar. Hendo se disculpó por lo grosero que estaba siendo el de la gorra roja.

Le dije que estaba acostumbrada.

—Me llaman retrasada a todas horas.

—Pues no lo pareces —dijo Hendo, contando el dinero que tenía delante—. Yo creo que le da envidia que te hayas sentado aquí y no con él.

Hendo puso los billetes de cinco dólares en un montón y los de un dólar en otro. Yo lo ayudé a hacer montones con las monedas, uno para cada número de centavos.

—Si no me lo hubieras dicho —continuó—, no habría sabido que Gert y tú erais parientes.

—Gert es más colosal que yo —dije.

—Sí, pero me refiero a que… Tú eres una chica guapa. Y das muy buena suerte. Esas runas funcionan de verdad.

El Gordo volvió con un paquete de seis cervezas. Le puso una delante a Hendo, dejó otra donde se sentaba el de la gorra roja y las demás donde estaba él.

Pensé en lo que Hendo me había dicho, en lo de que era una chica guapa y que no podía creer que fuera hermana de Gert. Mientras jugábamos al póquer, hice como si no fuera hermana de Gert, sino una persona normal que jugaba al póquer. Todo iba muy rápido en la partida. Observé y procuré aprender qué cartas eran mejores que otras. Hendo no se enfadaba si cogía las que no eran o le decía qué hacer, y chocaba los cinco conmigo cuando lo ayudaba y ganábamos.

Eso ponía al de la gorra roja cada vez más furioso, porque si no ganábamos nosotros, ganaba el Gordo. El de la gorra roja era el único que no ganaba nunca.

—¿Qué tal si me busco yo también una retrasada? —dijo, y se volvió hacia el Gordo—. ¿Tú crees que folla como una retrasada? Eh, ¿tú tragas, retrasada?

—Tienes la boca podrida, ¿sabes? —le dijo Hendo, dejando sus cartas en la mesa.

—¿Qué tengo que tragar? —pregunté yo.

El de la gorra roja empezó a bajarse la cremallera de los pantalones.

—¿Quieres verlo? Va a ser muy educativ…

—¡Maldita sea! —soltó el Gordo—. Nadie quiere ver eso. ¿Jugamos o qué?

—Tampoco vas a querer vértelas con Gert como se cabree —dijo Hendo, sosteniendo las cartas de forma que yo las viera.

Uno de los otros jugadores se levantó y dijo que se iba, pero el de la gorra roja le dijo que volviera a sentarse.

—Que sea el nuevo lacayo de Tucán no quiere decir que yo se la tenga que mamar como los demás —soltó el de la gorra roja.

—Gert no es el nuevo lacayo de nadie —dije yo.

—Tucán le dice que salte y Gert le pregunta que hasta dónde. —El de la gorra roja puso otro puñado de monedas en el centro de la mesa—. Subo.

«Subo» quería decir que pensaba que podía ganar y quería

apostar más dinero para ver si alguien más lo tenía igual de claro.

Hendo echó todos sus billetes, hasta los de veinte dólares, antes de que pudiera decirle nada. Yo sabía que sus cartas no eran muy buenas, porque no tenía varias del mismo número ni que fueran seguidas, como dos, tres, cuatro, cinco, seis. En total, con las cartas de la mesa, tenía un cuatro de diamantes, un rey de corazones, un dos de diamantes, un seis de picas y un siete de tréboles.

—Que se vea de verdad lo que tenéis —dijo Hendo.

El Gordo tiró sus cartas.

—No voy.

—¿Y tú? —le preguntó Hendo al de la gorra roja—. ¿Escupes o tragas?

Había tanto dinero en el centro de la mesa que yo ya no era capaz de contarlo, pero sabía que Hendo tenía al menos cincuenta dólares en los billetes que habíamos contado antes. Y luego estaban las monedas y también el dinero que el Gordo había puesto antes de rendirse y el que había puesto el de la gorra roja.

Noté que el corazón me aporreaba el pecho. Hendo sonreía y no parecía darse cuenta de que tenía cartas malas con las que no iba a vencer a nadie.

Ocurrió algo increíble. El de la gorra roja se rindió también y tiró sus cartas a la mesa.

—Eso me parecía —dijo Hendo, acercándose todo el dinero—. Como una perra.

Hendo y yo nos dimos un toque y el de la gorra roja se levantó y empezó a decir palabrotas. Yo le dije que lo honorable era aceptar la derrota con valentía. Fue entonces cuando me tiró el cigarrillo.

Hendo se levantó y se acercaron mucho el uno al otro, con la cara casi pegada, y empezaron a empujarse; el de la gorra roja decía cosas horribles de mí y de Gert, y cosas asquerosas, como que seguramente Gert me follaba todas las noches.

Antes de que llegaran a pelearse, entró Tucán y preguntó qué coño pasaba, justo cuando el de la gorra roja estaba diciendo otra vez lo de que yo era retrasada. Gert iba con él y, cuando oyó la palabra «retrasada», abrió mucho los ojos y supe que estaba entrando en modo guerrero *berserker*. Tucán le puso una mano en el hombro a Gert y se acercó al de la gorra roja.

—¿Qué acabas de decir? —le preguntó, apartando a Hendo de

un empujón hasta que tuvo al de la gorra roja casi nariz con nariz.

Gert se plantó delante de mí y tuve que ponerme de puntillas y mover la cabeza para ver. El de la gorra roja agachó la cabeza y no dijo nada. El Gordo y Hendo se apartaron como si tuvieran miedo de que fuera a explotar una bomba pero no estuvieran seguros de cuándo y quisieran verlo de todas formas.

Tucán le dio un bofetón al otro. Se le cayó la gorra de la cabeza y entonces le dio otro bofetón y le dijo que me pidiera disculpas. El de la gorra roja no se defendió, se dejó dar un bofetón detrás de otro.

Se disculpó, mirando al suelo.

—Más alto —le dijo Tucán—. No creo que te haya oído.

Entonces, el de la gorra roja lo dijo casi gritando y Tucán lo agarró de la cabeza para que me mirara mientras lo decía por tercera vez.

Tucán le preguntó a Gert si quería pegarle. Gert iba a hacerlo, pero yo lo agarré del brazo.

—No —dije, porque de pronto lo vi muy débil—. Acepto tu disculpa —le dije, y a Gert que era hora de irnos.

Gert me dijo que le diera las gracias a Tucán y yo le tendí la mano para que chocara conmigo. Rio y me dijo que íbamos a darnos la mano de una forma especial, y me cogió la mía, la abrió, chocamos las dos, tensó los dedos y me dio una palmadita en la espalda.

No me gustaba que me tocaran y retrocedí en cuanto me dio la palmadita.

—Practícalo con Gert —dijo.

Gert me dio las llaves del coche y me dijo que podía ir arrancándolo, que él salía en un minuto.

Cuando me iba, Hendo chocó su puño con el mío y me dijo que era el mejor amuleto de la suerte que había conocido nunca.

—Si vinieras cada vez que juego, me haría millonario en un mes.

Me deseó que me fuera bien.

—Gracias. Que te vaya bien a ti también.

El de la gorra roja se quedó solo. Cuando pasé por su lado, no me dijo nada, y la última vez que lo miré lo encontré llorando.

Salí y vi que la mujer de la casa de enfrente ya no jugaba con sus hijos. Estaba dentro, pero uno de los niños se había quedado

solo en el porche. Fui al coche, me subí y lo encendí. El aire acondicionado me resopló en la cara.

Gert salió de la casa con una bolsa de deporte y la tiró al asiento de atrás. Dijo que nos largábamos como una manada de tortugas, algo que decía a veces en broma.

—¿Ves? Tiempo de sobra —dijo, señalando el reloj.

Arrancó el coche y nos pusimos en marcha. El niño del jardín me saludó con la mano y yo lo saludé también.

—¿Eres el nuevo lacayo de Tucán? —pregunté.

—¿Que si soy qué?

—Eso ha dicho ese hombre: que eras el nuevo lacayo de Tucán.

—Yo no soy el lacayo de nadie —dijo Gert—. Y siento lo ocurrido. Si llego a saber que ese trozo de mierda iba a estar ahí, no te habría traído. —Suspiró—. Sabes que nunca dejaría que te pasara nada, ¿verdad?

—No me gustan esas personas —dije yo.

Condujo un rato.

—Sí, bueno, vas a tener que confiar en mí. Confías en mí, ¿verdad? —Miré por la ventanilla—. ¡Eh, venga! ¿Ya te he decepcionado?

—No.

—Porque juntos somos invencibles —me dijo.

Sonó en la radio una de nuestras canciones favoritas, *Thunderstruck*, de AC/DC, y Gert subió el volumen y empezó a cantar, y luego me puse a cantar yo también y de verdad tuve la sensación de que juntos no podían vencernos.

3

Eran las 11:49 cuando llegamos a la consulta del doctor Laird. Tardábamos exactamente ocho minutos en subir, salvo que el ascensor estuviera roto, pero desde el coche vi que aún funcionaba, porque salía alguien de dentro.

Gert me preguntó cuál era nuestra norma.

—Conozco la norma —le dije.

—Quiero oírtelo decir.

—No se habla de la vida personal de Gert.

Asintió con la cabeza.

—Muy bien. Entonces, ¿vas a hablar de la última hora?

—Hora y dieciocho minutos —dije yo. Vi avanzar el reloj—. Hora y diecinueve. Y no, no voy a hablar de la partida de póquer, ni de Tucán, ni de nada.

—Bien. —Sonrió. Me dijo que esperara y sacó un sobre de la bolsa de deporte—. Dale esto a Laird.

El doctor Laird es especialista en desarrollo, o sea, que trabaja con niños que son más listos que otros, y niños que no son tan listos como otros, y con los que son como Marxy y yo.

En su tarjeta de visita, que tenemos puesta en la nevera con un imán, dice que es ESPECIALISTA EN PSICOLOGÍA DEL DESARROLLO.

El doctor Laird no es como otros médicos. No te toma la temperatura y te manda medicinas, al menos normalmente. Más bien hace preguntas y apunta cosas. A veces voy al hospital, donde me tumba en una mesa fría y me mete en una máquina que parece un bote de Pringles. Una luz azul me ilumina el cuerpo entero. Me hace fotos de lo que llevo por dentro, sobre todo del cerebro, y de vez en cuando me deja verlo, todo naranja, rosa y azul, que según él significa que esas partes estaban funcionando mucho cuando se hizo la foto. Más que nada hablamos, y me gusta porque se le da bien

escuchar y me hace preguntas que demuestran que no solo finge que me presta atención. Hay una carpeta toda sobre mí casi tan gorda como el *Manual del vikingo* de Kepple y todas las semanas el doctor Laird guarda en ella lo que anota.

Después de que yo me sentara, sacó un papel de la carpeta, se bajó las gafas hasta el extremo puntiagudo de la nariz y empezó a escribir.

El doctor Laird es bajo y lleva un corte de pelo que, según Gert, es de los setenta, más largo por arriba y por detrás que por los lados. Su consulta está llena de libros y de papeles y de hojas enmarcadas y colgadas de la pared donde se ven todas las universidades a las que ha ido. Tiene unos antebrazos grandes con mucho pelo. Gert dice que esos antebrazos también son de los setenta, lo que significa, supongo, que se comporta como si no viviera ahora, sino hace tiempo, cuando la gente tenía antebrazos peludos y llevaba el pelo corto por los lados y largo por el resto de la cabeza. A veces me recordaba a las fotos de vikingos del libro de Kepple.

Se le da muy bien hacerte hablar. No se pone nervioso cuando hay silencio, sino que espera a que te pongas nervioso tú y hables, y eso me estaba haciendo a mí.

Gert no tiene seguro, así que tenemos que pagarle con nuestro dinero. Si tienes un buen trabajo, te dan un seguro y no tienes que pagar cosas como los médicos o los dentistas. En Canadá, por ejemplo, todo el mundo tiene seguro. Como el doctor Laird sabe que no tenemos, dice que podemos pagarle en una «escala variable»: en lugar de todos lo mismo, los ricos le pagan más, y los pobres como Gert y yo, menos.

Ese es un ejemplo de la heroicidad del doctor Laird, aunque no libre batallas reales con los puños.

Cuando Gert termine la carrera y tenga un trabajo poderoso, tendremos seguro y no habrá que pagar nada.

El doctor Laird me preguntó qué tal había ido mi cumpleaños.

—¿Te han hecho algún buen regalo? —preguntó.

Le hablé del vikingo de Gert.

—Era chulísimo. No era vikingo de verdad. Creo que era un estríper de esos que se quitan la ropa, solo que la de vikingo se la dejó puesta.

—Un estríper —dijo el doctor Laird.

—También vino Marxy con su madre. Nos dimos un beso con lengua.

—Ah. ¿Y cómo te hizo sentir eso?

—Bien —contesté—. Aunque también es un poco asqueroso. Porque se juntan las lenguas. ¿Usted ha dado alguna vez un beso con lengua?

Rio y dijo que sí, que a su mujer.

—¿Podría explicarme un chiste?

Le conté el de la gallina y el huevo. El doctor Laird escuchó hasta que terminé y no le hizo gracia.

—A mí tampoco me ha hecho gracia —dije—. Me parece un chiste tonto.

—A ver, no está mal, pero tampoco es tan gracioso —dijo él.

—¿Y qué significa «escupes o tragas»?

El doctor Laird se aclaró la garganta.

—¿Dónde has oído eso?

—En ninguna parte —dije, recordando que le había prometido a Gert que no iba a hablar de la casa de Tucán.

Se hizo el silencio, algo que pasaba mucho cuando iba a ver al doctor Laird. Siempre me daba tiempo para pensar cuando lo necesitaba.

—¿Usted cree que soy guapa? —pregunté.

—¿Ha pasado algo con Marxy? ¿Te ha preguntado él si escupes o tragas?

—No, no, no —dije—. Se lo he oído a alguien y no sabía qué quería decir.

—Es una pregunta muy ordinaria que algunas personas hacen sobre un acto sexual concreto —me dijo, y dejó el bolígrafo en la mesa—. ¿Marxy y tú habéis hecho algo más aparte de besaros?

Negué con la cabeza y dije que no.

—Solo besarnos con lengua.

—¿Has pensado en cómo sería tener sexo con Marxy?

Me encogí de hombros y contesté que a lo mejor, aunque era la primera vez que lo decía en voz alta. El doctor Laird me dijo que no pasaba nada por hablar de Marxy y de sexo, que era natural que las personas de nuestra edad, los adultos, dijo, quieran expresar su amor físicamente.

—A Gert no le gusta que hable de sexo —dije.

Miró alrededor, posando los ojos en todas las cosas de la sala. Me pidió que mirara yo también y, cuando le pregunté qué tenía que mirar, me contestó:

—¿Quién más hay en esta habitación?

—Nadie.

—Bien. Gert no está aquí. Solo estamos tú y yo.

—Sí —dije despacio—. He pensado en tener sexo con Marxy y en cómo será desnudo.

—¿Sabes lo que es el sexo seguro?

—Condones y bebés y el pene. —Asentí con la cabeza.

Me gusta el doctor Laird. Es una de esas personas «sin-chorradas» como
AK
47, como Gert. Una persona sin-chorradas te dice la verdad, incluso cuando otros creen que no vas a poder manejarla. El doctor me dijo que posiblemente habría que tener otra sesión para hablar más en detalle de cómo sería tener sexo con Marxy.

—Es un poco complicado y me gustaría hablar de eso un poco más —dijo.

—Sé que la gente es muy gilipulla sobre que las personas como nosotros tengamos sexo.

—Así es, pero yo no soy uno de ellos. Solo creo que deberíamos estar tan preparados como sea posible.

Me dijo que el sexo era un paso importante, pero que debíamos hablar más de Marxy.

—¿A qué se refiere?

—Por lo que tengo entendido, sois personas muy distintas.

Asentí con la cabeza.

—Él tiene pene y yo tengo vagina.

Sonrió.

—Correcto. Pero también respecto a dónde estáis dentro del tipo de personas que sois. No solo físicamente, sino desde el punto de vista del desarrollo. ¿Sabes a qué me refiero?

Cuando hablaba de «desarrollo» se refería al poder del cerebro.

—Me está diciendo que Marxy y yo tenemos un cerebro distinto.

—Exacto. Y cuando se trata de sexo y sentimientos, tener un cerebro distinto, como tú dices, complica las cosas.

Sonreí, porque Marxy siempre me dice que soy muy guapa.

—Marxy es increíble —dije.

El doctor Laird me preguntó qué me gustaba de él.

Hice una lista de las COSAS QUE ME ENCANTAN Y ENCUENTRO SEXIS DE MARXY:

- Tiene unas mejillas bonitas que se estrujan cuando sonríe.
- Al caminar, los gemelos se le ponen enormes.
- Su color favorito es el rojo y el mío el azul y, si los juntas, hacen el púrpura, otro color poderoso.
- Siempre huele bien y nunca lleva la ropa arrugada.
- A veces besa demasiado con la lengua.
- Aprieta demasiado porque es demasiado grande para demostrar su amor, y eso duele, pero prueba que te quiere mucho.
- Su imitación de Sean Connery es muy sexi.

Sonó el temporizador del doctor Laird, lo que significaba que la sesión había terminado.

—Deberíamos hablar más de Marxy y tú —me dijo, levantándose—. La próxima vez. Pero, antes de que te vayas, quiero enseñarte una cosa. Considéralo un regalo de cumpleaños si quieres.

Abrió el cajón de su escritorio y sacó unos papeles grapados. Era un artículo que había impreso de internet sobre un famoso esqueleto vikingo.

—Lee la parte que he subrayado —me dijo.

Busqué la parte de la que hablaba.

—«Icónica tumba vikinga perteneciente a una mujer maravilla» —leí en voz alta—. ¿Qué significa eso?

—«Icónico» es… como muy importante. Como que inspira a otras personas.

—Ah. O sea, que esa persona muerta es un icono.

—Sigue leyendo —dijo.

El artículo decía que las pruebas de ADN habían demostrado que uno de los esqueletos vikingos más famosos pertenecía en realidad a una mujer. Todo el mundo pensaba que era de un hombre y era icónico, me dijo el doctor, porque era una de las tumbas más antiguas y más completas, y era lo que muchos arqueólogos, que estudiaban a las personas del pasado, usaban para hablar del

pasado.

—Como tu autor favorito, Kepple, por ejemplo —me dijo el doctor Laird—. Probablemente pensó, como todo el mundo, que ese vikingo muerto era un hombre. Pero en realidad, como es una mujer, y era una tía dura de cuidado con montones de armas, ahora nuestro conocimiento de los vikingos va a cambiar, ¿vale?

—Le sigo.

—Y la gente como Kepple y los científicos y los historiadores empezarán a hablar más de guerreros vikingos que eran mujeres.

—Legendario —dije—. Guau.

La tumba estaba en un pueblo sueco llamado Birka y en ella había montones de armas y armaduras. El artículo decía que eso demostraba que la persona enterrada no era una persona normal, sino «una luchadora profesional».

Me quedé mirando la fotografía de la tumba en el papel.

—¿Por qué me enseña esto?

—Te enseño esto —dijo el doctor Laird— porque quiero que empieces a pensar en tu propia leyenda. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Entonces lo entendí. El doctor Laird me enseñaba a la vikinga para que supiera que yo podía ser poderosa. Se lo dije y asintió con la cabeza.

—Creo que dentro de ti hay más de lo que piensas, Zelda.

No se podían dar abrazos en la consulta del doctor Laird porque debíamos ser profesionales, así que le di la mano.

Salimos de la consulta a la sala de espera, donde su ayudante, Hanna, tenía su agenda. Ella le dijo al doctor Laird que yo no podía irme aún.

—Ha habido un problema con el cheque que ha traído Zelda —dijo.

El doctor frunció el ceño.

—¿Lo han devuelto?

Entonces me acordé del sobre que me había guardado en el bolsillo. Lo saqué y se lo di.

—Gert me ha dicho que le diera esto.

El doctor Laird abrió el sobre. Dentro había dinero. Suspiró y me lo devolvió.

—Sabe que no acepto pagos en efectivo, Zelda.

Me quedé con el sobre en la mano porque no sabía qué hacer con él. El doctor se volvió hacia Hanna y le dijo que mantuviera la cita a la misma hora para la semana siguiente.

—Pero ¿le puedes decir a Gert que me llame, Zelda?

—Se lo diré —contesté, y él sonrió y me dijo que me cuidara. Gert estaba aparcado enfrente. Me subí al coche y le di el sobre. Le dije lo que me había dicho el doctor Laird de que no aceptaba efectivo y que lo llamara cuanto antes.

—¿Qué más da que sea un cheque o efectivo? —preguntó Gert, y yo le dije que no lo sabía y él me dijo que era una pregunta retórica.

Empecé a leer el artículo que me había dado el doctor.

—¿Qué es eso? —preguntó Gert.

—Ha habido «un descubrimiento monumental que va a cambiar para siempre la idea que tenemos de los vikingos» —contesté yo, leyendo la parte de arriba de la página.

—¿En serio? —dijo—. ¿Me lo cuentas?

Así que le hablé de la tumba de la guerrera vikinga y de las pruebas de ADN, de las fuertes implicaciones y de las figuritas de planificación militar que habían encontrado en la tumba, y empecé a preguntarme qué pensaría Kepple de la vikinga.

Cuando llegamos a casa fui a mi ordenador, lo encendí, abrí la página web de Kepple, donde tiene un formulario de contacto, y empecé a teclearle una carta.

> Querido doctor Kepple:
> Lo primero, siento no haberme acordado de llamarlo doctor en mi última carta, pero pensaba que los doctores ayudaban a los enfermos y luego me enteré de que también se puede ser doctor si se saben muchas cosas de vikingos.
> Le escribo porque hay un artículo sobre una tumba vikinga encontrada en Suecia que creo que debería leer. El doctor Laird me lo ha dado para que lo lea (él es de los doctores que ayudan a los enfermos y también a las personas como yo, que no estamos enfermas, pero somos diferentes).
> El artículo dice que un famoso esqueleto

vikingo era en realidad de una mujer y que era una guerrera de muy alto rango. Debería buscarlo usted en Google para averiguar más. Gracias y que tenga un buen día.

Skál,

Zelda

Le di a ENVIAR y el ordenador hizo un zumbido, como de un avión que despegaba. Apareció un mensaje que decía: «Gracias. Su mensaje se ha enviado».

Le he mandado cinco cartas ya y por ahora no me ha contestado.

Ojalá esa vez mamá le pidiera a Odín, allí arriba, que se asegurara de que el doctor Kepple contestara.

4

Pensé toda la noche en lo que me había dicho el doctor Laird de que era la heroína de mi propia leyenda. Me puse delante del espejo y no vi ninguna heroína reflejada en él.

Según el *Manual del vikingo* de Kepple, en las tribus vikingas había cuatro tipos de personas: condes, hombres libres, otros que se llamaban esclavos y ya no existen, y guerreros. Los condes eran líderes que tenían muchos tesoros y guerreros que los seguían. Casi todos los hombres libres eran agricultores y personas a las que llamaban comerciantes, que vendían cosas. Pero los guerreros también eran hombres libres y, para ser poderosos, iban a luchar y vencían a los villanos y encontraban tesoros.

Cuando los guerreros vencían a suficientes villanos, actuaban con mucha valentía, ganaban suficientes batallas y tenían suficiente tesoro, la gente cantaba canciones sobre ellos y se convertían en héroes. Gert era un héroe del equipo de fútbol americano del instituto, porque era valiente y vencía a equipos villanos que en teoría eran más poderosos, y había ganado el mayor tesoro que hay en el fútbol, que es el campeonato estatal. Aún se puede entrar en internet y leer sagas sobre cómo había conseguido tres *touchdowns* en el partido del campeonato, aun teniendo mal la rodilla.

Sus compañeros eran guerreros y hombres libres, pero Gert era el héroe.

Casi todo el mundo piensa que solo los hombres pueden ser guerreros. Según el artículo del doctor Laird, las mujeres también pueden ser guerreras, y poderosas. «Si una guerrera puede alcanzar un estatus elevado, debemos empezar a cuestionarnos muchas de las suposiciones que hemos hecho sobre las convenciones sociales de los vikingos», decía el artículo.

Lo leí entero dos veces para asegurarme de que entendía lo que

decía. Antes la gente pensaba que solo los hombres podían ser guerreros que llegaran a convertirse en legendarios y heroicos, y que a las mujeres no se les permitía ser heroínas, pero el guerrero vikingo del artículo era una mujer y las cosas enterradas en la tumba demostraban que, además, era una heroína y poderosa en la batalla.

Los vikingos llamaban «sagas» a sus leyendas. Según el libro de Kepple, el término significa «lo que se dice». También significa «relato». Hay muchas sagas distintas que son famosas. Todas las sagas vikingas son sobre reyes o guerreros. Mi saga vikinga favorita es una legendaria llamada *Hrólfs saga Gautrekssonar*, en la que hay un rey poderoso que también es una mujer, de nombre Þornbjörg. Da buenos mamporros y es tan fuerte en la batalla que a la gente le da igual que sea mujer.

Mi parte favorita del artículo era la que hablaba de la clase de guerrera más fuerte, llamada *skjaldmær*. No son valquirias, pero son casi igual de fuertes. En las leyendas vikingas no se elige mucho a mujeres para que sean guerreras. A los doce años, las chicas que eran muy fuertes, estaban en forma y podían batallar con la misma fuerza que los chicos se podían convertir en *skjaldmær*, y así les dejaban ser guerreras.

Yo no era rey y no sabía si podría ser *skjaldmær*, pero primero debería tener una leyenda.

El doctor Laird me preguntó una vez por qué me gustaban los vikingos. Le di tres razones:

Una, son valientes.

Dos, son fuertes y la gente no se atreve a hacerles daño.

Tres, los héroes vikingos dan la cara por los que no se defienden solos.

Le dije al doctor Laird que yo quería ser todas esas cosas. La gente me mira y no piensa que soy valiente o fuerte, sino que soy yo la que necesita protección. Mi leyenda les demostrará que, aunque no seas colosal, puedes ser fuerte y valiente y ayudar a otros de tu tribu.

Abrí el libro de Kepple y empecé a hacer una lista de las cosas que tenían todas las sagas.

COSAS QUE NECESITA UNA LEYENDA

—Un héroe experto en la lucha cuerpo a cuerpo.

—Un arma poderosa para que la use el héroe.

—El héroe debe ganarse el amor de una linda doncella en peligro.

—Todo héroe necesita un hombre sabio.

—Saquear pueblos rivales para robarles su tesoro.

—El héroe debe vencer a un villano que amenace a su tribu.

Luego pensé en lo que significaba cada cosa.

UN HÉROE EXPERTO EN LA LUCHA CUERPO A CUERPO

Como yo no soy muy grande ni poderosa, decidí que para vencer a los villanos tendría que ponerme fuerte. Había visto a Gert hacer flexiones y sentadillas en el salón, y decidí añadir los dos ejercicios a mi rutina de antes de acostarme.

También tendría que estudiar artes marciales. En el taco de notas adhesivas que tenía al lado del ordenador, escribí «buscar en Google Glima», que es como se llama el estilo de combate cuerpo a cuerpo de los vikingos, y lo pegué en la pared para que no se me olvidara.

UN ARMA PODEROSA PARA QUE LA USE EL HÉROE

Yo no tenía armas. Todos los grandes héroes de las sagas tenían armas especiales que los ayudaban a vencer a los villanos. Por ejemplo, Prainn, el *draugr*, tenía una espada llamada Mistilteinn que siempre estaba afilada, por muchas cabezas que cortara. También estaba Mjölnir, que era un martillo que pertenecía a Thor y que siempre volvía a su mano cuando lo lanzaba.

Rodeé con un círculo esa parte de la lista.

La siguiente cosa legendaria de las sagas es:

EL HÉROE DEBE GANARSE EL AMOR DE UNA LINDA DONCELLA EN PELIGRO

Busqué «doncella» en el diccionario, vi que significaba «mujer inocente» y la añadí a mi lista de palabras del día, junto con la definición. Casi todos los héroes de las sagas son hombres que han salvado a lindas doncellas de villanos y monstruos porque ellas no

podían salvarse solas. Eso era un problema. Yo no quería ser una linda doncella a la que tuvieran que salvar. Quería ser el héroe que salvara. Entonces caí en la cuenta de que podía conquistar el amor de una doncella que no fuese una mujer, sino un hombre. Y como ya tenía un novio cuyo amor había conquistado, marqué con una cruz ese punto de la lista, y eso me puso contenta, porque quería decir que ya iba camino de convertirme en leyenda.

TODO HÉROE NECESITA UN HOMBRE SABIO

Todo héroe necesita un hombre sabio o una persona que le dé buenos consejos. El doctor Laird era un hombre sabio y me daba buenos consejos como parte de su trabajo. Marqué con una cruz ese punto.

SAQUEAR PUEBLOS RIVALES PARA ROBARLES SU TESORO

También tuve que buscar «saquear» y no me gustó la definición que encontré. Significa «robar, a menudo con violencia». Robar no es muy honorable, así que decidí que tendría que encontrar otra forma de conseguir tesoros. Puse un signo de interrogación al lado de ese punto.

EL HÉROE DEBE VENCER A UN VILLANO QUE AMENACE A SU TRIBU

Ese era mi punto favorito de la lista. Debajo de TRIBU, escribí Gert y
AK
47 y pensé en añadir Marxy, pero como ya estaba en la lista como LINDA DONCELLA cuyo amor yo había conquistado, no lo puse.

Luego hice una lista de VILLANOS:

- Tío Richard.
- Papá.
- El cáncer.

Dejé de escribir. Pensé en la partida de póquer y añadí:

- El de la gorra roja.

Puse a Tucán en la lista también, pero como no estaba segura, le

añadí una interrogación detrás.

Había un punto más de mi lista que no encajaba en ninguna de las categorías. Decidí que la última parte de mi leyenda sería conseguir que Gert y

AK

47 volvieran a estar juntos, en una relación. Si se me daba bien mi leyenda, se casarían y tendrían niños y nuestra tribu crecería.

Cuando le pregunté a

AK

47 por qué Gert y ella habían roto, me dijo que mi hermano es un golfo y que tenía que empezar a ser adulto. Cuando le pregunté a Gert por qué era un golfo y no estaba siendo adulto, supo que había hablado con

AK

47 y me dijo que no me creyera todo lo que oía.

Sé que rompieron porque Gert la dejó embarazada y ella abortó sin decírselo. Si abortas, el bebé no nace. Algunas personas piensan que es como matar al bebé.

AK

47 dice que es más bien como impedir que se haga una tarta llevándote los ingredientes que necesitas para hacerla.

AK

47 es una de las personas a las que quiero. Si alguna vez ella tuviera problemas, yo la defendería con todas mis fuerzas. Lo malo es que normalmente soy yo la que hace tonterías o se mete en líos, y ella tiene que ser la que me salve.

AK

47 es una persona caótica y esa es una de las razones por las que Gert y ella discuten tanto. Empecé a llamarla

AK

47 y no por su nombre de verdad, Annie, después de que Gert dijera que, cuando se pone nerviosa, habla alto y rápido como una ametralladora. A Gert le gusta que todo esté limpio y ordenado y, aunque lo echaran del instituto por saltarse las normas, en realidad le gusta que la gente las cumpla. A

AK

47 no le gustan las normas. Es un espíritu libre que no siempre se comporta como las mujeres del cine y de la televisión, y esa es una

de las razones por las que le gusta a Gert. En el instituto solía correr en el equipo de atletismo, así que tiene buenos músculos en las piernas y es casi tan alta como Gert, y lo sería más si llevara tacones, pero no los lleva.

Como era miércoles, estaba preparada para ir al centro cívico.

AK

47 suele venir a recogerme a la puerta del apartamento, tarde, en un autobús que hace mucho ruido y suelta mucho humo negro cuando entra en el barrio.

Bajé con el ascensor y salí a la calle. Alf se estaba fumando un cigarrillo. A Alf le gusta llevar el pelo trenzado como fideos en la cabeza. Es una de esas personas que no es héroe, pero tampoco villano. Es una persona corriente a la que le gusta fumar y que trabaja como bedel en un colegio.

A veces también le gusta colocarse y fumar maría en su balcón, y el humo llega a mi ventana y tengo que cerrarla para que su aire no se me meta dentro.

—He oído decir que ha sido tu cumpleaños —me dijo al verme venir.

—Ha sido.

Me felicitó y quiso hacerme un toque. No me gusta hacer toques con los que no son de mi tribu, así que no hice uno con Alf. Bajó la mano. Alf también está enamorado de

AK

47, así que, cuando ella viene a buscarme, él suele estar fuera, fumando, para poder saludarla e intentar convencerla de que salga un día con él. Algo que Alf no haría jamás si Gert estuviera por allí.

—¿Qué tal tu hermano? —preguntó.

Le contesté que bien.

—Genial —dijo—. ¿Aún sigue con lo de la universidad? —Le dije que Gert estaba venciendo a la universidad sacando buenas notas—. Yo fui a la universidad. Duré un semestre y medio.

El olor del cigarrillo de Alf me hizo toser. Una de mis armas es que la gente se olvida de que estoy ahí, porque no soy colosal. De hecho, soy lo contrario.

AK

47 siempre dice que un buen guerrero convierte en fortalezas sus debilidades y que la gente que es casi invisible, como yo, puede

colarse entre sus enemigos. Lo malo de ser invisible es que la gente como Alf me echa el humo y no se da cuenta.

Me pregunté si debía añadir a Alf a mi lista de villanos.

Extendió el brazo y tiró la ceniza del cigarrillo a la acera.

El autobús volvió la esquina y pasó por delante del edificio de apartamentos de enfrente del nuestro. Era un autobús escolar de color raro. Casi todos son amarillos. El de

AK

47 era del color del enjuague bucal, porque antes era de un hospital y estaba tan viejo que solo se veía un poco verde.

Alf tiró enseguida el cigarrillo al suelo y lo pisó.

Eran las 8:55. El autobús se detuvo y se abrió la puerta.

—Lo sé, lo sé —dijo

AK

47—. Llego tarde. Lo sé.

Por las ventanillas vi a mis dos amigos Yoda y Hamsa saludándome. Los saludé yo también. Yoda tenía la cara pegada al cristal. Parecía una tortita con boca.

—¡Hola, Annie! —dijo Alf—. Estaba haciéndole compañía a la cumpleañera.

Me dio una palmadita en el hombro.

—No le gusta que la toquen, imbécil —le dijo ella.

AK

47 lleva el pelo corto como un hombre, casi a cepillo, y no se pone vestidos ni faldas. Además, es medio negra, algo que pone nerviosos a muchos, porque Gert y yo somos blancos y a los de la antigua tribu de Gert, la del instituto, no les gustaban las personas negras.

Me hizo una seña con la mano.

—Vamos, Zee.

Le deseé un buen día a Alf.

—Avísame cuando podamos salir a cenar —le gritó Alf a

AK

47, que negó con la cabeza y cerró la puerta.

Como siguiera intentando robarle

AK

47 a Gert, sí que lo iba a poner en la lista de villanos.

Subí al autobús y fui a sentarme en la parte de atrás con Yoda y Hamsa, que estaban uno enfrente del otro. Siempre nos sentamos al

fondo, porque ahí es donde se sienta toda la gente legendaria del instituto. Gert solía sentarse al fondo con sus amigos, y eran los más guais, así que nosotros también nos sentamos ahí. Nunca éramos los guais en los autobuses normales, por eso en el autobús de
AK
47 nos dejaban serlo.
AK
47 me dijo que me sentara delante, así que me puse en el asiento que había a su lado.

—Y límpiate las manos con esto. —Sacó un clínex de la caja que había entre el volante y la enorme ventanilla—. Ese cabronazo sudoroso me da repelús.

Hamsa y Yoda me felicitaron por mi cumpleaños. No se levantaron de su sitio, porque levantarse cuando el autobús está en marcha va contra las NORMAS DEL AUTOBÚS.

—¡Felicidades! —gritó Yoda.

—¡Gracias! —contesté yo, y luego Hamsa me dijo lo mismo, y después se felicitaron el uno al otro, aunque ninguno de los dos había nacido el mismo día que yo.

Eso me daba igual. Una de las cosas que hacen bueno un cumpleaños es compartirlo con las personas que te caen bien, con los de tu tribu, así que no me importaba compartir con ellos la fuerza de mi cumpleaños.

—Sí, hoy es el cumpleaños de todo el mundo —dijo
AK
47—. ¡Yupi! ¿Qué tal estuvo? —me preguntó—. ¿Bien?

Le conté que Gert me había regalado un vikingo que, en realidad, era un estríper.

—Pero no se quitó la ropa cuando vino a mi cumpleaños.

—Ese hermano tuyo es idiota —dijo, meneando la cabeza.

El autobús empezó a avanzar por la calle. Otro coche volvió la esquina y
AK
47 ni redujo la velocidad para rodearlo. Conduce mejor que nadie que yo conozca, incluso mejor que Gert, que conduce rápido y nunca tiene accidentes.

—Vale, ¿estás preparada para tu regalo? —Le dije que sí. Me dijo que mirara debajo del asiento. Había una caja y la saqué. El

papel de regalo tenía árboles de Navidad y Papás Noel—. Perdona, no me quedaba papel de cumpleaños.

—No pasa nada, me gusta mucho la Navidad.

Me dijo que podía abrirlo como quisiera y yo lo abrí por las partes pegadas con celo, porque no me gusta hacer pedazos las cosas.

—¿Te ha dado un regalo? —preguntó Hamsa desde atrás.

—Métete en tus cosas —le dijo

AK

47.

Quité el papel de Navidad. La caja no era muy grande. Eso no significaba que no fuera un regalo poderoso, porque las cosas pequeñas pueden ser fuertes.

—¡La hostia! —dije.

Dentro de la caja había una espada vikinga.

—Sé que no es muy grande, pero no está mal para empezar. —Paró el autobús a la puerta del centro cívico. Junto con la espada, me dio un papel en el que ponía «NORMAS DE LA ESPADA VIKINGA»—. Como sé que te gusta tener normas, he pensado que esto te podía ayudar.

Leí el papel.

NORMAS DE LA ESPADA VIKINGA

- No puedes usar la espada para hacer daño.
- Cuando no estés usando la espada, debes guardarla en su caja y dejarla ahí.
- Nadie más puede usar la espada.

AK

47 me dijo que las excepciones a esa norma eran Gert y ella.

—Pero ahora te la guardo yo. Y cuando nos veamos, puedes jugar con ella.

—Los vikingos no juegan —le dije—. Y menos aún con armas.

Asintió con la cabeza y dijo que eso era cierto, que las armas no son juguetes. Yoda y Hamsa vinieron corriendo a la parte de delante del autobús.

—¡La hostia! —dijo Yoda—. ¿Es una espada de verdad?

—Es metal de verdad —dije yo.

—¿Puedo verla? —preguntó Hamsa.

Les dije que no podía sacarla de la caja hasta que
AK
47 me diera permiso. Miraron a
AK
47, que había apagado el motor y sacado la llave del contacto.

—Fuera todos menos Zelda —dijo.

Hamsa y Yoda bajaron.
AK
47 chocó el puño con los dos. Nos habían visto hacerlo a nosotras y empezaron a hacerlo ellos también.

—Que tengáis un buen día, bobos —les dijo
AK
47.

Esa era otra cosa que les gustaba: las cosas que les llamaba
AK
47, como «bobos» o «bichos», que es para cosas pequeñas, aunque ellos sean más grandes que ella, y que yo, y adultos y no animalitos.

—¿Me regalas una espada a mí? —dijo Hamsa cuando finalmente
AK
47 y yo bajamos del autobús.

—O un sable láser —dijo Yoda, refiriéndose a una de esas espadas de luz de la película *Star Wars*.

—Eso no existe —contestó ella, dándole una palmadita en la espalda.

Saqué la espada. No era muy grande. La sostuve con las dos manos, procurando no tocar el metal del filo. No quería cortarme. Las espadas vikingas siempre están afiladísimas. El libro de Kepple dice que los guerreros pasan mucho tiempo afilando sus espadas antes de una batalla.

La pequeña espada vikinga era más corta que una regla. Me la puse en la mano, delante de mí, e imaginé que el autobús avanzaba rápido hacia una tribu de vikingos. Sus espadas serían más grandes, pero da igual lo grande que sea tu espada, me dice siempre
AK
47, lo importante es cómo la uses.

—He pedido que confirmaran que lo de la empuñadura era vikingo —dijo. Lo que había grabado en la empuñadura eran runas,

que son pequeños símbolos con mucho poder—. Se supone que es auténtico. *Pur*, o lo que sea que pone ahí. Supongo que eso significa Thor. Es una réplica de su espada Thurmuth.

La espada tenía algunas runas muy poderosas. Según Kepple, aquellas dos runas se combinaban para convertir a la persona que usara la espada en un guerrero colosal.

Mi runa favorita se llama *Dagaz*, solo que se pronuncia «zogoz». Casi parece una
H.

Dagaz significa despertar o transformar. Eso es lo que yo quiero hacer en mi leyenda: quiero pasar de vikinga normal a heroína.

Le pregunté a
AK
47 si íbamos a ir a luchar, si por eso me había regalado la espada.

—Todos los días son una lucha, pequeñaja —contestó
AK
47—. No es de tamaño normal, pero ten cuidado.

Se la di. Aunque un vikingo no está preparado para vencer a los villanos sin un arma, sabía que
AK
47 la tendría a salvo. Además, me dijo que me la devolvería al final del día.

Como
AK
47 me había regalado una espada, caí en la cuenta de que ya podía tachar ese punto de mi lista de COSAS QUE NECESITA UNA LEYENDA. Ya tenía tres cosas que todo héroe vikingo necesita: una linda doncella, un arma poderosa y un hombre sabio.

5

Todos los días el centro cívico tiene dos horas en las que las personas como yo, Hamsa, Yoda y Marxy podemos hablar y jugar en el gimnasio si queremos. Son personas «retrasadas», una palabra que a mí no me molesta, pero que es una de esas que la gente no debe decir, como la que empieza por ene que Gert solía decir antes de empezar a salir con
AK
47 y que ni siquiera yo me atrevo a pronunciar en voz alta, aunque esta sea mi leyenda.

A veces, en el centro cívico usamos el aula de arte y hacemos dibujos. Por las noches, dos veces a la semana, también hay clases de alfabetización en las que practicamos la lectura y la escritura, y nos aseguramos de ejercitar el cerebro.

Voy al centro cívico medio día y como allí. Luego
AK
47 me lleva a casa los días en que Gert no puede recogerme porque está en clase.

—La cumpleañera —me dijo Big Todd cuando entré en el centro cívico. Chocamos los cinco en lugar de los puños.

—Big Todd, mi hombre —dije.

—¿Qué tal el cumpleaños?

Le conté lo del estríper vikingo y la espada que me había regalado
AK
47. Me preguntó si la había traído, porque no se permitían armas en el centro cívico.

—Tener un arma especial es una de las partes más importantes de ser un héroe —le expliqué.

—No es un arma —dijo entonces

AK
47, acercándose—. Y hoy se la voy a guardar yo.

—¿Lo sabe Gert?

—La espada de un vikingo pertenece al vikingo y no es asunto de nadie más —repliqué yo.

—Eso mismo —dijo

AK
47.

Big Todd es el que lleva los programas del centro cívico y nos organiza. Es alto, delgado y gay. Su novio, Noah, viene a veces a jugar al baloncesto con nosotros en el gimnasio. Big Todd y él se conocieron jugando al baloncesto en la universidad. Una vez le dije a Gert que debería jugar al baloncesto con Big Todd y Noah, porque mi hermano era casi tan bueno en baloncesto como en fútbol, pero a él no le gustan los maricas, una palabra que significa gay pero de mala manera, y es una de las palabras que

AK
47 me dijo que no usara nunca jamás.

Todd era el único gay que había conocido en la vida real y también era una de las personas más amables que conocía, gais o no gais. No entendía muy bien cómo tenían sexo si ni él ni su novio tenían vagina.

AK
47 me dijo que no me preocupara por eso.

—Se las apañan bien —me dijo, y sé que, cuando dice cosas así, es que tengo que dejar de hacer preguntas.

El centro cívico tiene ventanas grandes en la parte de delante y cuadrados marrones por el lateral que me recuerdan al juego de Jenga. Al centro cívico va gente de muy distintos tipos. Tiene un gimnasio grande con máquinas que te ayudan a hacer músculo. Al principio, Gert iba allí a hacer músculo mientras yo me quedaba con Big Todd y Hamsa y Yoda y Marxy.

Dentro del aula hay un montón de sillas naranjas y azules, de plástico, y una pizarra blanca que antes era una pizarra de verdad. Huele bien. A todo el mundo le gusta el olor de la pizarra, sobre todo cuando alguien usa los rotuladores. Big Todd está pendiente de que nadie los huela demasiado tiempo.

Siempre hay un montón de padres y hermanos esperando a que

empiece la clase. Antes me hacía ilusión que Gert viniera a esperar a que empezase la clase, como los otros padres y hermanos. Ahora, sobre todo después de mi cumpleaños, tenía la sensación de que los héroes debían hacer cosas sin sus padres y hermanos. Además, a los que éramos como Hamsa, Yoda y yo no nos esperaba nadie, porque veníamos en el autobús, lo que significa que somos pobres comparados con otros. Nosotros no tenemos que pagar el autobús ni tener coche, porque es un servicio gratuito.

Los que no eran de la clase se fueron cuando Big Todd dio unas palmas y nos pidió que nos pusiéramos por parejas.

Yoda y Hamsa se pusieron juntos. Yo busqué a Marxy, pero no había llegado aún. Normalmente, Hamsa, Yoda, Marxy y yo nos turnamos, porque somos todos amigos y no hacemos muchas cosas raras, así que practicar no es muy difícil. Hacía calor allí dentro y el aire acondicionado de la ventana me sopló en la cara mientras iba por ahí buscando a alguien que no fuera raro.

Todos se habían emparejado menos yo.

—¿Tienes pareja? —me preguntó Big Todd.

—Estoy esperando a Marxy —contesté.

—Bueno, no podemos esperar más. —Miró alrededor—. Está Sarah-Beth. Sarah-Beth, ¿tienes pareja?

Sarah-Beth negó con la cabeza. Estaba apartada de todos, junto a la ventana, pero sin mirar por ella. Aunque ha ido al centro cívico cien veces, aún tiene miedo de todo el mundo y se comporta de forma rara. Es la peor persona con la que socializar. Tiene síndrome de Down, como Hamsa, pero es dos años mayor que él. Lleva el pelo largo y no para de tocárselo. Hay partes de su cabeza donde se le ha caído y está calva como un anciano, solo que por otras lo lleva muy largo.

Big Todd le dijo a Sarah-Beth que yo iba a ser su compañera en la actividad del banco y que se uniera a los demás que ya habían empezado a sentarse.

—Vale —le dije a Sarah-Beth. Nos sentamos a la mesa, la una enfrente de la otra—. No hagas cosas raras ni te metas nada en la boca, ¿vale?

—Vale —contestó ella.

Se sentó encima de las manos para demostrarme que no se iba a meter el pelo en la boca.

Big Todd nos dijo que nos imagináramos que estábamos en un banco y queríamos cobrar un cheque, que es un papelito que lleva dinero dentro. No lo lleva dentro de verdad, pero cuando lo das en el banco, meten dinero en tu cuenta. La última vez que ensayamos cosas de sociedad hablamos de dinero y de cuentas bancarias, y de lo importante que es entender el dinero si queremos ser adultos independientes.

—Pensad en el banco como el sitio en el que os guardan todo el dinero que ganéis —dijo Big Todd—. De esa forma, no tenéis que llevarlo siempre encima.

Levanté la mano.

—Entonces, es como las arcas del tesoro —dije.

—¿Las qué?

Le expliqué que, cuando los vikingos vencían en la batalla a otras tribus o monstruos, como dragones, se llevaban el tesoro y lo guardaban en unas arcas.

—No llevan el tesoro siempre encima, pero si lo necesitan, lo tienen ahí.

Big Todd chascó los dedos.

—Eso es. Es como las arcas del tesoro. Y con una tarjeta de débito puedes sacar parte del tesoro de tus arcas, tu cuenta bancaria, sin tener que llevar dinero encima todo el tiempo. Los cheques son unos papelitos donde prometes que le vas a dar parte de tu tesoro a alguien.

—¿Y qué pasa si te devuelven un cheque? —pregunté, porque el doctor Laird había dicho que le habían devuelto el cheque de Gert.

—Quiere decir que le has prometido a alguien parte del tesoro de tus arcas, pero no tenías tanto tesoro como prometías en el cheque.

O sea, que en las arcas de Gert no había dinero suficiente para pagar al doctor Laird y por eso le habían devuelto el cheque en el que prometía al doctor parte de su tesoro para que pudiera ayudarme. Levanté la mano otra vez.

—La última, Zelda —me dijo Big Todd—. Lo irás entendiendo mejor con la práctica.

—¿Dónde consigues más tesoro para tus arcas?

—Con trabajos, lerda —dijo alguien en la otra punta del aula—. ¿Hacemos lo del banco ya?

Big Todd le lanzó una mirada asesina.

Sarah-Beth miraba fijamente el papelito que tenía delante. Se suponía que era el cheque. Había una caja de plástico con un montón de tarjetas de plástico que, en teoría, eran tarjetas de débito falsas. Sarah-Beth y yo teníamos que compartir una, mal asunto, porque seguro que la mordisqueaba. Así que la cogí yo primero.

Cuando hice como que le pedía dinero de mi cuenta bancaria, usando una de las tarjetas de plástico de la cesta, Sarah-Beth no contestó. Tenía la boca llena de pelo naranja.

—Quería cobrar este cheque usando la cuenta bancaria de mi tarjeta de débito —dije, y le enseñé el cheque y también la tarjeta de plástico.

En lugar de hacer de banquera, cerró los ojos y se tapó la nariz como si fuera a meter la cabeza en el agua.

Le dije que no era eso lo que hacía la gente en el banco. Abrió de golpe los ojos.

—Tú no lo sabes todo —dijo—. Mi hermana se toca el pelo y no pasa nada.

Levanté la mano e intenté hacerle una seña a Big Todd, que iba por el aula viendo cómo hacíamos de banqueros.

—Bien —le dijo a una pareja sentada en el otro extremo de la mesa—. Lo habéis hecho muy bien todos.

Agité la mano como una loca hasta que me vio y se acercó.

—¿Cuál de las dos trabaja en el banco y cuál va a cobrar el cheque? —dijo.

—Sarah-Beth no hace más que comerse el pelo.

Big Todd le preguntó a Sarah-Beth qué quería ser: banquera o clienta. Tenía el pelo lleno de saliva y las manos también. Si yo trabajara en un banco, no querría tocar un cheque lleno de saliva, y si llevara un cheque al banco, no querría que se manchara de saliva. Lo dije y Big Todd me pidió que me tranquilizara.

—Dale una oportunidad. —Cogió una silla y se sentó al lado de Sarah-Beth. Colocó un papelito, el cheque falso, en la mesa delante de ella. Le hablaba muy despacio—. A ver, esto es un cheque. ¿Recuerdas lo que es un cheque? —Ella asintió con la cabeza y se estiró el pelo—. ¿Qué es?

—Dinero —contestó.

—Bien. Y si Zelda es el banco, ¿qué hacemos con el cheque?

—Se lo traemos a Zelda, que lo pondrá en nuestra cuenta bancaria.

—Bien. —Big Todd me miró a mí—. A ver, Zelda, tú eres el banco, ¿qué le vas a pedir a Sarah-Beth?

Suspiré.

—El cheque y la firma por detrás, y que me dé la tarjeta de plástico.

Big Todd sonrió y le preguntó a Sarah-Beth si tenía esas cosas y, como era todo de mentira, le dio una tarjeta de plástico falsa. Ella firmó el cheque por detrás. Su firma no era muy buena. Habíamos estado practicando firmas y la suya no parecía tener ninguna letra, solo la S y la M de su apellido, que yo no sabía.

—Buena firma —le dijo Big Todd con una sonrisa colosal—. ¿Qué te parece, Zelda? Bastante guay, ¿no?

Sarah-Beth había dejado de comerse el pelo. Me miraba a los ojos. Le dije que no estaba mal.

—Pero no pone su nombre.

Big Todd meneó la cabeza y me dijo que si podía hablar conmigo. Los dos fuimos a hablar mientras Sarah-Beth seguía comiéndose el pelo. Me llevó junto a la ventana.

—¿Por qué tratas así a Sarah-Beth? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Yo no quería hacer pareja con ella. Quería estar con Marxy. Marxy llegó tarde, después de que los primeros en ser banqueros se cambiaran para ser las personas que llevaban las tarjetas y los cheques. Sarah-Beth me pidió el carné de identidad. Yo saludé a Marxy con la mano.

—¿Sería tan amable de darme su carné de identidad? —me dijo Sarah-Beth. Marxy me saludó desde la otra punta del aula y me llamó por mi nombre—. Estoy hablando con usted y necesito su carné de identidad —insistió Sarah-Beth.

Big Todd se acercó a Marxy y le señaló a la persona con la que lo había emparejado, que se llamaba Michael, pero todo el mundo lo llamaba Zanahoria, tanto por su pelo como porque le gustaba comerlas más que ninguna otra cosa. Zanahoria había llegado tarde y por eso Big Todd tenía que trabajar con él.

—Ocupa mi lugar —le dijo Big Todd—. Estamos yendo al banco.

A Marxy le gustaban los bancos, así que le hice una seña con la

mano y le dije que podía hacerlo conmigo.

—Y que Sarah-Beth se vaya con Zanahoria.

Eso era un ejemplo de resolución de problemas, algo que habíamos aprendido hacía dos meses en clase de Sociedad.

Big Todd dijo que Marxy y Zanahoria iban a trabajar juntos, y no había más que hablar.

—Y no lo llames Zanahoria.

Sarah-Beth estaba intentando mejorar su firma por detrás del cheque falso. Le dije a Todd que genial, que la ayudaría a ser mejor banquera.

—¿Por qué te gustan tanto los vikingos? —me preguntó.

—Porque son poderosos.

—En Japón tienen a los samuráis y a los ninjas y a la gente que sabe kárate.

—Un vikingo podría vencerlos a todos.

Se encogió de hombros.

—Si los vikingos son tan fuertes, ¿por qué están todos muertos?

—No están todos muertos. Yo soy vikinga.

Sarah-Beth negó con la cabeza.

—No, tú eres una chica.

—Si eres tan lista —le dije yo—, ¿por qué te comes el pelo?

Miró fijamente su firma, que no se parecía en nada a las letras del alfabeto. Levantó la mano y le hizo una seña a Big Todd.

—¿Cómo va todo por aquí? —preguntó él.

—Zelda se ha burlado de mí por comerme el pelo.

—Ha empezado ella.

Salí del aula con Big Todd y él cerró la puerta. Cuando pasamos por delante de la gente dijeron: «Uuuuuuy», y Yoda dijo: «Se ha metido en un lío».

Fuera, Big Todd me preguntó qué pasaba. Le conté nuestra discusión sobre los vikingos y los samuráis.

Se cruzó de brazos.

—Vale, si no lo he entendido mal, habéis tenido un desacuerdo, ¿no?

Tenía razón y no tenía razón a la vez.

—Está intentando enfadarme.

Big Todd se apoyó en la puerta.

—En la vida, muchas veces hay que tratar con personas que no

te caen bien o que intentan enfadarte. Por eso tenemos clases como esta: para que podáis practicar y no perdáis la calma. ¿Una leyenda perdería la calma con algo tan tonto como un desacuerdo? —Negué con la cabeza y dije que no—. Muy bien. —Abrió la puerta y me puso la mano en el hombro—. Además, cuando estás aquí, Sarah-Beth es tan de tu tribu como Marxy. —Me volví hacia Sarah-Beth, que había dejado de practicar su firma y estaba dibujando animales—. Ve a disculparte.

Big Todd me acompañó hasta donde estaba Sarah-Beth.

—Siento haberme burlado de ti por comerte el pelo —le dije, tendiéndole la mano.

Se encogió de hombros.

—No pasa nada.

Big Todd se aclaró la garganta, señal de que yo debía decir algo más, así que añadí:

—Los samuráis también son guerreros fuertes.

Levantó la vista del papel.

—A lo mejor los vikingos y los samuráis son igual de fuertes.

Le dije que a lo mejor lo eran. Aunque para mis adentros pensé: «Un samurái jamás vencería a un vikingo en combate», pero eso no se lo dije, porque una de las normas de las disculpas es que pides perdón, y, aunque no lo hagas de corazón, tiene que parecer que sí.
Cuando volví del centro cívico, Gert estaba leyendo un manual de macroeconomía sentado a la mesa de la cocina. Tenía la cabeza ladeada y, como no tiene pelo, se le estaba arrugando y poniéndosele roja y venosa, lo que significa que lo que le estuviera pasando dentro del cerebro burbujeaba hasta la superficie. Mordisqueaba el lápiz y, cuando le pregunté si estaba estresado, levantó un dedo para pedirme que me callara, y con otro iba tapando partes de una frase, palabra por palabra, del modo que me había enseñado a hacer el doctor Laird si tenía problemas para entender cómo se juntan las palabras.

Una vez intenté leer uno de los libros de Gert, pero los que él lee para clase están llenos de matemáticas y de números que a mí no se me dan bien.

Los momentos importantes de las clases de Gert eran a mitad y a final del semestre, la época de los exámenes parciales y finales. En el calendario de clases que tenía puesto en la nevera había rodeado

esos días con un círculo, los había resaltado en amarillo y puesto diez o quince estrellitas alrededor que parecían demasiado pequeñas para que las hubiera dibujado alguien tan grande como mi hermano.

El parcial era a la mañana siguiente. Me quité los zapatos, siguiendo las NORMAS DE LA CASA. Llevaba la espada de vikinga en la mochila, en su estuche, que

AK

47 me había dado en el autobús al llevarme a casa, y fui a esconderla en mi cuarto. Luego saqué el dinero que tenía ahorrado en mi frasco.

Cuando salí me senté enfrente de Gert y dejé el dinero en la mesa.

—Me gustaría empezar a aportar dinero al tesoro de la tribu.

Levantó la vista de su manual de macroeconomía.

—¿Qué?

—Todas las tribus tienen unas arcas del tesoro que usan para pagar las cosas, y me gustaría añadir mi tesoro a las arcas. —No me estaba entendiendo, así que dije—: Te han devuelto el cheque del doctor Laird porque no tenemos dinero suficiente.

—Me han devuelto el cheque por un error. Ahora, si no te importa, tengo que estudiar, ¿vale? Tengo el parcial mañana.

Fui a mi cuarto a repasar la lista de cosas que necesita un héroe, puse una cruz al lado de «Un arma poderosa» y subrayé «tesoro». Luego hice flexiones y sentadillas y, después de eso, entré en YouTube para aprender a luchar bien con una espada.

Gert asomó la cabeza a mi cuarto y me dijo que se iba con su grupo de estudio y que volvería en unas horas.

—Tienes cena en la nevera —me dijo, y vio los vídeos de YouTube.

Me preguntó qué hacía y le contesté que prepararme para la batalla.

6

Ahora que tenía un arma de verdad, podía aprender a vencer a los villanos más hábilmente. Pero aún no se me daba muy bien la lucha a espada. Según los vídeos de lucha a espada de YouTube, hay tres formas de atacar con una espada:

1. Estocada: tocar con la espada a tu enemigo.
2. Defensa: impedir que tu enemigo te pinche.
3. Cuchillada: no tocar, sino intentar detener a tu enemigo cortándolo con la espada.

Los practiqué todos en la cancha de baloncesto de al lado del apartamento hasta que se hizo de noche, imaginándome que tenía delante a Grendel, que es el villano más monstruoso de la historia vikinga de *Beowulf*. Una cosa que he aprendido es que los grendels se pueden esconder dentro de la gente, haciéndose pasar por seres humanos hasta que deciden atacar.

Todos los VILLANOS de mi lista seguramente llevaban un grendel dentro.

Por ejemplo, tío Richard, con el que Gert y yo vivíamos antes, era un pinchamierdas integral, y Gert lo había vencido en combate y probablemente le habría arrancado la cabeza de cuajo, pero yo le pedí que fuera un héroe y no lo hiciera, aunque tío Richard fuera un villano que lo merecía.

Tío Richard era la primera persona con grendel dentro que yo había conocido. Parecía normal, pero a veces, sobre todo cuando estaba borracho, se volvía un villano. En su momento más villano le pegó a Gert con una botella de cerveza y le hizo un corte en la cabeza.

Los demás villanos de mi lista también eran grendels. Ensayé la derrota del de la gorra roja de la partida de póquer y también de

Tucán y de Sarah-Beth, pero luego dejé de luchar con ella porque decidí que en realidad no era una villana. Solo era irritante.

El doctor Laird me pidió una vez que le describiera a los grendels. Me dijo que le hablara de ellos como me fuera más útil.

—Qué aspecto tienen, cómo suenan, qué ocurre cuando vienen. Lo que sea.

Hasta me dio un bloc para que los dibujara. Lo malo era que la mayoría de las veces yo solo oía los gruñidos. A veces se me aparecían en sueños o me volvía muy rápido cuando estaban pasando cosas malas y solo les veía las colas o las patas peludas.

En el instituto, antes de dejar los estudios, Gert leyó un libro titulado *Grendel*. Me dijo que había sido el único libro que de verdad le había gustado de la clase de Inglés.

—Conozco esa novela —me dijo el doctor Laird—. ¿Fue esa la primera vez que leíste algo sobre Grendel?

Asentí con la cabeza y le dije al doctor Laird que Grendel es un villano y recibe su merecido. Él me preguntó qué quería decir con eso.

—Grendel ataca a los vikingos y se come a uno de ellos, como un villano.

—¿Has leído la novela?

Negué con la cabeza.

—La leyó Gert y me lo contó, luego yo leí el *Manual del vikingo* de Kepple.

—Bueno, es una especie de interpretación inversa —dijo. Me contó que, en teoría, al leer el libro te tiene que dar pena Grendel, aunque haga cosas malas—. Él no lo puede evitar. Forma parte de su naturaleza.

No me gustó esa versión de la historia, porque convertía en villano al héroe vikingo y en héroe al villano monstruoso.

—A veces, la gente buena hace cosas malas —me dijo el doctor—. Y a veces las cosas no son simplemente buenas o malas.

—Los grendels son malos —dije yo.

—Bueno —me contestó—, a lo mejor los grendels de los que tú hablas son malos de verdad, pero los monstruos corrientes son más complicados.

Después de derrotar a grendels con mi espada vikinga en la cancha de baloncesto, volví a casa, encendí el ordenador y empecé a

teclear.

> Querido doctor Kepple:
> Tengo más preguntas.
> Primero, sé que Beowulf derrotó a Grendel en la epopeya vikinga más famosa, pero ¿hay más de un Grendel? El doctor Laird dice que los grendels que yo oigo venir no son el Grendel de verdad. ¿Es posible que el Grendel de verdad sobreviviera a los ataques de Beowulf y haya estado escondido todos estos años?
> Segundo, me han regalado hace poco una espada vikinga por mi cumpleaños. Lleva runas poderosas de las que me gustaría saber su opinión, pero el formulario de contacto de su página web no me deja adjuntar fotos como en un correo electrónico. ¿Hay alguna forma de que le envíe una foto de la espada?
> *Skál*,
> Zelda

Le di al botón de ENVIAR y vi que se estaba haciendo de noche. Le mandé un mensaje a Gert para preguntarle dónde estaba y a qué hora vendría a casa. Tenemos una norma por la que, si va a llegar tarde, me tiene que mandar un mensaje para decírmelo.

Me hice la cena con una receta de *pizza*-gofre muy especial que nos hemos inventado Gert y yo. Primero hay que coger la lata de salsa de tomate, vaciarla en un cuenco y meterla al microondas un minuto. Mientras se calienta, pones los gofres congelados en la tostadora. Si lo haces bien, la salsa y los gofres estarán listos a la vez. Luego extiendes la salsa de tomate por los gofres, pones las lonchas de queso encima y la carne encima del queso.

Gert me escribió mientras estaba haciendo la *pizza*-gofre para decirme que llegaría a casa muy tarde y que no lo esperara levantada. Ya era muy de noche y empecé a preocuparme por su examen parcial. Un guerrero debe estar descansado para enfrentarse a un desafío tan grande.

Después de la *pizza*-gofre, seguí mi rutina de cepillarme el pelo, lavarme los dientes y ponerme el pijama. Me olí los sobacos y decidí que no me hacía falta una ducha.

Antes de acostarme, me aseguré de poner el despertador para poder despertarme temprano y desearle mucha *happ* a Gert en su parcial.

No hacía mucho que me había dormido cuando me despertó un golpe a la puerta de mi cuarto.

Siempre sé cuándo Gert está borracho porque se tropieza con las cosas y hace mucho ruido. Tumbada en mi cama lo oí reír, y luego reír de una forma muy rara, hasta que caí en la cuenta de que la forma rara de reír era de otra persona.

Una mujer desconocida que no era

AK

47.

La promesa que tenemos, y que en nórdico antiguo se dice *heit*, es que, cuando uno de los dos quiera llevar al apartamento a alguien que el otro no conozca, se lo dice al resto de la tribu, que entonces éramos Gert y yo, pero antes era también

AK

47.

Después de que Gert y

AK

47 rompieran, él traía toda clase de desconocidos a casa por las noches. No me dejaban dormir y muchas veces estaban muy borrachos. No me gustan los borrachos en general, pero sobre todo no me gusta Gert borracho, porque mamá se emborrachaba cuando yo estaba en su tripa y por eso soy diferente, que es una forma mejor de decir «retrasada». Mi hermano no bebía mucho cuando

AK

47 y él estaban juntos.

Ahora sí bebe mucho.

Era la 1:23, hacía menos de cinco horas que me había acostado y mandado a Marxy mensajes con vídeos de besarse de YouTube.

Me acerqué a mi puerta y giré el pomo sin hacer nada de ruido hasta que entró una línea de luz.

Desde mi cuarto solo veía la mitad del salón. Lo otro que veía era el pasillo y la puerta del baño. Gert iba con vaqueros y una sudadera, cayéndose por ahí, de la cocina al salón, y diciendo cosas en voz baja.

Entonces vi a otra persona, que tenía mucho pelo negro y largo

y llevaba minifalda, y esos ingredientes no tardaron en juntarse, y de pronto había una mujer plantada en nuestro salón.

Gert le pasó un vaso con un líquido amarillo. Ella dio un buen trago. Él bebió también. Se besaron y mi hermano le susurró algo al oído y ella rio.

Lo vi acercarse a mi puerta y entrar en el baño. La mujer se pasó una mano por el pelo y sacó el móvil. Pulsó algunas teclas y la pantalla le iluminó la cara. Llevaba mucho maquillaje.

Además, había incumplido la norma de quitarse los zapatos.

Oí a Gert hacer pis en el baño.

Aquel era el momento de plantarle cara a la intrusa, mientras estaba sola y no esperaba que le plantaran cara. Era una táctica de batalla que empleaban los vikingos: atacar de noche para pillar desprevenidos a sus enemigos. Salí de un salto del pasillo, me situé a su espalda y le dije con voz atronadora: «¿QUIÉN ANDA AHÍ?».

Se le cayó el vaso que llevaba en la mano.

—¡Ay, Dios! —dijo.

El vaso rebotó en el suelo y el líquido se extendió por la moqueta.

—Identifícate —le dije.

—¡Jesús! —dijo ella, y llamó a gritos a Gert, con la mano en el corazón.

—¡No puedes pasar! —le dije.

Se oyó la cisterna y vino Gert subiéndose los pantalones. Nos vio, a la mujer y a mí, cada una en una punta del salón.

—Perdona —dijo la mujer—. Es que me ha asustado y no esperaba…

—No, tranquila. —Gert se volvió hacia mí—. Zee, ¿qué haces levantada?

—Has estado bebiendo —le dije—. Y tienes el parcial mañana.

La mujer se agachó y cogió el vaso.

—Lo siento —dijo—, te lo puedo limpiar.

Gert le dijo que no pasaba nada y que no se preocupara.

—Sí que pasa —dije yo—. Estás incumpliendo las normas.

La mujer abrió la boca y la cerró enseguida.

—Igual debería irme —dijo.

Le dije que eso era precisamente lo que debía hacer. Gert no había pedido permiso y, lo que era peor, estaba bebiendo, y cuanto

más tiempo estuviera levantado menos dormiría. Para estar al máximo de tus fuerzas, debes descansar.

—Un segundo —dijo Gert, y se volvió hacia mí—. ¿Qué problema hay? Me he tomado un par de copas, no es para tanto.

Me crucé de brazos.

—Te tienes que levantar temprano mañana para el examen.

—El examen no es temprano. Además, soy yo el que se examina, no tú.

La mujer estaba detrás de Gert. Le tocaba el brazo como solía hacerlo

AK

47, subiendo y bajando la mano, y yo no podía soportarlo.

Di media vuelta y volví a mi cuarto para que supiera que me había enfadado.

En cuanto estuve dentro, me senté allí y me crucé de brazos, esperando a que viniera a disculparse. En vez de eso, los oí hablar más y luego empezaron a reírse, y después se quedaron callados. Sabía que iban a tener sexo, así que puse mi música vikinga lo más fuerte que pude. La persona que vivía encima de mi cuarto, en otro apartamento, empezó a aporrear el suelo e hizo temblar el techo. Metí la cabeza debajo de las mantas, cerré los ojos y deseé que parara.

Había visto a Gert tener sexo antes, cuando vivíamos con tío Richard en su casa. Tenía una novia que se llamaba Charlene y que entró por la ventana del sótano a última hora de la noche. Luego Gert la trajo a nuestro cuarto. Yo estaba dormida cuando vino y pensé que soñaba y que ella era un monstruo. Dormíamos en literas. La de mi hermano era la de abajo, porque él pesaba mucho y se habría caído por el hueco si hubiera dormido en la otra. Yo dormía en la de arriba. Me gustaba estar tan alto. Lo veía todo y si algo venía a por mí, tenía que subir por la escalera metálica.

Cuando me desperté y pregunté quién andaba en la oscuridad, Gert me pidió que me callara. La lamparita estaba en el suelo y esa luz no era suficiente para que yo viera bien.

—No pasa nada —me dijo, de pie en el borde de su cama, de forma que su cabeza quedaba a la altura de la mía, en la litera de arriba. Me tapó la boca con la mano y, cuando me la destapó, le pregunté qué estaba pasando.

—Nada. Duérmete otra vez.

Pregunté quién había en nuestro cuarto. Ya no olía al desodorante de Gert ni al tabaco de tío Richard y la maría que fumaba mi hermano, sino al perfume de las chicas del instituto.

—Charlene —me dijo Gert.

—Hola, Charlene —dije yo.

Encendí la lámpara de clip que tenía al lado de mi cabeza, pero la luz era tan intensa que Gert me mandó que la apagara.

Charlene miró a mi hermano y le dijo que era demasiado raro hacerlo estando yo en la habitación.

—A ella le da igual —dijo Gert—. ¿Verdad, Zee? Duerme aunque haya ruido.

Pregunté qué ruido iba a haber y dije que, en realidad, no duermo muy bien si sé que está pasando algo en la habitación y que me puede ver dormir alguien que no sea Gert.

—A mí tampoco me gusta que me miren —dijo Charlene—. Igual esto no ha sido buena idea.

Gert volvió a acercarse a mi cama y me preguntó en susurros si podía irme al baño un ratito.

—O al salón.

—Pero esta es mi cama —dije yo—. Y mi cuarto.

—No va a durar mucho.

—¿Ah, no? —dijo Charlene. Estaba recostada en el escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho. Taconeaba en la pared—. Más te vale que dure —añadió ella.

—Ja, ja. Muy graciosa. —Gert apoyó la barbilla en mi colchón y me susurró—: Por favooor… ¿Qué quieres? Haré lo que me pidas.

—Se está haciendo tarde —dijo Charlene, que mascaba chicle, hacía globos y los explotaba.

—Lo que sea —insistió mi hermano.

Gert no podía darme nada de lo que yo quería, como que mamá volviera a estar viva y ser más de lo que era y poder ir a clases normales en el instituto como él.

—¿Me puedes contar más cosas de mamá? —dije.

—¿Ahora?

—Mañana, después de clase. Una hora por lo menos.

Charlene explotó otro globo de chicle.

—No tengo toda la noche —dijo—. Yo también tengo hijos.

—Vale —me contestó Gert.

—¿Me lo juras con el meñique?

Gert se volvió hacia Charlene, que se estaba quitando pelos de gato del top y dejándolos caer en la moqueta. Estiró el meñique y lo enganchó con el mío para que la promesa fuera irrompible.

En el salón, me puse los cojines debajo de la cabeza y me subí la manta hasta la barbilla. La casa de tío Richard no estaba muy limpia y la cena que no se había tomado seguía en el plato. A veces dormía en el sofá después de ver la tele o de ir a trabajar, con la tripa al aire y las piernas separadas. Si eso pasaba, teníamos que apagar la tele y taparlo con una manta para que no se enfadase cuando despertara por la mañana, ni estuviera demasiado cansado de haber pasado frío y haberse despertado en plena noche para ir a por una manta.

No estaba en el sofá, así que me hice un rollito y me estrujé el cojín debajo de la cabeza para que fuera el doble de poderoso como almohada. La tele estaba en silencio y empecé a cambiar de canal. No había muchos. Tío Richard pensaba que la televisión por cable era un robo y usaba antenas para intentar conseguir más canales. A veces funcionaba, pero casi siempre no.

En el único canal que se veía daban una serie de hacía tiempo sobre una familia de la frontera que iba en carretas y criaba vacas. Las mujeres parecían monjas y llevaban vestidos grandes, y los hombres siempre estaban disparándole a todo y metiéndose en peleas para luego terminar bebiendo cerveza en el porche de su casa en sillas que se movían adelante y atrás.

Acababa de empezar a dormirme viendo a los colonos de la tele cuando oí pasos que venían del cuarto de tío Richard, al fondo del pasillo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿No deberías estar en tu cuarto? —Hice como que roncaba y no lo oía. Me dijo que me había visto moverme hacía unos segundos y que sabía cómo sonaban los ronquidos de mentira—. Me cuesta creer que esto sea lo mejor que sabemos hacer —dijo, señalando el televisor.

En la serie, los colonos estaban en la iglesia. Tío Richard se acercó al aparato y movió un poco las antenas. Estaba muy acostumbrado a ellas. Mi tío no trabajaba mucho, porque se había hecho daño en la pierna cuando un camión de correos lo había

atropellado al cruzar la calle. Después le dieron mucho dinero y compró la casa y tuvo un bar durante un tiempo, hasta que cerró porque los que trabajaban allí lo engañaban y le quitaban dinero.

La tele empezó a verse mal y él cambió al canal de deportes, que no funcionaba cuando yo la había encendido. Me apartó los pies y se sentó a ver el boxeo.

—Me parece que sé cómo termina esto —dijo.

—Pues no me lo estropees.

Uno de los boxeadores era mejor al principio. Vi venir el final del combate y supe que el que parecía peor terminaba dejando KO a su oponente tres veces seguidas, muy rápido.

Tío Richard se rascó el pecho y dijo que iba a por una cerveza.

—¿Quieres algo?

—No, gracias —contesté.

Volvió y se sentó. Seguimos viendo la pelea y, no sé cómo, mientras los boxeadores se daban puñetazos, tío Richard me había pasado el brazo por el cuello y me tocaba el hombro con los dedos. Noté que me dibujaba algo con el índice. Entonces reconocí la forma. Era una letra

Z.

Empecé a retorcerme y me preguntó qué pasaba.

—Tienes que espabilarte o terminarás como tu hermano —me dijo, y eso no me gustó y me dieron ganas de gritarle, pero tampoco quería que Gert se metiera en líos.

Él y yo habíamos hecho un juramento de meñiques, que era como un pacto vikingo, aunque por entonces yo no sabía que era vikinga y no lo llamaba así. No me enteré de que era vikinga hasta que Gert me regaló el *Manual del vikingo* de Kepple, por Navidad. Desde que Gert se había puesto más grande que tío Richard, siempre estaban discutiendo por algo. Tío Richard le daba bofetadas y lo llamaba «niño» y le decía que, si vivía bajo su techo, cumpliría sus normas.

Aunque fuéramos parientes, no éramos de la misma tribu por cómo trataba a Gert.

Mientras estaba sentada en el sofá, procuré ver la tele y recé para que tío Richard no oyera a Gert.

Se empezaron a oír ruidos de sexo procedentes del dormitorio, y para disimularlos tosí y dije que me estaba acatarrando.

—Está todo el mundo igual —me dijo él. Luego me pidió que lo esperara allí mientras iba a por *brandy*—. Un antiguo remedio de la familia —me dijo cuando volvió con la botellita, que olía dulce pero también fuerte. Echó un poquito en el tapón que le había quitado a la botella y me lo dio—. Cuando de pequeños estábamos malos, tu madre y yo solíamos tomar un poquito de esto y nos calentaba enseguida. —Le dije que olía mal y me contestó que de eso se trataba—. Confía en mí —insistió—. Bébetelo todo de un trago.

Hice lo que me decía y el *brandy* me entró en el estómago y me lo calentó. Puse cara de asco.

—No sabe muy bien —dije.

—Ya, pero te hace sentir mejor, ¿verdad? —Sonrió, enseñando los dientes, que le habían blanqueado para que no los tuviera ya tan amarillos del café y del tabaco.

Volvió a pasarme el brazo por el cuello y esa vez noté que su dedo iba de mi hombro a mi brazo, y de pronto tenía su mano entre el brazo y el cuerpo. Gert a veces les pasaba el brazo por los hombros a sus novias de ese modo. Entonces noté que me tocaba el pecho y me quedé helada.

Los ruidos de sexo de Gert se oyeron más fuerte y esa vez me olvidé de toser. Mi tío dejó de tocarme. Los había oído.

—¡Cabronazo! —dijo, y se levantó para ir al cuarto de Gert. Intenté retenerlo, pero me empujó hacia el sofá—. No son horas de andar follando —dijo.

Me quité enseguida la manta de encima, salí corriendo e intenté plantarme delante de la puerta.

—Aparta —me dijo.

—No —dije yo, y como Gandalf en *El señor de los anillos*, añadí—: NO PUEDES PASAR.

Abrió la puerta de golpe. Las luces del dormitorio estaban apagadas, pero la del salón lo iluminaba todo. Gert estaba de pie detrás de Charlene, que tenía los brazos apoyados en la silla de su escritorio. Estaban desnudos los dos.

Ella volvió la cara y corrió a la cama, y Gert preguntó qué coño pasaba.

—Sal de aquí, zorra —dijo tío Richard, tirándole la ropa a Charlene—. Tu madre se avergonzaría de ti.

Hubo muchos gritos y Charlene empezó a ponerse la blusa. Gert

le plantó cara a tío Richard, que iba vestido, no como él.

—¿Qué te pasa? —dijo, y tío Richard le cruzó la cara de un bofetón.

Charlene gritó y corrió a mi lado en ropa interior, abrazada a las otras prendas.

—Eres una basura blanca, igual que tu padre —le dijo tío Richard.

Cuando dijo eso de nuestro padre, Gert le dio un puñetazo. Era la primera vez que le pegaba, mientras que tío Richard le había pegado mucho a él. Empezaron a pelearse, y yo no sabía qué hacer para detenerlos. Cayeron sobre el escritorio y tumbaron una lámpara. A tío Richard se le dobló la pierna de una forma rara y, por primera vez, no pudo ser más poderoso que Gert.

Así que empecé a gritar, todo lo fuerte que pude, hasta que dejaron de pelear. Tío Richard se apartó de Gert y se quedó entre los dos, respirando rápido y fuerte.

—¡Calla! —me dijo.

Gert se limpió la sangre de la boca.

—¡No le grites! —dijo.

Y tío Richard levantó las manos como rindiéndose y salió del cuarto diciendo que lamentaba el día en que había decidido acogernos. Cuando se fue, dejé de gritar. Gert se puso los calzoncillos y se sentó en la cama, tapándose la cara con una camiseta para parar la sangre.

—¡Joder! —dijo, dándose un golpe en las rodillas—. Ahora se va a enterar de esto todo el instituto. ¿Por qué se lo has dicho?

—No se lo he dicho —dije—. Hacías mucho ruido y te ha oído.

—¡Joder! —repitió Gert, y tiró la camiseta al suelo y cogió un calcetín para parar la sangre.

Me senté a su lado en la cama.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo, volviendo del revés el calcetín para poder ponérselo en la nariz por la parte limpia—. Como cojones sea.

7

A la mañana siguiente, la mañana del examen parcial, me propuse despertar a Gert y hacerle un desayuno poderoso antes del examen, a pesar de que estaba cabreada con él por beber y tener sexo toda la noche con alguien que no era
AK
47.

Pero se había ido y la chica también. Su puerta estaba cerrada con llave y sus zapatos no estaban allí, y la casa estaba en silencio. Fuera el día empezaba a ser ruidoso, con los coches y la gente que iba a trabajar.

—Mierda —dije.

La palabra del día era «disensión», que es cuando las cosas no encajan. Es una palabra muy antigua, según el diccionario, y también puede querer decir «desacuerdo».

Anoche Gert y yo tuvimos una disensión sobre a quién se podía dejar entrar en el apartamento.

«Vamos a tener que poner fin a nuestra disensión», le diría a Gert cuando volviera a casa después del examen, para asegurarme de que sabe que no me agrada que haya desconocidos en nuestra casa.

Después de practicar la palabra del día diciéndola en tres frases para que no se me olvidara, me acordé de que quería ayudar a Gert para su examen. Me miré el reloj para comprobar que aún tenía tiempo de sobra para realizar un sacrificio en honor de Gert antes de coger el autobús de las 11:15 para ir a leer a la biblioteca.

Kepple dice que se pueden sacrificar animales, y humanos, y también objetos para demostrar a los dioses cuánto los respetas y para pedir cosas. Con mi sacrificio, quería pedir que Gert triunfara y demostrara a todos que no es un matón ni un torpe.

Para que el sacrificio funcione, el objeto tiene que ser

importante. Eso es lo que significa la palabra: renunciar a algo que te gusta. Di una vuelta por el apartamento, tratando de encontrar algo importante que sacrificar en el tarro del café.

Los objetos más importantes para mí eran:

- La foto de mamá, Gert y yo de bebé.
- El vídeo de mamá.
- La carta que me escribió Marxy diciéndome que me quiere.
- El *Manual del vikingo* de Kepple que Gert me regaló en Navidad.

Inspiré hondo. No quería sacrificar ninguna de esas cosas. La que más quería era la foto de los tres. Era la que tenía más poder, aunque fuera muy pequeña y me cupiera en el bolsillo.

—Vale —dije, sacando la foto del plástico—. Este es mi sacrificio por Gert.

Estaba orgullosa de Gert por ir a la universidad, porque nadie pensaba que pudiera hacerlo. O casi nadie.

AK

47 y yo pensábamos que podía hacer cualquier cosa. Él no tenía un diploma del instituto. Si hubiera tenido uno, habría podido ir a esa universidad que decía que se lo pagaría todo si jugaba al fútbol en su equipo.

Fue

AK

47 la que convenció a Gert de que fuera a la universidad. Se había reventado la rodilla en su último año de instituto, lo que quería decir que se había roto de una forma que le costaba caminar. Consiguió un trabajo en una gasolinera y le empezó a salir un michelín grande en la cintura. Ya ni siquiera se le veían las venas de los brazos.

Algunos días,

AK

47 y yo íbamos a verlo. Íbamos en el coche de ella y así Gert le ponía gasolina. A ella le parecía divertido hacerle hacer eso, pero luego siempre se quejaba de que la gasolina era demasiado cara en el sitio donde trabajaba él. No le gustaba que trabajara en la gasolinera. Decía que era una chorrada, que estaba desperdiciando su talento y que podía volver a ser un héroe, aunque ella no lo dijo

con esas palabras.

Gert es el líder de nuestra tribu y, cuando la gente pensaba que era un matón y que no era listo, era como si hablara del resto de la tribu. Gert me había protegido en el instituto de personas que me llamaban retrasada, y ahora la gente pensaba que él era estúpido y que nunca sería un héroe.

Un día,

AK

47 le trajo un papel que había visto colgado en el centro cívico. Era de una beca en la universidad para gente como Gert, que tenía problemas económicos y había pasado algo que llamaban «apuros».

—Si te presentas a tiempo, haré eso que te gusta —le dijo

AK

47, dando unos golpecitos al papel en la mesa de la cocina, delante de Gert.

—¿Qué es eso que te gusta? —le pregunté, pero se estaban mirando y no me escuchaban.

Y al final Gert dijo:

—Durante una semana.

Y

AK

47 sonrió y dijo que trato hecho.

Todas las noches, cuando llegaba a casa de la gasolinera, preparaba su carta de presentación.

AK

47 no quería decirme de qué iba la carta. Tampoco me dejaba leerla.

—Que te lo cuente él si quiere.

—¿Y por qué tú sí la has leído?

—Porque soy una hipócrita y no te va a quedar otra que acostumbrarte, ¿vale?

«Hipócrita» es una de las diez palabras de mi lista de palabras favoritas, junto con otras como «florecer» y «pedigrí» y «cursiva». No uso ninguna de esas palabras y, en realidad, nadie las usa nunca a mi alrededor, así que cuando las oigo me emociono. Hipócrita es alguien que dice una cosa y luego va y hace lo contrario, pero espera que todos los demás hagan lo primero. Por ejemplo, si te dijera que no corras descalzo cerca de la piscina y luego lo hiciera

yo, sería una hipócrita.

Gert terminó consiguiendo la beca y dejó su trabajo en la gasolinera.

Para poder conservarla, tenía que sacar buenas notas, por eso estudiaba tanto Macroeconomía. Con su beca, teníamos dinero para comida, para su coche y cosas como el doctor Laird.

La carta que escribió para conseguir la beca era poderosa, pero no me dejó leerla.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Cuando seas mayor —me dijo, pero incluso cuando fui mayor me dijo que no, que contaba cosas privadas que no me iban a gustar.

—Ponme a prueba —dije yo.

No quiso ponerme a prueba.

Cuando fui a la cocina vi que Gert se había dejado su calculadora gráfica especial, que le había costado casi cien dólares. Estaba en la mesa de la cocina. Era un arma esencial para vencer a los exámenes para los que estudiaba.

—¡La hostia! —dije.

Sin la calculadora especial, el examen le saldría desastroso.

Cuando lo llamé para decirle que se la había dejado, no cogió el teléfono. Miré el reloj. Luego me acerqué a su calendario de la nevera y busqué la casilla donde ponía MACROECONOMÍA.

El examen estaba a punto de empezar y no sabía si tendría tiempo de volver a por la calculadora.

El corazón me iba muy deprisa.

Me senté y respiré hondo diez veces.

AK

47 no me cogía el teléfono. La fotografía de mamá, Gert y yo me miraba fijamente y todos sonreíamos en la foto. Era como si intentaran decirme algo, incluso yo de bebé.

Había una norma por la que solo podía ir en autobús a sitios a los que Gert y yo ya hubiéramos ido juntos al menos una vez, para que supiera ir y no me perdiera, y para asegurarme de que no eran sitios peligrosos. Solo había estado en la universidad de Gert una vez, cuando él,

AK

47 y yo habíamos ido a visitarla antes de que él decidiera ir. Para

Kepple, la universidad sería territorio extranjero, y era un lugar que yo no había conquistado. Encontré la dirección en el calendario de exámenes, luego abrí Google Maps y averigüé qué autobús había que coger.

No me gustaba incumplir la norma del autobús, pero Gert no vencería sin su calculadora, suspendería el examen y perdería la beca, con lo que la tribu perdería tesoro de sus arcas. Además, de vez en cuando los héroes de las leyendas tienen que incumplir las normas para salvar a las personas que les importan.

Cogí la mochila y metí la calculadora especial dentro. Luego le susurré una oración a Odín para que me bendijera en mi cruzada.
La parada de autobús que hay cerca de nuestro apartamento tiene muchas pintadas y suele oler a pis. Procuré no sentarme en el banco, porque es ahí donde duerme el indigente por las noches, en el asiento, con comida que la gente le deja en el suelo.

Alguien debía de haberle dejado un menú del Burger King. Había un montón de envoltorios de hamburguesas y patatas fritas.

Me llevé el mapa para enseñárselo al conductor del autobús.

—Tengo que ir aquí —le dije—. ¿Usted va ahí?

Asintió con la cabeza. Pagué el billete, que costó tres dólares, y me senté cerca de él, como hacía con
AK
47 cuando conducía.

El conductor llevaba una barba larga. Al principio no quería hablar y solo miraba al frente a través de sus gafas de sol grandes en las que se veía lo que estaba mirando como si fuera la pantalla de un cine.

Cuando empecé a hablar con él, bajó la radio para escucharme. Le dije que tenía que ir al campus para salvar a mi hermano.

Le conté que Gert nos había salvado de vivir con tío Richard, que era un gilipullo colosal. La casa de tío Richard siempre estaba llena de gente villana que se enfadaba con Gert, y a veces discutía con él. Gert había conseguido la beca y nos habíamos mudado al apartamento en el que vivíamos ahora, que estaba muy lejos de la gente rica, pero tampoco estaba demasiado cerca de personas malas de verdad como tío Richard.

—Me parece que tu hermano debería salvarse a sí mismo —me dijo el conductor.

—Yo tengo un hijo así —dijo la señora que estaba sentada enfrente de mí—. No escucha a nadie.

—¿Tu hermano también es un desastre? —me preguntó otra señora con un impermeable amarillo.

Negué con la cabeza.

—Él es listísimo, pero hasta las personas fuertes y listísimas necesitan ayuda —le contesté.

—En eso te doy la razón —dijo la primera señora.

—Mi madre era alcohólica —dije—. Bebía cuando me tenía en la tripa y por eso no salí normal. Muchas personas dicen que soy retrasada, pero eso no se debe decir.

—Ajá —dijo el conductor, y se rascó el cuello con las uñas. Sonó como si frotara un váter con la escobilla.

—Yo puedo usar la palabra «retrasada» si quiero —añadí—. No pasa nada. Cojo el poder de la palabra y lo uso para bien, como cuando las personas negras usan la palabra que empieza por ene.

Una vez había oído a

usar la palabra que empieza por ene, que era una palabra que ella se aseguraba de que Gert no usara nunca. Y eso fue lo que me dijo, que a veces puedes coger una palabra fea que la gente usa contigo, como «retrasada», y sacarle el aire como si fuera un globo. Pero también me dijo que solo alguien a quien había ofendido la palabra que empieza por ene podía usarla así.

—Si no, ofende a la gente —dijo, y yo no lo entendí hasta que pensé en la palabra «retrasada», en cómo se usaba para ofender a la gente y en cómo podía conseguir que no me ofendiera a mí.

Otra cosa es que mucha gente pone cara rara cuando hablo de mamá y de que me envenenó sin querer.

El doctor Laird tiene muchos panfletos, y hay páginas web también que explican lo que pasó cuando mamá bebía cerveza y otras cosas mientras yo era un bebé dentro de ella.

Por ejemplo, la gente como yo puede tener caras «anormales», que no es mi caso, y cabezas más pequeñas. Son bajitos como yo y puede que les cueste estar quietos y pensar, que es algo con lo que me ha ayudado el doctor Laird. También pueden tener huesos débiles y necesitar mucho calcio, que alimenta los huesos, para seguir fuertes.

—A mi linda doncella lo llaman retrasado muchas veces —dije—. Le fastidia, así que cuando oigo que alguien lo llama así lo obligo a disculparse.

—¿A tu linda qué? —preguntó la mujer de enfrente.

—A mi linda doncella. Se llama Marxy.

—Las doncellas solo pueden ser chicas —me dijo la mujer—. Eso es lo que significa la palabra.

—Bueno, a mí me da igual lo que signifique la palabra, porque es mi leyenda.

Se me quedó mirando un buen rato.

—Bueno, el caso —dijo la mujer— es que la gente a veces necesita ayuda. Sobre mi hijo, nos juntamos todos un día para decirle lo mucho que lo queríamos. Ya sabes. Que tiene niños que criar. A lo mejor puedes hacer algo así con tu hermano…

Parecía una buena idea. Pensé en quién podía ayudarme. Estaba AK
47, que decía que odiaba a Gert, a pesar de que lo quería. También se lo podía pedir al doctor Laird. Esos eran los únicos amigos de Gert que yo conocía y me caían bien.

El autobús volvió una esquina muy bruscamente y el conductor me dijo que llegaríamos al campus enseguida.

—¿Te las apañarás? —me dijo.

Le contesté que sí. Paró el autobús y le enseñé el apretón de manos especial de los vikingos, con el que le coges la muñeca a la persona. Luego al final hicimos un choque de puños.

—Buena suerte —me dijo.

—A usted también —contesté—. *Happ*.

Happ significa «buena suerte» en vikingo, igual que *gipta*, que le dije después, porque no sabía qué diferencia había entre los dos tipos de suerte.

Cuando la gente empezó a subir al autobús, entrando como una colosal marabunta, el conductor alargó la mano y dijo con voz atronadora: «ESPEREN SU PUÑETERO TURNO».

Y la gente, que eran sobre todo jóvenes y estudiantes con libros y mochilas, dejaron de intentar subir al autobús. Me sentí como una heroína que acababa de vencer a hordas de guerreros malos. Se apartaron y me dejaron bajar del autobús.

—El edificio del centro —dijo el conductor antes de dejar que

volviera a subir todo el mundo—. El alto de las campanas.

El campus de la universidad es colosal y me recuerda a las imágenes que he visto de ciudades vikingas, con montones de personas de aquí para allá. Nadie lleva espadas ni hachas ni sombreros de los que sobresalen huesos de animales, eso sí. Los estudiantes no parecen vikingos ni mucho menos. No tienen mucho músculo, al menos la mayoría. Algunos de los que vi eran grandes y les habría ido bien en el campo de batalla. Pero el campo de batalla al que iban ellos estaba en el cerebro.

Cuando Gert entró en la universidad, él,

AK

47 y yo fuimos juntos a dar una vuelta por allí.

AK

47 silbó y dijo: «No está mal para ser una universidad estatal», y Gert se encogió de hombros y se rascó el codo. Llevaba sus pantalones anchotes y algunas personas que venían hacia nosotros procuraban pasar lo más lejos posible de nosotros cuando nos cruzábamos por la acera.

Eso le pasa mucho a Gert. Es como si no solo fuera grande, sino más grande aún cuando camina.

AK

47 le frotó el hombro y le dijo que no se preocupara.

—Lo único que importa es tu cerebro —le dijo—. Deja que esos idiotas sean unos pinchamierdas.

Mientras recorría la universidad con la calculadora de Gert y la hoja de su calendario de exámenes en la mano, empecé a ponerme nerviosa, porque había mucha gente alrededor y yo no estaba con nadie que conociera. Tenía el corazón como un pájaro, chocando contra la jaula dentro de mí. En mi cabeza, le dije al pájaro que dejara de volverse loco, que ya era hora de que fuera un pájaro vikingo y no un cobarde.

Me froté las sienes, cerré los ojos y conté hasta diez.

—¿Te encuentras bien?

Abrí los ojos y vi a una chica plantada delante de mí. Llevaba un libro grande y gafas de sol, que no brillaban tanto como las del conductor de autobús, y las llevaba en la punta de la nariz.

—Estoy bien —contesté.

—¿Te has perdido?

Asentí con la cabeza. Me preguntó adónde quería ir. Le enseñé el calendario de exámenes de la nevera donde estaban las clases de Gert. Pasaba gente por mi lado y alguien me dio con la mochila sin querer.

La chica empujó a la persona y dijo:

—¡Capullo, mira por dónde vas!

Leyó la información del papel y me dijo que el sitio al que quería ir no estaba lejos. Le conté que el conductor del autobús me había dicho que era el edificio del campanario.

—No. Aquí. Ven —me dijo, y empezó a andar.

La seguí. Mientras andábamos, me preguntó qué hacía en el campus y quién era, y yo le dije que tenía que salvar a mi hermano.

—Necesita su calculadora especial para poder hacer el examen.

—Los parciales son una putada —dijo la chica.

—Se llama Gert. ¿Lo conoces? —le pregunté, y cuando le dije el nombre me dijo que no, pero que el campus era muy grande. Subimos una cuesta.

—Viene mucha gente aquí, pero ese nombre es muy raro.

Al final de la cuesta me señaló un edificio con una bandera asomando en lo alto. Era grande y metálico con muchas ventanas.

—Ahí es donde está Económicas. La clase de tu hermano estará allí. —Me devolvió el papel—. Segunda planta.

Le di las gracias y le dije que le fuera bien y chocamos los cinco. Ella añadió un gesto con el que retiraba la mano después de que chocáramos los puños y hacía un ruido como de explosión.

Subí corriendo la escalera del edificio hasta la segunda planta y seguí por el pasillo, leyendo los números de las puertas, que eran muy pequeños. Dentro de las aulas, todos los alumnos tenían el lápiz en la mano y lo estaban usando para librar batalla con la hoja de papel que tenían delante. Muchos de ellos tenían calculadoras como la que usaba Gert.

Así supe que estaba en el edificio correcto.

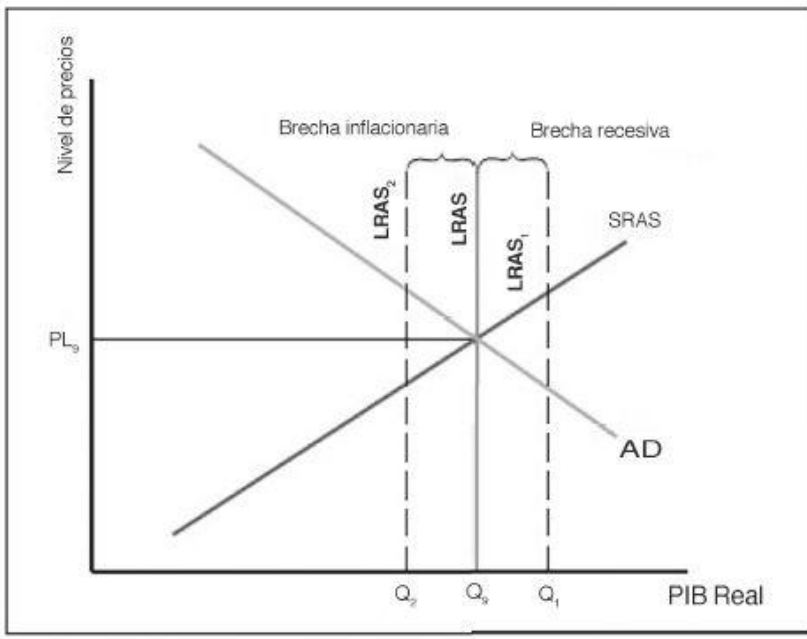
La puerta del aula que estaba anotada en el papel tenía una ventanita. No encontraba a Gert y la ventanita no era lo bastante grande para que viera el aula entera, que parecía un cine con los alumnos sentados en sillas y una profesora abajo. Un ordenador lanzaba imágenes a una pantalla que había delante.

En la pantalla había números y cosas que yo no entendía.

Pegué la oreja al cristal de la puerta para poder oír a la profesora del principio del aula, que hablaba muy alto.

—La imagen proyectada corresponde a la pregunta diecisiete —decía.

El proyector cambió la imagen y mostró otra aún más rara.



«Este es el momento», me dije. Cerré los ojos y abrí la puerta, que hizo un fuerte ruido metálico.

La profesora, al principio del aula, dejó de hablar. Los alumnos, sentados en sus sillas, se volvieron a mirarme. Se quedaron todos calladísimos, como si en vez de soltar una bomba que explotara hubiese soltado una que absorbiera todo el sonido.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó la profesora.

Saqué la hoja de Gert y leí lo que ponía debajo de Macroeconomía. La doctora Gillroy era la profesora que daba la clase de Gert.

—¡¿Es usted la doctora Gillroy?! —le grité a la mujer.

Los alumnos que estaban sentados empezaron a cuchichear unos con otros y a reírse.

La mujer era mayor y tenía el pelo gris, encrespado y tieso.

Cuando le pregunté su nombre la segunda vez, los alumnos se volvieron hacia ella para ver qué contestaba. Empezaron a enfocarme con los móviles.

—En efecto, y está interrumpiendo usted mi examen —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Estoy buscando a mi hermano —dije—. Está en esta clase. Tengo que darle esto. —Abrí la mochila y saqué la calculadora especial de Gert—. Para el examen.

—¿Alguno de ustedes conoce a esta joven? —preguntó la profesora extendiendo los brazos.

Miré por toda el aula buscando a Gert. Lo llamé en voz alta. Nadie levantó la mano para decir que era Gert.

—¿Conoce alguien a un tal Gert? —preguntó.

Fue entonces cuando se levantó una mano. No era la de mi hermano. Era la de una chica que estaba sentada en la última fila, de pelo rubio recogido en una coleta. Llevaba gafas y tenía los brazos flacos.

—Creo que sé de quién habla —dijo.

—¿Y…? —dijo la profesora.

—¿Me permite un momento? —le preguntó a la profesora, que miró el reloj.

—El examen ya empieza con retraso.

La alumna preguntó si podía acercarse a hablar con la profesora. Bajó la escalera del aula hasta la parte de delante. La chica y la doctora Gillroy hablaron en voz baja y luego la chica subió los escalones hasta mí y dijo que conocía a Gert y que mejor saliéramos a hablar fuera, porque estábamos molestando a los demás.

Fuimos a la cafetería. Me dijo que se llamaba Jenny y que conocía a Gert, solo que lo dijo de una forma rara y luego me preguntó cómo le iba.

—Bien —dije yo—. Tendríamos que ir a buscarlo si no está en el examen. A lo mejor se ha perdido.

—Me parece que no. —Sonrió—. Os parecéis un montón. Veo el parecido.

—Me faltan tatuajes.

Y Jenny rio y dijo que era cierto. Se mordió una uña.

—Entonces, lo estás buscando y te ha dicho que estaba en clase.

—Y que tiene un examen.

—Nos conocíamos —dijo Jenny—. A ver, no éramos amiguísimos ni nada, pero nos veíamos fuera de clase. —Volvió a morderse la uña.

Le pregunté si eso quería decir que habían tenido sexo. Se puso colorada. Casi todas las chicas que conocían a Gert habían tenido sexo con él.

—No pasa nada —dije—. Gert tiene sexo con mucha gente.

—Sí —contestó ella—. Me daba esa impresión.

Me dijo que habían sido parte del mismo grupo de estudio para la clase de Economía, la del examen grande. Le dije que él había ido al grupo de estudio la noche anterior.

—Anoche —dijo ella.

—Volvió a casa muy tarde y estaba borracho. A veces le gusta salir y tomarse unas cervezas después de estudiar, a pesar de que sabe que no me gusta que se emborrache.

No sé por qué, ella no quería que nuestros ojos se encontrasen. La gente suele hacer eso cuando sabe algo que no te quiere contar.

Así que le puse ESA CARA que

AK

47 me había enseñado, directa a la cara y a los ojos.

Jenny suspiró.

—Vale, seguramente no es asunto mío, pero me parece que no le va muy bien en clase.

Fruncí el ceño.

—No me ha dicho nada.

Me contó que hacía un tiempo que Gert no iba a clase y que no era la primera vez que no se presentaba a un examen.

—Tampoco se presentó al de Estadística. Y hace semanas que no lo veo en clase.

Le dije que eso era imposible. Gert había estado estudiando y yendo a clase.

—No es una persona que mienta —le dije—. No es tan poco honorable. Además, nosotros no mentimos a los de nuestra tribu. Esa es una norma importante.

Jenny vio a un chico con una bandeja de comida y lo llamó.

—Karl, ¿puedes venir un momento?

Karl era bajo y tenía forma de balón, con una tripa enorme. Además, era pelirrojo, como Zanahoria, el del centro cívico. Se

sentó en la silla libre y dejó la bandeja en la mesa. Llevaba sopa y un sándwich de atún.

—¿Qué pasa? —preguntó, me miró y luego miró otra vez a Jenny.

—Esta es Zelda, la hermana de Gert —dijo Jenny.

—Hola —dijo él, y nos dimos la mano de forma divertida—. Guay. ¿Dónde coño se ha metido? Casi no me queda maría. —Karl desenvolvió el sándwich de atún, quitándole el plástico—. El campus está seco de cojones.

Jenny hizo un ruidito con la garganta.

—¿Qué? —dijo Karl.

Cuando hablaba, yo le veía la comida en la boca. Entonces me miró, se tapó la boca y se disculpó.

—¿Qué tiene que ver Gert con que no te quede maría? —pregunté yo—. ¿Y qué es maría?

Karl miró a Jenny.

—Ah, bueno, es que él es…

Se interrumpió y le dio otro mordisco al sándwich.

—Zelda ha venido hasta aquí para traerle a Gert la calculadora gráfica, para Economía —dijo Jenny.

El resto del sándwich de Karl desapareció en su boca.

—He oído decir que va a suspender, sí o sí —dijo—. Igual lo sancionan, ¿no?

—Yo no he oído eso —dijo Jenny.

Planté las manos en la mesa y extendí los dedos.

—Vale —dije—, ¿qué significa eso?

—Significa que, o no está yendo a clase, o está suspendiendo los exámenes. Igual las dos cosas. —Asintió con la cabeza—. No creo que lo hayan expulsado por traficar, así que seguramente no es eso. De todas formas, si consigues hablar con él, ¿le puedes decir que me llame? Karl, ¿vale? Él tiene mi número.

Cuando llegué a casa estaba muy enfadada y decidí tomar medidas. Había ido hasta la universidad a llevarle la calculadora. Si Karl estaba en lo cierto, Gert se había metido en un buen lío.

Me insiste mucho en que no entre en su cuarto cuando no está en casa. Siempre he respetado sus deseos, pero tenía que averiguar quién decía la verdad y quién mentía. Si Gert no había dicho la verdad sobre lo de ir al examen, eso era una mentira. Pero si había

dejado de ir a clase y estaba suspendiendo, tenía que habérmelo dicho.

Sabía que Gert tenía libros y papeles en su mesa que decía que eran de clase. Dejé la mochila en mi cuarto y fui al de Gert. Llamé a la puerta y dije que era yo, que me abriera.

Si no estaba en clase, tendría que estar en casa.

Todo estaba en silencio.

La puerta de Gert cerraba con llave, pero yo sabía que si desmontas un bolígrafo y usas el tubo de plástico que va dentro, lo puedes meter por el agujero redondo de la cerradura y apretar, y la cerradura a veces se abre.

AK

47 me había enseñado a hacerlo.

Así que fui a por un bolígrafo y abrí la puerta.

Gert no se estaba escondiendo allí para no hacer el examen.

Su cuarto no estaba muy limpio y olía al desodorante que se echa en los sobacos y también a colonia, y a ropa sucia y a sus sobacos. Al Pacino me miraba desde el cartel de *El precio del poder* y me decía «¡DILE HOLA A MI AMIGUITO!».

A Gert le gusta tenerlo todo limpio y ordenado. Su cuarto desordenado era raro. Yo no sabía dónde buscar, así que empecé por la mesa y miré los papeles que había allí. Parecían deberes y cosas de la universidad. No me ayudarían mucho.

Miré debajo de la cama y en los cajones de la mesa y en los de la mesilla de noche, donde guardaba los condones para tener sexo y también los calcetines.

Su cuarto tiene un armario más grande que el mío. Entré en él y aparté todas las camisas que tenía colgadas. Era como estar en la selva y que te atacaran todas las plantas. En casa de tío Richard guardaba todas sus cosas importantes en nuestro armario, detrás de un montón de ropa.

Vi la bolsa de deporte que le había dado Tucán.

La puse encima de la cama de Gert y abrí la cremallera. Había dos sobres: uno estaba vacío y el otro tenía dinero dentro. Todos los billetes eran de veinte dólares. Los conté dos veces y había doce billetes. En el sobre había también un papelito, doblado, arrancado de un cuaderno. Gert había escrito nombres en él y un número al lado de cada nombre. Algunos de los nombres estaban tachados con

una cruz.

Guardé el dinero y el papelito en el sobre otra vez. Luego metí la bolsa de deporte en el armario. Había una caja escondida detrás de la bolsa de deporte que no había visto antes. Era metálica y tenía una llave en la cerradura.

Giré la llave y abrí la caja.

Dentro había una pistola.

8

«¡Pinchamierdas!», le grité a la pistola, a pesar de que era de metal y no me oía. También le grité: «*Níðingr!*», una palabra de Kepple que quiere decir «sinvergüenza, o persona de la que uno no se puede fiar».

Lo malo de las pistolas es que se pueden disparar por accidente, y en la tele siempre salen personas a las que han disparado y han muerto. A veces hasta niños y bebés. Antes de que
AK
47 me dejara ponerle el nombre de una ametralladora, se aseguró de que sabía que las pistolas son peligrosas y que las personas que las usan para hacer daño a otros son unos cobardes. No me gustaba la idea de que Gert fuera un cobarde que usaba pistolas como un villano, así que dejé de tocarla.

—¡Pinchamierdas! —dije, porque si Gert tenía una pistola, se podía disparar por accidente y matar a un bebé—. ¡Pinchamierdas, *níðingr*, pinchamierdas, *níðingr*!

Los vikingos no tenían pistolas. Dejaron de ser poderosos y desaparecieron en el 1050
d. C.
En el 1250
d. C.
se usó el primer cañón en una batalla. Así que no les dio tiempo a inventar las pistolas.

En el instituto, cuando Gert aún jugaba al fútbol, a uno de sus amigos del equipo de fútbol le dispararon en la calle. Gert no estaba allí, pero todo el instituto tuvo que ir a una reunión en el gimnasio para hablar de que a aquel chico le habían disparado y de que las pistolas eran muy peligrosas.

Pusieron en la pared una foto del chico, del anuario, y la gente

lloraba. Yo también lloré, a pesar de que no conocía al jugador de fútbol que había muerto. Llorar es como bostezar. Cuando llora una persona, empieza a llorar todo el mundo. Gert no lloró en el gimnasio, pero sí cuando volvimos a casa de tío Richard. Después del tiroteo, pusieron detectores de metales y policías en el instituto, con lo que todo el mundo estaba enfadado y nervioso a la vez.

Pensé en la lista de COSAS QUE NECESITA UNA LEYENDA. Para usar una espada hace falta destreza, y es un arma poderosa en las manos de un maestro. Muchos cobardes y villanos usan pistolas. Como héroe, Gert no debería tener una.

Mientras estaba en el cuarto de Gert, maldiciendo la pistola, oí que se abría la puerta del apartamento.

—Zelda… —me llamó Gert, y me entró el pánico.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, tenía la pistola en la mano, que no era lo que pretendía. Yo quería dejarla en la habitación y no volver a pensar en ella. Pero de pronto la tenía en las manos y no quería sostenerla más.

Gert volvió a llamarme.

El pánico seguía dentro de mí y guardé la pistola en la caja, la cerré con la llave y la metí en el armario, detrás de la bolsa de deporte, lo más rápido que pude. Cuando Gert asomó por el pasillo, yo acababa de salir de su cuarto.

—¿Qué hacías en mi cuarto? —preguntó.

—¿Por qué me estabas mintiendo? —le pregunté yo.

Pasó furioso por mi lado y miró en su cuarto. Me preguntó cómo era que su ropa estaba por ahí tirada si yo no había estado allí dentro. Miró en el armario donde yo había encontrado la caja con la pistola. Anduvo buscando por allí y salió y dijo:

—¿Qué norma tenemos sobre nuestras normas?

—¿Qué norma tenemos sobre mentirme con lo del examen parcial? —le repliqué yo.

—¿De qué me estás hablando?

Entré en mi cuarto, cogí la calculadora, la sostuve en alto y dije:

—Te has dejado la calculadora.

—Ah —dijo, y la cogió—. Para este examen no hacía falta. Para Estadística sí. Para Macro no. Pero la estaba buscando.

—Pero la usas para estudiar —dije yo.

—Esto eran preguntas de texto. Para eso no hace falta

calculadora, ¿no?

—No —contesté.

—¿Y podemos acordar, de una vez por todas, que tú no entras en mi cuarto y yo no entro en el tuyo? ¿No es eso una cuestión de respeto?

Asentí con la cabeza. Era una NORMA DE LA CASA que habíamos acordado juntos.

Me preguntó si tenía hambre. Antes de que pudiera contestarle, fue a la cocina, abrió la nevera y sacó los ingredientes para hacer un sándwich.

Empezó a cortar un poco de tomate.

—¿Qué? Me miras raro.

—No has hecho el examen hoy —le dije.

El cuchillo que tenía en la mano rebanó el tomate una y otra vez, haciendo clac en la tabla de cortar.

—¿Ah, no? Entonces ¿dónde he estado las últimas dos horas?

—Mintiéndome.

Suspiró y dejó el cuchillo.

—Muy bien, suéltalo ya. —Cuando le pregunté qué quería que soltara, me dijo—: Lo que sea que me quieres decir. Dilo ya.

Le conté que sabía que no había hecho el examen porque había ido a la clase que tenía marcada en el horario de la nevera. Se había dejado la calculadora y sin ella iba a suspender. Allí había conocido a Jenny y a Karl, y me había enterado de que estaba sancionado, que era algo muy malo y significaba que lo echarían de la universidad si no espabilaba.

—Y Karl se ha quedado sin maría —añadí.

Mientras yo hablaba, empezó a poner la mayonesa en las dos rebanadas de pan que habían saltado de la tostadora. No quedaba mucha mayonesa en el frasco y el cuchillo iba chocando todo el rato con el cristal.

—Nosotros también nos hemos quedado sin algo —dijo, enseñándome el frasco de la mayonesa—. ¿Te la has estado bebiendo o qué?

—No estoy de humor para bromas —le dije—. No has estado yendo a clase.

Dejó el frasco en la encimera.

—Vale, ¿quieres la verdad?

Le dije que sí.

—Nosotros somos sinceros y formamos parte de la misma tribu.

—He dejado Macro. La asignatura. Ya está. No tengo ni idea de por qué piensan que estoy suspendido o como se diga.

—Sancionado —lo corregí—. Que significa que te has metido en líos y que, si la jodes más, te echarán de la universidad.

Lo había buscado en Google y añadido a mi lista de palabras del día junto con «disensión».

—Sí, ya sé lo que significa.

Le pregunté por qué fingía que estaba estudiando para el examen si no había examen. Me contestó que sabía que para mí era muy importante que fuera a la universidad y que no quería que me enfadara.

—No quería preocuparte ni nada.

Me desenfadé un poco.

—Entonces ¿no te han echado de la universidad ni tendrás que volver a trabajar en la gasolinera?

—No, nada de eso va a pasar.

Se acercó con un plato en el que había un sándwich de mortadela cortado en dos triángulos. Cogí uno; estaba muy bueno. Le dimos un par de mordiscos a los sándwiches y entonces él se acordó de algo y dejó el suyo en el plato.

—Casi se me olvidaba. —Metió la mano en su mochila y sacó un sobre—. Tienes una carta.

Me la dio. Llevaba mi nombre escrito por delante y un sello de un casco vikingo.

—Yo no recibo cartas —dije—. Salvo de cosas aburridas, como del gobierno.

—Venga, ábrela —me dijo, dándole otro mordisco a su sándwich.

Rasgué el sobre y dentro había una tarjeta de Marxy.

Decía:

QUERIDA ZELDA:

GERT Y TÚ ESTÁIS CORDIALMENTE INVITADOS A CENAR EN MI CASA EL VIERNES A LAS 17:00. POR FAVOR, RUEGO CONFIRMACIÓN DE ASISTENCIA SI PODÉIS VENIR.

DON MARXY

Pregunté qué quería decir con «ruego confirmación de asistencia».

—Significa que le digas cuanto antes a esa persona si puedes ir —contestó Gert—. ¿Por qué?

No pude evitar sonreír.

—Nos han invitado a cenar.

—¿En serio?

—Con Marxy y su madre.

—Suena fatal. ¿Podemos decir que no?

—¡NO! —grité.

—Ya, ya, te estaba tomando el pelo. —Se terminó una de sus mitades de sándwich y se chupó los dedos—. ¿Cuándo es esa cena tan elegante?

—El viernes.

—El viernes. Me parece que tengo planes.

Le puse ESA CARA.

—Era broma. Vale, vamos. ¿Te parece bien?

—Y te tienes que portar bien y ser el perfecto caballero y ponerte guapo. Debes representar bien a nuestra tribu.

—Cuántas exigencias. ¿Algo más, capitana? —Me sonrió—. No puedo creer que hayas ido tú sola hasta la universidad. Es impresionante. Estoy orgulloso de ti.

Cogí mi sándwich, le di un mordisco grande y de repente ni la calculadora gráfica y ni la suspensión académica ni nada me importaba ya.

9

Llevaba toda la semana pensando en la cena con Marxy. Nos habíamos mandado como un millón de mensajes. No vino al centro cívico porque su padre y Pearl se estaban peleando por él y no conseguía decidir dónde quedarse.

Su padre quería que fuera durante el día a un colegio especial donde expertos como el doctor Laird podían prestarle más atención.

«Lo odio —me escribió—. Os echo de menos a ti, a Yoda y a Hamsa y a Sarah-Beth y a Big Todd y a Annie».

Yo le mandé un mensaje diciéndole que nosotros también lo echábamos de menos.

El jueves,

AK

47 me ayudó a decidir qué ponerme. Había un vestido que tío Richard me había comprado para la graduación de Gert en el instituto y que nunca me había llegado a poner. Era blanco y azul con florecitas. No llevaba mangas y por debajo se me veían un poco las tetas apretujadas en el sujetador.

También tenía unos zapatos bonitos con los que me dolían los pies.

AK

47 me dijo que así era como se sabía que algo era elegante: siempre terminaba siendo una mierda tener que ponérselo.

El viernes, a las 16:30 en punto, llevaba puesto el vestido y los zapatos, y esperaba a que Gert me recogiera a la entrada de nuestro edificio de apartamentos. Cuando fueron las 16:31, le mandé un mensaje para decirle que llegaba tarde.

Me contestó: «Dos minutos».

Marxy me escribió para decirme: «¡Qué ganas tengo de verte!».

Gert paró el coche en la puerta. Lo llevaba resplandeciente del

lavado de coches y él iba con su ropa bonita.

—Estás guapo —le dije, e hice el gesto de quemarte el dedo con la sartén que

AK

47 solía hacer cuando pensaba que Gert estaba sexi.

Él meneó los hombros y se recolocó el cinturón de seguridad.

—Pica una barbaridad. —Se tiró del nudo de la corbata—. ¿Estás nerviosa?

—Un poco.

—No lo estés. Todo irá bien —dijo, y me pasó el brazo por los hombros y me estrujó.

Condujo un rato. Al otro lado de la ventanilla estaba la ciudad, con todos sus edificios altos sobresaliendo. No era capaz de distinguir cuál era el de nuestro apartamento. Estaban lejos, y no solo en distancia. También parecían lejos porque el aire era distinto. Eran como dientes grises en una boca azul gigante.

—Ojalá pudiéramos hacer esto todo el tiempo —dije.

—¿El qué?

—Ponernos ropa bonita y salir a cenar.

Gert estuvo callado un rato.

—¿Sabes?, te pareces mucho a mamá con ese vestido. Ella solía ponerse vestidos así.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—No todo el tiempo, pero solíamos ir a la iglesia. Tú aún ibas en el cochecito.

Le pedí que me contara más. Se rascó la parte del cuello que le sobresalía por encima del nudo de la corbata. Me dijo que odiaba ir a la iglesia porque no le gustaba estar sentado sin moverse, pero que le gustaba ir con mamá.

—Era tan guapa, tío, que todo el mundo se paraba a hablar con nosotros.

Me contó que una vez habían intentado robarme mientras iba en el cochecito.

—¿En serio? —pregunté.

Gert rio.

—Sí, nos volvimos dos segundos y de repente alguien se llevaba el cochecito. Una anciana. Supongo que se pensaba que aún era

joven y que tú eras su bebé.

—¡La hostia! —dije.

—Sí. Pero me alegro de que no te robaran. Aunque a veces seas una cabeza de chorlito.

Me sonrió y le dije que yo también me alegraba de que no me hubieran robado.

La casa de Marxy estaba en las afueras y, cuando llegamos a la puerta, resulta que Gert tenía una botella de vino que yo no sabía que había comprado. La sacó del maletero, envuelta en una bolsa de papel marrón.

—Es lo que hace la gente cuando los invitan a cenar, ¿vale? —me dijo, enseñándome la botella—. Creo que para la cena es tinto, pero no estoy seguro.

—No lo sé. Nunca me han invitado a cenar.

Lo añadí a la lista de normas de mi cabeza: si te invitan a cenar, hay que llevar vino, tinto probablemente.

—¿Vamos a beber vino? —pregunté.

—No tenemos por qué —contestó Gert—. Sé que tú tienes una norma al respecto.

Por lo que le pasó a mamá y porque ella bebía demasiado, decidí que yo nunca iba a beber, nunca jamás. Era una norma para mí misma. Pero los vikingos bebían, sobre todo cuando estaban contentos y en un festín colosal, y yo estaba contenta e iba a un festín. Quizá haya normas distintas para pasarlo bien cuando te invitan a cenar.

Los vikingos siempre beben hidromiel y vino en los festines poderosos, pero no beben hidromiel y vino en ningún otro momento. Si bebes demasiado, no puedes batallar. Le pregunté a Gert si esa era una de las normas cuando te invitaban a cenar: que había que beber hidromiel.

—Bueno, pasa muy a menudo. Pero con hidromiel no. Ya nadie bebe eso.

—Entonces, podemos beber vino. Pero solo mientras comemos.

Caminamos por las piedras que había en el suelo de delante de la casa de Marxy, pasamos una puerta metálica y unas flores y un árbol grande.

Gert llamó al timbre y Marxy abrió la puerta. Llevaba una camisa bonita, azul marino, y unos pantalones marrones también

bonitos, de los que llevan una línea en el centro que se llama «raya».

—Hola —dijo—. Bienvenidos a mi casa.

Pearl se acercó a él por la espalda. Llevaba un vestido azul y una rebeca gris encima.

—Justo a tiempo. ¿Qué es esto?

Gert le dio el vino.

—No sabía qué coger, así que he pillado un merlot de esos.

—Gert no es muy de vinos —dije yo—. A él le gusta la cerveza.

Pearl sonrió y se hizo a un lado.

—Bien. Es un detalle. Pasad. Quitaos los zapatos.

—Nosotros también tenemos esa norma —dije yo, cerrando la puerta.

Solo había ido a casa de Marxy una vez, un día que ni su padre ni su madre podían llevarlo en coche al centro cívico y tuvo que recogerlo

AK

47. Esa vez me quedé en el autobús. Ahora que estaba dentro, vi fotos de Marxy de bebé en la pared, vestido con un traje de marinero, y también de su familia. Había un cuadro de un barco en el mar. La casa olía bien y suave, como cuando acabas de sacar la ropa de la lavadora.

La mesa ya estaba puesta. Pearl estaba sirviendo pollo y puré de patata. Nos sentamos con ella en uno de los extremos y Gert en el otro. Marxy y yo estábamos de frente. Pearl me preguntó si me apetecía un poco de vino. Abrió la botella con un sacacorchos y se sirvió un poco.

—Sí, por favor —dije.

—Yo también —dijo Marxy, y Pearl le dijo que podía tomar un poquito, pero no más de una copa.

—Una vez se bebió una sangría que tenía en la nevera y no te quiero ni contar la que armó —dijo Pearl.

—Vomité toda la noche —dijo Marxy.

—Lección aprendida —comentó Pearl—. ¿Vosotros sois religiosos? Aquí somos ateos, pero no me importa bendecir la mesa si es lo que hacéis.

—Está bien así, ¿no? —dijo Gert.

Marxy se volvió hacia mí.

—Zelda puede decir lo de los vikingos.

Me aclaré la garganta y cerré los ojos para recordar la bendición vikinga del libro de Kepple.

—Odín y demás dioses, bendecid esta recompensa que tenemos ante nosotros y comed vosotros también y disfrutadlo.

Pearl sonrió.

—Odín, ¿eh?

—Yo antes iba a un colegio católico —dijo Marxy, toqueteando el pollo con el tenedor—, pero lo odiaba.

—Los profesores eran muy puritanos. Toma, cielo, usa esto —dijo, y le dio a Marxy un cuchillo más afilado con el borde rizado, de esos que se usan para cortar carnes poderosas, como filetes.

Marxy se volvió hacia Gert después de cortar el pollo.

—¿Te dolió lo que llevas escrito en los brazos?

Gert se había remangado antes de cenar y se le veían los músculos y los tatuajes.

—¿Los tatuajes?

Marxy asintió con la cabeza.

—¿Es como dibujar con bolígrafo?

—No, es más bien como una aguja.

—Yo quiero hacerme tatuajes, por favor —dijo Marxy.

—Ja —dijo Pearl, que casi tira el vino—. Ni hablar. Aunque el padre de Marxy tiene uno.

—Papá lleva un nombre en el brazo, justo aquí —dijo Marxy, dándose golpecitos en el brazo, entre el hombro y el codo.

—Y no es el mío —dijo Pearl con un suspiro—. Un amor de juventud.

Gert se limpió los labios con la servilleta y empezó a cortarse más pollo en el plato haciendo mucho ruido.

—Marxy dice que has empezado a llamarlo no sé qué —me dijo Pearl—. ¿Cómo era, Marxy?

—Linda doncella —contestó Marxy.

Asentí con la cabeza.

—Todos los héroes vikingos tienen lindas doncellas —dije—. Y antes de que me digáis que solo las chicas pueden ser lindas doncellas, os voy a decir que me parece que esas normas son antiguas y hacen falta normas nuevas por las que cualquiera pueda ser una linda doncella.

Gert rio.

—A mí me parece guay —dijo Marxy—. ¿Por qué te ríes de mí?

Pearl alargó la mano y le dio una palmadita en el brazo.

—Tranquilo, cariño. Nadie se está riendo de ti, ¿verdad, Gert? —dijo, poniéndole ESA CARA.

—Estoy harto de que la gente se ría de mí —soltó Marxy.

Le di una patada a Gert por debajo de la mesa y él levantó las manos.

—Vale, oye, que no me reía de ti. Es que no es algo que se le diga mucho a un tío, nada más.

—Pues Zelda me lo puede decir si quiere —contestó Marxy, cogiendo un trozo de pollo con el tenedor.

Nadie dijo nada durante un rato, así que decidí llenar el silencio con mi anuncio.

—Y otra cosa es que debo tener sexo con Marxy, porque el doctor Laird dice que es normal que la gente de nuestra edad exprese su amor por el otro de una forma física —dije—. Además, ya tengo la regla.

—Jesús —dijo Gert, soltando el tenedor—. ¿Podemos no hablar de reglas, por favor?

—Conozco las normas sobre el sexo —dijo Marxy.

Pearl se sirvió más vino y rio.

—¡Madre mía, qué conversaciones para la cena! —Se volvió hacia Gert—. Pero me alegro de que salga el tema, Gert, porque es la realidad. Ya no son niños. Tienen órganos reproductores operativos, impulsos sexuales.

—Estás hablando de mí otra vez como si no estuviera aquí —dijo Marxy.

—Y de mí —añadí yo.

Pearl sonrió y se limpió los labios con la servilleta.

—Pido disculpas. A los dos. Podéis añadir lo que queráis.

—Estamos enamorados —dije yo, y le cogí la mano a Marxy por encima de la mesa, casi metiendo el brazo en el cuenco de puré de patata.

Pearl asintió con la cabeza.

—Marxy sabe de sexo. Se masturba.

—¡Mamá!

Pearl se encogió de hombros.

—No es nada de lo que avergonzarse. Todos nos masturbamos.

—Yo lo hago —dije yo—. El doctor Laird dice lo mismo. Y Gert también lo hace. Lo pillé una vez.

—Madre mía —dijo Gert, poniéndose colorado—, creo que voy a vomitar.

Me pregunté si todas las cenas especiales terminaban con la gente hablando de cosas importantes. A Gert no le gustaba tanto como a Pearl hablar abiertamente de las cosas.

Pearl siguió hablando.

—Deduzco que no te hace gracia que exploren su sexualidad en vuestro apartamento.

—No —contestó Gert—, ni la más mínima.

—A mí tampoco —dijo Pearl—. Probablemente no sea lo ideal.

—¿Por qué no? —pregunté yo.

Apretó los labios y puso cara de estar pensando.

—Nos gustaría asegurarnos de que vuestra primera vez presenta las mínimas complicaciones posibles.

—Todo esto es una complicación —dijo Gert—. Este chico apenas sabe atarse los zapatos. No debería tener sexo con nadie, menos aún con alguien como Zelda.

—Sé atarme los zapatos —dijo Marxy.

—¿Y qué has querido decir con «alguien como Zelda»? —pregunté yo.

Pearl no levantó la voz. Apoyó la barbilla en las manos y los codos en la mesa.

—Eso, ¿qué has querido decir con «alguien como Zelda», Gert?

Fue entonces cuando a Gert le sonó el teléfono.

Arrugó la servilleta que tenía en el regazo, hizo una pelota con ella y la dejó en la mesa al lado de su plato, que aún tenía un montón de comida.

—Tengo que contestar —dijo, sosteniendo en alto el teléfono.

Se levantó y salió del comedor. Lo observé mientras se iba y, cuando volví la vista al plato, vi que Pearl me miraba a mí.

—Mamá —dijo Marxy—, estás haciendo otra vez eso de mirar fijamente.

—No miro fijamente. Solo estoy intrigada. ¿Te puedo hacer una pregunta, Zelda?

Asentí con la cabeza.

—Sí, *no me importa* que me haga una pregunta.

No llegué a oír lo que quería preguntarme porque volvió a entrar Gert en el comedor y dijo que nos teníamos que ir.

—¿Ahora?

Gert dijo que se nos había acabado el tiempo.

—Pero yo estoy disfrutando de la cena —dije—. En casa nunca comemos cosas así.

Pearl sonrió.

—Lo tomaré como un cumplido, Zelda. —Luego se dirigió a Gert—. Si todo esto te incomoda, a lo mejor va siendo hora de que madures. A Marxy y a Zelda no les importa hablar de sexo.

—Me pongo el abrigo y nos vamos —me dijo Gert. Se despidió de Pearl con la cabeza y salió.

—A mí me encanta hablar de sexo —dijo Marxy.

Aunque Gert es de mi tribu y siempre nos protegemos y somos fieles, no quería irme con él. Quería seguir cenando.

—Está muy nervioso, ¿no? —me dijo Pearl.

—Mucho —dije yo, asintiendo con la cabeza.

Pearl le pidió a Marxy que fuera a la cocina a por unos táperes y empezara a recoger la mesa.

—¿Ya? —preguntó él.

—Y hazlo tranquilamente —le dijo Pearl—. Me gustaría hablar con Zelda un minuto. —Suspirando, Marxy se metió la camisa por dentro del pantalón y cogió uno de los platos—. Empieza por la cocina, por favor —añadió Pearl, agarrándolo del brazo—. ¿Te acuerdas de cómo se pone el envoltorio de plástico?

Él contestó que sí y se fue a la cocina. Gert me gritó desde la otra habitación que me esperaba en el coche. Suspiré.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Zelda? —me dijo Pearl.

—Dispare.

—¿Cómo eran las cosas antes de que Gert y tú os fuerais a vivir solos? Tengo entendido, por las cosas que me ha contado Marxy, que vuestra madre falleció.

—Luchando contra el cáncer —dije yo—. Fue muy valiente.

—Yo también tuve un susto con el cáncer. De pecho. Por cierto, deberías hacerte revisiones periódicas. —Parpadeé y le pregunté qué significaba eso—. Significa que te vea un médico para estar seguros. ¿Sabes explorarte tú? —Negué con la cabeza—. Si alguna

vez te notas un bultito, aquí —dijo, tocándose el pecho—, tienes que ir al médico.

Vino Marxy a llevarse más comida y nos preguntó por qué nos estábamos tocando las tetas.

—Por nada, cosas de chicas —le contestó Pearl.

—Mamá bebía alcohol cuando yo estaba dentro de ella, y luego cogió el cáncer y tuvimos que mudarnos a casa de tío Richard.

—Tío Richard.

Asentí con la cabeza.

—Gert y él no se llevaban bien. Discutían mucho.

—¿Y tío Richard y tú?

—No me gustaba que le hiciera daño a Gert.

Marxy trajo los táperes y empezó a meter la comida dentro. Pearl le pidió que fuera a por una bolsa de plástico. Cuando la trajo, ella guardó los táperes en la bolsa, la hizo girar y ató los extremos.

—¿Cómo sabe hacer esas cosas?

Pearl rio.

—Mi madre era bastante estricta cuando yo era niña. Aprendí todos los trucos domésticos que se te puedan ocurrir. —Hizo una pausa—. «Doméstico» quiere decir…

—De la casa y de la familia. Fue una de mis palabras del día.

—Eso es.

Abracé a Marxy y le dije otra vez que sentía lo de Gert, y él me dio un beso en la boca, pero sin lengua.

—Buenas noches, Zelda —dijo Pearl, y me dio la bolsa de plástico—. Y dile a Gert que deberíamos hablar más. En serio.

Gert estaba sentado en el coche, con la ventanilla bajada, fumándose un cigarrillo. Lo tiró al suelo cuando me vio venir.

—Gracias por ser un gilipullo integral —le dije, subiéndome al coche y cerrando de un portazo.

—Sí, vale. —Arrancó el motor. Yo alargué la mano y lo apagué. Me miró y levantó las manos como rindiéndose—. Mira, lo siento. Todo eso me ha pillado por sorpresa. Tendrías que habérmelo dicho. ¿Qué ha pasado con la norma de contarnos las cosas importantes?

—¿Y por qué no me has contado lo de la universidad? Tú has incumplido la norma primero. Además, yo no sabía que íbamos a hablar de que Marxy y yo tuviéramos sexo.

—¿Puedes dejar de decir eso?

—¿Sexo?

Gert dijo que la conversación había terminado.

—No sé qué clase de chorradas pervertidas te dice el doctor Laird, pero voy a tener que hablar con él.

—Voy a tener sexo.

—Eso ya lo veremos. —Volvió a arrancar el coche.

—Es mi leyenda.

—No mientras vivas bajo mi techo. Ni hablar, ni de coña.

Empezamos a movernos. La calle de Marxy estaba muy oscura e incluso al salir de su barrio era difícil ver la ciudad ya. No me gustaba cómo estaba actuando Gert. Miraba por el parabrisas, a pesar de que era como un espejo y tenías que mirar a través de tu propia cara para ver los otros coches. Por cómo miraba, me dio la impresión de que no quería estar conmigo. No era una de nuestras normas hacernos el vacío. Aunque no me iba a ver, intenté ponerle ESA CARA.

—Me buscaré mi propio apartamento —dije—. Con Marxy.

—¿Y de dónde vas a sacar el dinero?

—Conseguiré un trabajo.

—¿De qué?

Me crucé de brazos.

—Yo puedo hacer lo que quiera.

—No tienes trabajo, no tienes referencias. ¿Sabes siquiera lo que cuesta tener un apartamento? ¿Sabes cómo se pagan las facturas?

—Puedo aprender.

Gert resopló.

—¿Por qué has hecho eso? —le dije.

—¿El qué?

—Ese ruido. No crees que pueda aprender.

Mientras conducía le sonó el móvil y lo cogí antes de que pudiera hacerlo él.

—Móvil de Gert, ¿dígame? —dije.

—No hagas el tonto, joder —me dijo Gert, intentando quitarme el teléfono. Paramos en un semáforo, pero la luz cambió y él tenía que arrancar otra vez.

—Cinco diez —dijo una voz al otro lado.

—Gert es gilipollas —le dije al que llamaba—. ¿Lo sabía?

—Zelda, en serio, dámelo.

Me quitó el teléfono.

—Me parece que han colgado —dije yo.

—¿Qué ha dicho?

—Unos números.

Gert detuvo el coche en el aparcamiento de un Dunkin' Donuts.

Marcó un número, se llevó el teléfono a la oreja y esperó a que contestaran. No lo cogía nadie. Me dijo que necesitaba que le dijera qué números eran.

—No sé —contesté—. Cinco algo.

—¿Cinco qué?

—Te lo digo si giras y volvemos a casa de Marxy.

—¿Cinco qué, Zelda? Es importante. ¿Cinco ocho? ¿Seis? ¿Qué?

Le sonó el teléfono otra vez. Gert lo cogió y escuchó. Alargó la mano, abrió la guantera y sacó un bolígrafo. Luego señaló a mis pies, donde había un montón de papelotes arrugados de McDonald's.

Yo no sabía qué quería.

—Servilleta —me dijo, tapando el móvil con la mano. Escribió los números en la servilleta y colgó.

Estiró la servilleta en el salpicadero con una mano mientras conducía con la otra. Marcó un número de teléfono, leyéndolo de la servilleta. Se llevó el móvil a la oreja, le dijo a la persona que contestó «Cinco minutos» y le pidió a quien fuera que estuviese preparado.

Arrancamos otra vez.

—Ya has oído lo que ha dicho Pearl —dijo Gert—. Tienes limitaciones. Es un hecho, siento decirlo, pero es cierto. ¿Que me gustaría que las cosas fueran distintas? Sí. Pero, por Dios, Zelda. Si te quedaras embarazada, ¿qué pasaría entonces?

—Que tendría el bebé —dije, no muy alto—. Eso pasaría.

Gert aparcó en una calle detrás de un colegio que estaba cerrado, con tablones en las ventanas. No quiso decirme qué hacíamos allí ni a quién esperábamos. Solo me dijo que me quedara en el coche y luego se bajó.

Después pulsó el botón para bloquear las puertas y que no pudiera bajarme. Se llama cierre de seguridad para niños, pero

como yo no soy una niña sé que hay una forma secreta de bajarme del coche si quiero, que es pulsando el botón de la puerta del conductor, el que le queda a Gert a la altura de la rodilla cuando conduce.

Se fue hacia un patio de recreo. Vi a Tucán y al Gordo.

Cuando Gert volvió al coche, llevaba otra bolsa de deporte. Abrió el maletero y la tiró dentro. Subió al coche y lo encendió.

—¿Por qué siempre haces lo que Tucán te dice? —le pregunté—. Yo creo que es un villano.

Nos alejamos del colegio y volvimos a casa.

Cuando se enfadaba, siempre conducía rápido, y se notaba que estaba enfadado, porque no paraba del todo en las señales de *stop*. No tenía derecho a enfadarse. Era a mí a quien le habían estropeado la cena.

Fue entonces cuando empezó a seguirnos un coche de policía. Las sirenas nos gritaban y Gert miró por el espejo. El coche de policía se quedó detrás de nosotros mientras la luz que ponían en el techo daba vueltas y vueltas. Gert detuvo el coche.

—¡Joder! —dijo. Dio un golpe al volante antes de apagar el coche—. ¡Cabronazo!

El coche de policía aparcó detrás. Me di la vuelta para verlo mejor y Gert me dijo que no lo hiciera. Cerró los ojos e inspiró hondo. Volvió a darle un golpe al volante con las manos. El policía se quedó en el coche y no vino enseguida.

—Esto no estaría pasando si aún estuviéramos cenando en casa de Marxy en lugar de haciendo el gilipullo con Tucán.

El policía bajó de su coche y vino hacia el nuestro.

—Tú… —me dijo Gert, bajando su ventanilla— tú no digas nada, ¿vale? Estate callada. —El policía era alto y flaco y se subió un poco el cinturón mientras caminaba—. Lo digo en serio —me advirtió por última vez mientras el policía venía hacia nosotros—. No digas nada.

El agente se asomó al coche. La luz de su linterna me hizo daño en los ojos. Le preguntó a Gert si sabía por qué lo había parado. Gert le dijo que no.

—Se ha saltado por lo menos dos señales de *stop* —dijo el agente.

Antes de que Gert pudiera contestar, dije yo:

—Mi hermano es un pinchamierdas al que no le gusta hablar de sexo.

El policía se me quedó mirando. Luego le pidió a Gert que bajara del coche. Gert alargó el brazo por encima de mí y sacó unos papeles de la guantera.

Estaba tan enfadada por cómo se había portado en la cena que, cuando Gert bajó del coche, bajé yo también.

—Señorita… —dijo el agente.

—Se cree el rey de todo, pero no lo es.

Volviéndose hacia el agente, Gert dijo:

—Tiene problemas cognitivos.

—¿Es eso cierto? —preguntó el agente sin dejar de mascar chicle.

Le cogió los papeles a Gert y los revisó. Nos dijo que volviéramos al coche y lo hicimos, y él se fue al coche de policía con los papeles. Gert se enfadó y me preguntó en qué coño estaba pensando.

—Te he dicho que no dijeras nada.

—Y yo te he dicho que la cena era importante y me la has estropeado.

Dejamos de gritarnos cuando volvió el agente y le dio a Gert sus papeles. Dijo que nos dejaba marcharnos con un aviso. Cuando el policía se fue, Gert no arrancó enseguida. Luego abrió la puerta del coche y bajó.

Le pregunté por qué no nos íbamos a casa.

Gert dio tres pasos hacia el arcén y paró.

Al cabo de un rato, se inclinó hacia delante y vomitó.

10

No quise hablar con Gert el resto de la noche. Era una protesta silenciosa, como lo que hizo Gandhi con el pueblo británico. Los vikingos vencen a sus enemigos con sus espadas, pero había otras formas también.

Antes de que me acostara, Gert llamó a la puerta de mi cuarto. Le dije que no podía entrar, pero abrió la puerta, un poquito, de todas formas. Me pasé la noche mandando disculpas a Marxy, que no me contestó.

—¿Podemos hablar un segundo? —me preguntó.

—No.

—Vaya, qué lástima. —Entró y se sentó en la silla giratoria que había junto a mi mesa—. Lo siento. Ya te lo he dicho diez veces.

—Como si lo dices un millón, me da igual.

Le di la espalda y miré la pared blanca. Había un trozo de celo viejo pegado allí y lo despegué. Gert no se fue de mi cuarto. Seguí rascando el celo, a pesar de que se había despegado enseguida.

—¿Puedes dejar de hacer eso?

—No.

Se sentó en la cama. Los muelles de dentro del colchón chirriaron.

—¿Sabes?, me paso buena parte del tiempo procurando que tengas todo lo que necesitas. —Le olían los sobacos. El desodorante ya no le estaba haciendo nada—. ¿Te crees que todo esto viene con un libro de normas? La mitad del tiempo no tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo. ¿Me puedes dar un poco de cancha por una vez?

Me acarició la espalda entre los hombros, y me dio un calambre que hizo que me fastidiara aún más que se hubiera cargado la cena con Marxy.

—Apestas y eres un villano y me has mentido y te has portado

de forma poco honorable —le dije, y sin mirar agarré algo de la mesilla y se lo tiré. Ese algo terminó siendo un despertador. No debía de estar al tanto, o a lo mejor mi cuarto estaba tan oscuro que ni lo vio, porque el despertador le dio en la cara y rebotó en la cama y luego cayó al suelo.

Se llevó la mano a la cara y me dio la espalda.

—Vete a la mierda de una puta vez —le dije.

—Joder —dijo él, agarrándose la cara.

Se tapaba con las manos de forma que parecía que llevaba una máscara hecha con sus dedos. Luego apartó las manos y los dedos estaban manchados de sangre. También tenía sangre en la nariz.

No pretendía hacerle sangre e intenté decírselo.

Antes de que pudiera terminar de explicarme, se había ido y había cerrado de un portazo.

Me puse mi música de sonidos del océano, con la que parece que estás en el mar. En la música se oyen delfines, ballenas, pájaros y las olas rompiendo, así que es fácil imaginar que estás en un barco con vikingos, remando hacia alguna parte bajo el sol. Si me lo imagino lo bastante fuerte, casi puedo oler el océano.

No pretendía tirarle el despertador a la cara a Gert. Quería tirarlo sin más.

Al cabo de un rato, abrí la puerta, sin hacer ruido, y asomé la cabeza para ver qué estaba pasando. Gert no tenía cerrada la suya del todo. Salí al pasillo y me planté delante de su cuarto.

Tenía la lamparita de la mesilla encendida y él estaba sentado al borde de la cama, encorvado. Con el sudor, parecía que hubiera metido la cabeza en un cuenco de agua. A la luz de la lamparita, sus tatuajes se veían de un color verde muy raro y parecía que tuviera los brazos y el pecho sucios. No le veía mi favorito, un águila, un pájaro muy poderoso, que lleva en el pecho. Aunque estaba engordando, aún tenía músculos en los hombros y los brazos, músculos grandes con venas que parecían gusanos debajo de su piel bronceada.

Pensé que igual estaba pensando en cómo se iba a enfadar conmigo por haberle tirado el despertador y haberle hecho daño en la cara. Entonces lo oí. Estaba llorando. No llorando normal. Lloraba muy en serio. Su cuerpo se sacudía. Los tatuajes verdes se arrugaban cuando los músculos que había debajo se hacían grandes

y después pequeños.

Levantó la cara y vi que llevaba una gasa en la nariz sujeta con celo. El aire era denso y parecía que estaba a punto de llover.

—*Góðan dag?* —pregunté en voz baja, abriendo la puerta un poco más.

Gert hizo un ruido extraño con la garganta y dijo:

—Cierra la puerta.

Abrí la boca y empecé a decir palabras que no sabía que quería decir, como que lo sentía y cosas así. Él se levantó y me dijo «¡CIERRA LA PUERTA!» con una voz fortísima que Gert solo usa cuando está muy serio, así que cerré la puerta, me fui corriendo a mi cuarto y me tapé la cabeza con la almohada.

A la mañana siguiente después de nuestra pelea, desperté y recordé que había sido una pinchamierdas. Una de las normas que teníamos Gert y yo era que él jamás me haría daño y yo jamás le haría daño a él en combate. Nos podíamos decir palabras villanas, pero pegarnos con las manos o con otras armas no estaba permitido. Yo había incumplido una norma muy importante al tirarle el despertador.

La palabra del día que elegí fue una muy poderosa, porque la busqué a propósito y no usé el calendario especial que te dice cuál tiene que ser la palabra del día.

Tendría que haber sido «colateral», que no estaba mal, pero no era la adecuada. Quería encontrar una especial para decir que lo sentía, y fue «contrición», que es sentirte mal por algo que has hecho y estar «contrito».

—Estoy contrita de haberte dado en la cara —me dije a mí misma—. Siento contrición por haberte dado en la cara. Los que pegan a miembros de su tribu a los que quieren deberían sentir contrición.

Entré en la cocina y Gert estaba haciendo el desayuno. Llevaba una tirita en la cara.

—Buenos días —dijo.

Había huevos en la sartén.

—Buenos días —contesté—. Siento contrición por haberte dado en la cara con el despertador.

—¿Que sientes qué?

—Contrición. Es la palabra del día, una especial. Significa…

—Sé lo que significa.

Cascó otro huevo en la sartén y puso el primero en un plato.

—Siento haberte dado con el despertador —dije.

—Ya lo sé —me dijo él—. Y yo siento lo que pasó, siento haberte fastidiado la cena.

—Tú no nos fastidiaste la cena —lo corregí—. Pearl y yo hablamos bastante.

Trajo el plato de huevos y me lo puso delante con unas tostadas.

Le hice una pregunta que había querido hacerle toda la noche anterior.

—¿Por qué eres amigo de Tucán? Es un villano pinchamierdas.

Gert se limpió las manos con papel de cocina y se sentó enfrente de mí.

—Sí. Un poco. Y yo no diría que somos amigos.

—Él no es de nuestra tribu.

—No. Desde luego que no.

—¿Entonces? ¿Por qué tuviste que ir a verlo?

Soltó el tenedor y el cuchillo.

—Mira, nos ayudó dándonos un poco de dinero cuando nos fuimos de casa de tío Richard. Esa es la verdad, ¿vale?

—No me gusta —dije, rajando el huevo y viendo cómo se derramaba la yema—. Es un matón.

—Eso es lo que dicen de mí. —Mojó la tostada en la yema de su huevo—. ¿Qué tal los huevos?

—Bien —dije—. Amarillos. Y tú no eres un matón. Eres un héroe.

—Bueno —suspiró—. Vale. Tucán nos sacó de un apuro.

Me dijo que a lo mejor yo no me había dado cuenta, pero no estábamos bien con tío Richard, que a veces era agradable y otras se enfadaba sin motivo, y que eso daba un poco de miedo.

—¿Te acuerdas de esa vez que entró en el baño cuando tú estabas en la ducha? —me preguntó Gert.

—Sí —contesté—, me dijo que había sido sin querer.

—Yo creo que fue una bola. —Gert bebió un sorbo de agua—. ¿Recuerdas que empecé a hacer yo tu colada?

—Pensaba que querías ser amable.

—Sí, y no quería que él tocara tu ropa interior.

Me acordé de cuando estaba en el sofá con tío Richard la noche que discutió tanto con Gert y que me estuvo tocando.

—¿Por eso no has querido hablar de sexo en casa de Marxy?

—No he querido hablar de sexo porque eres mi hermana y es asqueroso, por eso. En cualquier caso, lo que intento decir es que teníamos que salir de allí. Y aceptar el dinero prestado de Tucán era la única forma rápida de hacerlo.

Se levantó y dijo que iba a lavar los platos.

—Acepto tu contrición —me dijo, y chocó los cinco conmigo.

Me arreglé y pensé en lo de que le debía dinero a Tucán, que no me gustaba. Saqué de debajo de mi cama el frasco en el que había ido ahorrando dinero y lo conté.

Tenía treinta y siete dólares y cincuenta centavos.

Antes de bajar a coger el autobús, le pregunté a Gert cuánto dinero le *adendaba* a Tucán.

—Es adeudaba, no *adendaba*. ¿Por?

Le di lo que había estado ahorrando. Eran un montón de billetes y algunas monedas. Miró el dinero que tenía en la mano.

—Ya te he dicho que te lo guardes.

Le dije que no.

—Te voy a ayudar a saldar nuestra deuda con Tucán. Me gustaría meterlo en nuestra cuenta bancaria. Esta vez no me vas a decir que no.

—No es nuestra cuenta bancaria, es mía, y con lo que tienes no hay ni para empezar. Este es tu tesoro. —Volvió a meterlo en el frasco y lo agitó—. Tú no necesitas una cuenta bancaria, Zee. Si quieres dinero, pídemelo.

11

Aun cuando trabajaba en la gasolinera, antes de la beca y antes de que con ese dinero pudiéramos encontrar un sitio lejos de tío Richard, se aseguró de que yo pudiera ir a la biblioteca y al centro cívico. No teníamos mucho dinero, pero Gert es poderoso sobreviviendo a las batallas de la vida.

Yo sabía que la gente hacía cosas que no quería hacer para contribuir a las arcas. Es como un sacrificio, solo que en vez de prender fuego a algo o matar animales para que Odín y los otros dioses estuvieran contentos, te sacrificas tú y en lugar de hacer las cosas que te apetece hacer tienes que hacer cosas por otras personas.

Según mi lista de COSAS QUE NECESITA UNA LEYENDA, debía conseguir dinero para que la tribu fuera más poderosa y proteger a Gert frente a Tucán.

Gert siempre se había sacrificado mucho. Ahora quería hacer un sacrificio yo por el bien de nuestra tribu, que en esos momentos éramos Gert,
AK
47 y yo, aunque Gert y ella ya no fueran pareja. Además, Gert no creía que yo pudiera contribuir a las arcas de la tribu, y quería demostrarle que estaba equivocado.

El lunes, en el autobús que nos llevaba al centro cívico, me senté al fondo, al lado de Hamsa, y dejé la mochila en el suelo.
AK
47 tenía el día libre, así que conducía el autobús otra persona, que no me devolvió el saludo especial cuando subí. Solo dijo «buenos días» y nada más.

—Ahí es donde se sienta Yoda —me dijo Hamsa—. Cuando pasemos por su casa para recogerlo, te tendrás que sentar en otro

sitio.

Le dije que conocía su norma y que ya me cambiaría, que solo quería preguntarle por su trabajo, que consistía en lavar platos en un restaurante.

—Ah —dijo Hamsa—. Se me quedan las manos como pasas.

Y levantó las manos para enseñarme la piel toda arrugada.

—Como pasas —dije, y Hamsa asintió con la cabeza y siguió mirando por la ventanilla.

—Tengo otra pregunta —le dije.

—Casi estamos en la casa de Yoda —dijo, dando golpecitos al cristal de la ventanilla.

Le dije que sería rápida con la pregunta. Le pregunté cómo había conseguido el trabajo, porque es difícil para la gente como nosotros encontrar trabajo, y en la economía actual, según Google, es difícil para todo el mundo.

—El dueño es mi tío —dijo Hamsa. Entonces vio a Yoda plantado en la acera y lo saludó con la mano—. Ahí está Yoda. Te tienes que cambiar.

El autobús se detuvo y yo cogí mi mochila y me levanté.

—¿Puedo conseguir yo un trabajo allí?

—Deberías hablar con Big Todd —dijo el conductor cuando yo me levantaba del asiento—. Hay un programa para esa clase de cosas, creo.

—Tú no eres musulmana —me dijo Hamsa—. Hay que ser musulmán para trabajar en el restaurante.

Yoda subió al autobús y yo me cambié a otro sitio. Tenía razón: yo era vikinga, no musulmana.

En el centro cívico, Big Todd se frotó la cara. Estábamos en su despacho, que era pequeño y tenía una mesa, una silla y libros en una estantería. En el gimnasio había un partido de baloncesto, pero conseguir un trabajo para ayudar a Gert era más importante y le dije a Big Todd que necesitaba su ayuda.

—Hamsa tiene un trabajo, ¿por qué no puedo tener yo uno?

—Nunca te habías mostrado interesada —me contestó.

—Pues ahora quiero uno. Todos los vikingos tienen trabajo, aunque su trabajo sea luchar.

—Bueno, no creo que te pueda conseguir un trabajo de luchar. —Sacó un archivador de un cajón de su mesa. Era colosal, con

papeles y láminas de plástico que sobresalían. Se abrió como un acordeón en la mesa—. A ver, está muy avanzada ya la temporada. ¿Qué cosas te interesan? Aparte de los vikingos, quiero decir. Tenemos acuerdos con unos cuantos sitios.

Pensé en qué podía contestar.

—Me gustan las películas —dije—. Y leer el *Manual del vikingo* de Kepple. Y correr y el baloncesto. —Estuve a punto de decir «y pensar en Marxy», pero eso no era un trabajo.

Big Todd anotó cosas en su bloc, luego empezó a pasar hojas del archivador.

—Vale —dijo—, déjame que haga unas llamadas. ¿Lo sabe Gert?

—Gert no forma parte de esta cruzada —le dije.

Big Todd asintió con la cabeza.

—Vale. Muy bien.

Dejó de pasar páginas y juntó las manos en forma de tienda de campaña.

Luego resopló.

Big Todd me dio unos papeles para que los leyera, con preguntas que yo debía contestar mientras él decidía dónde podía trabajar. El papel se titulaba «Diez cosas que debes saber antes de tu primera entrevista de trabajo». Las primeras cosas que había que saber eran:

- No mientas en el CV (que se pronuncia «ce uve»).
- Busca un trabajo que te interese. (No me interesaba trabajar en el restaurante del tío de Hamsa, pero los vikingos tienen que hacer por su tribu cosas que no les apetecen.)
- Lee cosas sobre la empresa. (Tomaría notas en un papel antes de una entrevista.)
- Vístete para triunfar. (El artículo decía que debía procurar vestirme como una profesional a la que la empresa quisiera contratar.)

También había una lista de preguntas que un empleador te haría en una entrevista. Según el artículo, yo debía saber responder a las preguntas antes de intentar conseguir el empleo. Procuré ensayar lo que iba a decir, que era lo que me decía que hiciera el artículo «Diez cosas que debes saber antes de tu primera entrevista de trabajo».

Primera pregunta: ¿Por qué solicitas este empleo?
Escribí que ya era hora de que empezara a contribuir al bienestar de mi tribu y que tener un empleo me ayudaría a saldar las deudas de la tribu.

Segunda pregunta: ¿Cuáles son tus virtudes como trabajadora?
Como soy vikinga, soy poderosa y derroto al enemigo. No me rindo en la batalla. Soy muy trabajadora.

Tercera pregunta: ¿Cuáles son tus defectos como trabajadora?
No tenía claro qué contestar. No soy una persona muy grande, pero Gert dice que soy una guerrera.

Entró Big Todd y me dijo que me había conseguido una entrevista de trabajo en la biblioteca, que para mí era un sitio perfecto en el que trabajar.

—Me han dicho que «podrían» tener un puesto.

Levanté la vista.

—¿En serio?

Big Todd me dijo que seguramente tendría que ponerme guapa para la entrevista, que sería dentro de dos días.

—¿Una entrevista de verdad? ¿No un ensayo? —pregunté.

—Sí, señora. Respecto a la ropa, no hace falta que vayas elegantísima —me dijo—, pero tampoco te pongas lo de todos los días. Es importante vestirse para triunfar. —Cuando le pregunté qué significaba eso, me dijo—: Piensa en cuando los guerreros van a luchar. Se tienen que poner la armadura. Es lo que lleva la gente que va a la batalla, ¿no? Pues cuando vas a una entrevista de trabajo, te pones falda y una blusa bonita. ¿Tienes alguna? —Tenía una falda, pero no tenía ninguna blusa, que es una camisa elegante—. Deberías hablar con Annie —me dijo Big Todd—. Probablemente te pueda ayudar.

En cuanto llegué a casa llamé a

AK

47 y casi se me olvida quitarme los zapatos.

—Hola, cielo, ¿qué pasa? —dijo.

Me sentía como si fuera a explotar y le grité al teléfono:

—¡TENGO UNA ENTREVISTA DE TRABAJO EN LA

BIBLIOTECA!

—Tranquila, amiga —dijo—. Ya lo sé. Big Todd me ha llamado. ¿Qué tienes, día y pico para la entrevista?

Hice la cuenta.

—Cuarenta y tres horas y cuarenta y siete minutos —contesté, porque la entrevista era a primera hora de la mañana. Me dijo que ya se había reservado tiempo esa tarde para ir de compras conmigo porque era su día libre.

Antes de que viniera, me aseguré de escribirle una nota a Gert diciéndole que iba al centro comercial con

AK

47 y de pegarla a la mesa, donde solíamos pegar las notas. Luego cerré la puerta de mi cuarto y miré la palabra del día, que era «consulta», que significaba reunirse y hablar y «consultar» con alguien sobre un tema. Me consulté sobre mi armario. Nunca había tenido una entrevista de trabajo ni un trabajo. La ropa más bonita que tenía era una falda que

AK

47 me había prestado y de la que luego se había olvidado, y que ya no nos iba bien a ninguna de las dos.

AK

47 me recogió en su coche y fuimos al centro comercial. La tienda a la que ella quería ir era The Gap.

Entramos y

AK

47 me enseñó tres faldas para que me las probara. Las dos primeras eran negras y anchas y no me quedaban bien. La tercera era elegante y sí me valía.

—Muy bien —dijo—. A ver cómo te mueves con eso.

Salí del probador y me costaba andar. La falda elegante era muy ajustada. Le dije a

AK

47 que desde luego no era para ir a la batalla.

—En eso te doy la razón. —Se acercó y me hizo girar—. Pero te queda bien. Te marca el culo, pero sin que parezcas una guarrona.

—Guarrona no queremos —le dije.

—No. Decididamente no vale para una entrevista en una biblioteca.

También me hizo probarme un montón de blusas distintas, de las que se abrochan por delante. Me gustaba la de color rosa fuerte. Ella me dijo que el azul seguramente era más profesional.

—Los colores chillones guárdatelos para ocasiones especiales: números de estriptis, funerales, cosas así. Toma, pruébate esta.

Le iba a preguntar que por qué iba a ir yo a un estriptis, pero me di cuenta de que bromeaba y reí. Cuando ya habíamos elegido una falda y una blusa, me buscó también unos pantis, que son como calcetines pero que te suben por toda la pierna y son como transparentes. Te hacen las piernas muy lisas y suaves.

—Eso es lo que necesitas. No querrás tener que estar depilándote las piernas a todas horas…

—Yo no me depilo mucho las piernas —dije.

—Yo tampoco. Pero cuando trabajas de cara al público, a veces tienes que hacerlo. Es un asco. Y unas medias, te gusten o no, es lo que les gusta ver a los empleadores profesionales como los que tú persigues.

Me enseñó cómo ponérmelos. Luego me enseñó a meterme la blusa por los pantis para que me la aplastaran, y que la anillita plateada del extremo de la cremallera de detrás de la falda era para que no se bajara. En cuanto terminamos, retrocedió y me miró.

Silbó.

—No está mal, no está mal —dijo—. ¿Qué te parece?

La falda me apretaba la cintura y los pantis me hacían sentir como si me estuvieran estrujando.

AK

47 me dijo que eso era bueno, que esa era la sensación que me tenían que producir.

—Es la carga de nuestro sexo —dijo.

AK

47 tuvo el detalle de pagarme la ropa y, cuando le dije que yo tenía dinero en mis arcas, me dijo que era un préstamo.

—Pero si no te parece bien, me lo puedes devolver cuando cobres tu primer cheque.

—Trato hecho —dije yo—. Los vikingos siempre pagan sus deudas.

Salimos con las bolsas de las compras y, en vez de marcharnos del centro comercial,

AK
47 me llevó a otra tienda. Era un sitio especial, me dijo. Solo vendían ropa interior, algo que me confundió, porque no entendía cómo se puede tener una tienda entera únicamente para algo que nadie ve nunca.

—Bueno —dijo

AK
47—, eso no es del todo cierto. Algunas personas te ven la ropa interior, además de ti misma. —Me dijo que confiara en ella—. Ven —dijo, tirando de mí, y pasamos por delante de maniquís desnudos que solo llevaban puestos sujetadores o bragas de colores fuertes—. Vamos al fondo.

Nunca había estado en una tienda de ropa interior elegante. Todas las prendas estaban en montoncitos. De las paredes colgaban fotografías y pósteres de mujeres guapas en ropa interior. Era raro, porque la gente que compraba hacía como si no pretendiera estar allí en realidad. ¿Por qué se comportaban como si estuvieran en la tienda equivocada? Si te quieres comprar ropa interior bonita, ¿por qué haces como que no?

—Porque a la gente le da miedo el sexo —dijo

AK
47.

—A mí no.

—No, pero tú tampoco eres una puritana integral.

—En la cena de Marxy, su madre dijo que ellos no eran puritanosequé.

—Significa mojigato, como que el sexo los incomoda.

—Como a Gert.

—Ja. Gert no es puritano ni de coña —dijo

AK
47. Me enseñó unas braguitas. Eran de color rojo fuerte y de encaje, que significa que se transparentan, más o menos—. ¿Qué te parecen estas?

Me pasó las braguitas rojas de encaje. Las estiré y casi me veía los dedos a través de ellas.

—¿Por qué iba a querer alguien que se vea a través de las braguitas?

—Porque es sexi —contestó

AK
47.

—¿Tú te ponías braguitas sexis para Gert? —le pregunté, y ella rio.

—Zee, a tu hermano no le gustaba que llevara braguitas de ningún tipo.

—Ah.

Dobló las braguitas y volvió a dejarlas en la mesa. Había muchos montoncitos de braguitas y sujetadores y otras cosas que yo no entendía cómo se ponían. Era como un zoo de ropa interior y sensualidad.

La vendedora se acercó y nos preguntó qué tal íbamos.

—¿Os puedo ayudar en algo?

—No somos puritanas —le dije yo—, pero no queremos braguitas con las que se vea todo.

La vendedora miró a
AK
47, que se encogió de hombros.

—Buscamos algo que no sea muy de guarrona, pero sí un poco provocativo.

Me enseñó un montón de braguitas diferentes. Me sorprendió la cantidad de tipos que había. En casa, Gert llevaba bóxeres y yo bragas blancas, azules o verdes. Nada de encaje ni rojo ni sexi. No me imaginaba a Gert encontrándose braguitas sexis cuando hiciera nuestra colada. Se quedaría muy confundido.

Me llevé al probador las braguitas que habíamos encontrado.

Me miré en el espejo. La luz del techo era poderosa y brillaba sobre mí como el sol. Me di una palmadita en el vientre. Lo tenía muy duro de mi entrenamiento vikingo. Todas las mujeres de los anuncios de la tienda de ropa interior eran altas y tenían el pecho grande. Intenté que mis labios se parecieran a los suyos, sacándolos hacia fuera. Luego me puse una de las braguitas que me había dado la mujer de la tienda y el sujetador que era del mismo rojo. Di vueltas y vueltas. Con las manos, intenté aplastarme el pelo y me volví para enseñarle al espejo mi pose sexi.

—¿Qué tal te queda? —dijo la vendedora, llamando a la puerta—. ¿Necesitas un par de ojos?

Quería decir que si quería que me viera alguien. Abrí la puerta y

me planté delante de ella y le dije que me sentía poderosa.

—Estás estupenda —me dijo ella.

AK

47, que estaba a su lado, asintió con la cabeza.

—Un poco de abuela —dijo—, pero me gusta lo que veo.

Cuando salimos de la tienda, decidimos ir al cine juntas, para celebrar las compras. La película iba de un soldado que ya no está en la guerra y tiene un montón de secretos que el ejército no quiere que el mundo sepa. El ejército mata a la familia del soldado y él se venga. Había mucha acción y tiros, y no me gustaba verlo y me tuve que ir del cine.

AK

47 me encontró en el aparcamiento de fuera del cine. Se sentó a mi lado en el bordillo, que estaba tranquilo.

—Eh, pensaba que te gustaban las películas de acción —me dijo.

Me encogí de hombros. Me gustaban.

—¿Por qué compra la gente pistolas si no va a la batalla?

—Porque les da poder, ¿sabes? —Me pasó el brazo por el hombro—. Eh, ¿qué pasa?

—Nada —dije, pero ella me puso ESA CARA y me eché a llorar, porque me acordé de Tucán y de Gert y de la pistola y del examen parcial y de todo.

—Pasa algo. Estás haciendo eso que haces cuando estás estresada. —Me acarició la mano—. Vamos, puedes confiar en mí.

AK

47 me apretó otra vez la mano y tuve la sensación de que, si no se lo contaba, iba a explotar.

12

Lo solté sin pensar. No era mi intención. Dije que Gert tenía una pistola y que había estado faltando a clase y que era un mentiroso.

AK

47 se cabreó muchísimo, lo que para ella significaba quedarse callada. En muchos aspectos, esto da más miedo que cuando alguien se pone a gritar. No sabes lo que va a hacer la persona que está callada y enfadada.

Cuando subimos al coche,

AK

47 empezó a dar golpecitos en el volante y no lo arrancaba.

Me estaba poniendo ESA CARA.

AK

47 no tiene miedo a nada. Respecto a cosas de vikingos, es la que más se parece a las valquirias. Esa fue una de las razones por las que Gert se enamoró de ella. Le aguantaba sus mierdas. Otras personas le tienen miedo a él, pero él tiene miedo de

AK

47, sobre todo cuando te pone ESA CARA.

«Me está poniendo ESA CARA, Zee», me decía Gert. O: «Conozco esa mirada».

ESA CARA es como un misil, que en realidad no existían en la época de los vikingos. Un misil va de un sitio a otro y explota a los villanos.

AK

47 pone ESA CARA y, como un misil, explota a quien se la pone. Gert no es un villano, pero a veces hace cosas villanas y ella necesita explotarlo para que vuelva a ser normal.

He intentado aprender a poner ESA CARA. Es una buena forma de volverse poderoso en la batalla, donde tienes que usar todas las

armas que tengas.

Me gustaba ensayar MI PROPIA CARA en el espejo. Una de las cosas por las que a

AK

47 se le da bien poner ESA CARA como un misil son sus cejas, que son muy negras y parecen orugas. Se doblan por el centro cuando está enfadada y, cuando está enfadadísima y quiere destruir a quien está mirando, se doblan por un montón de sitios. Tiene los ojos marrones, pero yo creo que a veces, cuando pone ESA CARA, se le vuelven negros.

Aun cuando arrancó el coche, iba poniendo ESA CARA todo el camino, a la carretera, a los otros coches, al volante.

Mientras ella conducía, yo me empecé a preocupar por si había hecho mal y había traicionado a Gert, pero

AK

47 era alguien a quien conocía y en quien confiaba, y sabía que ella quería a Gert y Gert la quería a ella.

Aparcó delante de nuestro edificio, en un sitio donde no se podía aparcar mucho rato. Ni siquiera encendió los intermitentes, que usaba para que la gente supiera que no iba a estar mucho tiempo allí.

Apagó el motor. No soltó el volante, al que se agarraba como si estuviera colgando de un precipicio y fuera lo único a lo que pudiera sujetarse para no caer.

Estuvimos allí sentadas un segundo.

—Estoy cabreadísima, Zelda —dijo

AK

47—. Ni te lo imaginas. Una puñetera pistola. En el apartamento. ¿Tienes idea de lo peligroso que es eso?

—Lo sé, por eso te lo he dicho.

—Ya. Sí. Has hecho lo correcto. —Me dio una palmadita en el muslo—. Buen trabajo. ¿Y toda esa mierda de la universidad? Tiene que hacer el curso completo para que le mantengan la beca. No puede faltar a clase como si nada. Y menos aún con las troncales.

Las troncales eran las asignaturas que tenía que hacer para poder hacer otras.

Subimos y llevamos las bolsas de nuestras compras hasta la puerta del apartamento. Saqué mi llave, pero

AK
47 ya estaba abriendo con la suya, que yo no sabía que aún tenía.

Gert estaba dentro, viendo la tele y con un cuenco de cereales en el regazo.

—Hola, ¿qué tal la película? —me dijo. Y entonces vio a
AK
47—. ¿Qué hace ella aquí?

—Cierra la boca —dijo
AK
47.

Él la ignoró.

—Zelda, ¿qué hace en el apartamento esa persona que dije que no quería volver a ver en el apartamento?

Cuando ella empezó a ponerlo a caldo, Gert le dijo que se metiera en sus asuntos, y entonces fue cuando yo dije:

—Son sus asuntos, porque también son mis asuntos. Yo le cuento a ella todos los asuntos.

—Pistolas, Gert, ¿en serio? —
AK
47 negó con la cabeza—. ¿Y esos pandilleros con los que andas?

—No te pongas melodramática —dijo Gert.

—¿Tú crees que yo no me entero de las cosas? —le dijo ella—. Todo el mundo sabe que estás trapicheando.

Yo no sabía lo que significaba eso y pregunté si alguien me podía explicar lo que estaba pasando.

—No soy tu proyecto social —le dijo Gert.

Luego dejó el cuenco de cereales en la mesa, se levantó, fue a la puerta, pasando por delante de nosotras, la abrió y le dijo a
AK
47 que se fuera de una puta vez.
AK
47 dijo que no se iba a marchar hasta que le diera la pistola. Cuando Gert le dijo que no había ninguna pistola, ella me señaló y dijo:

—Zelda me ha dicho que se ha encontrado una pistola. En una caja metálica. ¿La estás llamando mentirosa?

—Parece una de sus fantasías de vikingos —dijo Gert.

—¡Cierra la boca! —le dije yo—. ¡Tienes una pistola en la caja

metálica y doscientos cuarenta dólares en el sobre de la bolsa y has mentido sobre lo del grupo de estudio!

AK

47 se plantó delante de su cara y luego lo empujó.

—¡Cabronazo! —le dijo—, ¿quieres que le peguen un tiro a tu hermana?

De repente, ella le estaba gritando y empujándolo y él intentando impedir que le pegara en la cara. Gert le dijo que no se pusiera histérica y

AK

47 le contestó: «¿Quieres que me ponga histérica de verdad?», y empezó a intentar darle puñetazos. Él le dio la vuelta y la agarró en un abrazo de oso de espaldas. Entonces ella le mordió la mano y dijo: «¡CABRONAZO!», y a Gert empezó a salirle sangre de la mano.

Él la apartó de un empujón y se miró la mano mientras ella salía disparada y se estampaba contra la pared con un ruido seco.

Yo no veía a los grendels pero los oía, haciendo sus ruiditos y dando zarpazos desde dentro de las paredes.

Me di cuenta de que estaba llorando porque de pronto los veía borrosos y me caía un río de mocos de la nariz.

—Basta, basta, basta… —empecé a decir.

Todo se movía muy rápido y yo no quería verlos.

Salí al rellano, que estaba tranquilo y donde dos personas de la misma tribu a las que yo quería no se estaban pegando. Cerré la puerta de casa y me senté pegada a la pared. Me quedé allí, agarrándome la cabeza.

Alf salió de su apartamento y me preguntó qué estaba pasando.

—Parece el puñetero centro de Iraq ahí dentro —dijo.

Le dije que Gert y

AK

47 se estaban peleando y entonces se oyó un estruendo fuerte y, antes de que pudiera decirle a Alf que no entrara, abrió la puerta.

Me levanté y lo seguí. Alf dio unas palmas para que le hicieran caso y estuvieran quietos.

—Como no os tranquilicéis, chicos, voy a llamar a la policía —dijo Alf—. Sobre todo tú, hombretón.

El hombretón era Gert.

—¿Qué? —dijo Gert.

—¡Que te tranquilices, joder! —le contestó Alf, y se plantó entre Gert y
AK
47, que estaban ya en extremos opuestos del apartamento. Ella estaba en la cocina y él en el salón, y Alf fue y se plantó en el espacio que había entre los dos.

Fue una mala idea. A Gert no le gusta que nadie se le ponga en medio y estaba a punto de convertirse en un *berserker*.

Los *berserkers* son vikingos especiales que son salvajes, lo que significa que son como robots cuyo único trabajo es ganar batallas y matar a sus enemigos. También los llaman *Úlfhéðnar*, una palabra que yo no sabía pronunciar, ni con el programa de pronunciación de Google del ordenador. Lo malo de los *berserkers* es que son tan crueles y están tan furiosos que, cuando luchan, no les puedes hablar, con lo que a veces se enfadan tanto que se convierten en villanos.

Gert se quitó de encima a Alf de un empujón. Alf rebotó en la pared y tropezó con la mesita de centro. De pronto, Gert ya no estaba discutiendo con
AK
47. Estaba dispuesto a pegarse con Alf, que retrocedía con las manos en alto, como rindiéndose.

—Gert —dijo
AK
47, e intentó agarrarlo.

Todo empezó a moverse muy rápido, como un balón de baloncesto que da vueltas en el dedo de una persona dándole palmadas para que vaya cada vez más rápido, hasta que dejan de verse las líneas del balón.

Gert pegó a Alf muy rápido y fuerte, y Alf cayó al suelo, y un segundo después Gert se sentó encima de él mientras el otro intentaba impedir, con sus bracitos, que le diera puñetazos.

En poco tiempo a Alf se le puso la cara roja y empezó a sangrar por la boca y por la nariz.

Noté que me apretaba la cabeza todavía más, porque mi hermano estaba siendo un villano muy feo y se estaba poniendo *berserker*.

Gert seguía agarrando a Alf por el cuello, pero se volvió y vio a

AK
47, que me señalaba a mí y le gritaba que parase. Mi hermano parpadeó y de pronto ya no era un *berserker*.

—Joder —dijo Gert.

Cuando lo soltó, Alf tosió y se agarró el cuello. Le costaba respirar.

Gert retrocedió. La tripa le entraba y le salía muy rápido.

—Joder —repitió.

AK
47 se agachó y agarró a Alf del hombro.

—Sal de aquí —le dijo, ayudándolo a levantarse—. Vete, por favor.

Los grendels hacían ya tanto ruido que yo no oía nada más, y los ruidos que hacían casi no me dejaban ver.

Una de las cosas que llevo fatal es que Gert se porte como un villano. Aunque Alf tendría que haberse metido en sus asuntos y no intentar actuar como un guerrero delante de

AK
47 para impresionarla, también era cierto que es mucho más pequeño que Gert, y mayor, y no es muy buen guerrero.

AK
47 y Gert hicieron una tienda de campaña con sus brazos a mi alrededor, de forma que lo único que yo podía ver eran sus camisetas. Con ellos envolviéndome, el mundo empezó a ir más despacio y estar más tranquilo.

—No pasa nada —dijo Gert. Me lo susurraba, al oído—. Tranquila, Zelda, tranquila.

AK
47 estaba arrodillada a nuestro lado y ayudó a Gert a levantarme. Los grendels aún gruñían, pero no tan alto. Abrí los ojos.

—Ya está —dijo Gert.

—Yo debería… —dijo

AK
47, señalando la puerta— debería marcharme.

Gert la agarró del brazo.

—¿Te puedes quedar un minuto, por favor?

Me llevé las rodillas al pecho e imaginé que era una piedra colosal y que dentro de mí todo era calma. Cuanto más parecidos a

una piedra pudieran ser mis brazos, mis piernas, mi cabeza y mi cuerpo, más podrían calmarse las partes de dentro de mí.

—Vale —dijo Gert—, ¿estás bien?

Daba vueltas en círculos y no podía estarse quieto. Aún llevaba algo de *berserker* dentro.

—No —contesté.

AK

47 le dijo a Gert que se sentara y dejase de estresarnos.

—Siéntate —le dijo, y él se acercó como si no supiera dónde ponerse—. No hace falta que sea a mi lado —le dijo ella.

Yo estaba sentada en el sillón de cuero, uno al que se le subían los pies, aunque ya no podíamos subírselos porque se le había roto algo y se atascaba.

—No deberíamos habernos peleado así —me dijo

AK

47—. Vamos a olvidarnos de eso, ¿vale? —Se lo dijo a Gert, que no paraba de moverse por ahí, negando con la cabeza—. ¿Vale?

—Vale —contestó él.

—Y Gert no debería haberle dado una paliza a ese abuelo, así que también se tiene que disculpar por eso.

Gert se volvió hacia mí y me dijo que lo sentía.

—Pero no sé por qué se ha metido en nuestro apartamento…

Yo le dije que Alf era más débil y que los héroes protegen a los débiles, no se pegan con ellos. Gert me dijo que ya lo sabía.

—Deberías estar en clase —le dije—. ¿Por qué no estás en clase? ¿Y qué pasa con la pistola?

—Las preguntas del millón —dijo

AK

47.

Gert meneó la cabeza. No le gustaba que le hicieran preguntas. El que las hacía era él. Se rascó la cabeza calva, que no estaba tan calva como de costumbre. Le asomaban pelitos cortos que le hacían como una sombra en la cabeza.

—Mira —dijo Gert—, la pistola no está cargada, ¿vale? Es solo para aparentar. Por protección.

AK

47 cruzó los brazos sobre el pecho.

—Así que hay una pistola…

—¿Ves? —dije yo.

—La tengo guardada bajo llave, en la caja de seguridad.

—¿Y cómo la ha encontrado Zelda?

Gert se volvió hacia mí.

—Mi cuarto también estaba cerrado con llave. ¿Qué hacías tú ahí?

Me noté la cara caliente, hasta que

AK

47 me dijo que no pasaba nada, que no estaban enfadados. Así que les conté que en la universidad todos decían que a Gert lo habían echado, pero él me decía que estaba yendo a clase, y que entré en su cuarto a buscar pruebas.

Me daba la impresión de que no estábamos hablando de lo más importante, que era que Gert no estaba yendo a clase.

—Tendrías que ir a clase —dije—. Porque tú eres listo y quieres tener un buen trabajo y conducir coches bonitos e irte de vacaciones a la playa.

AK

47 hizo un ruidito con la nariz.

—Vale, Tony Montana —le dijo ella. Tony Montana es el protagonista de *El precio del poder*, la película favorita de Gert, aunque Al Pacino muere al final, después de que le disparen cien veces, y tiene un coche bonito y va de vacaciones a un sitio bonito—. De todas formas, tu hermana tiene razón, ¿cuántas has suspendido ya? —le preguntó

AK

47.

Gert se sentó en una silla, enfrente de ella. Se miró la mano, que la tenía morada de dar puñetazos.

—Solo un par.

—¡Manda huevos! —dijo

AK

47—. Perdona, Zelda, pero este es, sin duda, un momento para decir palabrotas.

—Yo también lo pienso —dije—. Manda huevos que hayas estado faltando a clase.

—¿Puedes volver? —preguntó ella.

Él se levantó y dijo que necesitaba un vaso de agua. Fue a la

cocina y
AK
47 dijo que ella también lo sentía. Le pregunté el qué y me contestó: «Haberme puesto en plan Rambo», que era otra de las películas favoritas de Gert. Cuando Gert volvió con un vaso de agua, me dijo que tendría que haberme dicho que no estaba venciendo a la universidad.

—Te podría haber ayudado —dije yo.

—No te ofendas, Zee, pero esto está por encima de tus posibilidades —dijo.

—Pensaba que te iba bien —dijo
AK
47—. Además, podríamos haber estudiado juntos, aunque no nos hablemos. No me importa ayudar. ¿Y quién coño es Tucán?

Gert me miró fijamente.

—Nadie.

—Gert…

Gert estiró los dedos y los meneó.

—Nos ayudó a mudarnos.

—¿Te alquiló un camión?

—Me prestó dinero. Es un amigo. Un viejo amigo. De cuando jugaba al fútbol.

Gert no sonreía como pensé que lo haría. Parecía que hubiera sufrido una derrota importante en la batalla.
AK
47 fue a la nevera y cogió una bolsa de verduras congeladas. Se la dio a Gert para que se la pusiera en la mano.

—Bueno, vamos a ocuparnos de la mierda de la pistola esa.

Fuimos al cuarto de Gert y él hurgó en su armario y sacó la caja metálica y la abrió.
AK
47 dijo que ella se desharía de la pistola. Gert iba a protestar, pero empezó a dolerle la mano y no tuvo fuerzas para discutir más.

—Muy bien, llévatela.

Aunque no se oyó ningún ruido después, fue como si explotara una bomba.
AK
47 llevaba ESA CARA y, cuando dejó de llevarla, fue como cuando

eran novios. Gert también tenía esa cara.

No me gustaba lo furioso y silencioso que estaba el ambiente.

—¿Puede decir alguien algo?

AK

47 soltó su mochila. Se quitó los zapatos.

—Sigo estando cabreada contigo —le dijo a Gert.

—Y yo —dije yo.

Gert dijo que todo eso ya lo sabía. Se levantó y se acercó a

AK

47 y se quedaron allí plantados, mirándose, mucho rato. Luego

AK

47 dijo:

—Zelda, ¿puedes salir fuera a jugar un rato?

—Vais a tener sexo, ¿a que sí?

—Pues parece que sí —contestó

AK

47, cogiendo a Gert de la mano que no le dolía.

—Me pondré los auriculares —dije yo.

Nos fuimos para el pasillo, Gert y

AK

47 cogidos de la mano y delante, y yo detrás de ellos. Cuando llegué a mi cuarto cerré la puerta. Había salido victoriosa de una parte de mi leyenda: Gert y

AK

47 estaban enamorados y teniendo sexo, aunque Gert siguiera sin ir a clase como yo habría querido.

Saqué un bolígrafo y marqué con una cruz el punto «Conseguir que

AK

47 y Gert vuelvan a estar juntos» en mi lista de cosas necesarias para ser legendaria.

Fue un momento muy poderoso. Decidí compartirlo con el doctor Kepple, así que me fui al ordenador y abrí su página web, que tenía en Favoritos.

```
Querido doctor Kepple:
Hola de nuevo. Soy Zelda. Todavía no ha
contestado a mi último correo electrónico,
```

pero no pasa nada porque seguramente estará ocupado estudiando a los vikingos. Me estoy volviendo una experta en el uso de la espada y diría que podría vencer a casi todos los villanos de los que he leído en su libro. Si se acuerda, ya le hablé de mi espada vikinga. Además, he conseguido que Gert y

AK

47 vuelvan a estar juntos, parte importante de mi leyenda.

Aun así, tengo algunas preguntas sobre las arcas vikingas para las que no encuentro respuesta en su libro. En la página 174, dice usted que las tribus vikingas iban a la guerra con otras tribus y saqueaban, que es llevarse el tesoro de otros sitios donde has vencido. ¿Hay algún otro modo de que un vikingo pueda conseguir un tesoro que no sea saqueando? Ah, y tengo una entrevista de trabajo en la biblioteca (no sé si los vikingos tienen bibliotecas, así que también me puede contestar a eso).

Gracias por leerme y que pase un buen día.

Skál,

Zelda

13

Esa noche, después de que Gert y
AK
47 se fueran a la cama y yo mandara mi carta al doctor Kepple, me puse el despertador para poder levantarme temprano, antes que Gert y
AK
47, y poder prepararles un festín de desayuno para celebrar que ella había vuelto a la tribu. Tuvieron sexo mucho rato, yo los oí, y empecé a pensar en tener sexo con Marxy y me quedé dormida y quise soñar con ello, pero no.

Cuando me sonó el despertador, la puerta del cuarto de Gert estaba abierta y él seguía dormido en la cama, tumbado bocabajo.
AK
47 estaba delante de la puerta del apartamento, poniéndose los zapatos para irse.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

Se llevó un dedo a la boca para hacerme callar.

—Déjalo dormir —me dijo.

Bajé la voz y volví a preguntarle adónde iba.
AK
47 se incorporó y me susurró:

—No te ofendas, Zee, pero esto no es un final feliz.

—Pero Gert y tú habéis tenido sexo.

Se llevó el dedo a los labios otra vez y me señaló el rellano para que habláramos ahí.

—Sí, hemos tenido sexo, ¿y…? —dijo, cerrando la puerta del apartamento.

—Y os queréis.

—Sé que piensas que todo tiene que terminar bien —dijo—,

pero la vida es complicada. Aunque quieras a alguien, a lo mejor esa persona es mala para ti o no es la adecuada. No estoy segura.

—Pero siempre podéis ser perfectos el uno para el otro y ayudaros a ser fuertes —le repliqué yo.

Suspiró.

—Zelda, él no se deja ayudar, ¿vale?

Eché a correr y me adelanté. «¡NO PUEDES PASAR!», le dije, y ella intentó pasar, pero yo me quedé plantada delante.

—Vamos, aparta —me dijo, y yo le dije que no me iba a mover y empecé a dar saltos delante de ella.

Dejó de intentar pasar.

—¿Tienes hambre? —me preguntó.

—Un poco.

—A ver, voy a pasar por el
McDonald's
antes de ir a trabajar. Si quieres, vente y defiende tu causa, pero te advierto que yo no soy persona si tengo el estómago vacío.
Mientras hacíamos cola en el
McDonald's
me explicó por qué no se fiaba de lo que decía Gert de que iba por el buen camino y estaba cambiando.

—Aunque me encantaría pensar que ha cambiado desde la última vez que rompimos, no me puedo tirar de cabeza a esta mierda. No puedo.

—Ha dicho que no va a seguir relacionándose con Tucán.

—No conozco a ese capullo de Tucán, pero sé cómo es esa gente y, si tu hermano le debe dinero, mal asunto.

—¡Pero por eso tendrías que quedarte! ¡Podrías ser su linda doncella!

—Cielo, yo no soy la linda doncella de nadie. Gert tiene que aprender a cuidarse solito.

Llegamos al principio de la cola y pedimos nuestra comida. A
AK
47 le gustaban los McMuffins y a mí las tortitas.

—Mira, no sé por qué, siento cierta debilidad por ese capullo. A lo mejor porque no he tenido muy buenos modelos de pequeña y siento la necesidad de salvar a pajarillos con las alas rotas.

—¿Y si le hacemos volver?

—¿Le hacemos? La cuestión es que tiene que empezar a hacer las cosas por sí mismo. Esta era su oportunidad.

—Si ha suspendido, podría repetir las asignaturas —dije yo—. Hay que darles a los héroes la oportunidad de aceptar la derrota y levantarse de nuevo.

Dejó en el plato el McMuffin que se estaba comiendo.

—Zelda…

—Tú siempre me estás diciendo que me tienen que dar la oportunidad de cuidar de mí misma y ser mi propia leyenda, y me has ayudado a elegir ropa para mi trabajo, para que pueda ser mi mejor yo vikingo.

—No es lo mismo. —

AK

47 no dijo nada durante unos segundos. Miró por el ventanal una furgoneta que intentaba aparcar en un espacio demasiado pequeño—. Yo… yo lo quiero, de verdad. Y quiero que las cosas funcionen. Pero no es tan fácil.

Entonces pensé en cosas que me habían ayudado a mí en mi leyenda y caí en la cuenta de qué era lo que Gert necesitaba más que nada.

—Creo que deberíamos hacer unas normas para que Gert las siga —dije—. Tendríamos que hacer unas NORMAS DE VIDA PARA GERT.

AK

47 rio.

—Él ya es adulto, y no sé si lo has notado, pero tu hermano está muy en contra de las normas.

—Yo también soy adulta y las normas me ayudan —dije—. Y estas serán normas para la tribu. Si nos quiere, aceptará cumplirlas. ¿Confías en mí?

AK

47 bebió un poco de su zumo.

—No se trata de que confíe en ti, sino…

—¿Confías? —le pregunté.

—Sí, claro.

—Entonces, te pido que confíes también en Gert y le des una oportunidad de volver a ser un héroe.

AK

47 dejó en la mesa el zumo y se limpió la boca. Vi que se lo estaba pensando. Movía las cejas.

—Vale, pero si la caga, se acabó.

—Le pondremos sus normas y, si no las cumple, se acabó.

Sonrió.

—Eres una buena hermana, ¿lo sabes? Tiene suerte de tenerte.

—De tenernos —dije—. Tiene suerte de tenernos, porque lo vamos a mantener a raya.

Mojé mi tortita de patata en el cuenquito de sirope de arce hasta que estuvo casi empapada y me la metí en la boca. Si Gert hubiera estado allí, seguramente me habría dicho que no le pusiera tanto sirope ni fuera tan cochina, aunque las tortitas me las comiera yo, no él. Quería que dejase de hacer cosas así. Empezaba a cansarme de las normas que me ponían los demás. Quería ser yo quien me pusiera mis propias normas.

—Si algo es cosa mía —dije—, quiero que sea cosa mía. Quiero tener mis cosas. Como el sexo.

Hablamos de lo mucho que había enfadado a Gert que Marxy y yo pudiéramos tener sexo. En realidad,

AK

47 pensaba que Gert tenía algo de razón, pero no estaba completamente de acuerdo con él.

—Con algo de razón quiero decir que seguramente es normal que lo incomode. Por otro lado, la madre de Marxy tiene razón. Tenéis que hablarlo. Y tiene que dejar de ponerse nervioso cuando alguien dice la palabra «regla».

—A lo mejor esa debería ser una de nuestras normas para Gert: que no se cabree con el sexo y las reglas.

Asintió con la cabeza.

—Buen comienzo —dijo, y se metió el resto del McMuffin en la boca. Con un dedo, se quitó de los labios el queso que rebosaba. De dos mordiscos, se tragó toda la comida que llevaba en la boca. Luego sacó un bolígrafo de la mochila y lo abrió. Estiró en la mesa el *ticket* de la comida y se quedó mirándolo, dándose golpecitos con el boli en la barbilla—. A ver, tampoco podemos ser demasiado duras —dijo.

—Yo quiero que volváis a estar juntos —dije—, ¿por qué iba a querer ponéroslo difícil?

—Sí, pero lo tengo cogido por las pelotas, y con tu hermano eso no pasa casi nunca. Supongo que podemos poner las dos el coco en esto y sacarle el máximo provecho mientras esté dispuesto a hacer concesiones.

Una concesión podía ser un kiosco de comida de esos que venden perritos calientes y refrescos en los partidos de baloncesto o darle a otra persona algo que no le quieres dar para conseguir a cambio lo que quieres.

AK

47 y yo estábamos intentando decidir qué concesiones querría hacer Gert para conseguir lo que quería: volver con ella. Y en realidad ella también quería volver con él, pero para ella era al revés: su concesión era volver con Gert, porque para estar con mi hermano hay que aguantar muchas mierdas.

—Tiene que dejarse de chorradas, ¿no? —dije yo.

AK

47 empezó a escribir en la parte de atrás del *ticket*.

—Bien. Hay que procurar que sean cosas lo más concretas posible, ¿vale?, de forma que, si se cabrea, tengamos munición con la que contraatacar. La necesitamos para poder exigirle cosas. Yo ya le he confiscado la pistola, así que eso lo podemos tachar de la lista.

—¿Qué significa «confiscado»?

—Que se la he quitado y me voy a deshacer de ella, con lo que eso lo podemos quitar de la lista de exigencias.

Las exigencias son lo contrario de las concesiones. Cuando dos tribus en guerra se reúnen para decidir lo que pasa a continuación, si no quieren luchar con espadas, luchan con palabras para decidir quién consigue qué. Luchan con exigencias.

AK

47 tenía cuatro exigencias para volver con Gert. Eran «ultimátums». No haría concesiones con ninguna de ellas. Y eran:

1. Gert tendría que ir otra vez él solo a la consulta del doctor Laird, a la que había dejado de ir.
2. Ya no vendería maría ni sería amigo de gente como Tucán, que seguramente es un villano, según
   AK
   47, porque ella había preguntado por ahí y, por lo visto,

muchos pensaban que era «un cabronazo de poco fiar». Los cabronazos de poco fiar son peores que los gilipullos y los pinchamierdas juntos, en opinión de
AK
47.

3. Gert iría a clases de recuperación para compensar los créditos que había perdido al dejar de ir a clase.
4. Se desharía de la pistola.

Le pusimos una cruz al número 4 porque
AK
47 ya le había quitado la pistola.

Le pregunté por qué no tenía otro ultimátum sobre que Gert tuviera sexo con otras chicas.

—Eso no hace falta ni decirlo —contestó—. En realidad, sí hace falta decirlo. Buena idea.

Escribió en el *ticket* «No acostarse con otras».

Mis exigencias eran que dejara de decirme todo el tiempo lo que tengo que hacer. Por ejemplo, en lo de tener sexo con Marxy, no me lo puede impedir. También había decidido que quería tener un trabajo propio.

—Y me gustaría que me apoyara —dije—. Y me voy a abrir una cuenta bancaria y a ayudar con los gastos de la tribu.
AK
47 sonrió y me dijo que eso lo podíamos hacer sin él.

—Puedes ir a un banco y abrirte una cuenta. Aunque seguramente deberías ir con alguien antes de firmar nada.

Seguimos escribiendo nuestras NORMAS PARA GERT.

De camino a casa en el coche se me ocurrió otra exigencia distinta. No era solo para Gert, también era para
AK
47. Y tampoco era una norma, era algo que yo quería.
AK
47 llevaba la radio puesta y bajó el volumen.

—Vale, te escucho.

—Quiero ver su carta de presentación —dije—. La carta con la que consiguió la beca.

No dijo nada. Le pregunté qué tenía en la cabeza. Me dijo que

no sabía si yo iba a querer leerla.

—A ver, sé que crees que sí, pero la escribió para un público concreto, no para que la leyeras tú.

—La escribió Gert y habla de mí. Quiero verla.

Empezó a llover. El sol casi había desaparecido detrás de las nubes y la lluvia escupía en el parabrisas.

AK

47 encendió los limpiaparabrisas. Yo observé cómo iban y venían durante un rato. Le había hecho una exigencia, pero me había dado cuenta de que no tenía forma de obligarla a que me enseñara la carta de presentación. Gert tampoco querría enseñármela.

—Como te he dicho —añadió

AK

47, mirando hacia nuestro edificio de apartamentos—, depende de él.

Cuando le presentamos a mi hermano nuestra lista de NORMAS PARA GERT, fue todo muy oficial. Nos sentamos a la mesa de la cocina, cada uno en una esquina, como en una reunión de negocios.

AK

47 había pasado nuestras exigencias a un folio con dos columnas, una para las suyas y otra para las mías. Queríamos que pareciera más serio que el *ticket* y la servilleta.

—Será de coña, ¿no? —dijo él, sosteniendo en alto el papel—. ¿Qué es esto, la Segunda Guerra Mundial? ¿Cuál de las dos es Polonia?

—Ultimátums —dije yo—, eso es lo que son.

—¿Y qué pintan aquí tus ultimátums? —me preguntó.

—Yo estoy negociando en su nombre —le contestó

AK

47, y Gert meneó la cabeza.

—Dos contra uno, ¿os parece justo?

Gert echó un vistazo a la lista y dijo que le parecía bien todo, hasta lo de ir a la consulta del doctor Laird.

—No te puedes poner *berserker*.

—Muy bien.

—Lo del sexo… —dijo.

—Es su cuerpo —dijo

AK

47—. Su vida.

—Es mi cuerpo y mi vida —dije yo—. Y cuando quieres a alguien, le demuestras tu amor acariciándolo de formas bonitas. Yo quiero a Marxy.

Gert frunció el ceño, pero no dijo que no, no dijo nada. Se quedó mirando la lista sin más.

Después, para demostrar que estaba dispuesto a cumplir las normas, fue al apartamento de Alf y le dijo que lo sentía. Alf tenía la cara llena de cardenales y abrió la puerta con un cuchillo de carne en la mano. Le dijo a Gert que se lo clavaría como intentara algo.

—Ha venido a disculparse —le dije yo.

Alf tenía los ojos hinchados y medio cerrados, y no quiso soltar el cuchillo.

—¿Es verdad?

Le di un empujoncito a Gert. Me miró, luego a
AK
47, que se había cruzado de brazos.

—Lo que hice no estuvo bien —dijo Gert por fin.

—¡No hace falta que lo jures! —replicó Alf.

—¿Qué más? —le dijo
AK
47 a Gert.

—También estuvo mal que me pegara con ella —añadió—. Y que asustara a mi hermana. Debió de parecerte un horror lo que estaba pasando.

—Si le pones la mano encima a una chica como esta, no me voy a quedar mirando —dijo Alf.

—Y yo lo agradezco —dijo
AK
47—, ¿verdad, Gert?

No dijo nada.
AK
47 le puso ESA CARA.

—Hice mal —dijo Gert por fin.

Alf soltó el cuchillo.

—Pues que te den, de todas formas —dijo, y cerró la puerta.

—Bueno, ha ido bien —dijo

AK
47.

14

Era el día de la entrevista en la biblioteca. Los miércoles son perfectos porque ya son mis días de lectura en la biblioteca, pero Big Todd me dijo que mi entrevista no era en la biblioteca de al lado del centro cívico a la que yo iba.

—Queda un poco a desmano —dijo, una expresión que significaba que un sitio estaba fuera de los caminos por los que solía ir la gente.

—Ah —dije yo, y Big Todd me miró raro.

—¿Te parece bien? Si quieres, podemos cancelarla.

—No —dije—. Parte de la leyenda de un héroe consiste en hacer cosas que quedan un poco a desmano.

Big Todd sonrió.

—A eso me refiero —dijo.

Me llevó en coche a la biblioteca y me dio los horarios de los autobuses y las indicaciones necesarias, conduciendo exactamente por el mismo camino que yo haría en autobús. Lo fui siguiendo con el dedo en el mapa a la vez que leía las indicaciones en voz alta.

—Vas muy bien, por cierto —me dijo—. Muy profesional.

—Gracias.

AK
47 me ayudó a elegir la ropa. Y unas braguitas caras para lucirlas con Marxy.

—¡Madre mía! —dijo Big Todd—. Demasiada información. —Rio y le pregunté si quería saber un secreto—. Si es sobre las cochinadas que hacéis Marxy y tú, por favor, no, gracias.

—No. Gert y
AK
47 han vuelto.

Big Todd me miró.

—¿Sí? ¿De forma oficial?

Me encogí de hombros.

—Ha dormido en casa las dos últimas noches. Y han estado teniendo sexo.

Y entonces lo dijimos los dos a la vez: «Demasiada información», y reímos.

—Bueno, mientras estén contentos los dos y él la trate bien, y a ti, claro, por mí bien. —Señaló un edificio pequeño que parecía una casa de ladrillo rojo que había comido demasiadas ventanas de cristal y metal—. Es eso, eso de allí.

Aunque no tenía ninguna experiencia laboral, Big Todd me ayudó a preparar un CV con el que parecía que podía ser una buena empleada de la biblioteca. La bibliotecaria, que se llamaba Carol, mordisqueó el extremo del lápiz. Big Todd cruzó las piernas. Estaba nervioso y no paraba de moverlas de arriba abajo.

Estábamos sentados en un despacho con las paredes de cristal. Alrededor, había estanterías por todas partes y personas leyendo en mesas. Por encima de todo eso se levantaba una palmera gigantesca. Big Todd me dijo que me acompañaba para darme ánimo, pero también para resolver las dudas que pudiera tener la bibliotecaria. No acostumbraba a acompañar a nadie a las entrevistas de trabajo. Mi caso era especial, me dijo, pero no me explicó por qué.

Guardamos silencio, allí sentados, mientras Carol leía el CV. Le dio la vuelta a la página para ver si había algo por el otro lado. Luego lo dejó encima de la mesa.

—Ahora mismo no tenemos ningún puesto disponible —dijo Carol—. Además, hay una lista de espera de graduados en Biblioteconomía, a los que solemos ofrecer prácticas.

Big Todd se incorporó en el asiento.

—Por teléfono me dijeron…

—No sé lo que le dirían —lo interrumpió Carol.

Se quitó las gafas y volvió a ponérselas. Big Todd se movió en la silla.

—Soy muy trabajadora —le dije a Carol.

—Estoy segura de ello, pero no tenemos ninguna vacante. Además, ser socio es distinto de trabajar aquí. Más normas.

Con «socio» se refería a los que vamos a las bibliotecas. Era algo

que yo había puesto en mi carta de presentación: que era «socia voraz de las bibliotecas» y sabía cómo funcionaban y dónde estaban los libros.

—¿No podría empezar, quizá, como voluntaria y después pasar a hacer turnos pagados? —preguntó Big Todd.

Carol contestó que no esperaba tener ninguna vacante en un futuro próximo. Yo le pregunté cómo podía saber el futuro, y ella, en vez de enfadarse, rio.

—Ajá. Dime por qué quieres trabajar aquí…

—Está todo en la carta de presentación —contestó Big Todd. Habíamos estado repasándola dos horas antes de la entrevista, cambiando palabras hasta conseguir que sonara muy bien.

—No le he preguntado a usted, le he preguntado a ella.

Era una pregunta que Big Todd me había hecho cien veces antes de ir allí, una que le hacían a todo el mundo en las entrevistas de trabajo. Él me había hecho una lista de razones por las que yo era perfecta para la biblioteca. Las había ido escribiendo mientras yo le contaba lo que me gustaba de ir allí a leer. Pero me la había dejado en casa.

Carol esperaba mi respuesta. Me estaba tomando en serio y eso me ponía nerviosa, pero también me hacía sentir adulta y no alguien que necesitaba que se lo hicieran todo. Big Todd se aclaró la garganta y me preguntó si estaba bien.

Yo cerré los ojos y conté hasta diez, no en voz alta, mentalmente.

Big Todd me dio con el pie por debajo de la mesa.

—Me he dejado en casa el papel donde tenía escritas las razones por las que sería perfecta para trabajar en la biblioteca —dije.

—¿Y lo necesitas? —me preguntó Carol.

—Es que se pone nerviosa —dijo Big Todd.

—Tú di la verdad —me dijo Carol—. Lo que quiero oír es la verdad.

Le conté que mi hermano y yo nos habíamos ido del mal sitio donde vivíamos para vivir juntos en otro.

—Él es muy listo, pero no se le daba muy bien estudiar. Le dieron una beca para la universidad.

Le dije que Gert trabajaba mucho para que yo estuviera a salvo y que ahora quería ayudarlo yo porque él tenía una deuda que

debía pagar. Le dije que yo iba a la biblioteca que había cerca de mi casa muy a menudo, que leer es muy importante y que quería ayudar a los demás a encontrar los libros que querían.

Carol dejó mi CV en la mesa.

—Una o dos veces por semana —dijo—. Es lo único que puedo ofrecerte. Y seguramente no será de forma permanente.

—¿Significa eso que tengo un trabajo? —pregunté.

Carol me dijo que había un período de prueba. Si lo hacía bien, podría seguir trabajando.

—La próxima vez que vengas, te daremos los impresos y veremos tu horario, ¿qué te parece?

Nos levantamos y nos dimos la mano. Big Todd me dijo que no intentara chocar los cinco con ella porque los empleadores quieren que sus empleados sean profesionales, y chocar los cinco no es muy profesional.

Cuando salimos afuera, él sí que quiso chocar los cinco conmigo, pero yo no quería eso, quería un abrazo. Big Todd había demostrado ser un miembro poderoso de la tribu.

—Bueno, bueno… —dijo. Cuando terminamos de abrazarnos, me tocó el hombro y se puso muy serio—. Oye, eso que has dicho de una deuda… ¿A qué te referías?

Le contesté con la definición de «deuda» que él me había enseñado: cuando alguien o una empresa te debe algo.

—Con los bancos y las empresas, en los tiempos modernos, suele ser dinero —dijo Big Todd.

Fuimos andando hasta su coche.

—No es asunto mío, la verdad, pero esas cosas me las puedes contar, ¿vale?

Le dije que lo sabía y que, aunque él no era de mi tribu, sí formaba parte de una tribu vecina muy cercana a la mía y a la que la mía respetaba mucho.

Cuando Big Todd me dejó a la puerta de casa, Gert salió a recibirme.

AK

47 chocó los cinco conmigo y me dijo que estaba orgullosa de mí. Luego Gert hizo algo que nunca había hecho antes: saludó con la mano a Big Todd, que estaba plantado junto a su coche, aparcado delante del edificio.

—Hola —le dijo—. ¿Qué haces esta noche?

—Eeeh… —dijo Big Todd.

—Vamos a salir a cenar. Para celebrarlo. ¿Por qué no os venís tu chico y tú?

AK

47 y yo miramos a Gert.

—¿Sí? —preguntó Big Todd.

—Claro.

En cuanto Big Todd se fue, le preguntamos a Gert qué mierda pasaba.

—¿Qué? —dijo Gert—. No me miréis así.

—A ti no te gustan los gais —dije yo.

Gert dijo que eso no era cierto,

AK

47 dijo que un poco sí y Gert se encogió de hombros y dijo que ese era el Gert de antes.

AK

47 y yo nos miramos otra vez mientras Gert volvía al apartamento. Preguntó si íbamos o qué.

—¡No me jodas! —dijo

AK

47—. Con perdón.

El restaurante al que fuimos era elegante y Gert se puso guapo, igual que

AK

47 y yo. Nunca había visto a Gert tan contento. Me hizo sentir que empezábamos a ser una tribu unida. Me pidieron que les contara cómo había ido la entrevista y, cuando lo hice, Big Todd dijo que había conseguido impresionar a la bibliotecaria, a pesar de que al principio nos había dicho que no tenían ningún trabajo.

—Ha arrasado —dijo Big Todd.

Noah, el novio de Big Todd, era divertido y no hablaba mucho, y a mí me preocupaba que Gert los llamara maricas o se riera de ellos por ser gais, pero Gert le dijo que lo veía en forma, que si había jugado al fútbol alguna vez, y el novio de Big Todd le contestó que sí.

—¿En qué posición?

—*Cornerback* —contestó—. ¿Tú?

—*Wide receiver*.

—Tienes la complexión necesaria. ¿Qué pasó?

—Se hizo daño en la rodilla —dije yo.

—¿El ligamento cruzado anterior?

Gert dejó en la mesa su limonada.

—Sí. Me lo hice trizas.

Hablaron de fútbol un rato mientras Big Todd y

AK

47 hablaban de que el gobierno amenazaba con no dar tanto dinero al centro cívico el próximo año para que lo gastara en programas para personas a las que llamaban desfavorecidas.

Durante la cena, a Gert le sonó el móvil. Él lo miró y cortó la llamada, luego lo puso bocabajo para no ver más la pantalla.

AK

47 lo miró pero hizo como que no. Después me miró a mí y sonrió, porque aunque tratar bien a Noah y a Big Todd y hablar de fútbol y del gobierno no era una de las NORMAS PARA GERT, era como si él hubiera añadido una norma a las NORMAS, una por la que debía tratar bien a gente como Big Todd y Noah y no decir gilipulladas sobre los gais.

15

Tuvimos que cambiar la hora de mi cita con el doctor Laird porque ahora tenía que trabajar a la misma hora que la consulta del jueves. A Hanna, la ayudante del doctor, no le hizo mucha gracia al principio, porque había que avisar con más de un día de antelación para cancelar la cita y en la agenda del mes siguiente nos tenía apuntados a Gert y a mí para los jueves. Entonces el doctor Laird se puso al teléfono y me dijo que por él no había problema.

—Qué bien —dijo cuando le conté por qué no podía ir—. Y en una biblioteca. ¿No es genial?

—Mucho —le dije yo.

Por lo general, cambiar horarios me ponía nerviosa, pero para poder funcionar en el mundo, como decía el doctor Laird, debía aceptar los cambios de horarios, porque no todo funciona siempre según el mismo calendario.

Gert,

AK

47 y Big Todd me habían advertido que en la biblioteca podían ponerme un horario de trabajo distinto cada semana y que eso significaría que cambiaría mucho de horarios, pero yo les dije que estaba preparada para el reto y que lo superaría contando hasta diez cuando me pusiera nerviosa por no saber qué iba a pasar a continuación.

El jueves por la mañana, mi primer día de trabajo, le dije a Gert que iría yo sola en autobús.

—¿Qué más da? Tengo la mañana libre —me dijo él—. Además, ¿qué pasa con nuestras normas? Tenemos que asegurarnos de que sabes adónde vas.

—Voy a coger el autobús allí y voy a volver en autobús. —Le enseñé los horarios del autobús—. Tardaré menos de una hora.

—Si te llevo en coche, estaremos allí en quince minutos —dijo

Gert.

—Que quiere ir sola, melón. A su primer día de trabajo. —

AK

47 le dio un codazo—. Indirecta, codazo.

—¿Y qué pasa con las normas? —preguntó Gert.

—Me estoy haciendo normas nuevas —respondí yo.

También me había preparado yo el almuerzo: un sándwich de atún con mostaza, mayonesa y rodajas de tomate. Había procurado poner las rodajas de tomate entre el atún y la mayonesa, para que no se humedeciera el pan. También había cogido una botella de agua, que podía rellenar en el trabajo.

AK

47 se había asegurado de que iba bien vestida. Esa era la única ayuda que había aceptado.

Me dio un abrazo y me dijo que sabía que lo haría genial.

—Escucha bien las instrucciones y anótalas si te hace falta.

—Hecho —dije yo.

—Y llama si necesitas algo, ¿vale? —dijo Gert—. Y también cuando hayas terminado y vengas para casa.

—No va a pasar nada —dijo

AK

47.

—No me va a pasar nada —dije yo—. Pero llamaré.

La biblioteca es un sitio muy heroico en el que trabajar, porque los bibliotecarios ayudan a la gente a tener el cerebro más fuerte. También ayudan a los indigentes dándoles comida en lata que otras personas dejan en la caja de cartón de la entrada.

Ser bibliotecaria consiste sobre todo en saber dónde va cada libro, para poder responder las preguntas de las personas que intentan encontrarlos. Además, la gente se deja los libros en las mesas. Si sabes adónde llevarlos, no hace falta que vayas al ordenador, que es lo más difícil de ser bibliotecaria, y fue algo que no conseguí hacer bien enseguida.

Lo primero que aprendí a hacer fue ir por ahí recogiendo libros y poniéndolos en un carrito. Si la gente se dejaba basura, también me la llevaba. Carol era la persona más importante que trabajaba allí. En la biblioteca había otras cuatro mujeres y dos hombres. Pero Carol era la jefa de su tribu.

Aunque había sido un poco gilipulla durante nuestra entrevista, en el fondo era muy agradable cuando no había nadie alrededor y estábamos las dos solas. Yo sabía que en la entrevista tenía que ser gilipulla porque tienes que demostrar que eres digna de ser bibliotecaria.

No se puede ser bibliotecaria sin superar obstáculos.

La persona que estaba trabajando en la biblioteca antes que yo era un estudiante universitario que se llamaba Teddy y había hecho muy buen trabajo. Eso decía Carol.

—Así que el listón está bastante alto —me dijo.

Me enseñó a usar la clasificación Dewey, saber dónde iba cada libro por los números y las letras de las pegatinas, y a usar el ordenador.

Iba dos veces a la semana, cuatro horas los jueves y dos horas los domingos, pero a veces más si alguien se ponía enfermo. A la hora del almuerzo, me dejaban ir a cualquier parte de la biblioteca a leer mientras no incordiara a nadie. También podía comer en una sala del fondo que no dejaban ver a nadie más.

Una de las normas más importantes de la biblioteca es que no se puede comer cerca de los libros, ni beber refrescos, salvo cuando la botella tiene tapón. Todas las bebidas deben tener tapa.

Había personas que iban siempre a la biblioteca. Dos ancianos, que se llamaban Tyrone y Mac, jugaban juntos al ajedrez por las mañanas. Una mujer que olía mal, con unas piernas rojas y una piel que parecía agrietada, dormía en una silla junto a la ventana.

Un grupo del centro de primaria iba una vez a la semana a leer libros, y los domingos los padres llevaban a sus bebés a la Hora de las Lecturas Dominicales de la Señora Coneja. Además, iban escritores famosos a leer sus libros a muchísimas personas.

Lo mejor de todo era que me pagaban y que podía meter dinero en mi cuenta bancaria, que había abierto en el Bank of America. Puedes meter dinero y volver a sacarlo todas las veces que quieras en los cajeros del banco.

Marxy vino a verme a la biblioteca en mi segundo día de trabajo, que era domingo. Me cogió de la cintura e intentó besarme en la boca.

—Mientras estoy trabajando no —le dije.

—Ah —dijo él, retrocediendo—. Perdona.

—Pero me alegro mucho de verte.

Va contra las normas besarse en la biblioteca. Carol me contó que una vez había pillado a dos críos de instituto, un chico y una chica, morreándose en la sección de Cocina, 641.5, que es donde están los libros de cocina internacional.

«Morrearse» es una forma vulgar de decir besarse.

Me dijo también que a veces venían críos del instituto de esa misma calle a fumar maría en los baños o a morrearse dentro, y que ninguna de las dos cosas estaba permitida.

—Todo el mundo está muy orgulloso de ti —me dijo Marxy—. De que tengas un trabajo y tu propio dinero. —Se tiró de los dedos, una vez. Le sonaron clac, clac, clac—. Echo de menos besarte.

Marxy me preguntó si aún era vikinga.

—¿Por qué no iba a ser vikinga? —le pregunté yo.

Se encogió de hombros.

—Ahora eres bibliotecaria. Además, hace mucho que no te oigo hablar de vikingos.

—Soy vikinga y bibliotecaria —dije—. Pregúntame dónde puedes encontrar algún tipo de libro.

Y Marxy lo pensó y dijo:

—Los cómics, por ejemplo.

Muchos bibliotecarios buscarían cómics, pero, en realidad, en una biblioteca los cómics se llaman «novela gráfica», por eso yo sabía en qué parte de la biblioteca encontrarlos. Lo llevé a la 741.5 y le enseñé todos los cómics distintos que teníamos.

—También hay cómics allí.

Al fondo de la biblioteca había pilas de revistas y periódicos, y en expositores giratorios había cómics, los más recientes que aún no se habían convertido en libros. Estaban tapados con plástico para que no se estropearan.

Carol se acercó y me preguntó cómo iba todo.

—Bien. Estoy ayudando a este socio a encontrar los cómics —dije—. Se llama Marxy.

—Soy su novio —dijo Marxy.

—¿Ah, sí? —dijo Carol.

—No vamos a morrearnos mientras estoy trabajando —le dije a Carol.

Ella asintió con la cabeza.

—Yo iba a echar un vistazo a la sección de Cocina. —Le dijo a Marxy que se alegraba de conocerlo y después me dijo a mí que había libros por recoger en Libros Infantiles—. En la sección de educación primaria —añadió.

—Estoy muy orgulloso de ti —me dijo Marxy. Alargó el brazo y me cogió la mano y me la estrujó. Yo le estrujé la suya y le dije que tenía que volver al trabajo.

Pearl vino a buscar a Marxy media hora más tarde. Yo intentaba demostrarle que era responsable y heroica y una buena novia para su hijo. Ella me dijo que se alegraba de verme y que le parecía muy bien que yo trabajara en la biblioteca.

—Ahora Marxy también quiere tener trabajo —dijo mientras Carol registraba en el mostrador de recepción los libros que Marxy se quería llevar.

Lo observamos las dos.

—Yo creo que lo puede hacer —le dije.

Y entonces Pearl me sonrió.

—Aún me tienes que devolver los táperes —dijo, pasándole el brazo por la cintura a Marxy, que cogió los cómics y me dijo adiós cuando salía.

16

Para los vikingos, una *hólmganga* es la forma en que la gente que tiene conflictos con otros resuelve los problemas. Luchan según unas normas serias, y el que gana la *hólmganga* vence. Resultó que Gert nos había mentido y que en realidad lo habían echado de la universidad. Como Gert no podía enfrentarse a la universidad, tuvo que hacer un *Þing*, que es un grupo de personas que deciden si mereces un castigo por tu delito. Según el libro de Kepple, se informaba a un grupo de sabios ancianos del delito que se había cometido y ellos decidían lo que ocurría.

La decana iba a ser el sabio que decidiera el destino de Gert.

También hay un ritual vikingo llamado *járn-burðr* o *jernbyrd*, que significa juicio por fuego. Caminas con algo caliente en la mano de un extremo de la sala o el campo al otro. Así demuestras que eres valiente y digno de perdón. Inga de Varteig lo hizo para demostrar que su hijo Håkon Håkonsson debía ser el rey de Noruega.

Gert debía hacerlo para demostrar que tenían que volver a admitirlo en la universidad.

Dijo que probablemente no conseguiría volver, así que de qué servía.

AK
47 quería que se pusiera el traje para que demostrara que era serio. Gert odiaba el traje y no se lo quería poner, así que
AK
47 le dijo que dejara de portarse como un niño pequeño.

—¿Tú crees que Zelda no tuvo dificultades que vencer cuando consiguió el trabajo en la biblioteca?

—Eso es completamente distinto —dijo Gert.

—Sí, es completamente distinto porque ella tiene más pelotas

que tú, así que ponte el condenado traje.

Yo le dije que ponerse el traje y demostrar que estaba arrepentido, aunque le fastidiara hacerlo, era importante.

—Este es tu juicio por fuego —le dije—. Donde vas a demostrar que eres digno.

—Muy bien, pero no esperes que sea el puñetero Beowulf ahí dentro —dijo Gert, quitándose una pelusa de la camisa.

Fuimos a la universidad, pero no al edificio del campanario, sino a uno feo que parecía una caja de zapatos. Dentro, el aire acondicionado estaba muy fuerte, hacía mucho frío y se me ponían de punta los pelos de los brazos.

Íbamos a la guerra. Subimos la escalera y fuimos por un pasillo hasta una sala grande que me recordaba al banco, con un laberinto de personas de pie esperando a llegar al principio de la fila.

—¡La hostia! —dije yo.

—¿En serio tenemos que hacer toda esta cola? —preguntó

AK

47.

Gert asintió con la cabeza.

—También podemos irnos.

La mujer del mostrador gritó un número y la cola avanzó un poquito.

—Ni de coña —le dijo

AK

47, dándole un puñetazo en el brazo.

Al cabo de un rato,

AK

47 se saltó la cola y le dijo a una de las personas que estaban detrás del mostrador que teníamos una cita. Hablaron un poco y luego nos hizo una seña para que fuéramos.

Al pasar, la gente que estaba en la cola nos miró con mala cara. Gert agachó la cabeza, avergonzado, y yo le di una palmadita en la espalda y le dije que fuera fuerte.

La mujer que nos llevó a la parte de atrás dijo que

AK

47 y yo teníamos que esperar fuera, sentadas en sillas en las que no era estupendo sentarse. Gert entró con la decana, una mujer alta con el pelo corto y rizado. Yo le tendí la mano a Gert para que

chocáramos los cinco, pero
AK
47 me la bajó.

—Ahora no —me susurró.

Gert miró hacia atrás un segundo antes de entrar. Y luego la puerta se cerró.

A los dos lados de la puerta del despacho de la decana había cristal, no de esos por los que se ve, sino de los que están como nublados. Yo solo veía más o menos la camisa de Gert al otro lado. Era casi como se ven las cosas cuando abres los ojos debajo del agua. También los oía hablar, más o menos, a Gert no mucho, más bien a la decana.

Tenía una voz muy fuerte, de las poderosas.

—¿Por qué tiene tanto miedo? —le pregunté a
AK
47—. Él es listo.

—Lo sé bien. Tu hermano tiene un poco de complejo de fracasado. Le da tanto miedo cagarla que prefiere no intentarlo.

—Eso parece algo que diría el doctor Laird.

—Igual hasta es algo que le ha dicho el doctor. Cuando yo era pequeña, mi mejor amiga era así. Era guapa, Zee, y listísima.

—¿Qué le pasó?

—Se quedó embarazada a los quince. Empezó a tomar drogas.

Le dije que no lo entendía. ¿Por qué iba a querer alguien cagarla a propósito?

—Pues no puedo hablar por ella, pero lo que pienso de Gert es que toda la vida la gente lo ha creído de una forma, lerdo, un matón, lo que sea, y le da menos miedo que la gente siga pensando eso que intentar demostrar que se equivocan, y fracasar y saber que siempre habían tenido razón.

Pero Gert era listo, le dije yo, y los que no creían en él eran pinchamierdas.
AK
47 me dijo que el problema era que nosotras lo sabíamos, pero Gert no.

—Para él es difícil. Yo lo entiendo —dijo.

Yo no estaba segura de entenderlo. Para mí, mi leyenda consistía en demostrar a la gente que no soy lerda ni una pinchamierdas, que

podía ayudar a la tribu y también demostrar al mundo que las personas como Marxy y yo podemos ser poderosas. Que Gert no supiera que era poderoso y creyera lo que pensaban los demás, eso de que era lerdo y un macarra, era lo contrario de una leyenda.

Era como si te daban una armadura y un arma mágica, como la espada de Lævateinn, y la dejabas guardada en su vaina aun cuando era el momento de usarla en batalla.

AK

47 me dio una palmada en el muslo, se levantó y me dijo que tenía que ir al baño.

—No te muevas de aquí, ¿vale?

Y en cuanto se fue, me moví. Me acerqué a la puerta y pegué la oreja al cristal para ver si podía distinguir algo de lo que estaban hablando. Pero el cristal era demasiado poderoso.

Como Gert no estaba hablando mucho, pensé que estaba perdiendo la batalla. A lo mejor incluso ella lo había vencido ya y le había dicho que no podía volver a la universidad. Eso sería desastroso. Tenía que entrar y servirle de respaldo, como los guerreros que ayudan a otros guerreros cuando están perdiendo.

Yo sería sus refuerzos.

Giré el pomo, abrí la puerta y procuré entrar muy derecha para parecer lo más grande posible.

La decana estaba al otro lado del escritorio. Gert tenía una pierna cruzada sobre la otra y estaba sentado en una silla pequeña, mientras que la silla de la decana era colosal, como el trono donde se sienta Odín en el Valhalla.

—Creo que debería dejar que Gert vuelva a la universidad —dije.

—¿Y tú eres…? —preguntó la decana.

Gert se levantó.

—Perdone, es mi hermana. Zelda, esta es la decana Horowitz.

—Ah —dijo la decana—, de la que hablabas en tu escrito para la beca. ¿Quieres sentarte? —dijo, señalando la silla que había al lado de Gert.

—No, quiero que deje volver a Gert. Creo que es la persona más lista de esta universidad, y a lo mejor es distinto de casi todos los demás, pero eso es lo que lo hace un alumno poderoso.

AK

47 se acercó por mi espalda.

—Mierda, perdón. He tenido que ir al baño y se me ha desmadrado. —Saludó a la decana—. Hola. Perdón. —Luego intentó sacarme del despacho por la fuerza.

—No me voy hasta que prometa que va a dejar volver a Gert.

La decana rio. Levantó las manos como rindiéndose.

—Vale, vale. Gert, rellena estos impresos y tráemelos. Si apruebas los cursos de verano, vuelves al ruedo, ¿te parece bien?

—Me parece bien —contestó Gert.

Se dieron la mano y Gert cogió los impresos.

Fuera, Gert suspiró.

—Ya había accedido a readmitirme, melón —me dijo—. ¿Y tú dónde estabas? —le preguntó a

AK

47.

—Tengo la vejiga del tamaño de un dedal, ¿recuerdas? —

AK

47 cogió a Gert de la mano—. Pero tienes que reconocer que tu hermana estaba dispuesta a librar batalla por ti.

Salimos del despacho de la decana, seguimos por el pasillo y por delante de la cola de gente.

—Lo estaba —dije yo—. Parte de ser legendaria es demostrar que puedes coger la espada y defender lo que es bueno y correcto.

Gert levantó una ceja.

—Eso es un poco dramático, ¿no?

Dejé de caminar.

—Hablo de que no eres ni un lerdo ni un delincuente, y de que deberías empezar a creer en ti mismo y en tu propia leyenda, que consiste en ser la hostia en tus clases.

Le dije que ser legendario era coger todo el poder que los dioses te habían dado y sacarle el máximo partido.

Gert nos pasó los brazos por encima de los hombros mientras salíamos de aquel edificio feo con aire acondicionado.

—Mi tribu —dijo, casi llevándonos en volandas.

Me detuve y dije que tenía que ir al baño y que nos veríamos en la puerta del edificio.

En vez de ir al baño, volví corriendo al despacho de la decana y llamé a la puerta con los nudillos. Me abrió.

—¿Se te ha olvidado algo? —me preguntó, y yo le contesté que sí y me pidió que entrara.

Me planté delante de su escritorio e inspiré hondo mientras la decana se sentaba. Levantó la vista.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó.

Yo puse el puño en alto.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

—Se llama toque. Es un signo de respeto dentro de mi tribu.

Esperó un segundo antes de levantarse y estirarse la falda.

—Tu hermano tenía razón —dijo, devolviéndome el toque—: eres una chica muy valiente.

—¿Eso ha dicho?

Me dijo que yo era su parte favorita del escrito de beca de Gert. Meneó la cabeza.

—Con todo lo que habéis pasado… ¡Madre mía!

—¿Puedo leerlo?

—¿Cómo dices?

—El escrito. Gert no me deja leerlo porque dice que no es asunto mío y…

La decana levantó la mano para hacerme callar.

—Para, para. Eso es algo que tienes que arreglar con él. —Me acompañó a la puerta—. Eres la primera persona a la que le he hecho un toque —dijo, abriendo la puerta—. Y es un honor para mí haberme ganado tu respeto.

17

Los domingos eran días muy serios en la biblioteca, por la Hora de las Lecturas Dominicales de la Señora Coneja. Los padres llevaban a sus niños pequeños para que escucharan a una mujer con orejas de conejo tocar una guitarrita y leerles libros. Cuando me enteré de que la Hora de las Lecturas Dominicales de la Señora Coneja era la razón por la que todos los empleados de la biblioteca odiaban trabajar los domingos, no lo entendía. La lectura es buena para fortalecer el cerebro y es agradable escuchar guitarras y música.

Para la Hora de las Lecturas Dominicales de la Señora Coneja teníamos que poner cojines por toda la sala Alboroto, para que los padres pudieran sentarse y sentar a los bebés en sus regazos.

Me enteré de que los bebés vomitaban mucho y chillaban y lloraban, y cuando se iban de la biblioteca olía a mierda y a pañales sucios. Los bebés que iban con sus padres a los programas que organizaba la biblioteca hacían mucho ruido y olían, pero, no sé por qué, a mí no me molestaban.

A Carol no le gustaban nada los bebés.

—Si los vikingos te parecen salvajes, espera a ver a esos críos…

—Es un mito corriente que los vikingos eran salvajes —le dije—, pero, en realidad, tenían una agricultura muy bien desarrollada.

Carol se quitó las gafas y las limpió con la manga de su blusa.

—En cualquier caso, prepárate.

Los padres y los niños no entraron en la biblioteca como el resto de la gente. No fueron «goteando», como un riachuelo que avanza muy despacio. Vinieron todos de golpe como una inundación. Yo no sabía de dónde había salido tanta gente.

—¿Ves? —me dijo Carol, que dedicaba a todos los que entraban una gran sonrisa falsa.

Los cochecitos a veces eran grandes y parecía que vinieran del futuro. Casi todos eran más bien feos. Eso era porque la gente que

venía a nuestra biblioteca no tenía mucho dinero. Carol me dijo que la otra biblioteca tenía «clientela de más nivel», pero que los padres ricos solían ser más molestos.

—Quieren proteger a sus hijos de todo. Estos padres solo quieren sobrevivir.

Mi trabajo consistía en enseñar a los padres adónde ir durante la Hora de las Lecturas Dominicales de la Señora Coneja y también en limpiar cualquier estropicio. No me costaba mucho hacer eso. Había un cartel a la entrada y otro una vez pasados los detectores, que saltaban si alguna vez intentabas llevarte un libro sin registrarlo primero. Los padres solían hacer mucho ruido. Los socios de siempre, que iban a hacer sus crucigramas y a jugar al ajedrez o a leer libros, meneaban la cabeza con los padres ruidosos.

También tenía que asegurarme de que entraban los que tenían que entrar y no entraran los que no debían entrar. Para la Hora de las Lecturas Dominicales de la Señora Coneja había que inscribirse, pero nadie lo hacía.

A veces teníamos que decirles que no podían pasar, porque demasiadas personas en la sala Alboroto, que estaba arriba, en la segunda planta, era un peligro en caso de incendio. Carol me dijo que no pasaba nada si entraban una o dos personas de más con sus niños.

—Pero más de eso no.

Yo me ponía a la entrada de la sala Alboroto y saludaba y señalaba la puerta.

—Hola, que tenga un buen día, hola, ¿qué hay?, ¿qué pasa?, *góðan dag!* —les decía.

La mayoría de los padres hacían como si yo no estuviera allí. Pasaban por delante con sus bebés llorones en brazos. Todos parecían muy cansados y todos eran mujeres y chicas que yo no pensaba que pudieran ser madres porque eran jovencísimas.

—El amuleto ambulante —dijo una voz de hombre, y además de uno al que yo conocía. Sostenía a un bebé con un solo brazo, con lo que parecía que el niño le nacía del hombro—. Eres la hermana de Gert, ¿no? ¿Zelda? ¿Te acuerdas de mí?

—Me acuerdo —dije—. Jugamos juntos al póquer.

El bebé escupió una cosa amarilla. Hendo vio que lo miraba.

—Mierda. Tranquilo, hombrecito —dijo, y le limpió el escupitajo

amarillo con una servilleta.

Me sorprendió acordarme de su nombre, porque los nombres eran algo que no se me daba bien. No tan mal como a Marxy, que tenía que escribírselos en tarjetitas que llevaba siempre encima y, cuando no se acordaba del nombre de alguien importante, sacaba la tarjetita y lo leía. Salvo en situaciones especiales. Cuando nos conocimos, se acordó de mi nombre y yo del suyo. Por eso supimos que nos habíamos enamorado.

Hendo sostuvo en alto al bebé y dijo que se llamaba Artem.

—Mi abuelo era un tipo ruso de la vieja escuela. ¿No te parece Artem de la vieja escuela?

Yo no estaba segura de lo que quería decir.

Artem y yo tuvimos un enfrentamiento con los ojos. Luego él sonrió y volvió a escupir. Llevaba una camiseta pequeña de baloncesto y no tenía mucho pelo, pero el que tenía era de un color marrón muy claro, casi rubio, y sus ojos eran azules.

—Tiene casi un año —dijo Hendo.

—¿Es tu bebé?

—Bueno, sí, yo soy su padre.

No dijimos nada durante un rato. Iba pasando gente con cochecitos. Artem volvió a mirarme, hizo un ruidito de bebé y luego se chupó la mano. Era una mano muy pequeña.

Hendo rio.

—Me parece que quiere tu dedo.

—¿Por qué? —pregunté.

—No sé. Está en esa fase en la que le gusta agarrar cosas. Mira… —Hendo le puso un dedo delante y Artem envolvió con sus dedos pequeños el de su padre, que era colosal—. ¿Ves?

Le di mi dedo a Artem para que lo agarrara. La sensación fue rara. El bebé no apretaba mucho, pero tuve la sensación de que se agarraba con todas sus fuerzas.

—Guau —dije.

—¿A que sí?

Artem tiró de mi dedo y, como yo era mucho más poderosa que él, no intenté impedírselo, porque no sabía cómo pararlo con la fuerza justa. De repente, se metió mi dedo en la boca.

Me lo rodeó con su boca húmeda y por dentro me daba golpecitos con la lengua.

—Guau —dije otra vez.

—Creo que le gustas —dijo Hendo.

Se nos acercó una mujer.

—A saber dónde habrá estado ese dedo antes… —dijo.

Era muy flaca y llevaba mucho maquillaje. Olía a humo y no parecía gustarle que yo jugara con Artem. Le quitó el bebé a Hendo. Mi dedo salió de su boca.

Artem dio palmas con las manitas.

—Relájate. ¿No ves los desinfectantes para manos por todas partes? Esto es como un hospital.

—No quiero que una desconocida le meta el dedo en la boca a mi bebé —dijo, volviéndose, y le preguntó a Hendo quién era yo.

—Zelda —contestó él—. Trabajas aquí, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Hago mi aportación a la tribu. Como Gert ya no va a la universidad…

La sala Alboroto estaba casi llena. La mujer de las orejas de conejo, que leía para todos y cantaba durante la Hora de las Lecturas Dominicales de la Señora Coneja, había sacado su guitarrita.

—Ya empieza —dije yo.

—Guay —dijo Hendo. La mujer se llevó al bebé dentro de la sala Alboroto. Hendo inspiró hondo—. Y allá vamos —añadió.

Mientras todos los papás y los niños escuchaban a la Señora Coneja tocar la guitarra, yo di una vuelta por allí y empecé a recolocar los libros en sus estanterías. Eso lo podía hacer siempre que no estuviera haciendo otra cosa.

Me sorprendió que Hendo me recordara. Yo casi me había olvidado de él, pero de pronto me acordé de que habíamos jugado al póquer y me había hecho sentir parte de su tribu. Empujé el carrito y pensé en la mujer que era la madre de Artem, y en que parecía una gilipulla y en que alguien tan guay como Hendo debería tener una novia o una mujer que fuera igual de guay.

La mujer, Artem y él estaban en un rincón de la sala Alboroto. Los veía por la ventanita de la puerta. Hendo hacía botar a Artem en su rodilla mientras la mujer mascaba chicle y no parecían importarle mucho las canciones. Lo único que hacía era mirar el móvil. Pero Hendo cantaba y levantaba a Artem cuando la Señora

Coneja subía los brazos y todos los demás padres los subían también.

Al cabo de un rato, le pasó a Artem a la mujer y salió. Como yo me había dejado el carrito delante de la puerta, tuve que quitarlo corriendo y se me cayeron algunos libros.

Hendo se agachó para ayudarme.

—Mierda, lo siento —dijo—. Toma.

Cogió un montón de libros y los puso en el carrito, apilándolos de una forma que no era la perfecta, que sería con los lomos hacia arriba para que yo pudiera ver los números.

—Tienes que procurar que los números queden para arriba, así —le dije, y empecé a recolocarlos.

Hendo rio y los colocó también.

—¿Qué tal así?

—Bien.

Se metió las manos en los bolsillos.

—No aguanto más esa mierda. Estoy desesperado de cojones por fumar.

Me preguntó si había algún sitio donde pudiera fumarse un cigarrillo.

Le contesté que solo se podía fumar fuera del edificio.

—Y a medio metro de distancia por lo menos.

Él me respondió con un saludo militar y sacó un cigarrillo.

—¿Te apetece uno?

Era casi la hora del descanso. Asentí con la cabeza. Le dije a Carol que iba a hacer un descanso y al verme salir con Hendo me dijo:

—No sabía que fumaras…

Yo le puse ESA CARA para que se callase.

Me enteré de que Artem era el bebé de Hendo, pero que el niño vivía con Baby Mama, que es como llamaba Hendo a la madre. No eran pareja.

—En realidad, nunca lo hemos sido.

—¿No quieres que el bebé viva contigo?

—Aún no tengo un sitio adecuado. Me gustaría ganar un poco más de dinero, ya sabes. Buscar un sitio bonito. Llevarlo a un buen colegio.

Estábamos sentados en el bordillo, viendo pasar los coches. Pasó

uno de color rojo brillante y Hendo tiró la ceniza del cigarrillo y lo señaló.

—Mira, ¿ves?, ese es un buen coche.

Asentí con la cabeza.

—Un Mustang, tío.

Como no había fumado nunca, salvo una vez que

AK

47 se había terminado un cigarro y no lo había apagado del todo, intenté imitar todo lo que hacía Hendo. Volvió a darle unos golpecitos al filtro y yo hice lo mismo, y luego me tragué el humo como si estuviera sorbiendo espaguetis. Rio al verme toser.

—En realidad, no fumas, ¿verdad?

—He fumado antes —contesté.

—Parece que estés teniendo un aneurisma a cámara lenta —me dijo.

—¿Qué es eso?

Apagó el cigarrillo en el hormigón.

—Da igual. —Se puso de pie y se sacudió los pantalones—. Supongo que debería volver ahí dentro.

—Sí. La Hora de las Lecturas Dominicales de la Señora Coneja solo dura una hora.

Cuando terminó la Hora de las Lecturas Dominicales de la Señora Coneja, Hendo se fue con su Baby Mama y con Artem. Discutían a voces. No se despidió de mí. Su Baby Mama le estaba montando un pollo por culpa del dinero.

—¿Tú crees que el niño puede vivir de macarrones con queso? —le decía.

La mujer estaba tan enfadada que yo no quería que nuestros ojos se encontraran. Cuando pasaron por mi lado, volví la cara y fingí que miraba un libro.

La Señora Coneja cogió su guitarra y dijo que nos veríamos la semana siguiente. En realidad, se llamaba Martine y, según me contó Carol, cuando no era coneja trabajaba de abogada en una empresa grande y era malvada.

Eso se llamaba ser hipócrita, me dijo Carol, que sonrió y dijo por lo bajo: «Zorra» cuando Martine pasó por delante de nosotras.

Cuando se fue todo el mundo, Carol y yo entramos en la sala Alboroto y empezamos a limpiar.

Cogimos del suelo papeles arrugados, y envoltorios de chuches, y tarritos de comida para bebés. Yo le sostenía la bolsa de basura a Carol y ella iba metiendo dentro toda la basura.

—¿Quieres tener hijos? —me preguntó.

—Puede. No sé si estaría bien.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Le conté lo de los artículos que hablaban de que las personas como yo tuvieran bebés y de que nadie sabía si deberían dejarnos tenerlos, porque algunas personas no son lo bastante listas ni lo bastante poderosas en lo de ser papás para tener bebés.

Carol llevó la bolsa de los pañales y la basura a la puerta de atrás, la abrió y tiró la bolsa en el contenedor grande de metal.

Yo le sostuve la puerta para que no se cerrara y la dejara fuera.

—Eso es una estupidez —me dijo—. Tú eres diez veces más responsable que el noventa por ciento de los hombres con los que yo he estado.

Esa noche soñé con Hendo. La biblioteca estaba vacía. En el sueño estábamos hablando de libros y de vikingos, y de pronto se inclinó y me besó. Estábamos sentados el uno al lado del otro y me acarició la mejilla. Yo lo agarré de los brazos y le noté los músculos.

Entonces me desperté y me sentí mal. Eché un vistazo a mi cuarto en la oscuridad. En el sueño besaba a Hendo, no a Marxy.

Me quedé tumbada en la cama, con el corazón acelerado y la cabeza llena de Hendo. Intenté volver a dormirme, pero no pude porque tenía miedo de lo que podía pasar si lo hacía, si le ponía los cuernos a Marxy en sueños.

Decidí mandarle otra carta al doctor Kepple.

Querido doctor Kepple:
Soy Zelda.
Cuando los héroes vikingos conquistan el amor de sus lindas doncellas terminan casándose y teniendo hijos. No sé si yo quiero tener hijos, pero desde luego quiero tener sexo con Marxy, que es mi novio y mi linda doncella.
Hay algo en su libro que me confunde.
En la saga *Friðþjófs hins froekna*, Frithiof e Ingeborg se casaron y su amor fue eterno, a pesar de que Ingeborg ya estaba casada con un anciano rey porque a Frithiof lo

habían desterrado los que le tenían envidia.
¿Cómo supo Frithiof que estaba enamorado de Ingeborg y por qué no se negó Ingeborg a casarse con el anciano rey?
Y también, ¿cómo distinguen los vikingos los sueños que son serios y enviados por los dioses de los *draumskrök*, que son sueños que no significan nada?
Skál,
Zelda

18

La historia de amor más famosa de las sagas vikingas es la de Gudrun y Kjartan. Una mujer hermosa llamada Gudrun se enamora de Kjartan, que es muy «carismático», que se dice de las personas como él, y no solo por su físico. Pero Gudrun trae mala suerte, porque uno de sus esposos murió y el otro se divorció de ella cuando era joven. A Kjartan también le gusta Gudrun, pero al padre de ella no le cae bien Kjartan y lo manda lejos. Entonces es cuando Bolli, el primo de Kjartan, intenta convencer a Gudrun para que se case con él. Kjartan ya lleva mucho tiempo fuera, con lo que Gudrun accede a casarse con Bolli, y, cuando vuelve Kjartan, Gudrun se da cuenta de que la ha cagado.

Es una historia muy complicada, porque el amor es muy complicado.

Repasé mis COSAS QUE NECESITA UNA LEYENDA y, como Marxy era mi «linda doncella», debía ganarme su amor desafiando al peligro. Las lindas doncellas suelen ser personas que no son fuertes, que no pueden protegerse solas y necesitan a alguien poderoso que las ayude, y luego se enamoran del héroe, que muestra valentía y fortaleza. Además, yo creía que parte de mi leyenda consistía en demostrarle al mundo que las personas como Marxy y como yo podemos ser poderosas juntas, como lo eran Gert y
AK
47, y que un día podemos llegar a formar una tribu propia.

Para formar una tribu había que tener sexo, y a muchos no les gusta la idea de que las personas como Marxy y yo tengamos sexo. Yo le dije a Marxy que no era problema nuestro que los gilipullos no quisieran que tuviéramos sexo. Nosotros estamos construyendo nuestra propia leyenda.

Lo malo era que en las leyendas vikingas nunca se hablaba de

sexo. Se hablaba de amor.

Para ser una persona a la que le gustaba el sexo, Gert no quería hablarme de cómo funcionaba. A la que empezaba a hablar, enseguida se mordía las uñas, aunque tampoco tenía mucho que morder porque las llevaba siempre cortas.

Cuando en los programas de la tele y en las películas hablaban de sexo siempre contaban lo de la semillita, que era una forma de hablar de sexo sin hacerlo.

Una noche en que

AK

47 y yo estábamos solas, le pregunté si podía hablarme de sexo.

—Gert odia hablar de eso —le dije.

Rio y me dijo que Gert era así.

—A veces es más fácil para alguien que no es de la familia explicar cómo funciona estas cosas —me dijo—. Lo entiendo.

Me preguntó si sabía lo que era tener un orgasmo, que significa sentirse fenomenal por dentro. Yo le contesté que no sabía cómo era un orgasmo. Me preguntó si había tenido sexo alguna vez.

—No se lo voy a decir a Gert —me dijo, bajando la voz.

Negué con la cabeza.

—Marxy y yo no hemos pasado de besarnos —le dije.

Le pregunté a

AK

47 cómo sabía que estaba enamorada de Gert y que él estaba enamorado de ella. Se metió las manos en los bolsillos y me contestó que era más fácil saber lo primero que lo segundo.

—Tu hermano no es la persona más habladora del mundo. —Me explicó bien las señales. Me dijo que, cuando los tíos quieren hablar mucho, eso suele querer decir algo—. Pero casi nunca dicen lo que quieren decir.

Asentí, aunque no sabía cómo funcionaba eso. Se refería a que hablaban mucho de las cosas sin decir de verdad lo que era importante para ellos, que es estar enamorados de ti. Y que eso es porque los chicos no lloran.

—Sí que lloran. Yo he visto a Marxy llorar. Y a Gert.

—Sí, pero piensa en cómo se cabrea Gert cuando lo ves llorar. Se supone que llorar no es de tíos, ni mostrar sus emociones o estar demasiado tristes. Es una cuestión de género.

Le pregunté a qué se refería con «una cuestión de género». Me dijo que la gente espera que los hombres y las mujeres se comporten de una forma determinada. Se supone que los tíos tienen que ser serios todo el tiempo y no mostrar sus sentimientos, y las mujeres ser emotivas y que nos guste el rosa y las flores.

—¿Y las valquirias? —le pregunté yo.

—Una excepción clarísima. No hay muchas valquirias ahí fuera, Zee.

—Entonces, si un tío te presta mucha atención y estáis siempre juntos y te cuenta cosas personales, suele significar que le gustas.

Estábamos sentadas delante de mi ordenador, en mi cuarto,
AK
47 en la silla giratoria y yo en la cama.
AK
47 abrió el navegador de internet, hizo varios clics y bajó el volumen.

—Por si de pronto está altísimo —dijo—. Internet, como ya sabes, es un sitio asqueroso y pervertido, Zee, y esa es una de las razones por las que es tan bueno.

Volvió el monitor para que no nos diera la luz de la ventana.

Entramos en una página con fondo negro y una mujer en braguitas mirando a la pantalla. Se chupaba el dedo como si fuera un chupachups.
AK
47 movió la flechita del ratón hasta un cuadrito que decía MÍNIMO 18. Esperó antes de hacer clic.

—Vale, lo importante es que sepas que la pornografía no es como el sexo de verdad. Al menos no del todo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Piensa que son más bien fantasías. O sueños. Cosas que nos imaginamos, pero no estamos seguros de querer hacer o de poder hacer.

—Fantasías —dije, y le di mi cuaderno y ella me apuntó la palabra en la lista de la palabra del día, aunque yo estaba convencida de que la había oído antes.

—La gente se excita, se pone cachonda —empezó a decir.

Sabía de lo que hablaba.

—Se enciende como las bombillas —dije—, solo que por dentro.

—Eso es. Y en los hombres eso significa que el pene se les llena de sangre y se les pone durísimo. Mira… —Iba a hacer clic en la página de porno, pero se volvió hacia mí—. Casi mejor olvídate del porno. Ve a por una zanahoria, un pepino o algo así —me dijo—. El uso del condón debería ser la lección número uno.

Fue al cuarto de Gert y volvió con un condón, y yo fui a la cocina a por una zanahoria.

—Vale —dijo—, vamos a ver…

AK

47 empezó a hablarme de bebés y de por qué es importante protegerte siempre cuando tienes sexo. Si no quieres tener un bebé, puedes tener un aborto, que es impedir que salga el bebé.

—En realidad, en ese momento no es un bebé —me dijo

AK

47, mascando chicle.

—Pero para Gert sí lo es y se enfadó cuando abortaste, y esa fue una de las razones por las que rompisteis —dije yo.

AK

47 rio y meneó la cabeza.

—Se te dan bien las palabras, Zee.

Le pregunté por qué no había querido tener el bebé.

—Yo creo que habríais sido unos padres poderosos.

AK

47 negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a querer yo tener un bebé? Si ya nos cuesta salir adelante sin el estrés añadido de tener familia… Ninguno de los dos gana mucho dinero.

—Tenías que ponerte más condones, entonces —dije.

—Completamente cierto.

Una de las cosas que me dijo

AK

47 fue que a veces hay accidentes. A veces los condones se rompen sin querer y la mujer se queda embarazada igual.

Me enseñó el paquetito del condón.

—Así que lo primero de todo es asegurarse de que no han caducado. Mira la fecha. —Miramos la fecha en el envoltorio, escrita en un lateral—. Asegúrate de que no haya reventado o esté abierto. Lo aprietas un poco. Ahora, importantísimo: cuando lo

abras, no, repito, no lo hagas con los dientes. ¿Entendido?

—¿Por qué no?

—Para no arañar el condón que va dentro o rajarlo con los dientes. Se abre por la esquinita, por aquí. —Sujetó el sobrecito dorado del condón por la esquina e hizo como si lo abriera—. ¿Quieres probar tú?

Cogí el condón y lo agarré como lo tenía ella.

—Bien. Ahora, si lo quieres abrir, te enseño cómo se pone.

Abrí el condón y ella me pasó la zanahoria. Me enseñó a distinguir en qué dirección se iba a desplegar y a pellizcar la punta para que no reviente mientras está dentro. Trajo más condones del cuarto de Gert y entre las dos le pusimos cuatro a la zanahoria.

Uno de los que trajo, en teoría, sabía bien, y mientras
AK
47 hablaba, le di un lametón al condón y era verdad que sabía bien, a fresa.

—Qué asco, tío —dijo. Buscó entre los condones y encontró uno que le gustaba—. Este es mi favorito. —Le quitó mi condón de fresa a la zanahoria y le puso uno que tenía unas formas raras por los lados—. Acanalado para mayor placer de ella. Este es el rey de los condones. Adelante. ¿Ves esos relieves de los laterales? Esos sí que dan gustito.

Cogí la zanahoria y la acaricié de arriba abajo.

—¿Y cómo da gustito esto?

—Me parece que en esto vas a tener que fiarte de mi palabra. —Rio y se lo quitó a la zanahoria—. Madre mía, reemplazarlos va a costar una fortuna.

Cuando terminamos con los condones, vimos muchos vídeos, y
AK
47 me fue diciendo qué cosas no eran realistas. Por ejemplo, cuando el hombre cogió a una mujer, que era mucho más pequeña, y la sostuvo cabeza abajo.

—Eso no lo hace nadie —dijo
AK
47.

—Ellos lo están haciendo.

—Sí, pero es para una película disparatada de internet.

—Y ella no tiene pelos debajo de las braguitas.

—Eso es una preferencia personal. A algunas personas les gusta afeitarse eso y a otras les gusta más natural.

—Lo pillo. ¿El sexo siempre empieza con la mujer quitándole a él los pantalones y los calzoncillos? ¿Esa es la norma?

—No. —

AK

47 hizo clic con el ratón y paró el vídeo—. Esto es muy importante. El sexo es lo que tú quieras que sea. A cada persona le gustan cosas distintas, pero tú solo debes hacer lo que te haga sentir bien a ti, no lo que hagan en un puñetero vídeo. —Volvió a hacer clic con el ratón y continuó el sexo—. Las normas las pones tú.

Parpadeé. Así no era como funcionaban las normas, me dije. Le pregunté a

AK

47 qué pasaba si no había normas.

—Zelda, cielo, sé que Gert y tú tenéis normas y sé por qué son importantes para ti, porque te ayudan a sentirte segura, pero una cosa que tengo clara es que el mundo es demasiado complicado para tener normas para todo. Y en cosas como el amor y el sexo tienes que ir viéndolo por ti misma.

Decidí mandarle un mensaje a Marxy y preguntarle cuándo quería tener sexo. Llevábamos un tiempo hablando de sexo y ya era hora de que nuestros planes fueran oficiales.

Le mandé un mensaje que decía: «¿Cuándo quieres que tengamos sexo?».

Me contestó a los tres minutos: «Tendré que mirar mi agenda y hablarlo con mi madre. ¿Cuándo quieres tener sexo tú?».

Le dije que yo también tenía que mirar mi agenda. «¿Lo tienes que hablar con tu madre?».

«Si lo tengo en la agenda, no se me olvida —dijo—. Y es ella la que apunta las cosas en la agenda para que no se me olviden».

Me mandó tres emojis sonrientes y otro cabeza abajo pero también sonriente.

Caí en la cuenta de que había mucho que planificar. Por ejemplo, ¿dónde tienen sexo los que viven con sus hermanos o sus madres?

A la mañana siguiente, le pedí consejo a

AK

47. Gert estaba en la ducha, así que no teníamos que preocuparnos

de que nos oyera. Nos llevamos los cuencos de cereales a la mesa y me preguntó qué pasaba.

—Me gustaría tener sexo con Marxy, pero no sé dónde hacerlo.

Cogió un montón de cereales con la cuchara.

—Primero habría que hablar con Pearl.

—Marxy ya le está preguntando. Nos hemos mandado unos mensajes y me ha dicho que lo apuntará en la agenda en cuanto tengamos una fecha. Pero entonces me he dado cuenta de que necesitamos un sitio donde tener sexo.

—Que no sea en el asiento de atrás de un Camaro —dijo ella. Le pregunté qué era un Camaro y me dijo que daba igual—. Déjame ver qué puedo organizar. A lo mejor a Pearl se le ha ocurrido algo.

Gert entró en la habitación con una toalla alrededor de la cintura.

—¿Algo de qué? —preguntó.

—Estás empapando de agua todo el suelo, imbécil —le soltó
AK
47.

Él se secó la cara y le dijo que hiciera café, y antes de ir a vestirse añadió:

—¿Y quién tiene un Camaro?
AK
47 se levantó a encender la cafetera y, de camino, le dio una palmada en el trasero a Gert.

—Nadie tiene un Camaro. Sal de aquí, anda.

19

AK

47 me dijo que se había ocupado de buscar un sitio donde yo pudiera tener sexo. Había hablado con Pearl y tenían un plan. La fecha estaba en la agenda de Marxy. Yo la puse en la mía, con una estrella. No pude dejar de pensar en Marxy en toda la semana. Estaba nerviosa e ilusionada a la vez, y eran sensaciones muy parecidas. Carol me dijo que me notaba rara y, cuando le conté por qué, sonrió, me puso la mano en el hombro y me dijo que era estupendo.

—Recuerdo mi primera vez —me dijo—. No fue ideal.

—¿Por qué no? —pregunté yo.

—Porque no teníamos ni idea de lo que hacíamos, por eso. Un manoseo muy torpe y nada más. —Suspiró—. Johnny Tannenbaum. Aún me acuerdo de su nombre.

—¿Era guapo?

Carol rio.

—Los ojos más azules que hayas visto en tu vida. Pero era más de quince centímetros más bajo que yo.

Como Marxy es más alto que yo, no iba a tener que preocuparme por eso.

Siempre que podía, estudiaba las imágenes de un libro de la biblioteca que se titulaba *El gozo del sexo* y que todo el mundo consultaba en secreto. Estaba lleno de dibujos de desnudos y le habían arrancado muchas páginas. Carol decía que a la gente le gustaba masturbarse mirando las imágenes. Todas las personas que salían en ellas parecían contentas y eran guapas, y a diferencia de los vídeos de porno, todos tenían pelo alrededor del pene y de la vagina. Y hasta pelo en los sobacos de las mujeres.

Procuré que Carol no me viera leyendo *El gozo del sexo*.

Un día de esa semana vi a Hendo en la biblioteca. Yo sí que no quería que él me viera leyendo *El gozo del sexo*, así que lo escondí debajo de un libro del carrito e intenté pasar de largo. Era la primera vez que lo veía en la biblioteca sin Artem y él me vio antes de que me diera tiempo a pasar.

—Eh, Talismán —dijo—, ¿qué pasa?

—Nada, estoy trabajando —contesté, y le pregunté qué hacía él en la biblioteca si no era domingo.

Se encogió de hombros.

—Tenía tiempo libre y se me ha ocurrido venir a leer un poco —dijo, enseñándome la revista que estaba mirando. Era una sobre baloncesto y no había cogido el último número.

Negué con la cabeza.

—Tenemos la última al fondo. Voy a buscártela.

Cuando volví con el último número de la revista de baloncesto, me lo encontré leyendo *El gozo del sexo*, que me había dejado en el carrito. Me puse colorada.

—Tío, mira esto —dijo, riendo mientras pasaba las páginas.

Miré y vi que señalaba el pelo del sobaco.

—¿Qué tiene de malo eso?

—Nada —contestó—. Bueno, si te gustan ese tipo de cosas. —Y rio otra vez. Casi todas las mujeres de las películas porno se afeitaban los sobacos y la parte de encima de las vaginas. Hendo pasó las páginas y rio, y yo le pregunté si a él le gustaban los sobacos con pelo.

—Pues no. Me gusta que las mujeres sean suaves, ya sabes.

Asentí con la cabeza. Me devolvió el libro y cogió la revista de baloncesto nueva.

—Un material de lectura más respetable —dijo, me dio las gracias y empezó a leer.

Después de llevarme el carrito de allí, le mandé un mensaje a Marxy para preguntarle si le gustaba el pelo de los sobacos o no.

«PORQUE ME PUEDO AFEITAR LOS SOBACOS O DEJARME EL PELO». Y él me respondió: «¡ME DA IGUAL QUE TENGAS PELO EN LOS SOBACOS!».

Cuando terminó mi turno me fui a esperar el autobús. Llovía y el autobús llegaba tarde. Había tanta gente esperando en la marquesina para refugiarse de la lluvia que yo solo cabía a medias.

Tenía un lado mojado y el otro seco.

No quería entrar del todo porque no me gusta estar rodeada de tantos desconocidos, pero tampoco quería esperar fuera por la lluvia.

—Hay sitio de sobra, cielo —me dijo una mujer.

Di un paso más hacia dentro. Eso era lo máximo que podía acercarme.

Y entonces llegó el autobús, pero iba tan lleno que ni siquiera paró.

—¡Venga ya! —dijo la mujer, chocando conmigo.

Todo el mundo volvió a refugiarse en la marquesina y yo me quedé con un pie fuera y el otro dentro de nuevo.

Fue entonces cuando paró un coche y el conductor bajó la ventanilla. Era Hendo. Me preguntó si quería que me llevara.

—Voy a pasar por tu barrio.

—¿En serio?

Otra mujer de la marquesina preguntó si la podía llevar a ella también.

—Buen intento —dijo él, quitándole el seguro a la puerta y abriéndola de un empujón—. Sube, Talismán.

Los asientos estaban calientes cuando subí. Hendo me dijo que el coche era bastante nuevo y que los calientasientos iban bien en invierno.

—O cuando hay tormenta.

—¿Necesitas mi dirección?

—Nah, ya he estado allí antes.

Arrancó el coche y, mientras se alejaba, la mujer de la marquesina del autobús, la que había preguntado si podía venir, le hizo la peineta. Él rio y puso la música a todo volumen.

—¿Cuándo has venido tú a nuestra casa?

—Eeeh… —Bajó el volumen—. Ah. Una o dos veces.

—¿Con Tucán?

—Sí. ¿Te importa? —Me enseñó un cigarrillo. Le dije que podía fumar si quería porque era su coche—. Guay. No quería ser un capullo. —Echó el humo por la ventanilla—. Hace mucho que no veo a Gert. ¿Cómo está?

—Lo echaron de la universidad, pero ahora va a volver.

—No sabía que estuviera matriculado. ¡Bien hecho! ¿Qué

estudia?

—Económicas, creo.

Hendo le dio otra calada a su cigarrillo.

—¿En serio?

—Sí.

—Ajá. —Siguió conduciendo—. Imagino que por eso queda tanto con Tucán. Se le da bien el dinero.

Le dije que ya no quedaba tanto con Tucán, no desde que

AK

47 le había dicho que no podía andar con pandilleros.

—Ella cree que Tucán es un pandillero.

Hendo rio.

—Pandillero. Suena a porno.

Yo no me reí.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. Era un chiste malo. Olvídalo.

Me dijo que tenía que hacer una parada.

—Tengo que entregar esto —dijo, alargando la mano y cogiendo del asiento de atrás una jirafa de peluche—. Dentro de unos días es el cumpleaños de Artem y seguramente no estaré en la fiesta. Al peque le gustan las jirafas. Le chiflan. —Me la dio para que la viera—. Muy guay, ¿verdad?

—Las jirafas se pueden limpiar las orejas con su propia lengua —dije.

—¿En serio?

—Lo he leído en *National Geographic*.

Fuimos a su barrio, que no estaba lejos del nuestro. Intenté hacerme un mapa mental de dónde estaba.

No apagó el motor cuando aparcó el coche. Había dejado de llover.

—Si lo dejo en marcha, no me robarás el coche, ¿verdad?

—No —contesté yo.

Bajó y fue corriendo a una de las casas.

Era la primera vez que me quedaba sola en su coche. Miré alrededor. No tenía cerrada con llave la guantera y, cuando la abrí, cayeron al suelo un montón de papeles y de basura. Había empezado a guardarlo todo otra vez lo más rápido posible cuando vi que Hendo ya salía de la casa.

Subió al coche y le dije: «Lo siento, se ha abierto», refiriéndome a la guantera con todas las porquerías que tenía dentro, pero Hendo ya estaba intentando meter la marcha.

Su Baby Mama salió de la casa y empezó a correr hacia el coche.

—Mierda —dijo Hendo—. Agáchate —añadió, y me empujó la cabeza para que me escurriera por el asiento—. Haz como si no estuvieras aquí.

Procuré esconderme como me pedía. Bajó del coche y cerró la puerta, y yo los oí gritar al otro lado de la ventanilla.

—Ya te lo he dicho —dijo él—: tengo que trabajar.

—¿Trabajar? —le gritó Baby Mama—. La estoy viendo. —Aporreó la puerta—: Te estoy viendo. ¿Hola? No estoy ciega.

Hendo abrió la puerta y me dijo que me podía sentar bien.

—Tengo que ocuparme de esto. Espera un momento.

Me senté bien porque ella ya me había visto.

Mientras discutían, ella me señalaba. Salió de la casa otra mujer, cargada con Artem. La segunda mujer le llevó el bebé a Hendo, que lo cogió y lo tuvo en brazos mientras los tres seguían peleándose.

La segunda mujer se acercó al coche, a mi ventanilla. Parecía una villana, así que eché el seguro, algo inteligente por mi parte, porque ella intentaba abrir la puerta. Gritaba y me llamaba «zorra» y otras cosas que a

 no le gustaría que yo repitiera.

—¡Váyase! —le grité.

Ella aporreó la ventanilla y yo también, hasta que empezó a parecer un tambor tocado por los dos lados.

Hendo le dio el bebé a Baby Mama, vino corriendo y se puso entre la mujer y la ventanilla. Entonces ella empezó a darle puñetazos a él, en el pecho, y él le agarró las manos y después, de repente, se acabaron los golpes y solo hubo abrazos. Él la abrazaba y ella tenía la cara apoyada en su pecho y su melena larga le caía a él por los hombros hasta que la cara de la mujer quedó enterrada en él.

Hendo entró en la casa y volvió a salir. Luego arrancó el coche.

—Perdona. Piensa que eres mi novia. Siempre se pone celosa cuando cree que estoy saliendo con otra. Por eso intento evitarla a toda costa.

Nadie había pensado nunca que yo fuera la novia de nadie. Salvo de Marxy. Algunas personas veían que éramos novios porque nos cogíamos de la mano. Ninguno de los dos era normal. Era como si batalláramos juntos. Muchas personas, como
AK
47, el doctor Laird y Pearl, se empeñaban en hacerme ver que, aun así, Marxy y yo éramos muy distintos. Él nunca sería tan listo como yo y, aunque eso no era un problema para mí ahora, podía serlo más adelante.

Hendo era precioso. A los hombres no se les suele llamar preciosos. Se les llama guapos. Él tenía una cara bonita como las de las estrellas de cine. Lo miré y empecé a pensar en cómo sería ser su novia. Saldríamos, iríamos a sitios y hablaríamos de los libros de la biblioteca, y nos besaríamos y nadie diría: «Mira esos dos retrasados», como nos lo decían a Marxy y a mí.

Él también era muy guay y no se avergonzaba de estar conmigo ni de que la gente me viera.

—¿Qué? —dijo Hendo mientras nos alejábamos de su Baby Mama furiosa.

—¿Qué?

—Me estás mirando raro —dijo, levantando una ceja.

Me preguntó qué estaba mirando, se tocó la cara y quiso saber si tenía algo de comida en ella o alguna cosa así.

Yo me tragué de golpe toda la saliva que tenía en la boca.

—¿Estás enamorado? —le pregunté.

—¿De Artem?

—¿De tu Baby Mama?

Hendo rio.

—No. En realidad, no la soporto. Solo lo hago por Artem.

Estábamos llegando a mi barrio. Me notaba el cuerpo como si fuera dos manos que se frotan, cada vez más caliente. Mi pulso se estaba poniendo poderoso y me lo notaba en el cuello, pun, pun, pun.

Puso la radio y sonó una canción que me gustaba. Él fue siguiendo el ritmo con la cabeza y sacó el brazo izquierdo por la ventanilla. Cuando salíamos de su barrio, la gente lo saludaba, y me di cuenta de que era legendario para muchos. Mientras avanzábamos, pensé en lo que había dicho de que su Baby Mama

creía que yo era su novia.

Yo había pensado en tener una familia, pero muchos decían que dos personas como Marxy y yo no deberían tener bebés. Hendo era normal, y, si su Baby Mama pensaba que yo era su novia, a lo mejor también podía ser alguien que tuviera un bebé.

Como mamá. Si yo fuera
AK
47, no sé si habría abortado.

—Tiene las tetas grandes —le dije.

Rio.

—Sí, sí, supongo que son grandes. Pero yo soy más de culos. Y de piernas. Tú tienes las piernas bonitas. ¿Sales a correr?

—A veces —contesté.

—Bueno, no hace falta que Gert se entere de ese piropo, ¿vale?

Hendo paró el coche delante de nuestro edificio. Apagó el motor y estuvimos allí un segundo. El coche se tragó mi cinturón de seguridad. En las películas, siempre se preguntan si quieren subir. También se besan en los coches. Yo no podía besar a Hendo, porque era la novia de Marxy y eso era ponerle los cuernos, algo que yo odiaba. Hendo tocó el tambor con los dedos en su muslo.

Cerré los ojos y me hice una película mental de Hendo inclinándose hacia delante y poniéndome las manos en el pelo. Lo vi volverme la cara y sujetarme la cabeza, y besarnos. Y entonces me acordé de esa cosa de comedia que
AK
47 me había dicho que nunca ocurría en la vida real y me reí.

—Guay —dijo Hendo, y alargó el brazo por encima de mi regazo para abrirme la puerta—. Bueno, ya nos veremos. Ha estado bien.

Pasaron exactamente once segundos, los conté mentalmente, en los que nos miramos el uno al otro en el coche, sin movernos, sin decir nada. Fue el momento en que debería haberlo besado. No me di cuenta de que era el momento perfecto hasta que se fue.

20

Tenía cita con el doctor Laird, que debía de tener poderes psíquicos. Siempre parecía saber adónde quería llegar con algo o qué iba a decir, incluso antes de que lo dijera. Supongo que para eso había ido a la universidad tanto tiempo, para poder hacerlo. Las paredes de su consulta estaban forradas de pruebas de que había estudiado en un millón de sitios.

Una de nuestras normas era que yo le podía contar cualquier cosa, pero no podía preguntarle nada de su vida. Nuestras citas eran para hablar de mí, no de él, me dijo. Yo podía hablarle de Gert si lo necesitaba, y me prometió que no le contaría a Gert lo que yo había dicho.

—Salvo en circunstancias extremas —dijo, como cuando yo corriera peligro.

Cuando yo era pequeña y Gert era mi tutor legal, podía enterarse de todo. Desde que había empezado a ser adulta, había muchas más cosas que podía explicarle sin preocuparme de que el doctor se las contara a mi hermano.

El doctor Laird me había estado hablando mucho de Marxy y de lo que sentía yo por él porque era mi primer novio y porque el sexo era algo que hacían los novios.

—Muy bien, señorita Zelda, cuéntame —dijo el doctor.

Le conté que había otra persona a la que encontraba sexi.

—Aunque sigo enamorada de Marxy —le dije.

—¿Sabe algo Gert de esta persona nueva en tu vida? —me dijo, escribiendo en su cuaderno.

Cogí la pelota antiestrés del doctor Laird.

—Usted siempre me dice que tendría que dejar de pedirle permiso a Gert.

—Por supuesto. Eso es importante. Pero nunca me habías hablado de esa persona.

Cuando solté la pelota, tardó mucho en volver a su forma normal. Los dos miramos cómo los bultos que yo había hecho en ella con la mano se alisaban hasta que volvía a ser prefecta.

—Pues háblame de él.

Me encogí de hombros.

—Es una persona normal.

—Normal en el sentido de… —dijo el doctor, moviendo las manos en círculos como para hacerme continuar.

—No es como Marxy —contesté por fin.

—Entiendo. ¿Alto? ¿Bajo? ¿Gordo? ¿Flaco? ¿Rubio, castaño…?

—Es más alto que yo, pero no tan alto como Gert. Y se le ven las venas de los brazos. Donde tiene los músculos. Y eso es sexi.

—¿Es de tu edad?

—Creo que es mayor, pero no mayor que usted. Será de la edad de Gert.

—¿Dónde lo has conocido?

Nos habíamos conocido en casa de Tucán, pero eso no se lo podía decir. Como sabía que el doctor Laird me pediría que le explicara quién era Tucán, decidí contarle una verdad a medias y le dije que había conocido a Hendo en la biblioteca. Le dije que pasaba ratos conmigo cuando se aburría de la Hora de las Lecturas Dominicales de la Señora Coneja, y que a veces venía únicamente a leer revistas de baloncesto. Le conté al doctor Laird que Hendo me trataba como si yo también fuera normal y que además le interesaban los vikingos.

—Pero no tanto como los ninjas, y no me importa porque también son duros.

El doctor Laird tomaba notas como un loco. Intenté leerlas, pero su letra era demasiado difícil de leer para mí.

Cuando terminé de contarle, me dijo:

—¿Cómo te hace sentir todo esto?

—Me siento bien y también fatal.

—¿Por qué?

Cerré los ojos e intenté preguntarle a mi corazón por qué me decía que me sintiera mal a la vez que me decía que me sintiera bien.

—Yo quiero a Marxy —dije—. Además, vamos a tener sexo y es poco honorable por mi parte encontrar sexi a otra persona. Esa es

una de las grandes normas de estar enamorado.

—Vale, ¿y cómo ha cambiado eso? ¿Aún encuentras sexi a Marxy?

Asentí con la cabeza.

—Muy sexi, pero no de la misma forma. A Marxy lo encuentro sexi de mirar y también como persona. Él es muy honorable.

El doctor Laird me dijo que eso estaba bien.

—Pero no va en contra de la ley sentirse atraído por alguien nuevo, Zelda.

Le pregunté si él alguna vez pensaba en tener sexo con personas que no fueran la señora Laird. Rio y dijo:

—Ay, no, no se lo vas a decir, ¿verdad?

—No, señor.

—Como te he dicho, Zelda, todo el mundo, todo, tiene fantasías sexuales, lo que no significa que siempre tengas que hacer algo con esos pensamientos. Pero está bien que estén ahí. Si no, nos aburriríamos, ¿verdad?

—No sé —dije—. A mí Marxy no me parece aburrido.

—Vale, venga, yo siento debilidad por Julia Roberts.

En la película *Pretty Woman*, la protagonista es Julia Roberts, que tiene sexo con Richard Gere por dinero y al final deja de ser puta y terminan besándose en la boca.

—Entonces, es esta semana… —dijo el doctor—. Lo tuyo con Marxy.

Me preguntó si estaba preparada. Inspiré hondo y le contesté que sí.

—Ya lo sé todo del sexo.

—¿Y Marxy? ¿Él lo sabe todo del sexo?

—Él también lo sabe todo.

Me pidió que le contara todo lo que sabía del sexo. Le conté cómo ocurría y lo que había visto en los vídeos porno, y antes de que dijera nada, le conté lo que me había dicho

AK

47: que eso son fantasías y que el sexo de verdad es diferente. Eso dejó contento al doctor Laird. También le conté lo de los condones que le habíamos puesto a la zanahoria y le dije que me llevaría unos cuantos y que Marxy también tendría.

—

estará allí, en otra habitación, y también la madre de Marxy. —Nos miramos fijamente—. Nada de Gert —le dije.

Pensaba que me iba a decir que se lo contara a Gert, pero no. Repasó sus notas y me preguntó qué más novedades había. Le hablé de la biblioteca, de todos los libros distintos, y de que, aunque no había muchos sobre vikingos, podía pedir que se compraran. Yo ya había pedido uno que Carol decía que era nuevo.

—Buen trabajo —me dijo—. ¿Cómo le va a Gert?

—No sé —contesté—. Bien.

—¿No sabes? —Levantó una ceja.

No sabía qué decir ni qué me estaba preguntando en realidad, porque acababa de decirle que no sabía lo que estaba haciendo Gert.

—¿Annie sigue siendo su novia?

—Han vuelto.

Asomó a su rostro una gran sonrisa. Le pregunté por qué sonreía.

—Porque ya no hablas de Gert.

—Vale —dije.

—¿Sabes por qué es importante eso?

Le dije que no. Sin dejar de sonreír, se inclinó hacia delante como si me fuera a contar un secreto importante. Me incliné yo también y nuestras caras se encontraron en el centro de su mesa.

—Porque estás viviendo tu propia vida —dijo el doctor, y volvió a recostarse en el respaldo de su silla chillona—. Tienes un trabajo, tienes tu propia cuenta bancaria y tu propio dinero. Podrías tener tu propio apartamento algún día. Y tienes novio.

Mi cara empezó a sonreír también. Yo no le pedí que lo hiciera, pero noté que sonreía y entonces empecé a sonreír por dentro de mi cuerpo cuando entendí lo que el doctor Laird me decía.

—En otras palabras —dijo—: por fin estás viviendo tu propia leyenda.

Cuando llegué a casa después de la consulta, saqué mi lista y la miré:

COSAS QUE NECESITA UNA LEYENDA

- ⊗ Un héroe experto en la lucha cuerpo a cuerpo.

- ⊗ Un arma poderosa para que la use el héroe.
- ⊗ El héroe debe ganarse el amor de una linda doncella en peligro.
- ⊗ Todo héroe necesita un hombre sabio.
- ⊗ Saquear pueblos rivales para robarles sus tesoros.
- El héroe debe vencer a un villano que amenace a su tribu.

El doctor Laird tenía razón. Había conseguido casi todo lo de la lista. Aún no tenía un villano al que vencer, pero a lo mejor había leyendas sin villanos. Puede que la mía fuera una de esas leyendas en las que el héroe es bueno y justo, como Knud el Grande, un rey vikingo que dio a su pueblo muchos años de paz para que pudieran intercambiar mercancías con otras tribus. Además, yo era la heroína de mi leyenda, en la que el siguiente paso era tener sexo con Marxy. Sin embargo, yo quería hablar con Marxy en secreto. El secreto de las reuniones secretas es asegurarse de que nadie se entera de ellas, así que hay que procurar que sean en un sitio secreto y también hacerlas de forma que nadie haga preguntas. No quería mentir, por eso

AK

47 me dijo que la mejor forma de hacer algo secreto sin mentir es conseguir que nadie te haga preguntas que te obliguen a mentir.

Le mandé un mensaje a Marxy y le dije que me llamara, pero únicamente cuando estuviera seguro de que estaba solo y de que su madre o su padre no andaban por allí.

Me llamó esa noche.

—Te llamo porque estoy solo y no hay nadie por aquí —dijo Marxy casi susurrando.

—¿Por qué susurras si no hay nadie cerca?

—Ah —dijo con voz normal—. Vale. Estoy solo en casa, así que supongo que no me puede oír nadie. —Hizo un ruido que era como un estornudo pequeño—. Perdona —dijo.

—¿Te ha hablado tu madre de nuestro encuentro secreto?

—Sí.

Me dijo que ella se lo había contado todo del sexo, incluido cómo usar condones.

—He estado practicando —dijo.

Eso me hizo sonreír.

Le dije que quería verlo en secreto, antes de que tuviéramos sexo.

—Sin que lo sepa nadie. Solo nosotros dos.

—¿Sin

AK

47 ni mi madre?

—Sí.

Se quedó callado. Callado de una forma que no era buena.

—Hola…

—Esto no me gusta —dijo—. No me gusta ocultarle cosas a ella.

Suspiré.

—Pero cuando tengamos sexo, ella no estará allí, en la habitación.

—Ya lo sé.

—Estaremos solos tú y yo.

Volvió a quedarse callado.

—Sí.

Le dije que vernos en secreto sería como un ensayo de estar solos sin su madre ni

AK

47 ni Gert. Le dije también que, para los vikingos, eres un hombre cuando puedes montar a caballo y beber con otros hombres, y cuando han pasado quince inviernos.

—Yo no sé montar a caballo —me dijo—. Mi padre me deja tomar cerveza a veces.

—Ya has pasado quince inviernos —le dije yo—. Y ya nadie monta a caballo.

Acordamos vernos a solas, sin decirle a nadie dónde íbamos a quedar ni a qué hora. No era un punto de encuentro muy especial, oscuro y que daba miedo, como ocurre siempre con los sitios secretos en las películas. Nuestro lugar de encuentro sería el

McDonald’s

de al lado del centro cívico.

Llegué la primera y pedí unas patatas fritas para que las compartiéramos.

Siempre pasábamos tiempo juntos con otras personas alrededor, mirándonos. No habíamos estado mucho solos desde que nos habíamos conocido en el centro cívico hacía exactamente once

meses y catorce días. En todos los artículos que leía en internet decían que los novios que no pasan tiempo solos suelen romper. Y a Marxy su madre no lo dejaba ser libre. Yo pensaba que Marxy podía hacer más de lo que creía su madre. Era como cuando yo había empezado a trabajar en la biblioteca después de que la gente pensara que era demasiado retrasada. Les demostré que se equivocaban.

Me comí las patatas fritas y procuré que hubiera mucho kétchup en los cuenquitos de cartón para Marxy. Puse dos delante de su silla y un sobrecito de sal y pimienta, que sabía que le gustaría. Dos ancianos, un hombre y una mujer, estaban sentados enfrente de mí y el hombre se comía las patatas con la boca abierta. La mujer le limpiaba la boca con una servilleta. Él la dejaba abierta mientras ella le limpiaba los labios.

Alargué el brazo para coger la patata frita más larga y una mano me la quitó.

La mano no era de Marxy. Tenía tatuajes de globos oculares en los nudillos.

—Estas son mis favoritas —dijo Tucán, mojándola en el kétchup.

—Y las mías.

—Uy, mierda, perdona. —Me ofreció la mitad que no se había metido en la boca. Al ver que no la cogía, dijo—: ¿Qué, piensas que tengo gérmenes?

—Tienes gérmenes. Todo el mundo los tiene.

Se encogió de hombros y se la comió. Luego se sentó.

—Relájate —me dijo cuando yo le dije que no podía sentarse ahí—. Solo estoy esperando a que Jumbo pida la comida.

El Gordo estaba haciendo cola.

—¿Qué tal todo? —preguntó.

—Todo bien. ¿Te puedes ir?

Se abrió la puerta del McDonald's y entró Marxy. Iba con un extraño que le dio una palmadita en el hombro. Entonces yo saludé a Marxy y Tucán se volvió para ver a quién saludaba.

Tucán cogió otra patata y vio que Marxy se acercaba.

—Pero ¿qué coño es esto?

—Hola —dijo Marxy, sin aliento. Se le subió la camisa por encima de la tripa y se le vieron un poco los pelos negros, hasta que se la bajó.

—¿Quién era ese hombre que estaba contigo? —le pregunté.

—Ah. Me he perdido y él me ha ayudado. —Marxy se volvió hacia Tucán y le tendió la mano—. Hola, soy Marxy. ¿Tú quién eres?

Tucán terminó de masticar y se limpió la mano con una servilleta.

—Tucán. Soy amigo de Zelda.

—De Gert —dije yo.

—Ah. Yo soy el novio de Zelda.

Tucán lo miró fijamente.

—No me digas.

—Ya te puedes ir —le dije a Tucán, que no dejaba de mirar a Marxy.

Vino el Gordo con las bolsas de
McDonald's
y Tucán se levantó.

—Me alegro de verte —dijo y, al salir, le dio una palmada en el hombro a Marxy, que se encogió de miedo porque no le gusta que lo toquen.

—No me ha caído bien —me dijo Marxy en cuanto se fue Tucán.

—Sí —dije yo—, es un verdadero pinchamierdas.

Nos comimos las patatas y Marxy seguía teniendo hambre, así que compramos unas hamburguesas también. Me contó que su madre no le había dicho a su padre que íbamos a tener sexo, y yo le dije que Gert tampoco lo sabía. Se comió su hamburguesa muy rápido y me preguntó si yo me iba a comer lo que me quedaba de la mía.

Marxy empezó a contarme todo lo que había aprendido de sexo, de espermicidas y de condones, y de las distintas formas de hacerlo.

—Lo he apuntado todo —dijo, y sacó un papel que había doblado un montón de veces. Había palabras al lado de las imágenes de personas desnudas.

—Guau —dije.

—Esta es mi favorita —dijo él, señalando una en la que la mujer y el hombre se miraban—, porque puedes besar mientras tienes sexo.

Se estaba «pasando de revoluciones», que era lo que decía siempre
AK

47 cuando Marxy se entusiasmaba demasiado. Sacó el inhalador para el asma e inhaló.

Algunas de las personas que había en el McDonald's nos miraban, pero a mí me daba igual. Me parecía muy sexi lo mucho que Marxy se estaba emocionando porque íbamos a tener sexo. Pensé que aquel era mi novio y que me quería tanto que no podía respirar.

21

El día del sexo,
AK
47 no vino a recogerme en el autobús escolar. Vino en su coche y me dijo que estuviera preparada para irme antes de que ella llegara allí.

—Para salir pitando —me dijo por teléfono, y antes de que viniera, procuré darme una ducha y afeitarme los sobacos y las piernas. Aunque a Marxy le diera igual, yo quería estar suave.

Me eché el perfume como
AK
47 me había dicho, poniéndome un poco en el cuello y en las muñecas, no demasiado porque a algunas personas no les gustaban los olores fuertes. Sobre todo a los espías. Andar callando y escondiendo cosas no es algo muy vikingo. Hay que ser valiente y plantar cara a los enemigos.

—Solo que aquí no hay enemigos —me dijo
AK
47—. Salvo que cuentes a Gert.
AK
47 decía que la gente siempre nos estaba diciendo a las mujeres y a las chicas lo que tenían que hacer, y a mí también me lo decían siempre.

—Vuelvo dentro de unas horas —le dije a Gert—.
AK
47 y yo vamos a hacer cosas de chicas.

Estaba tirado en el sofá, no me prestó mucha atención. Levantó la mano y me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

—Suena espantoso. Salúdala de mi parte.

Le dije que lo haría y ya no me hizo más preguntas. Había

estado trabajando en un correo electrónico que le iba a mandar a la decana Horowitz, que le había dicho que podía volver a la universidad, pero tendría que ir a clase en verano para compensar las que se había saltado.

Cuando subí al coche,

AK

47 me miró y sonrió, y luego me dijo: «Te has puesto muy bien el pintalabios, Zee», y se humedeció el dedo y me frotó la cara en los sitios donde se me había extendido.

Fuimos al hotel. No era muy elegante, pero tampoco era como el que había cerca de nuestro apartamento, que, según

AK

47, es donde los hombres llevan a las mujeres para tener sexo con ellas por dinero. El hotel era un Holiday Inn. Cuando entrábamos nos cruzamos con personas que llevaban maletines y hablaban de bancos.

Marxy y Pearl estaban esperando en el vestíbulo. Marxy llevaba una camisa y una corbata de Batman. Me saludó con la mano y yo a él. Pearl ya estaba hablando con la mujer de recepción y

AK

47 fue con ellas también.

—¿Se van a alojar todos en la habitación? —dijo la recepcionista.

AK

47 le dio su tarjeta de crédito y le dijo:

—¿Y a usted qué más le da?

La mujer nos miraba a Marxy y a mí. Me pregunté si sabría lo que íbamos a hacer. Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla. Me puse de puntillas hasta que casi no pisaba el suelo, porque era más alto que yo. Mi lápiz de labios le dejó un dibujo de mi boca en la mejilla.

—Te quiero, Zelda —me dijo—. Vamos ya, jopé.

—Te quiero, Marxy —le dije yo, y lo cogí de la mano.

—Cuesta más si la ocupación es doble —dijo la recepcionista.

AK

47 le puso ESA CARA y la mujer pasó la tarjeta de crédito por la máquina.

AK

47 se apoyó las manos en la cadera. La máquina de las tarjetas pitó—. Aquí tienen las llaves —dijo, y nos dio unas tarjetas de plástico.

Cuando

AK

47 cogió las llaves, le lanzó a la mujer una última mirada asesina antes de que nos fuéramos por el pasillo.

La moqueta era marrón y naranja y tenía dibujos que eran como flechas junto con otras formas de color verde que parecían cactus. Las flechas eran un buen augurio porque eran como *Tiwaz*, la runa de Tyr, que es un dios que vive en el cielo.

—Estás muy guapa —dijo Marxy.

Puso su enorme mano alrededor de la mía y nos las cogimos así, como si rezáramos juntos, como la canción de Bon Jovi que habla de vivir de una oración. Nos cogimos de la mano y vivimos de la oración de nuestras manos todo el camino hasta la cuarta planta.

AK

47 y Pearl también tenían una habitación, justo enfrente.

Se quedarían allí por si las necesitábamos.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Pearl, metiendo en la puerta una de las tarjetas de plástico. Pitó, salió una lucecita verde y entramos.

Había una cama y unas cortinas blancas a través de las que se podía ver, y un despertador en la mesilla de noche. Pearl sacó una botella de agua de su bolsa y la dejó en la mesilla. Sacó también unas cuantas cosas más, frasquitos y un paquete de servilletas que estaban húmedas, por si teníamos que limpiar «algún estropicio».

—¿Qué estropicios? —pregunté yo. La habitación estaba muy limpia y no íbamos a comer en ella.

AK

47 y Pearl se miraron y entonces Pearl dijo:

—Solo por si acaso.

—Estamos justo enfrente, ¿vale? —dijo

AK

47.

—Vale —dije yo.

—Te confío a mi hijo, Zelda —dijo Pearl, y me dio un abrazo.

—Puedes fiarte de mí.

—¿Sabes algo de sexo seguro?

—Todo lo que hay que saber y un poco más —contestó AK 47—. Condones. Posturas. Todo. *Boom*.

Pearl asintió con la cabeza.

—Marxy también sabe todo lo que hay que saber. ¿Y ya sabes que hay que ir paso a paso? —me preguntó Pearl a mí—. Él ha estado repasando los pasos hoy.

—Ni siquiera necesito el papel donde los tengo apuntados —dijo Marxy, quitándose la corbata de Batman.

—Yo tampoco creo que necesitemos el papel —dije—. Ya sabremos qué hacer.

—A lo mejor él necesita tomarse su tiempo, así que no te frustres. Puede que él no vaya tan rápido como a ti te gustaría.

Para el resto de la gente, no es muy romántico tener una lista de cosas que hacer. Se supone que la gente tiene sexo «con naturalidad», o sea, sin tener que pensar. Pero como a Marxy no se le da bien lo de no pensar, tiene que estar muy seguro de lo que va a hacer para poder hacerlo.

Ese era uno de los ultimátums del sexo: que Marxy tendría que ir despacio y yo no podría enfadarme si necesitaba parar o volver a algún paso con el que estuviera más cómodo. Eso estaba bien porque a mí también me gustaba ir paso a paso cuando hacía cosas nuevas, y yo tenía mis propios pasos. Por ejemplo, quería besar mucho antes de tener sexo, y antes de tener sexo él tenía que ponerse el condón.

AK 47 me dio un abrazo.

—¿Estás preparada para esto? Siempre puedes no hacerlo. Sin presiones.

—Quiero hacerlo —dije—. Quiero tener sexo como una adulta y ser legendaria.

La madre de Marxy se me acercó y me cogió la cara con una mano, luego me dio un beso en la cabeza y me dijo que era una buena persona.

Iba a conseguir otra parte de mi leyenda. Por fin íbamos a tener sexo como lo hacen las personas normales que están enamoradas.

Cuando se cerró la puerta, nos quedamos los dos plantados uno

enfrente del otro, con un condón en la mano cada uno. El mío era azul; el suyo, rojo.

—Hola —dijo.

—¿Estás preparado para tener sexo? —le pregunté yo.

—Creo que deberíamos besarnos —dijo él—. Eso siempre va primero.

La habitación del hotel olía como el arbolito de cartón que Gert colgaba del espejo de dentro de su coche. La cama tenía una sábana blanca que me pareció un trampolín cuando me senté en ella.

—¿Quieres las luces apagadas? —pregunté.

En los vídeos porno, la gente siempre tiene sexo con las luces encendidas, pero una de las cosas que sabía de estar en casa cuando Gert se acostaba con chicas era que le gustaba tener sexo con las luces apagadas.

—¿Y cómo vamos a ver lo que está pasando? —preguntó Marxy, y yo le dije que a lo mejor para la primera parte deberíamos dejar encendida solo una de las luces pequeñas, para que fuera más romántico.

Antes de entrar en la habitación del hotel, le había echado un vistazo a la lista de Marxy de ORDEN DE LAS COSAS QUE HAY QUE HACER CUANDO SE TIENE SEXO. Marxy la tenía en la mesilla y no paraba de mirarla.

—Nos quitamos la ropa —dijo—. Eso es lo que viene después.

—Vale —dije yo—. ¿Podemos dejar de decir lo que vamos a hacer antes de hacerlo?

Intentó desabrocharse la camisa. Sus dedos no podían con los botones, que eran pequeños. La mía era fácil de quitar y lo hice yo misma, a pesar de que, en las películas, el hombre casi siempre le quita la blusa a la mujer.

Se le estaba acelerando la respiración. Estaba atascado con un botón.

Empecé a quitarme los pantalones.

—No —dijo—, que aún me tengo que quitar yo la camisa.

—¿Quieres que te ayude?

Negó con la cabeza y alargó la mano para impedírmelo.

—El hombre se quita la camisa y luego los pantalones, ¿vale?

Le estaba costando un montón desabrocharse los pantalones. Recordé lo que me había dicho Pearl de que tuviera paciencia. Me

senté en la cama y boté unas cuantas veces. El papel pintado era de flores, y alguien había pegado un chicle debajo de la mesilla de noche.

—Qué asco —dije.

Marxy me miró y le dije que lo que me daba asco era el chicle, no él.

—Tú estás muy sexi, Marxy —le dije—. ¿Seguro que no necesitas ayuda?

—¡Te he dicho que lo puedo hacer yo! —gritó—. Deja de preguntar.

Por fin se desabrochó los botones y dejó la camisa en la silla de al lado de la ventana. Marxy tenía la marca del bronceado en los brazos. También tenía pequeñas marcas marrones de nacimiento en la tripa y unos pelitos marrones diminutos alrededor de los pezones.

A continuación, empezó a quitarse los pantalones, y eso le costó aún más que la camisa. Se sacó una pernera y tuvo que apoyar la mano en la pared para no caerse. No fue nada sexi, porque se le olvidó quitarse los zapatos primero y la pernera se le quedó enganchada.

—Primero te tienes que quitar los zapatos —le dije.

—Eso ya lo sé —dijo él—. Ya te puedes quitar tú los pantalones también.

Procuré quitármelos despacio, para que termináramos los dos a la vez, pero terminé quitándomelos más rápido. Me senté a esperar. Quería seguir pareciendo sexi, pero cuesta mucho esfuerzo mantener poses sexis, así que decidí esperar a que se hubiera quitado los pantalones para ponerme otra vez en una pose sexi.

Al final, se tuvo que sentar en el suelo para poder quitarse la pernera que le quedaba. Luego se levantó y noté que su desodorante no estaba funcionando muy bien.

Yo llevaba la ropa interior cara que me había comprado. Entonces me levanté y di un paso con una pierna, y me volví y le enseñé la pose que había estado ensayando en mi cuarto, después de mis flexiones, delante del espejo. Las mujeres porno hacían esas cosas en las fotos para parecer sexis, y también lo hacían las modelos que llevaban ropa interior.

—Hola, semental —le dije.

Marxy levantó las cejas.

—Ya nos hemos saludado. ¿Y por qué te pones en esa postura?

—¿Te gusta lo que ves?

—Me gustas tú, Zelda.

—¿Y esto?

Intentando mantener la pose sexi, tiré de las braguitas, que sonaron como un chasquido.

Marxy meneó las cejas.

—No está mal.

—¿No está mal?

—¿Nos podemos besar? Deberíamos besarnos. Deberíamos besarnos antes de hacer ninguna otra cosa.

Que no le gustaran mucho mis braguitas y que mi pose sexi le hiciera levantar las cejas me hizo sentir fatal, pero esa era una de las cosas que

 me había dicho que me pasarían con Marxy: que no sería como los hombres de las películas. Tendría que aceptarlo. Empecé a pensar en Hendo y entonces me sentí mal por pensar en alguien que no era Marxy mientras besaba a Marxy.

—Vale —dije, cogiéndole la mano.

Nos besamos otra vez. Marxy me metió la lengua en la boca y la movió por dentro. Le dije que no lo hiciera tan enfadado y que la moviera menos.

—Ve más despacio —le pedí.

No paraba de hacer cosas con las que era difícil que los dos avanzáramos en la misma dirección. Cuando fui a pasarle los brazos por detrás del cuello, apartó la cabeza, y cuando se inclinó hacia delante para que pudiera pasarle los brazos por el cuello, se agachó demasiado y chocamos con los dientes.

—Ay —dijo, llevándose la mano a la boca.

—Creo que me he mordido el labio —dije yo. Marxy no parecía muy contento. Le dije que no se pusiera histérico—. Vamos a intentarlo otra vez —le dije, y esa vez el beso fue mucho mejor.

La cama botaba debajo de nosotros. Me puso la mano en el muslo y yo le acaricié la mejilla, con mucho cuidado. La tenía suave y caliente. La mano que me puso en el muslo me hizo temblar, a pesar de que la tenía caliente, no fría.

—Vale —dijo—, me parece que ha llegado el momento de tener

sexo. Ahora tenemos que quitarnos la ropa interior.

Él llevaba bóxeres anchos, y se los quitó y los dejó al lado de la cama. Yo me quité las braguitas de forma lenta y sexi hasta que los dos estuvimos desnudos en la cama.

Era la primera vez que veía a Marxy desnudo. Tenía algo de pelo en el vientre, cerca del ombligo, y le sobresalían las costillas, que subían y bajaban cuando respiraba.

—Eres muy guapo —le dije, porque sabía que a la gente le gustaba que la piropearan cuando tenían sexo.

Le dije también que podía ayudarlo a ponerse el condón.

—No, déjame hacerlo a mí —me dijo él.

—Procura no romperlo.

Recordé los ensayos con

AK

47 y vi que Marxy no lo estaba cogiendo bien. No lo pellizcaba por el borde, sino que intentaba abrirlo por el centro. Luego quiso hacerlo con los dientes.

—¡Para! —le dije—. Con los dientes no. Nunca.

Le pedí que me lo diera para abrirlo yo, porque no quería que lo abriera mal.

No quiso.

—Sé hacerlo —me dijo.

Al final, consiguió sacarlo del envoltorio y entonces intentó ponérselo. Era un condón troyano, con el casco de un guerrero por delante. Intentaba ponérselo pero lo tenía del revés, y tampoco lo pellizcaba como había que hacerlo. Me había dicho que había ensayado, así que no entendía por qué se le daba tan mal.

—¿Has ensayado con una zanahoria? —le dije—. Porque antes de ponértelo tienes que sostenerlo en alto y ver dónde está la parte del anillo.

—¡¿Puedes dejar de hablar, Zelda?! —me gritó.

—Para ensayar vale también un pepino —le dije—. Pero un pepino es más grande de lo que suele ser un pene, y más grande que tu pene también.

Me senté en la cama y lo observé. Al principio, el condón no bajaba y a mí se me estaban quitando las ganas de tener sexo. No me gustaba que me gritaran.

—Vale —dijo, poniéndose el condón—, estoy listo.

—No me ha gustado que me gritaras y te enfadaras con lo del condón —le dije—. Y no me gusta que vayamos diciendo lo que hacemos y siguiendo pasos. En el sexo nosotros ponemos las normas.

Sacudió varias veces la cabeza, agarrándose el pelo con las manos, y dijo: «Esto va mal», y cuando quise decirle que iba bien, me dijo que no iba bien.

Quise darle un beso en la cara, pero se había vuelto de lado, de forma que tenía su oreja a la altura de mis ojos y su pelo en mi cara.

—Vale —dijo, y nos subimos a la cama y él se puso encima de mí.

A mí me costaba respirar porque su vientre estaba sobre el mío, empujando el aire hacia fuera. Marxy se había sentado encima de mí una vez cuando peleábamos, y había olvidado lo mucho que pesaba.

Le pregunté si podía levantarse un poco para que no me pesara tanto.

—No puedo respirar bien.

—Así es como hay que hacerlo primero —dijo.

Volvió la cara hacia mí y pude olerle la boca, que estaba caliente y me hizo sentir como si estuviera atrapada en una habitación.

Apoyó las manos a ambos lados de mi cabeza y me miró desde arriba. Se le puso la cara colorada.

—¿Qué? —le pregunté.

—Nada.

Intenté agarrarle la cara.

—Marxy, ¿qué pasa?

Se levantó de encima de mí y vi que el condón se le caía.

—No está funcionando como debería.

—Podemos besarnos y ya está —le dije—. Y volver a empezar.

Apretó los puños y los juntó hasta que le crujieron los nudillos.

—¡No quiero tener que empezar desde el principio!

Me incorporé.

—¡Deja de gritar!

Sacó otro condón de su mochila.

—Esto no funciona —dijo otra vez, volviéndose de forma que no le viera la cara—. Esto no funciona.

—¿Te lo has puesto?

Estaba intentando abrir el sobrecito del condón.

—Marxy… ¿Es acanalado? Porque el mío sí y da más gustito.

—Deja de hablar.

Empezaba a hacer frío por el aire acondicionado de la habitación, así que me puse la blusa. Esperé a que él se pusiera el condón. Lo estaba viendo agarrarse el pene. Cuando se dio la vuelta, el condón no estaba bien estirado. Parecía una cosa absurda colgándole del pene, y, aunque no quería hacerlo, reí.

—¿Te estás riendo de mí? —dijo.

—Perdona, es que dices que has ensayado mucho, pero lo estás haciendo todo mal. Si quieres, podemos pedir zanahorias al servicio de habitaciones y te enseño cómo se hace.

Se quitó el condón con un fuerte chasquido, lo tiró al suelo y me dijo que ya no íbamos a tener sexo.

—No me gusta lo cruel que estás siendo —me dijo.

—No estoy siendo cruel, pero me has dicho que habías ensayado y luego no sabías lo que había que hacer ni me dejabas ayudarte. Si no lo sabías, tendrías que habérmelo dicho.

Se cruzó de brazos y me dijo que ya no estaba excitado y que nada era sexi.

—Quiero irme —dijo—. Quiero irme a casa. —Entonces fue a por su móvil, pero yo lo cogí primero—. Dámelo. Tengo que llamar cuando me quiera ir.

Con el teléfono apartado de mí, salté al otro lado de la cama.

—Los adultos no llaman a sus madres durante el sexo —le dije.

—No vamos a tener sexo —dijo él—. Hemos terminado, y tú te estás portando como una villana pinchamierdas, Zelda.

—Y tú como un niño pequeño. Muy bien. Toma —dije, y tiré el móvil a la cama entre los dos. Le dije que yo tenía que ir a hacer pis y que él hiciera lo que quisiera.

Entré en el baño y me miré en el espejo. Se me había corrido el maquillaje. Me limpié la cara y oí a algunos de los grendels detrás de la cortina de la ducha, donde les gustaba esconderse.

—Callaos —les dije, inspirando hondo.

A los grendels les gusta que las cosas se jodan y la gente sufra, y yo sabía que había hecho sufrir a Marxy. Llamaron a la puerta del baño y la voz de

AK
47 me preguntó si estaba bien.

Cuando salí, la madre de Marxy estaba en la habitación, ayudándolo a vestirse. Le sujetaba la camisa para que metiera los brazos.

—No pasa nada —dijo Pearl—. Ponte esto.

—¿Te vas? —pregunté.

AK
47 me agarró del brazo.

—Igual deberías vestirte —me dijo, y caí en la cuenta de que aún estaba desnuda y ya no me sentía sexi, solo estúpida. Me pasó las braguitas y me las puse—. ¿Qué ha pasado?

—Él se estaba enfadando y tenía problemas con los condones, y yo he querido ayudarle, pero no me ha dejado que lo ayudara y no conseguía ponérselo bien. Y como le quedaba raro, me he reído y…

Pearl me pidió que bajara la voz y le sostuvo los pantalones a Marxy para que metiera las piernas y luego se los subió hasta la cintura.

—Te los sabes abrochar tú —le dijo. Luego, con unos clínex, recogió los condones y los estiró—. No están rotos —dijo—, así que ya está.

Hizo una pelota con ellos y los tiró a la papelera.

—No pretendía reírme de él —dije yo—. Marxy, no pretendía reírme de ti.

AK
47 cogió los calcetines de Marxy y se los dio a Pearl.

—Toma, me parece que estos son suyos.

Tuve la sensación de que el mundo estaba girando a mi alrededor y yo ya no era parte de él. Pearl y

AK
47 se decían cosas en voz baja, con Marxy a su espalda. Cuando quise rodearlas para hablar con él,

AK
47 me retuvo y me dijo:

—Un momento, ¿vale?

Pearl y

AK
47 hablaban y, de vez en cuando, bajaban aún más la voz e

intentaban mirarme sin que pareciera que lo hacían. Yo quería disculparme con Marxy y decirle que sentía haberme reído de que el condón no se le quedara en su sitio. Él estaba en el rincón, mirando por la ventana y de repente empezó a caminar en el sitio. Intenté llamar su atención y hacerle una seña, pero seguía caminando y caminando, como cuando en los dibujos animados alguien que piensa mucho va de un lado a otro y termina haciendo un hoyo profundo en el suelo.

Y entonces Pearl dijo que se tenían que ir y sacó a Marxy de la habitación.

—Lo siento —le dije a Marxy cuando pasaba por mi lado. Salieron y cerraron la puerta—. No le he dicho nada tan malo —le comenté a

 cuando nos quedamos solas—. Solo que me ha parecido absurdo. ¿Por qué se ha enfadado tanto?

—Los hombres son raros cuando se trata de sus partes íntimas. No es culpa tuya. —Suspiró—. Sabíamos que esto podía ocurrir.

—No paraba de hablar y no era en absoluto como se supone que debía ser. Tener sexo y hacer el amor es como agua, no como piedra —dije yo, que era lo que decía uno de los artículos de la revista que había leído en internet sobre ser un buen amante.

—Nunca sale como debería salir, Zee. Es algo que se aprende. —Me pasó el brazo por los hombros y apoyó su cabeza en la mía—. Mañana será otro día.

22

Fuimos del hotel al apartamento de
AK
47. Ella quería dedicar un poco de tiempo a decidir qué hacer a continuación y también que yo me cambiara de ropa. Como le habíamos contado a Gert que íbamos a ver una peli, le mandó un mensaje para decirle que llegaríamos a casa un poco tarde porque luego iríamos a cenar algo.

Mientras ella le mandaba el mensaje a Gert, yo intenté llamar a Marxy con mi móvil. Pearl me había dicho que no lo hiciera, pero ella no estaba a cargo de mí ni de mi leyenda. Quería decirle a Marxy que, aunque nuestro primer intento de tener sexo no había funcionado, yo quería volver a intentarlo.
AK
47 me dijo que la primera vez siempre es rara para todo el mundo, que no me sintiera tan mal.

—Me siento como una villana gilipulla —le dije—. He decepcionado a mi linda doncella.

Y ella me puso la mano en el hombro y me dijo que no era culpa mía.

—No pasa nada —me dijo.

No me lo cogió nadie la primera vez que intenté llamar, así que seguí pulsando el botón de rellamada y dejándolo sonar. Saltó el buzón de voz y le dije que era Zelda, que estaba enamorada de Marxy y que sentía lo que había ocurrido.

A la tercera llamada me lo cogieron. Dije, rapidísimo, que lo quería y que sentía haberlo disgustado y haberle dicho que no sabía usar un condón. Pero no era Marxy.

—Necesita tiempo —me dijo Pearl—. Deja de llamar, Zelda. —Y me colgó.

La siguiente vez que llamé no dejó de sonar.

Empezaron a venirme más recuerdos a la cabeza y, cuando eso pasó, me sentí avergonzada.

Por ejemplo, una norma es que uno no se ríe de los demás cuando están desnudos. Y yo le había hecho eso a Marxy sin querer. Él se había puesto la corbata de Batman, que no era muy sexi, y yo me había puesto mis braguitas. Cuando lo pensé, me enfadó que no se hubiera esforzado un poco más por estar sexi, y luego me sentí mal otra vez por haberme reído de la pinta que tenía su pene.

AK

47 me trajo un café con polvitos de chocolate dentro y me dijo que respirara.

Le pregunté cuándo se lo íbamos a contar a Gert.

—No tengo ni idea. —Nos bebimos a sorbitos nuestros cafés con chocolate—. Aún no, en cualquier caso. Necesito un plan.

AK

47 me dijo que dejara que ella se encargase de Gert y, cuando llegamos a casa, discutieron, aunque no tanto como cuando Alf entró en el apartamento y Gert se puso *berserker*. Esa vez no hubo muchos gritos. En vez de gritar, Gert se quedó callado, y parecía más triste que enfadado.

Estaba triste sobre todo porque no le habíamos contado que Marxy y yo íbamos a tener sexo.

—Me habéis dejado fuera —dijo él.

AK

47 se dejó caer a su lado en el sofá.

—Bueno, en cierto modo lo hemos hecho. No tienes precisamente el récord de calma en situaciones límite.

—Soy yo quien ha decidido tener sexo —le dije—. No soy un coche que tú conduzcas. No puedes controlarme.

Gert se quedó callado.

Ninguna de las dos le contó que había salido mal. No hacía falta que lo supiera todo, según

AK

47.

Gert se calmó y luego se disculpó con

AK

47 y conmigo.

—Es que… —empezó a decir—. No me gusta no poder ayudar, ¿sabes?

Se estaba tirando de un hilo de los vaqueros.

AK

47 asintió con la cabeza y le dijo que lo sabía.

—No pasa nada. Sabemos que solo quieres lo mejor para Zelda.

—Pero a veces tengo que decidir yo lo que es mejor para mí —dije—. Aunque me equivoque.

Gert suspiró y se incorporó en el asiento.

—Bueno, ¿y qué tal ha ido?

AK

47 y yo nos miramos.

—Bueno, a nadie le sale genial la primera vez —dijo.

Gert asintió y dijo:

—¡Ya te digo!

En toda esa semana, Marxy ni me llamó ni fue al centro cívico, y eso me puso triste. Ninguna de las cosas que me gustaba hacer eran divertidas ya, incluido el baloncesto.

En la cancha decidí que no volvería a jugar ningún partido de baloncesto, ninguno real, hasta que volviera Marxy, porque no quería que me encontrara jugando cuando volviera si me seguía doliendo el corazón. Quería poder ir corriendo hasta él, como en las películas.

Tenía un regalo para Marxy, una foto impresa de internet de su jugador de baloncesto favorito, Larry Bird, lanzando un tiro para ganar un partido. En el libro de Kepple, leí algo de unas personas a las que llamaban *þræll*, que eran básicamente esclavos que tenían deudas con la gente. Quería demostrarle a Marxy que estaba dispuesta a trabajar como una *þræll* hasta que él estuviera preparado para perdonarme. La esclavitud es malvada, eso lo aprendí en el colegio, pero cuando alguien debe algo, tiene que saldar esa deuda. Yo quería saldar mi deuda con Marxy.

Quería correr hacia Marxy, moviéndome muy despacio, con la foto de Larry Bird en la mano. A él se le iluminaría la cara y diría, en vikingo, que me quiere y que no está enfadado y que, como siempre, los dos somos vikingos que batallan juntos.

En cambio, me senté en el lateral del gimnasio, en el banquillo, mientras todos jugaban. No había puestos suficientes en el equipo

para todos, así que íbamos entrando y saliendo. Yo fui la única que no quiso sustituir a nadie en la cancha. Me abracé al balón y lo estrujé, moviendo los dedos por él, por su piel, que tenía el tacto de una naranja vieja y reseca.

A Hamsa lo sustituyeron y, cuando salió de la cancha, se sentó a mi lado.

—No estás jugando —me dijo.

—Estoy viendo el partido.

Entonces se puso serio y me dio un puñetazo en el hombro.

—Marxy no vuelve por tu culpa. Por eso no está aquí. Es mi mejor amigo y tú le has hecho una puta gilipullada.

Había otro balón cerca del banquillo en el que estábamos sentados, así que me levanté, lo cogí y se lo tiré a Hamsa tan fuerte que le di en el brazo. Él no levantó las manos lo bastante rápido para cogerlo. El balón rebotó en él y cayó al suelo, y él dijo algo en otro idioma.

—Gilipulla —me dijo, y me empujó.

Antes de que nadie pudiera darse cuenta, nos estábamos peleando. No como los vikingos, no de forma honorable. Nos agarrábamos de la ropa y tirábamos y empujábamos. Cuando Hamsa me acercó el brazo, se lo mordí lo más fuerte que pude. Él gritó y lo apartó.

No sé si los vikingos se mordían en la batalla o no, porque tenían espadas y no les hacía falta. No me parecía algo honorable que hacer en la batalla, porque muerden los animales, no los guerreros. Los *berserkers* harían cualquier cosa por ganar, eso sí, con lo que, al final, morder a Hamsa para ganar la pelea no estuvo mal. Gert dice que en una pelea no hay normas.

—¡Basta ya! —nos dijo Big Todd.

Uno de los voluntarios se llevó a Hamsa para que le curaran el brazo y dejara de sangrarle. Las personas tenemos gérmenes en la boca, igual que los animales, y a Hamsa tenían que limpiarle el brazo para que no le entraran los gérmenes de mi boca y se pusiera enfermo y muriera.

—Ven conmigo —le dijo el voluntario. Era el padre de uno de los retrasados que yo no conocía. Le pasó el brazo por el hombro a Hamsa y le dijo que se tapara con la mano donde yo le había mordido—. Sé que duele —le dijo.

Yoda y los otros se quedaron mirando cómo Hamsa lloraba. Luego me miraron a mí. Tenían la boca abierta, como si quisieran preguntar algo y no se acordaran de cómo hacerlo.

—Dejad de mirarme —les dije, porque cuando me miraban fijamente me sentía como cuando Gert y yo íbamos a un sitio nuevo y la gente se me quedaba mirando y pensaba: «¿Qué le pasa?».

Big Todd se pasó una mano por el pelo. Nada de peleas era una de las primeras normas del centro cívico.

—Me ha llamado gilipulla —le expliqué.

—Zelda, a mi despacho, ¿vale?

Estuve sentada en su despacho hasta el final de la hora, en la misma silla que Larry Bird. En ese tiempo, Big Todd entró y me dijo que le había hecho una herida a Hamsa y que también había herido sus sentimientos.

—Te has portado como una villana, ¿no te parece?

Tenía razón. Pero, en realidad, había sido peor que una villana: me había portado como una *berserker*, como Gert cuando había atacado a Alf, que es más pequeño y no puede defenderse. Me había portado como tío Richard cuando le había reventado una botella en la cabeza a Gert. Mi lista de COSAS QUE NECESITA UNA LEYENDA se estaba convirtiendo en una de COSAS QUE HACE UN VILLANO.

Antes de que se fuera Hamsa quería pedirle perdón. Estaba esperando a la puerta del centro cívico con su tío. Llevaba una tirita en el brazo.

—Lo siento, Hamsa —le dije—. No debería haber hecho eso.

Su tío le dio un empujón. Hamsa lo miró y dijo:

—Acepto tus disculpas.

Según

AK

47, la familia de Hamsa sabe lo que es ser diferente. La gente tiene aún más problemas con los musulmanes que con los gais como Big Todd o con los que visten como delincuentes, como se viste Gert. Hamsa tiene dos problemas: es retrasado y es musulmán. Desde que aquellos villanos estamparon los aviones contra las torres, todo el mundo ha empezado a odiar a los musulmanes.

Aunque Marxy seguía sin hablarme, tenía la sensación de haber hecho algo bien por una vez, aunque fuera después de haber hecho algo mal primero.

Subí al autobús y Yoda no quiso sentarse conmigo.
AK
47 le dijo que dejara de hacer el melón y él contestó que yo era una villana por haberle hecho daño a Marxy.

—Y además ha mordido a Hamsa —dijo Yoda.

—¿Eso es cierto? —preguntó
AK
47.

—Es cierto —dije yo. Lo primero para ser legendario y un héroe es reconocer tus errores.

—¿Le has pedido perdón?

—Le he pedido perdón.

—Pero sigue siendo una capulla —dijo Yoda, y cuando el autobús paró delante de su casa, no chocó el puño conmigo.

Se cerraron las puertas y
AK
47 se volvió hacia mí desde su asiento.

—No te preocupes, ya se le pasará. Perdona —dijo, con un cigarrillo en la mano—, si no me fumo uno, voy a explotar.

Aparcó el autobús delante de un parque infantil. No nos dejaban fumar en el autobús, así que nos sentamos en unos columpios y fumamos juntas. Nuestros pies subían y bajaban, y el humo del cigarrillo se levantaba en el aire. Después de columpiarnos un rato, nos estábamos riendo, sobre todo cuando el cigarrillo se le escapó de la boca, salió volando por el aire y casi le aterriza en el pelo.

Por un ratito me olvidé de Marxy, luego me mareé y tuvimos que dejar de columpiarnos.

Nos sentamos en la arena, con las piernas cruzadas.
AK
47 me dijo que se sentía un poco culpable por cómo había ido lo del sexo, y por discutir con Gert delante de mí. Y no solo por discutir: por gritar y dar bofetadas y golpes.

—Te estoy dando muy mal ejemplo. Los problemas no se arreglan peleando, aunque seas vikingo como nosotros. —Se echó hacia atrás y miró al cielo—. El pasado no se puede cambiar —dijo—. Solo ir adelante. ¿Qué le falta a tu leyenda?

Lo pensé. Me dijo que pensara en todos los héroes de todas las leyendas que había leído en el libro de Kepple o había visto en la

tele y en películas y en otros libros. ¿Qué hacían todos los héroes?

—Luchar —contesté.

—Bueno, simbólicamente, claro. Pero a veces esa lucha no es una lucha de verdad. A veces se trata de no rendirse.

Levanté la vista.

AK

47 cruzó los brazos.

—Yo quiero luchar simbólicamente —dije—. Quiero reconquistar a Marxy.

Se incorporó y se sacudió la arena de las piernas.

—Bien. Pues vamos a darte un poco de Marxy.

AK

47 conocía el camino a casa de Marxy porque lo había recogido cientos de veces. Hacía un buen día para la batalla. El cielo estaba muy nublado. No se puede batallar cuando el cielo está demasiado bonito y azul, y brilla el sol, porque te apetecería sentarte a descansar en vez de luchar.

Fuimos al barrio de Marxy, en el que las casas altas se miraban unas a otras con grandes ventanas que parecían ojos y puertas que eran de color rojo y verde fuerte. Era territorio enemigo, es decir, un sitio al que yo no iba, y estaba preparada para la batalla con la madre de Marxy, y con Marxy también, en cierto sentido, porque quería vencer sus malos sentimientos hacia mí.

AK

47 aparcó el autobús. Yo inspiré hondo. Nos hicimos un toque y luego me dirigí a la batalla.

Fui hasta la puerta y me volví a mirarla.

AK

47 me hizo una seña con la mano y luego apretó el puño, como para decirme que estaba conmigo en espíritu. El timbre hizo un montón de sonidos diferentes, como una canción. En la acera de enfrente, una mujer empujaba un cochecito de bebé. Me saludó y yo le devolví el saludo.

Se abrió la puerta, pero no era Marxy ni Pearl. Era Sarah-Beth.

—Hola —dijo—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó ella.

—Yo te lo he preguntado primero.

Frunció el ceño y gritó a su espalda. Pearl vino a la puerta.

—Zelda —dijo, llevándose las manos a las caderas—, ¿qué haces aquí?

Le dije que había ido a reconquistar el corazón de Marxy.

—¿Está en casa?

Pearl le dijo a Sarah-Beth que volviera dentro.

—Voy en un minuto.

Sarah-Beth asintió con la cabeza e hizo lo que le decían. Cuando se marchó, Pearl salió al porche y cerró la puerta.

—Marxy no quiere verte —me dijo. Entonces vio a
AK
47—. ¿Esa es Annie?

—Quiero verlo —dije.

Saludó a
AK
47, que dejó el móvil y le devolvió el saludo. Le dije a Pearl que quería ver a Marxy, aunque él no quisiera verme a mí. Le dije que estábamos enamorados.

Pearl no contestó. Se acercó a
AK
47. La seguí.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó Pearl a
AK
47.
AK
47 bajó del autobús y cruzó los brazos.

—Los infortunios del amor —contestó ella.

—Marxy no quiere verte, Zelda —dijo Pearl.

Encogiéndose de brazos,
AK
47 dijo que eso era algo entre yo y Marxy.

—¿No pueden hablar?

—Eso es lo que yo quiero —dije—. Solo hablar.

Pearl negó con la cabeza.

—Tenemos invitados.

—Solo serán unos minutos, ¿verdad, Zelda?

Tenía un discurso que
AK

47 me había ayudado a escribir. Cuando lo había ensayado, había tardado menos de dos minutos en leerlo.

—Dos minutos —dije.

Suspirando, Pearl me dijo que esperara en el porche.

—A ver si Marxy quiere.

AK

47 y yo esperamos mientras Pearl volvía dentro. Le conté que Sarah-Beth estaba en la casa. Me dijo que seguramente era la visita de la que hablaba Pearl.

AK

47 contempló la casa un minuto, sin decir nada. Tenía ESA CARA, lo que significaba que su cerebro estaba trabajando mucho en algo, tanto que no podía usar la boca para decir palabras al mismo tiempo. Le pregunté en qué estaba pensando.

—¿Por qué no quiere verme? ¿Y por qué está con Sarah-Beth?

—Nada. —Me cogió la mano—. Existe una posibilidad de que Marxy ya no quiera volver a ser tu novio, Zelda.

Eso no era posible. O era posible, pero yo reconquistaría su corazón. Esa era una de mis mayores aptitudes: no rendirme nunca en la batalla, por mucho que estuviera perdiendo. Por fin Pearl abrió la puerta y me hizo una seña para que me acercara.

—Tienes diez minutos. Está arriba, en su cuarto.

Entré y pasé por delante de Sarah-Beth, que estaba sentada en el salón, viendo la tele. No dijo nada al verme volver. Pearl me siguió, subió conmigo la escalera, que tenían los peldaños acolchados por la moqueta. La casa olía como un centro comercial en Navidad, a flores.

Llegamos al cuarto de Marxy. La puerta estaba abierta. Marxy estaba sentado delante del ordenador. Giró la silla y no me devolvió la sonrisa cuando yo le sonreí.

—Si me necesitas —le dijo Pearl a su hijo—, llámame.

—Vale —contestó él.

Pearl cerró la puerta, pero no del todo. La oí bajar la escalera. Cuando llegó abajo, me saqué del bolsillo el papel en el que había escrito lo que quería decirle a Marxy.

—Querido Marxy —leí.

—¿Qué es esto?

—Es mi discurso —dije—. Tú escucha.

A Marxy no se le daba bien estar quieto. Yo lo sabía, por eso había procurado que el discurso fuera corto. Mientras leía, él daba vueltas en la silla y tonteaba con los dedos.

—Sé que la he cagado, pero estoy enamorada de ti y me gustaría que fuéramos novios.

Empezó a darse palmaditas con las manos en los muslos. Más fuerte cuanto más leía yo. Procuré ignorarlo. Marxy no decía nada. Sarah-Beth llamó a la puerta y le dijo a Marxy que se iba a perder el baloncesto de la tele.

—Vale —dijo Marxy—, bajo en un minuto.

Cerró la puerta. Marxy siguió dándose palmadas en las rodillas hasta que paré.

—Vale, me parece que se ha acabado el tiempo y deberías irte.

—¿Qué hace aquí Sarah-Beth?

Volvió a darse palmadas en las rodillas. Intenté que parara, pero cada vez movía más las rodillas y hacía más ruido con las manos. Le pedí que parara y entonces hizo un ruido que era muy distinto de cualquiera que yo le hubiera oído hacer antes. Fue entonces cuando Pearl abrió la puerta y me dijo que me fuera. Marxy se levantó y suspiró.

—Sarah-Beth es mi nueva novia —dijo tan rápido que casi no me dio tiempo a entender bien lo que decía.

—¿A qué te refieres?

—Somos novios los dos —me dijo—. Tú y yo hemos roto y soy novio de Sarah-Beth. Fuiste una pinchamierdas conmigo en el hotel, y no me duele decirte que no, Zelda, no quiero personas crueles en mi vida.

Que le dieran a Marxy. No había dicho nada así en mi vida, pero era lo que pensaba. Cuando llegué a casa, estaba *berserker*.

AK

47 quería quedarse, pero le dije que prefería estar sola. Las venas de mi cabeza bombeaban sangre con fuerza y mi corazón gritaba. Por dentro, quería romper algo, así que le di un puñetazo a la lámpara de pie que había en el rincón. La lámpara volcó muy despacio y de forma muy aburrida. Pensé que se rompería, pero no. Solo se cayó de una forma estúpida.

Fui al baño y, cuando volví, la puse de pie otra vez, porque la lámpara no me había hecho nada, y porque estorbaba tirada en el

suelo.

En las leyendas vikingas, cuando alguien moría lo ponían en un barco y lo empujaban hasta el centro de un lago o del mar. Al barco le prendían fuego y el cuerpo del muerto ardía hasta que era solo ceniza, y el barco ardía también y se hundía.

Pensé que la mejor forma de olvidarlo sería hacer lo que hacían los vikingos: quemarlo.

Cuando a los vikingos muertos los ponían en los barcos, las cosas que usaban en vida iban con ellos, como espadas o armaduras o amuletos mágicos o juguetes. A veces quemaban vivas a sus mujeres y sus novias también.

Yo tenía dibujos que Marxy me había hecho. Además de las cartas de amor que me había escrito. Decidí que haría mi propio barco para ellas.

Los vikingos queman cosas para demostrar que han muerto. Como Marxy y yo habíamos roto para siempre, quise hacerle un fuego funerario.

«Para mí estás muerto» era una de las cosas que

AK

47 le había dicho a Gert cuando habían tenido aquella pelea gorda con la que habían roto la primera vez.

—Para mí estás muerto —le dije al dibujo que Marxy me había hecho por mi cumpleaños.

Como no tenía un barco de verdad, tuve que hacerme uno. Abrí el grifo de la bañera y la llené de agua. Luego fui a por un cuenco de plástico que usábamos para hacer ensaladas. Puse en el cuenco todas las cosas que iban a convertirse en cenizas. Gert tenía un encendedor para las velas en uno de los cajones, por si se iba la luz en todo el edificio y no teníamos electricidad.

—Adiós —le dije a Marxy, y leí las palabras en vikingo—: *Góða nótt*, que significa buenas noches.

El cuenco flotó en la bañera. El fuego de dentro no se desató. No era demasiado grande. Cuando ya se había quemado bastante de Marxy, volqué el cuenco y el papel flotó en el agua un rato, hasta que se mojó. Luego se deshizo y el agua se puso gris.

23

Antes de mi cita con el doctor Laird, escribí una carta al doctor Kepple. Seguía estando tan enfadada que hice montones de faltas de ortografía y tuve que teclearla dos veces.

> Querido doctor Kepple:
> Mi novio Marxy ahora se ha enamorado de otra que se llama Sarah-Beth y se come el pelo. Creo que eso los convierte a los dos en villanos, porque él ha traicionado nuestro amor verdadero y ella me lo ha robado. He quemado un dibujo suyo para mostrar a los dioses lo enfadada que estoy con él.
> ¿Hay alguna otra forma de dejarles claro a los dioses que ya no estamos juntos? Y otra cosa: ¿hay alguna forma vikinga especial de maldecir su unión?
> Zelda

Le di al botón de enviar y esperé a que Gert llamara a mi puerta para avisarme de que era la hora de ir a ver al doctor Laird.

Hice clic en refrescar una vez más antes de apagar el ordenador.

De camino a la consulta, Gert quiso hacerme hablar, pero yo estaba demasiado enfadada, y en nuestra cita, el doctor Laird quiso hablar conmigo a solas, sin que Gert estuviera allí.

—Por ahora, quiero entender cómo te sientes —me dijo.

—Marxy ha muerto para mí —le dije.

El doctor dejó el cuaderno en la mesa.

—Empieza por el hotel —dijo— y sigue desde ahí.

Le conté todo lo que había pasado en la habitación del hotel, incluido que a Marxy no se le daba bien ponerse el condón y que yo me había reído de él sin querer.

—No pretendía reírme, pero es que era muy gracioso. —Agarré la pelota antiestrés y empecé a estrujarla—. Yo llevaba braguitas sexis y él ni se dio cuenta. Y me puse en poses sexis, pero a él no se lo parecieron.

—Entiendo que eso te resultara frustrante —me dijo el doctor Laird.

—Y entonces se enfadó conmigo y entró su madre. —Estrujé la pelota casi hasta que reventó—. ¿Por qué ella se lo tiene que hacer todo a todas horas?

—¿Qué futuro te imaginabas con él? —Le pregunté qué quería decir con esa pregunta—. Ya sabes —me contestó, haciendo círculos con las manos—, dentro de cinco años, ¿cómo ves tu vida con Marxy? ¿Estáis casados? —Me dijo que me podía ayudar cerrar los ojos para imaginármelo—. Haz una foto del futuro y dime qué hay en ella.

Cerré los ojos e intenté hacer lo que me decía. En mi cabeza, teníamos una casa grande, parecida a la casa en la que Marxy vivía con su madre.

—Pero no con su madre —le dije al doctor.

—Entonces, vivís juntos por vuestra cuenta, sin ella.

—Eso es.

—¿Y Gert, está allí?

Volví a la casa que me estaba imaginando. Gert estaba lavando el coche a la entrada, con un cubo de plástico y una esponja amarilla.

—Está ahí.

—O sea, que Marxy, Gert y tú viviríais juntos.

Abrí los ojos.

—No sé. Puede. ¿Por qué?

El doctor Laird le dio vueltas al bolígrafo con los dedos.

—¿Tú crees que Marxy y Gert se llevarían bien?

—Bueno, a lo mejor no vivimos con Gert. Pero con Pearl seguro que no.

—Antes me has dicho que te parece que ella lo mangonea demasiado.

—Todo el tiempo —contesté, y entonces le conté todas las formas en las que ella le controlaba la vida.

—Has usado la palabra «controlar» —me dijo el doctor—. Eso

me interesa, porque hay otra posibilidad.

—Vale —dije.

—En realidad, quizá él necesite que alguien como ella lo ayude. Tal vez él no sea tan independiente como tú.

—Puede hacer más de lo que cree la gente —dije, y noté que me enfadaba.

El doctor Laird dejó el bolígrafo con cuidado encima del cuaderno que tenía delante.

—Supongo que lo que intento transmitirte es que, aunque es un fastidio que hayáis roto, en realidad podría ser para bien.

Fue una de las únicas veces que me enfadé muchísimo con el doctor Laird. Le tiré la pelota antiestrés. Le di en el estómago y rodó al suelo. La vimos rodar desde su regazo al suelo.

—Vale —dijo—. ¿Podemos hablar de eso?

Decidí hacerle un vacío poderoso para que viera lo enfadada que estaba. Se quedó callado otros dos minutos hasta que sonó el timbre.

Me levanté y no le di la mano.

—Él es quien es, Zelda —me dijo—. Y eso está bien. Pero eso significa que a lo mejor tampoco es bueno para ti.

—Que le den —dije, y abrí la puerta y me fui.

Ese día no se me dio bien el trabajo en la biblioteca porque estaba disgustada por lo de Marxy. No me hacía ilusión ayudar a la gente a encontrar libros ni a llevárselos. Me equivoqué dos veces. Primero puse de nuevo en la estantería un libro que un socio había devuelto y no se lo dije al ordenador, y después Carol me encontró poniendo libros de guerra en la sección de Deportes.

Carol supo que estaba disgustada y yo le dije que no quería hablar de ello.

—Pues muy mal, porque como sigas todo el día como un alma en pena, vas a seguir equivocándote y este puñetero sitio se va a desmoronar, así que escupe. —Al ver que yo no escupía, me dijo—: ¿Es un problema de tíos?

—Da igual —dije yo.

Estábamos las dos de pie en el mostrador de recepción de la biblioteca, donde yo trabajaba mucho porque ya se me daban muy bien los ordenadores. Carol empezó a dar golpecitos con las uñas en el mostrador. Yo hice como que no me daba cuenta de que tenía la

cabeza pegada a la mía. Era algo que hacía siempre que quería llamar mi atención sin hacer ruido.

—Mmmmmm… —dijo, y me dio un toque en el hombro con el dedo.

—Para ya —le dije yo.

Vino alguien con unos libros que se quería llevar. Yo los escaneé y Carol cogió el recibo y lo metió dentro del primero.

—¿Es por ese chico que vino a verte? ¿Mark? ¿Marco? ¿Cómo se llamaba?

—Marxy —dije yo.

—Ah. —No se iba, ni siquiera cuando le puse ESA CARA. Solo dijo—: Venga ya, eso no te va a funcionar, así que ya me lo estás contando.

Inspiré hondo.

—Hemos roto. Marxy y yo.

—Qué pena. —Apartó la cabeza de la mía y me pasó un libro para que lo metiera en el sistema—. Las rupturas son difíciles.

Después de escanear el libro en el sistema, lo puse en el carrito que tenía a la espalda.

—Y se ha buscado otra novia.

—¿Ya? —Carol silbó.

Carol no tenía marido ni novio, pero tenía una hija que la odiaba a muerte. Carol no quería hablar de por qué su hija la odiaba, pero le gustaba hablar de lo bien que le iban los estudios a su hija.

—Es buenísima en cálculo. En matemáticas y esas cosas. No tiene ni que esforzarse. A mí se me da fatal, pero ella se sabe todos los decimales del número pi hasta el decimoquinto.

—Guau. Yo conozco tres.

Carol rio.

—Pues como yo. —Suspiró—. Está un poco descontrolada, como yo a su edad. Su padre salió por patas en cuanto pudo.

—El mío también.

Carol era como mi madre, que no se había casado y había tenido que criar sola a su hija. Pero ella no bebió alcohol mientras estaba embarazada de Nancy, a la que ella llamaba Nance para abreviar.

—A propósito de hombres mujeriegos —dijo Carol en voz baja y, cuando miré, vi de quién hablaba—, prepárate, que vienen curvas

—me dijo.

Antes de que pudiera decirle que se callara, Hendo se había plantado delante de mí.

—Hola, Talismán —me dijo.

Carol se puso a meter más libros en el catálogo de la biblioteca, pero yo sabía que estaba mirando, aunque fingiera que no.

—Hoy no es domingo —le dije—. Pensaba que venías los domingos.

—Tengo una urgencia de lectura que no puede esperar —dijo Hendo—. Me preguntaba si podrías ayudarme a encontrar un libro, dado que tú eres experta y eso. —Me dijo que quería un libro sobre trenes para Artem—. Le chiflan. Salen en esos dibujos animados tan raros y ni siquiera creo que sea lo bastante mayor para saber de lo que le hablo, pero dicen que es bueno leerles a los niños a esa edad.

—Libros ilustrados, tenemos uno nuevo que es genial —dijo Carol, pasando otro libro por el escáner—. Zelda te lo enseña. —Anotó el número de referencia y me lo dio.

—Yo te lo enseño —le dije a Hendo.

Fuimos a la sección de Libros Ilustrados de la biblioteca. Mientras caminábamos, lo olí, y olía bien, y su mano me rozó una vez, pero no supe si había sido a propósito o no.

Me estallaba un poco el cerebro, pero procuré contar hasta diez por dentro, no por fuera, porque no quería que Hendo pensara que hacía cosas raras.

—Estos son nuestros mejores libros sobre trenes —le dije, y le enseñé mis tres favoritos.

El que decía Carol hacía ruidos de tren mientras leías. Pulsabas un botón y el libro decía chucuchú y hacía el chirrido de las vías metálicas del tren. Hendo pulsó uno de los botones y se frotó la barbilla.

—Este es perfecto —dijo—. Buen trabajo.

Nos hicimos un toque. En vez de llevar el libro al mostrador, se sentó a una de las mesas. Mientras pasaba las páginas, me dijo que podía sentarme si quería.

—A ver, no quiero distraerte del trabajo.

Carol estaba escaneando libros y no había mucho lío en la biblioteca, así que le dije que me podía sentar a hablar un poquito. Hendo me preguntó qué novedades tenía.

—Todo bien —le dije—. Gert está yendo a clases nocturnas y volverá a la universidad el semestre que viene.

—¿Siempre piensas en él primero?

—¿A qué te refieres?

—A que en vez de hablarme de ti primero has empezado por Gert.

Pulsó un botón del libro de trenes para que el maquinista dijera «¡VIAJEROS AL TREN!».

—Ah. —Me miré las manos y me pregunté cuánto debía contarle a Hendo—. Mi novio ha roto conmigo —dije.

Hendo cerró el libro.

—¿En serio? Que le den.

Carol lo oyó decir palabrotas e hizo un ruidito con la garganta. Él le hizo una seña y se disculpó.

—Tío, él se lo pierde. ¿Una chica como tú? —Hizo un ruido con la boca como de escupir y volvió a menear la cabeza—. No sabe lo que se pierde. —Yo no sabía qué decir—. Supongo que deberíamos registrar esto para que me lo lleve —dijo, levantando el libro.

Fuimos al mostrador y yo lo rodeé para pasar al otro lado, al ordenador. Carol se volvió y no dejaba de mirarnos.

—¿Carné? —pregunté.

Se palpó los bolsillos.

—Mierda. Me he dejado la cartera en el coche. ¿Me esperas un segundo, que voy a por ella?

—Puedo buscar tu ficha por el número de teléfono —le dije.

Sonrió y me dictó su teléfono. Lo escribí en el ordenador y me salió su nombre con su teléfono y su dirección. Le di el recibo, me dio las gracias y, cuando se fue, Carol se acercó a mí y me dijo:

—Parece un puñetero cisne en un cementerio. —Cuando le pregunté qué quería decir, me explicó que era algo que su madre le había dicho de los chicos que traían problemas—. Unas criaturas hermosas que da gusto mirar, pero en un sitio feísimo.

24

Después de ese día, Hendo vino más a la biblioteca, y eso me ayudó a olvidar a Marxy, que siempre estaba con Sarah-Beth en el centro cívico y le cogía la mano y a veces la besaba.

Cuando los veía, hacía como que me daba igual. Él ya no era mi novio. Sarah-Beth se comía el pelo y sus bromas eran tontas, y encima no sabía cobrar un cheque en el banco. Hendo era más listo que Marxy, y yo pensaba en besarlo a él.

A Hendo le gustaba leer libros de guerra, e incluso el *Manual del vikingo* de Kepple. Me preguntó cuál era mi libro favorito y le dije que el de Kepple.

Se aprendió enseguida todas las palabras vikingas, al contrario que Marxy, que siempre decía mal cosas como *góðan dag*. Hasta le gustaban mis palabras del día y las usaba cuando hablábamos en la biblioteca. Por ejemplo, un día estábamos hablando de Bruce Lee, un famoso luchador de kungfú, y Hendo dijo: «Era infatigable en la batalla», y esa era mi palabra del día, «infatigable», y aunque solo se la había mencionado una vez, él la recordaba, sabía usarla y la había incluido en una frase.

Carol había empezado a llamar a Hendo «el Cisne», a pesar de que a mí me fastidiaba que lo hiciera.

En las leyendas, esa es la parte más aburrida: cuando todo el mundo es feliz. A veces, cuando me olvidaba de Marxy, era muy feliz, sobre todo si estaba con Hendo, aunque sola en mi cuarto lloraba y pensaba en Marxy.

Cuando Hendo y yo nos veíamos, no íbamos a su casa ni a la mía. Casi siempre era en la biblioteca, o en el
McDonald's,
o en la cafetería que había enfrente de la biblioteca. Me preguntaba mucho por los vikingos y por Gert y mamá y

AK
47. Me recordaba al doctor Laird, que no era guapísimo como Hendo, pero siempre hacía muchas preguntas.

Gert y
AK
47 notaron que no estaba tan triste. Gert dijo que ya no andaba como un alma en pena.
AK
47 me preguntó si había alguien nuevo en mi vida. Les conté que solo estaba contenta de que ellos estuvieran juntos, y de que fuéramos una tribu, y yo tuviera un trabajo y Gert fuera a volver a la universidad.

Un día Hendo me dijo que Gert y él no se llevaban bien.

—Los dos somos machos alfa. —Que quería decir que tanto Hendo como Gert pensaban que eran los guerreros más impresionantes—. Pero podemos seguir siendo amigos, ¿no? —me preguntó.

Le dije que sí.

Hendo era mi secreto que no era de nadie más y me hacía feliz. Cuando eres demasiado feliz, los villanos te atacan porque bajas las defensas. En la *Saga de Beowulf*, por ejemplo, que es la leyenda más famosa, Hrothgar y su esposa, Wealhtheow, y todos los vikingos están contentos y cantando, y eso enfada mucho a Grendel, el villano de la leyenda, porque él no está contento y le da envidia. Hrothgar y los otros vikingos olvidan que, incluso cuando todo está en paz, un vikingo debe estar «vigilante» (palabra del día) y siempre atento a los villanos, a los que les gusta atacar en tiempos de paz, sobre todo cuando la gente duerme y no puede defenderse. Lo peor de Grendel es que se come a las personas cuando están dormidas.

Los villanos llegaron mientras yo dormía, igual que cuando Grendel fue a por Hrothgar y los otros vikingos.

Me desperté porque decían palabrotas en voz muy alta y fumaban, algo que no estaba permitido en el apartamento. Las voces no eran de Gert ni de
AK
47, lo que significaba que nos estaban invadiendo, como Grendel había invadido el salón en el que Hrothgar y su esposa y los vikingos estaban de celebración. Ser un cobarde es algo vergonzoso.

Cuando las voces me despertaron, tuve mucho miedo y fingí que dormía, y eso es de cobardes.

Luego comprendí que tenía que proteger a mi tribu de quien hubiera entrado en el apartamento.

«Tú puedes hacerlo —oí la voz de Odín en mi cabeza, y luego la de mi madre diciendo que estaba de acuerdo con Odín—. Protege el hogar —me dijo a mí. Yo les contesté mentalmente que no los decepcionaría».

Cogí el despertador de la mesilla y me preparé para lanzarlo. Normalmente, un vikingo sacaba la espada cuando llegaba el momento de proteger el hogar, pero yo tenía la mía debajo de la cama y no quería arriesgarme a alertar al enemigo al sacarla.

Abrí con cuidado la puerta de mi cuarto y asomé la cabeza por la esquina. Las voces seguían hablando. El suelo del pasillo hacía más ruido que el de mi cuarto cuando lo pisabas, así que tuve que moverme muy despacio, como a cámara lenta, para ser silenciosa y sigilosa. Además, pegué la espalda a la pared del pasillo mientras avanzaba para hacerme invisible, combinando mis aptitudes vikingas con las de ninja, para poder aprovecharme del factor sorpresa.

Me acerqué más al salón hasta que pude ver la luz de la lámpara iluminando la moqueta. El corazón me sonaba muy fuerte y tuve que contar hasta diez mentalmente, cerrando los ojos solo un poco, para no tenerlos cerrados y poder defenderme si alguien decidía atacarme.

Uno…, dos…, tres…

Cuando llegué a cuatro, se oyó la cisterna y caí en la cuenta de que uno de los villanos estaba en el baño. Eso se llama «error táctico», porque no me había asegurado de que no había nadie a mi espalda antes de seguir avanzando. Hendo me había enseñado la expresión y me había dicho que el que Hitler hubiera invadido Rusia en invierno era un error táctico también.

Me di cuenta de que estaba atrapada entre dos villanos y que era demasiado tarde para volver a mi cuarto.

Me quedé helada, y no sabía si entrar corriendo en el salón y vencer a los villanos que hubiera allí o enfrentarme al del baño.

Se abrió la puerta del baño y vi que el villano que salía se estaba subiendo la cremallera de los pantalones. Era el Gordo. Me miró

fijamente y se quedó helado también. Había cometido el mismo error táctico que yo, pero como yo lo había cometido primero, estaba más preparada.

Era el momento de actuar.

Solté el tradicional grito de batalla de los vikingos, «¡Tyr!», que es el nombre del dios de la guerra, avancé y le tiré el despertador.

Él dijo: «PERO ¿QUÉ COJONES…?», y levantó las manos. El despertador le dio en la tripa y rebotó al suelo, y antes de que pudiera vencerlo con un golpe aplastante, me agarró de la muñeca y me dijo: «¡Cálmate, joder!». Luego el Gordo me agarró el otro brazo.

Yo me retorcí e intenté soltarme, pero entonces me llevó al salón, cogiéndome por la cintura con un brazo y recogiendo el despertador del suelo al pasar con el otro.

—¡Gilipullo! —grité.

Gert estaba en el salón. También vi a Tucán. Los dos estaban plantados delante de una bolsa de deporte con montones de papeles y bolsitas. Además, había dinero en la mesa, y cervezas.

—Me la he encontrado en el pasillo —dijo el Gordo.

—Ven aquí, Zelda —dijo Gert, y al principio el Gordo no me dejaba ir.

Entonces, Gert le dijo:

—Como no la sueltes, te rompo el brazo.

El Gordo miró a Tucán, que asintió y dijo:

—No pasa nada. ¿Verdad que no pasa nada?

Así que el Gordo me soltó.

—Lo siento —dijo—, no quería hacerle daño, pero se ha puesto como una fiera y me ha tirado esto —añadió, enseñándoles el despertador.

Todos rieron, incluido Gert, que no debería reírse de mí, pasara lo que pasara. Le puse ESA CARA y dejó de reír, y yo me froté el brazo por donde me había tenido agarrada el Gordo.

—Gilipullo —le dije. Luego le pregunté a Gert qué estaba pasando—. ¿Qué es todo esto? ¿Y qué hace Tucán aquí? ¿Lo sabe

—No está pasando nada —dijo Gert—. Vuelve a la cama, ¿vale? —Le dijo a Tucán que todo iba bien—. Habrá tenido una pesadilla, ¿verdad?

—¿
AK
47? —dijo Tucán—. ¿Como el arma?

—No deberían estar aquí —le dije a Gert—, sobre todo él —añadí, señalando a Tucán—. Dijiste que no ibas a volver a ser parte de su tribu.

—¿Eso es cierto? —le dijo Tucán a Gert—. Me ofendes.

—Zelda. A la cama. Ya —dijo Gert.

Tucán se sentó en el sofá y dio unas palmaditas en el cojín, a su lado.

—Tú —dijo, señalándome—. Ven. Siéntate, que tenemos que hablar.

Yo no quería sentarme a su lado. Muchos de los amigos de Gert me daban miedo, pero no me preocupaba que pudieran dar más miedo que Gert, que podía ser la persona que más miedo daba del planeta. Gert actuaba como si a él le diera miedo Tucán.

Gert me dijo que me fuera a la cama, pero Tucán dijo que aún no.

Gert me hizo una seña y yo me senté en el sofá. Gert se sentó también, y al otro lado yo tenía a Tucán. El Gordo no se sentó. Se apoyó en la barra de la cocina y encendió un cigarro.

—¿No has visto las normas de la casa? —le dijo Tucán, señalando el cartel que había cerca de la puerta—. Si vas a fumar, sal al balcón.

El Gordo ladeó la cabeza, con el cigarrillo aún en la boca.

—¿En serio?

—Muy en serio. A Zelda no le gusta el humo, ¿verdad?

—No —dije—. Ni siquiera Gert puede fumar en casa.

—Ya la has oído —dijo Tucán, y señaló el balcón. El Gordo se fue con su cigarrillo al balcón y cerró la puerta. Tucán me pasó el brazo por los hombros, y me fastidió, porque él no era de nuestra tribu—. Bueno, sabes que todo lo que tiene que ver conmigo tiene que ver con tu hermano, con lo que también tiene que ver contigo. Tu hermano me está ayudando con unas cosas. A cambio, le pago. En eso consiste el capitalismo.

—El capitalismo —dije.

—Yo te doy dinero y tú me das bienes y servicios. —Miró al Gordo en el balcón con su cigarrillo. Estaba asomado por encima de

la barandilla y dejando caer la ceniza—. Así que esto es importante. Necesito saber que puedo confiar en Gert, y eso en parte significa saber que puedo confiar en ti. ¿Puedo confiar en ti?

Me apretaba tanto los hombros con el brazo que me estaba empezando a doler. Me recordó a tío Richard en el sofá, solo que Tucán apretaba más. Cuando intenté librarme de él, no me dejó.

—Gert —dije—, me está haciendo daño.

—¿Puedo confiar en ti? —repitió Tucán.

—Puedes confiar en ella —dijo Gert—. ¿Por qué no te relajas?

—Quiero que lo diga ella —insistió Tucán.

De pronto, la forma en que Tucán me apretaba me hizo sentir minúscula. Tenía la impresión de que iba a estallar como un globo.

—Puedes confiar en mí —dije, y me soltó.

Se levantó y sonrió, y Gert sonrió también.

—Muy bien —dijo—. Me ha alegrado volver a verte, Zelda.

El Gordo llamó con los nudillos en el cristal de la puerta corredera del balcón. Tucán le hizo una seña con la cabeza y el Gordo volvió a entrar, tirando el cigarrillo al balcón para luego pisarlo.

—Hora de marcharse —dijo Tucán—. Gert, acompáñanos abajo.

Dio media vuelta y salió con el Gordo detrás.

—Enseguida vuelvo, quédate ahí sentada —me dijo Gert, y se fue detrás de ellos.

Gert estuvo fuera diez minutos. Me dolían los hombros y, cuando me subí la manga, vi que tenía la piel colorada, como si me fuera a salir un cardenal.

Luego noté que me había hecho pis. No me había dado cuenta al principio, pero mi entrepierna y el cojín por debajo de mi trasero estaban mojados y se estaban quedando fríos.

Gert volvió con otra bolsa de deporte Reebok y cerró la puerta. Me vio sentada en el sofá con los pantalones mojados. Y estaba llorando, lo que me hizo sentir aún peor.

No había querido llorar delante de Tucán. Ahora ya podía, y lo hice. Me había hecho pis encima y estaba llorando. Gert dejó la bolsa en el suelo, vino corriendo y me cogió en brazos.

—Siento haberme hecho pis en el sofá —le dije, y Gert me apoyó en su hombro como hacen los padres con los niños pequeños.

Me llevó al baño y me dejó en el suelo.

—Quítate esa ropa, que te traigo algo limpio, ¿vale? Te lo dejo en la entrada del baño. Cámbiate.

En la ducha pensé en lo estúpida que era, haciéndome pis encima delante de Gert, delante de Tucán, que era un pinchamierdas del que no quería tener miedo. Pero le tenía miedo. Cuando salí, Gert estaba en el salón, con un frasco de jabón en espray y un cubo de agua. Los cojines en los que yo me había hecho pis sin querer estaban junto a la puerta.

Esa noche no pude dormir. La persona con la que quería hablar, cuya voz quería oír, era Hendo. Había cogido su número de teléfono del ordenador de la biblioteca y lo tenía apuntado en mi móvil. Metiéndome debajo de las sábanas, lo llamé.

—¿Quién es? —dijo Hendo.

—Soy yo.

—¿Yo, quién? Ah. —Tosió al teléfono—. Tío, ¿qué hora es?

Miré el reloj y le dije la hora, que era la 1:32. Me preguntó qué pasaba. Al principio le hice prometer que no se lo diría a nadie.

—Sí, vale. Pero déjame seguir durmiendo.

Le conté todo lo que había pasado: lo de Tucán, el Gordo y Gert. Solo me callé lo de que me había hecho pis. Era asqueroso y muy poco sexi. Hendo me escuchó un rato y, cuando terminé, me preguntó si había alguien más allí.

Le contesté que no.

—Salvo que estén escondidos.

—¿De qué hablaban?

—No sé. Tucán me ha dicho que de «capitalismo».

Hendo me dijo que no tenía ni idea de qué significaba eso.

—¿Le ha dado Tucán algo a Gert?

—Había una bolsa de deporte y cerveza y cigarrillos, que no están permitidos.

—¿Tucán se ha llevado la bolsa o se la ha dejado a Gert?

Me froté los ojos. No sabía por qué me lo preguntaba. Hendo me dijo que lo pensara, que era importante, y entonces le pregunté que por qué era importante, y me dijo que daba igual, y eso no me hizo gracia.

—Perdona —me dijo—. Sé que no te gusta que te digan eso. ¿Aceptas mis disculpas?

—Vale —contesté yo—. Creo que se ha dejado la bolsa de

deporte aquí.

Hendo me preguntó si trabajaba al día siguiente y le dije que sí. Me dijo que pasaría a recogerme y que podíamos hablarlo en el coche.

—¿Vale? Ahora mismo necesito dormir.

—¿Puedes hablar un poquito más? Me gusta oír tu voz.

—Mañana —me dijo Hendo.

Colgué y tiré el móvil a la cama. Rebotó y cayó al suelo.

25

Por la mañana Gert lo había limpiado todo. Los cojines ya no estaban mojados. Cuando salí de mi cuarto me estaba esperando. Me dijo que sentía lo de la noche anterior y lo de Tucán.

—Sé que no te gusta no tener ni idea de lo que está pasando.

—Ni mentirle a

AK

47 —le dije, cruzándome de brazos, porque me había pedido que no le contara que había venido Tucán.

—A mí tampoco me gusta —dijo él.

Le pregunté por qué seguía viendo a Tucán cuando había prometido que eso se había terminado.

—Es lo último que voy a hacer para él. Después, se acabó del todo.

No quiso contarme nada más de Tucán ni de lo que tenía que hacer para él.

«Capitalismo», dije yo, y Gert suspiró y dijo: «Algo así».

Me preguntó si estábamos bien, le dije que sí y entonces me comentó que iba a poner la lavadora para lavar la ropa que yo llevaba la noche anterior.

Mientras hacía la colada en el sótano del edificio, me arreglé muy rápido para que no le diera tiempo a volver y hacerme más preguntas. Le dejé una nota diciéndole que me iba a trabajar y que lo vería luego. Como iba a ver a Hendo, quería estar guapa y, de hecho, me puse las braguitas caras, aunque él no pudiera vérmelas, y también unos vaqueros muy chulos que, según

AK

47, me hacían un culo bonito. Me pinté los labios deprisa.

Me reuní con Hendo en la parada del autobús, donde él me había dicho que lo esperara. Él paró el coche allí solo un segundo

después de que yo llegara.

—Hola —dijo.

—Hola —dije yo, y me subí al coche.

Condujo con el brazo apoyado en el volante.

—Perdona lo de anoche. Estaba cansado. ¿Tú estás bien?

Me encogí de hombros.

—Estoy bien. Gert está siendo un gilipullo y un mentiroso. Se supone que ya no tendría que ser amigo de Tucán, y yo no se lo tengo que contar a nadie.

—Me lo estás contando a mí —dijo.

—Pero tú no se lo vas a decir a nadie.

Me dijo que eso era cierto. Condujimos un rato y vi que no giraba para la biblioteca. Le pregunté por qué no iba a la biblioteca. Me dijo que a lo mejor podía faltar al trabajo y así pasábamos el día juntos.

—Llama y di que estás mala. ¿Has faltado algún día?

—No. Nunca. Los vikingos no incumplen sus pactos, sobre todo cuando se trata de un trabajo que es importante para la tribu.

Hendo dijo que eso era cierto, pero ¿los vikingos no hacían nunca descansos? Además, me dijo, estaba deseando estar a solas conmigo.

—¿Te parece bien? —dijo.

Parpadeé y bajé la mirada para comprobar que me había cogido la mano y me acariciaba los nudillos con el pulgar, dando un saltito por encima de cada uno.

Llamé a la biblioteca y pedí que me pasaran con Carol y le dije que no podía ir. Hendo bajó la música y subió las ventanillas para que Carol no supiera que estaba en un coche.

—Lo siento —dije, tosiendo—, no me encuentro bien.

Pensé que Carol se enfadaría conmigo por llamar en el último momento, pero en vez de gritarme por haber roto mi promesa de trabajar me dijo que no pasaba nada.

—¿No te enfadas?

—Zelda, cielo, tú subirías descalza la cuesta en la nieve, en los dos sentidos, antes que faltar al trabajo. Descansa. Ya busco a alguien que te sustituya.

Antes de colgar, me deseó que me mejorara.

—¿Ves? —me dijo Hendo—. No es tan difícil.

No era difícil. Pero me hacía sentir mal.

Hendo me preguntó qué me apetecía hacer con nuestro día juntos. Entonces me preguntó si alguna vez había comido *sushi*.

—¿Eso no es pescado crudo?

—Sí —contestó—, y otras cosas. Pero si nunca lo has tomado, tienes que probarlo.

Puse cara de asco y dije que sonaba repugnante.

—Vale —dijo, dando golpecitos en el volante—. ¿Y una película? Ahora no habrá nadie en el cine.

Eso sonaba mejor que ir a comer pescado crudo. Hendo me dejó escoger la película, así que elegí una de Spider-Man.

Comimos palomitas toda la película y Hendo me puso una vez la mano en el muslo y me lo masajeó. Yo le puse la mía en el suyo e hice lo mismo para que supiera que lo encontraba sexi. Y entonces ocurrió: nos besamos.

Fue el beso más legendario que me han dado jamás. Marxy besaba de una forma rara y Hendo besaba perfecto.

—¡La hostia! —dije.

Hendo me dijo «Chist» y rio, porque aún estábamos en el cine y la película no había terminado y yo había dicho «¡LA HOSTIA!» muy alto.

Luego me besó la oreja, y el cuerpo se me hizo agua. Hendo me cogió la mano y me la apretó. Yo me noté el cuello caliente. En la pantalla, Spider-Man, colgado bocabajo, se columpiaba de un edificio a otro antes de arreglar el día.

La película terminó a las 14:00. Yo ya no me sentía mal por haber faltado al trabajo. Hendo me besó otra vez y me pasó el brazo por los hombros mientras caminábamos.

—¿Qué te parece si volvemos a tu casa? —preguntó, terminándose el refresco del cine y tirándolo a una papelera que había a la entrada.

—¿Para qué?

—No sé. Nunca estamos solos. —Luego se volvió hacia mí muy serio—. Gert no está en casa, ¿verdad? ¿Ni su novia? ¿Puedes llamar?

Y me besó y su lengua acarició la mía y le dije que vale, que llamaría a Gert. El corazón me latía muy rápido. Hendo me acarició la rodilla, y yo puse la mano encima de la suya y nuestros dedos

hicieron una cosa romántica, como si se besaran también.
AK
47 conducía el autobús todo el día y no terminaría hasta las 18:00.

Gert contestó a mi llamada y me dijo que estaría en casa hacia las 16:00. Iba a salir a comprarse unos libros de texto para sus cursos de verano, con lo que el apartamento estaría vacío dos horas.

—¿Por qué? —me preguntó—. ¿Va todo bien en la biblioteca?

Le dije que me apetecía que hiciéramos algo después del trabajo y me dijo que le parecía estupendo.

—¿Y bien? —me preguntó Hendo cuando colgué, cogiéndome la mano.

—No volverá a casa hasta las cuatro.

Hendo sonrió y me enseñó sus dientes blanquísimos.

Por el camino me besó en todos los semáforos. Una de las veces, alguien que cruzaba la calle nos silbó y nos reímos los dos.

Besar a Hendo era más legendario que besar a Marxy. Lo hacía perfecto con la lengua. No la metía demasiado adentro y sabía bien, como a chicle o a pasta de dientes. También olía de maravilla.

Cuando llegamos al apartamento y entramos, Hendo se quitó los zapatos.

—¿Ves?, me acuerdo —dijo, y dio un golpecito con el dedo en el cartel de las NORMAS DE LA CASA. Mientras nos besábamos, me acarició el cuello por donde me empezaba el pelo, y me tiró un poquito con los dedos. La sensación fue tan agradable que me flojearon las rodillas.

Cuando dejó de besarme fue como si me hubiera robado de dentro todo el aire que había estado respirando.

—Quiero que hagas algo por mí —me dijo—. ¿Puedes hacer algo por mí?

Me cogió las manos y me miró fijamente a los ojos. Sentí que iba a salir volando por el aire si me soltaba.

—¿Qué? —pregunté yo.

—Quiero que me esperes en el baño.

—¿Por qué?

Me apretó las manos con las suyas y luego me puso la mano en la mejilla como si fuera una tortita que me abrasaba la cara.

—Es una sorpresa —dijo—. Me voy a preparar y, cuando salgas, te va a encantar. Confía en mí. Te gustará.

Inspiré hondo. Me acarició la nuca y le dije:

—Vale. Normalmente no me gustan las sorpresas.

—Pero esta te va a gustar —dijo. Después de besarme otra vez, añadió—: Cuenta hasta cien y, cuando salgas, verás.

Contuve la respiración.

—¿Solo hasta cien?

—Solo hasta cien. Después de eso, ya estaré listo.

Cerré la puerta, me senté al borde de la bañera y empecé a contar. La cabeza me daba vueltas cuando pensaba en los músculos de Hendo y en cómo sería desnudo, y en su pene y también en cómo sería tener sexo con él.

—¿Estás contando? —me preguntó desde fuera.

—Voy por el once —dije yo.

—Bien. Sigue.

Seguí contando y fui a mirarme al espejo. La persona que vi parecía muy sexi y esa persona era yo. Me acerqué al espejo y la besé, e incluso la toqué con la lengua. Cuando paré y me aparté, había un dibujo de mi boca y mis labios pegado al cristal.

—Más fuerte —dijo Hendo desde el pasillo—. Quiero oírte.

—¿Así de fuerte vale? —dije yo, y grité el veinticinco.

—Perfecto —contestó él—, pero cuenta más despacio. Necesito tiempo para prepararte la sorpresa.

Seguí contando muy fuerte, como me había pedido. Me dijo que lo estaba haciendo bien y que siguiera, pero también que fuera aún más despacio.

—Haz eso del Misisipi, eso de que cada número es un Misisipi —me dijo.

Llegué a cien y le dije que iba a salir. Giré el pomo de la puerta, pero cuando empujé la puerta, no se movía.

—Creo que le pasa algo a la puerta —dije. Se oyó un ruido fuerte al otro lado. Sonó como si algo pesado hubiera golpeado otra cosa—. Abre la puerta —dije, tirando del pomo y girándolo en ambas direcciones. Luego empujé la madera todo lo fuerte que pude. Si era lo bastante fuerte, podía atravesarla.

Pedí ayuda a gritos de nuevo, esa vez todo lo alto que pude, por si Hendo no me había oído.

No hubo respuesta.

26

No me gusta estar en un sitio del que no puedo salir y, mientras estaba en el baño, me pareció oír grendels, así que me aseguré de abrir el armario y los armaritos del baño, y de descorrer la cortina de la ducha. De esa forma, nada podía atacarme por sorpresa. Empecé a contar los segundos, pero llegué a un número tan alto que dejé de ser capaz de contar y tuve la sensación de que me había quedado atrapada para siempre. Además, tenía que usar el váter, pero no quería sentarme por si volvía Hendo o por si los grendels salían de su escondite, así que me aguanté hasta que empezó a dolerme por debajo del estómago.

Entonces oí que entraba alguien por la puerta de la calle, que no estaba lejos del baño, y Gert dijo mi nombre. Volví a gritar «¡SOCORRO!» y di un puñetazo en la puerta para que me oyera.

El pomo se movió.

—¿Zelda? —dijo Gert, y abrió la puerta muy despacio.

Yo la abrí del todo muy rápido, y corrí a sus brazos y apoyé la cara en su camisa, que olía a sitio seguro y a que mi hermano me había vuelto a salvar.

—Vale —dijo, retirándose y apartándome de él—, ¿qué pasa? ¿Por qué estabas encerrada en el baño?

Fue entonces cuando Gert vio que la puerta de su cuarto estaba abierta. En realidad, no estaba solo abierta: la habían roto. Había trozos de madera en la moqueta.

—Joder —dijo, soltándome y yéndose a su cuarto. Me dijo que no me acercara.

—Se ha ido —dije—. Ya se ha ido.

Se volvió hacia mí.

—¿Quién?

Agaché la cabeza y me miré los pies y la moqueta, cubierta de barro de zapatos. Y luego miré la puerta, hueca por dentro, en

realidad; se veía en los sitios donde habían arrancado la madera. Un poco de madera cubría la puerta y así parecía que era todo madera, cuando en realidad solo había un poco de madera, y el resto, lo de dentro, era aire.

El cuarto de Gert estaba patas arriba. La cómoda de al lado de la cama estaba volcada. Su ropa, esparcida por el suelo.

Todo me estalló en la cabeza, sentí ganas de vomitar y me apoyé en la pared.

—¡No me jodas! —dijo Gert.

No entré en su cuarto, lo vi todo desde lejos. Cuando Gert salió de su armario, se sentó y se cogió la cabeza con las manos.

—Joder —dijo.

Se levantó y me agarró fuerte, poniéndome las manos en los brazos a la altura de los hombros, de forma que no podía moverme.

—Tienes que contarme, ahora mismo, qué ha pasado.

—No lo sé —dije, y él me preguntó de quién hablaba antes cuando había dicho que alguien se había ido.

No sabía si debía decirle quién había entrado en casa a robarnos. Se iba a enfadar conmigo si se enteraba de que había dejado entrar a Hendo en nuestro apartamento.

—Me estás haciendo daño —dije, porque me estaba estrujando los brazos con las manos.

Me soltó y le dio una patada a un montón de ropa suya. Una camiseta salió volando como un pájaro, se quedó suspendida en el aire y luego cayó en picado, como si fuera a comerse un ratón.

Me senté en su cama.

—Lo siento —dije.

—¿Recuerdas algo de quién era? ¿Qué llevaba puesto, la estatura…, lo que sea?

Se alzaba sobre mí y yo me miré las manos. Se agachó y me dijo:

—Esto es importante, Zelda, vamos.

Me miré las manos y sentí que tiraban de mí en un millón de direcciones.

—Zelda —repitió.

Le dije que había sido Hendo.

—Pero no ha venido aquí a robarnos.

Gert se levantó y salió furioso de la habitación, pero antes se detuvo a decirme:

—¿Y a qué ha venido?

No esperó a que le contestara.

Al salir dijo una palabrota y empujó la puerta tan fuerte que se estampó contra la pared.

Gert hizo una llamada desde el balcón. Yo quería estar con él, pero me dijo que me quedara en mi cuarto. Intenté decirle que lo sentía. Señaló a mi cuarto y cerró la puerta de cristal del balcón. Me fui a mi cuarto, me senté en la cama y me dieron ganas de vomitar.

En mi cuarto, me miré en el espejo y vi que tenía el maquillaje por toda la cara, de llorar y de frotarme los ojos.

Gert entró en mi cuarto y me dijo que

AK

47 estaba de camino.

—Le he dicho que han entrado a robarnos en casa y ella se va a quedar contigo hasta que yo vuelva.

—¿Adónde vas? —pregunté. En vez de contestar, dio media vuelta—. Tienes que quedarte —le dije, levantándome de la cama y yendo detrás de él. Lo agarré del brazo por detrás—. ¿Vale?

No me miró.

—

AK

47 estará aquí en veinte minutos.

—¿No te puedes quedar veinte minutos?

No contestó a mi pregunta.

—Tú quédate en tu cuarto y echa el cerrojo de la puerta de la calle cuando me vaya. Pon la cadena.

—Por favor, no te vayas.

Se volvió, me puso las manos en los hombros y me miró a los ojos.

—No abras la puta puerta a nadie más que a

AK

47 —dijo, y salió—. Y cuando vuelva, vamos a hablar de por qué cojones has estado tonteando con esa escoria.

Cuando se fue saqué mi espada vikinga de debajo de la cama. Me prometí que, si alguien entraba por aquella puerta, volvería a ser una heroína en vez de una víctima. Dejé el móvil en la mesita de centro.

Lo miré y esperé a que sonara.

Se había ido tan rápido que no había tenido tiempo de preguntarle por qué se iba, ni adónde se iba. Me puse de rodillas en la cama, junto a la ventana de mi cuarto. Vi salir a Gert del edificio. Había un coche bonito esperándolo en la puerta, uno rojo que yo sabía que había visto antes. Tucán estaba delante del coche, fumando.

Había otras dos personas con él. Una de ellas abrió la puerta para que Gert subiera al coche. La otra lo rodeó y se sentó al volante. Era el Gordo.

Entonces, el coche dio la vuelta y se alejó.

Proteger el hogar es lo más importante que puede hacer un vikingo, aún más importante que conquistar tierras ocupadas por villanos, así que me senté junto a la puerta, sosteniendo mi espada vikinga, y fui de ahí a la ventana para ver si volvía el coche. No había sabido proteger el hogar una vez, pero ya no volvería a pasarme.

También miré a ver si veía el coche de

AK

47. Era rojo, pero de un color más claro y más viejo, un Dodge Spirit, que no es un coche caro como el de Tucán.

Por fin la vi aparcarlo en el aparcamiento. Lo dejó en una de las plazas para visitas, y llevaba su sudadera de *rock and roll* con la capucha subida.

Corrí a la puerta y esperé a que llamara con su forma especial y, cuando lo hizo, quité la cadena que solo se puede abrir desde dentro del apartamento.

—Tranquila, Zee, tranquila —me dijo

AK

47 al entrar. Nos abrazamos y cerró la puerta, y entonces yo fui a poner la cadena. Se quitó la capucha de la sudadera y se pasó las manos por el pelo revuelto, que parecía como cuando en los dibujos animados a alguien le da un calambre y el pelo se le pone de punta en todas las direcciones—. ¿Dices que se ha ido por voluntad propia? —me preguntó—. ¿No lo ha obligado nadie?

—No lo ha obligado nadie —dije—, pero estaba Tucán.

AK

47 se frotó la cara con las manos.

—La madre que me parió. Ese gilipollas…

Soltó una bocanada de aire y se dejó caer en el sofá.

Yo me senté a su lado y apoyé la cabeza en su sobaco, que olía un poco, pero no de una forma que me hiciera sentir mal. Cerré los ojos y fingí que estaba escondida y que el mundo no podía verme.

—Cuando todo esto termine —me susurró

AK

47— le voy a hacer a Gert otro agujero en el culo.

Me había quedado dormida en el sofá y tenía una manta por encima. Estaba en medio de un sueño de grendels otra vez, y en el sueño se habían llevado a Gert del pueblo en el que vivíamos y lo habían quemado todo, salvo a mí. Me había escondido y no había salvado a Gert, porque soy una cobarde, y los grendels se reían de mí y Gert me gritaba que lo ayudara, pero yo no podía hacer nada.

Cuando desperté del sueño, no sabía dónde estaba y pensé que aún seguía en el pueblo, siendo una cobarde todavía, y que los grendels aún me insultaban mientras llevaban sus barcos hacia el mar.

AK

47 me tocó el brazo.

—Tranquila —me dijo—, soy yo. Soy

AK

47.

—¿Gert? —dije.

—Ha vuelto.

Me incorporé, me froté los ojos y pregunté qué hora era.

—Las cinco.

Había estado fuera muchas horas, pero al menos los grendels no se lo iban a comer.

—Quiero verlo —dijo.

—No tiene buen aspecto, ¿vale? Tienes que mantener la calma. ¿Puedes contar hasta diez?

No quería contar hasta diez. Quería ver a Gert.

AK

47 no me dejaba verlo, así que juntas inspiramos hondo y contamos.

—¿Bien? ¿El corazón te va más despacio? —me preguntó.

Le acerqué la muñeca y ella me tocó donde está la vena grande y sonrió.

—¡Esa es mi chica!

Fuimos al cuarto de Gert, donde estaba tumbado en la cama, de espaldas a nosotras.

—Hola —dije, en voz muy baja para que no le doliera la cabeza.

Hice un ruido de susto cuando vi cómo estaba. Tenía un ojo morado, que en realidad era de color púrpura, y el labio gordo.

—Estoy bien —dijo Gert—, tranquila.

—Si con «bien» te refieres a una puñetera calabaza a la que le hubieran dado de golpes con un bate de béisbol… —dijo

AK

47.

Gert me miró.

—¿Cómo estás tú?

—¿Que cómo estoy yo?

AK

47 me puso una mano en el hombro.

—Tráeme una toalla del baño, ¿vale? ¿Puedes mojarla un poco con agua caliente debajo del grifo?

Salí corriendo de la habitación e hice lo que me había dicho.

Se la llevé y ella la usó para limpiarle la cara a Gert. Estaba de espaldas a mí.

AK

47 le apretó la toalla contra la cara. Cuando la apartó, estaba manchada de sangre.

AK

47 le dijo a Gert que se la sujetara en la cara hasta que ella volviera.

Fuimos a la cocina y ella cerró la puerta.

—¿Se va a poner bien? —pregunté.

—Se pondrá bien. Puede que necesite un poco de hielo, pero ya está.

Abrió la nevera y sacó unas verduras congeladas que nunca nos comíamos. Puso el paquete en la encimera y le dio unos golpes con el codo hasta que quedó plano y sin bultitos.

Le pregunté qué íbamos a hacer con los villanos que le habían hecho eso.

—Tenemos que vengarnos.

Váli, el dios vikingo de la venganza, es uno de los pocos que

sobreviven a Ragnarok, o el fin del mundo. Es hijo de Odín y una giganta llamada Rindr.

Ahora estaba enfadada. No con Gert, sino con Tucán y los villanos que habían hecho daño a mi hermano, que era un guerrero y no merecía parecer una calabaza.

—Cada cosa a su tiempo —dijo

AK

47, llevándose las verduras al cuarto de Gert. Yo la seguí y ella me paró en la puerta—. ¡Jesús! —dijo, y me dio las verduras. Entró corriendo en el cuarto y fue hacia Gert, que estaba a cuatro patas, vomitando en la moqueta. Hacía mucho ruido y me dieron ganas de vomitar a mí también.

Cuando

AK

47 salió del cuarto, me dijo que Gert necesitaba estar solo y a oscuras un rato.

—Creo que tiene una conmoción cerebral —dijo—, así que de momento tiene que estar a oscuras y lejos del ruido y de la luz.

Fui a mi cuarto y cogí todas las mantas y las almohadas y las llevé a la puerta del cuarto de Gert, en el largo pasillo, de forma que si Tucán o los grendels venían a buscarlo tendrían que enfrentarse a mí primero.

No iba a ser en la vida real la cobarde que había sido en el sueño.

AK

47 me dijo que no era buena idea dormir en el pasillo.

—Vas a estar en medio —dijo.

Sin decir nada, le puse ESA CARA para que supiera que iba a montar guardia.

—Nadie se va a volver a llevar a Gert —dije—. No va a tener más conmociones.

Estaba tan enfadada con Tucán que no podía pensar más que en matarlo. Nunca había pensado en matar de verdad a nadie hasta entonces. Pensaba en vencer a monstruos y villanos, pero lo cierto era que la parte de matar nunca era mi favorita en las sagas vikingas.

Pensé en Tucán muriendo delante de mí. Le cortaba la cabeza y la sostenía en alto y le enseñaba al mundo lo que les pasa a las

personas que le tocan los cojones a Gert y a mi tribu.

Fui a coger mi lista de COSAS QUE NECESITA UNA LEYENDA y taché a todos los villanos menos a Tucán.

27

Un día más tarde, Gert llamó al doctor Laird para concertar una cita de urgencia, por el robo. Al principio, Gert no quería. Decía que se me pasaría y yo le dije que pensaba lo mismo, pero
AK
47 dijo que era necesario.

—Los traumas perduran, Gert —le dijo—. No lo olvides.

«Perdurar» significa que se queda por ahí, y «trauma» es cuando pasa algo muy malo, con lo que «los traumas perduran» significa que las cosas malas se quedan por ahí.

El doctor Laird nos dijo que fuéramos antes de lo habitual, a primera hora de la mañana, que es la peor hora del día para Gert. Le gusta dormir hasta tarde y odiaba ir a clases por la mañana, cuando aún iba a la universidad y no era de la tribu de Tucán.

Gert seguía disgustado por lo ocurrido. No quería decirme qué se habían llevado de su cuarto y no llamó a la policía, y yo me alegré, porque no quería tener que mentir más sobre Hendo.

Me daba vergüenza lo de Hendo. Pasé toda la noche intentando llamarlo. El teléfono sonaba y sonaba hasta que la voz de la grabación decía «EL NÚMERO AL QUE LLAMA ESTÁ FUERA DE SERVICIO». Según Google, eso quería decir que Hendo había apagado el móvil y anulado el número de teléfono, así que no podía haber sido por accidente, ni que no se hubiera dado cuenta de que el teléfono estaba sonando.

Me sentía estúpida por haberlo besado, y avergonzada y con la sensación de haber traicionado a Marxy y a Gert a la vez.

Me di varios puñetazos en el muslo, muy fuertes, y me dije lo estúpida que era por pensar que alguien normal y guapo como Hendo pudiera enamorarse de verdad de mí. Me había vencido haciéndome pensar que era una persona normal.

Era un villano.

De camino a la consulta del doctor Laird, no hablamos del robo. A Gert no le funcionaba bien la cabeza. Era como un robot. Condujimos en silencio. No puso la radio ni su música.

Gert sostenía la parte de abajo del volante con un dedo. El otro brazo lo llevaba colgando por fuera de la ventanilla, columpiándolo mientras conducía.

Bebía a sorbitos su café. Yo bebía a sorbitos el mío e intentaba olvidar que algo malo había ocurrido, y que ocurrirían más cosas malas en el futuro por esa primera cosa mala y que todas esas cosas malas se debían a que yo había querido tener sexo con alguien que no era Marxy, y que era una zorra, una palabra que Gert a veces usaba con sus amigos y que los hombres a veces les decían a las mujeres en las películas porno.

Significa que intentas tener sexo con muchas personas. Era una palabra demasiado gilipulla para ser una de mis palabras del día.

Cuando aparcamos se volvió hacia mí.

—No quiero mentir —le dije.

—No es mentir.

—Contar verdades a medias es mentir cuando alguien quiere saber toda la verdad.

—Mira, tú di lo que te he dicho que digas: que estabas dormida, que entró alguien y que vamos a ir a la policía.

—¿Vamos a ir a la policía?

Arrugó el vaso de café y lo tiró al suelo del asiento de atrás.

—Luego hablamos.

Bajó del coche. Yo tenía que seguirlo, pero no quería.

—Gert…

—¿Qué? Vamos a llegar tarde.

—Esto no me gusta.

—¿Cómo es esa norma que siempre repites? ¿Que la tribu es lo primero? Bueno, pues todo esto es por la puta tribu.

Cerró de un portazo.

Era tan temprano que el guardia de seguridad de la entrada tuvo que llamar arriba y pedir permiso para abrirnos la puerta y dejarnos subir al ascensor. Nos bajamos y fuimos a la puerta del doctor Laird, la de su sala de espera, que estaba cerrada con llave. Gert llamó dos veces con los nudillos.

El doctor Laird abrió la puerta. Hanna, su ayudante, aún no

estaba allí.

—¡Jesús, Gert! —dijo el doctor Laird al verle la cara—. ¿Te ha visto un médico?

—Estoy bien —contestó Gert.

El doctor prácticamente nos empujó dentro.

Tenía mucha energía. Me pregunté cómo podía tener energía cuando Gert y yo no la teníamos. El robot de aire acondicionado no estaba encendido. En la consulta no hacía ni frío ni calor. Normalmente hacía mucho frío. Entonces no hacía ninguna de las dos cosas y noté que los sobacos se me empezaban a mojar.

El doctor Laird rodeó su mesa y cogió una taza de té que tenía en ella. Con los dedos, agarró el hilito que colgaba e hizo subir y bajar la bolsita. Era Earl Grey y llevaba en el agua tanto rato que empezaba a oler a pies mojados.

—Bueno… —dijo.

—Estamos todos bien —empezó Gert—. Para que quede claro desde el principio.

—Vale —dijo el doctor.

Sacó el cuaderno y pidió que le contáramos lo ocurrido. Lo contó Gert, a pesar de que él no estaba allí. El doctor escuchó y luego le preguntó a Gert si él estaba allí durante lo ocurrido.

—Zelda estaba en casa —contestó Gert.

—¿Sola? —preguntó el doctor.

—Como ya es adulta y usted siempre nos está diciendo que debería tener más responsabilidades…

El doctor dejó la taza en la mesa y levantó los brazos.

—Nadie dice otra cosa. Solo pretendo aclarar las cosas. Entonces, entró alguien en casa haciéndose pasar por otra persona. ¿Eso es así, Zelda? —Asentí con la cabeza. Tenía la boca como cosida. Me clavé la uña del pulgar en otro dedo—. Y si Zelda estaba en casa y tú no estabas allí, ¿por qué tienes la cara amoratada? —le preguntó el doctor a Gert.

—No tiene ninguna relación.

El doctor me miró y yo asentí por segunda vez.

—Gert no estaba allí.

Anotó algo en su cuaderno. Luego me pidió mi versión de la historia, que yo había estado ensayando en casa porque sabía que me preguntaría. Inspiré hondo y recordé por dónde empezar.

Le dije que un vecino había llamado a la puerta, o que yo pensaba que era un vecino.

—No lo era. Y el rellano estaba oscuro, así que cuando miré por el agujerito de la puerta no vi quién era en realidad. —Gert me miraba ceñudo, fijamente. Seguí contando la historia—. Cuando abrí la puerta, entró, me llevó al baño y me encerró allí.

—Iba armado —dijo Gert.

—Gert —le dijo el doctor—, por favor, déjala hablar.

—Dejad de gritar —dije yo, y me miraron y me di cuenta de que nadie gritaba.

El doctor Laird escribió algo en su cuaderno. Cuando intenté ver qué era se aclaró la garganta.

—Zelda, ¿cuál es nuestro trato?

—¡Me da igual nuestro trato! —grité—. Lo que me importa es que el mundo está lleno de pinchamierdas y gilipullos que hacen daño a la gente.

Inspiró hondo y se puso serio, mucho más serio de lo que yo lo había visto nunca.

—¿Llamasteis a la policía?

—Sí, llamé yo —dijo Gert.

Volaban tantas mentiras por allí que ni yo tenía claro lo que había ocurrido. Yo mentía en lo de Hendo y Gert mentía en lo de haber llamado a la policía.

—¿Y qué te dijeron? ¿Tienen alguna pista?

—Creo que es importante que nos centremos menos en jugar a los detectives y más en cómo se siente Zelda. Tuvo que pasar miedo.

Gert parecía el doctor Laird, que siempre habla de sentimientos.

—Claro —dijo el doctor—. Por supuesto.

A mí me estaba costando decidir qué contar. Me sentía mal por lo que había pasado y me sentía mal por mentirles tanto a Gert como al doctor Laird. Cogí la pelota antiestrés y empecé a estrujarla, procurando que todas las explosiones de mi cabeza pasaran de mis manos a la pelota.

—Yo no sabía que iba a ser un ladrón —dije—. Era guapo y nos besamos y…

Gert me miró.

—Pensaba que estábamos oyendo la verdad —dijo el doctor.

—Zelda —me dijo Gert.

—Déjala hablar, Gert. ¿Besaste a alguien en la puerta? —Miró sus notas—. No sé si lo estoy entendiendo.

Recordé un vídeo que había visto en internet. En teoría, era para hacerte mejor persona. El hombre del vídeo decía que las mentiras son un cáncer. Sé que mamá murió de cáncer y lo último que quiero es coger cáncer y morir como ella, así que no quería mentir al doctor Laird. El cáncer no es contagioso, o sea, que no se pasa de una persona a otra, pero en el vídeo de internet decían que las mentiras son contagiosas. Cuanto más mientes a los demás, más te mienten a ti.

«La sinceridad es una espada con la que podemos abrirnos paso en medio de todo eso», decía el hombre calvo del vídeo, y como yo soy vikinga y sé usar una espada, supe que lo que decía era que la verdad te hacía poderoso y fuerte si la usabas bien.

—Zelda —dijo el doctor Laird—, cuando dices que besaste a la persona que os ha robado, ¿a qué te refieres?

Se me estaba calentando la cara. La norma que me había dicho Gert de mentir para proteger a la tribu era lo contrario de la norma de decir la verdad a las personas en las que confías o que te importan, y yo confiaba en el doctor Laird.

Me dolía la mano de apretar tan fuerte la pelota antiestrés. La apoyé en la mesa y pregunté si podía ir al baño.

—¿Ahora? —dijo Gert.

—Tengo que ir al baño ahora, por favor —dije.

—Zelda, si ocurre algo… —empezó a decir el doctor Laird, y yo le dije que si no iba al baño en ese momento, me lo haría en la silla.

—¿VALE? —grité, y antes de que pudieran decir nada más ya me había levantado y estaba saliendo de la consulta, pasando por delante del mostrador donde solía sentarse Hanna a la puerta de la consulta, sin mirar atrás para ver si Gert o el doctor Laird me seguían.

Corrí por el pasillo hacia el ascensor y pulsé el botón de llamada cien veces. El número de la parte de arriba del ascensor no cambiaba lo bastante rápido, así que seguí pulsándolo y pulsándolo hasta que Gert me alcanzó y me cogió la mano, que ya estaba colorada y dolorida.

—Eh —dijo—, ¿qué coño pasa?

—No puedo seguir aquí —dije—. ¿Podemos irnos, por favor?

Las puertas del ascensor se abrieron.

Gert puso la mano delante para que yo no pasara.

—El doctor Laird dice que aún quiere hablar contigo.

—Ya he terminado de hablar —dije, intentando meterme en el ascensor, pero Gert me retenía con el brazo.

Al final, el ascensor se cerró y yo noté que me flojeaban las piernas. Gert me sujetó.

—Vale —dijo—, nos vamos, pero se lo tenemos que decir primero al doctor Laird, ¿de acuerdo?

Yo estaba llorando, me caían los mocos por la cara y Gert me dejó que me limpiara en su camisa mientras caminábamos.

Cuando volvimos a la consulta, Gert le explicó al doctor que yo ya estaba harta de preguntas. El doctor Laird dijo que no pasaba nada, y me sonrió muy amable y me dijo que se alegraba de que estuviera bien y que yo no había hecho nada malo.

—¿Vale? ¿Lo decimos en voz alta?

—Yo no he hecho nada malo —dije, a pesar de que no lo creía.

El doctor Laird dijo que no llamaría a la policía.

—Pero quiero verte, solos tú y yo, cuando estés preparada —me dijo—. Y quiero la verdad.

Cuando volvimos a casa no me apetecía hablar con nadie.

AK

47 me preguntó si estaba bien, y yo pasé por delante de ella y fui directa a mi cuarto, cerré la puerta y decidí que no iba a volver a salir nunca más.

Ella llamó a la puerta y me preguntó si podía entrar. Le dije que no, y me quedé sentada con la espalda pegada a la puerta para que no la abrieran. Al final, se rindió y me dejó sola.

Había estado buscando un villano al que vencer y me había vuelto villana yo. Al dejar entrar en casa a Hendo, había puesto en peligro a la tribu.

No quería hablar con

AK

47 ni con Gert, porque los había decepcionado mucho. La única persona que pensaba que podía escucharme era el doctor Kepple. Aún no había respondido a ninguna de mis cartas, pero a lo mejor comprendía lo urgente que era esta y me contestaba enseguida.

Querido doctor Kepple:

Soy una vikinga espantosa y necesito sabiduría. Sé que para los vikingos proteger el hogar y a la familia es una de las cosas más importantes que pueden hacer, y yo no he sido capaz de proteger a los míos. Me engañó un villano que hizo algo muy malo de lo que no me dejan hablar, ni siquiera con usted. Pero es todo por mi culpa.

Después de leer muchas de las leyendas de su libro, pienso que a veces los héroes hacen cosas malas y terminan siendo villanos.

Por ejemplo, Starkad acaba matando a su mejor amigo, el rey Víkar de Agder, a pesar de ser el héroe de muchas sagas. Se vuelve villano.

Mi pregunta importantísima es: cuando un héroe comete un error y actúa villanamente, ¿cómo puede volver a ser un héroe?

Zelda

P.D.

: Por favor, responda en cuanto reciba esto.

Pulsé refrescar en el cuadrito de la página una y otra vez, para ver si me había respondido, pero no había mensajes nuevos, solo el que decía que el doctor Kepple contestaría cuando le fuera posible. Me quedé dormida con el portátil en el regazo.

A la mañana siguiente me despertó

AK

47. Estaba plantada delante de mí, con un dedo pegado a los labios, como pidiendo silencio. Llevaba bolsas de la compra en la mano.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No hables tan alto —me dijo—. Te vienes a mi casa por un tiempo.

—Lo siento, anoche no quería hablar —le dije, sentándome en la cama y llevándome las rodillas al pecho.

—Olvídalo. No tienes que disculparte por nada. Pero venga, levántate.

Me dijo que hasta que Gert arreglara sus mierdas yo no estaba a salvo en el apartamento.

—¿Lo sabe él? —le pregunté, bajando de la cama.

AK

47 abrió mi armario y empezó a sacar ropa.

—No, aún no lo sabe. Toma. He traído unas bolsas de la compra. Piensa qué necesitas para apañártelas unos días.

—No voy a abandonar a Gert —dije.

—Cielo, nadie lo va a abandonar. ¿Ropa interior? —dijo, señalando un cajón—. ¿Aquí dentro?

Me envolví en las mantas y le dije más poderosamente aún que no iba a abandonar a Gert.

AK

47 abrió el cajón, cogió unos calcetines y me los tiró.

—Zelda, vamos, vístete. —Al ver que no me movía, suspiró—. Escucha, no sé qué pasó exactamente, pero sé que es malo, y que tiene que ver con esa escoria de Tucán. Esos cabrones no se andan con juegos.

Cogí el par de calcetines que me había tirado. Eran negros con dibujos de vikingos. Gert me los había comprado cuando los había visto en una tienda de deportes.

—¿No se supone que las tribus deben permanecer unidas? ¿Y si ellos atacan y no estamos aquí para protegerlo?

—¿Proteger a quién? —preguntó Gert, que estaba plantado en la puerta, en calzoncillos, con la cara aún magullada.

AK

47 seguía guardando ropa en las bolsas.

—Zelda se viene a mi casa —dijo—. Este sitio ya no es seguro y lo sabes.

—No me voy a ninguna parte, Gert —le dije, tirando los calcetines al suelo—. Voy a ayudar a defender la tribu.

AK

47 se puso derecha y le dijo a Gert que no era negociable.

—O esto o llamo a la policía. Tú decides.

Salieron de mi cuarto para discutir, y yo empecé a sacar la ropa de las bolsas y a volver a meterla en los cajones. Menos los calcetines de vikingos, que me los puse. Eran largos y me llegaban casi a las rodillas.

Entonces volvió Gert y me dijo que

AK

47 tenía razón.

—Al menos de momento.

Crucé las manos sobre el pecho.

—¿Quieres librarte de mí?

Se sentó en la cama, a mi lado.

—Nunca. Pero esto no es por ti. Es por mí. Tú siempre me estás hablando de leyendas, ¿verdad?, de que tienes que demostrar al mundo lo que vales… —Asentí con la cabeza—. Pues esto es importante para mi leyenda. Esto tengo que hacerlo yo solo.

Esa primera noche en casa de
AK
47 no pude dormir. Todos aquellos pensamientos tan fuertes no paraban de dar vueltas, chocando contra las paredes de mi cabeza. Hendo había robado algo muy importante que era de Tucán, parte de sus arcas. La tribu no estaba a salvo porque Tucán estaba enfadado con Gert y era un villano. Pero, para empezar, ¿por qué tenía Gert las cosas de Tucán?

Sabía por qué no podíamos llamar a la policía. La parte de las arcas que Hendo había robado era algo prohibido, tenerlo iba en contra de la ley. Así que la policía no podía ayudarnos y yo no sabía cómo arreglar las cosas.

En casa de
AK
47 hacía calor. Su casa era un desierto y costaba respirar, a pesar de que tenía un aire acondicionado que sonaba como si estuviera susurrándome toda la noche. Mis pensamientos me decían: «Soy muy mala, lo he estropeado todo porque soy mala, solo he hecho cosas malas, yo quería a Marxy y me he portado fatal porque he querido tener sexo con otro que se ha llevado algo que ha metido a Gert en un lío».

Pensé en la vikinga de la tumba, que era poderosa y tenía una armadura y otras cosas que demostraban que llevaba una vida honorable y legendaria. Seguramente cumplió con todos los puntos de su lista de COSAS QUE NECESITA UNA LEYENDA sin cagarla ni poner a su tribu en peligro. A ella los dioses le sonreían y conmigo estaban enfadados. Aquellos pensamientos nos gritaban a mí y a mi corazón, que latía más y más rápido cuanto más rato pasaba sentada en el silencio de la noche.

«Chist —les dije a mis pensamientos—. Dejad de revolotear por ahí. Dejad de chocaros contra las paredes de mi cabeza». Siguieron

revoloteando, porque yo tenía que pensar para decirles que pararan y pensar más hacía que los pensamientos que revolotearan fueran cada vez más fuertes. Eran como disparos y bombas explotando. Las palabras hacían CATAPÚN, hasta que estar sentada en la cama en silencio se me hizo demasiado difícil. Me levanté y empecé a dar vueltas por la habitación y me quedé mirando el techo.

28

Por la mañana me despertó el sonido de un mensaje de texto. Al principio ni lo miré, porque no quería estar despierta. Estar despierta me hacía sentir mal por ser una vikinga espantosa.

Me entró otro mensaje. Suspiré, cogí el móvil y lo leí.

«Hola, Zelda, ¿vienes a la fiesta?».

Me incorporé, me froté los ojos y volví a leerlo. El mensaje era de Yoda.

Le contesté: «¿Qué fiesta?».

Esperé.

Entró otro mensaje: «Le vamos a dar una fiesta a Marxy en el centro cívico, ¡y deberías venir porque te echamos de menos!».

Las palabras se quedaron quietas en la pantalla del móvil.

Las miré fijamente. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de mi tribu del centro cívico. Aún estaba avergonzada por haber hecho daño a Hamsa.

Yoda me volvió a escribir: «Hola…».

Contesté: «¿Ya no estás enfadado conmigo?».

Yoda escribió: «Ya nadie está enfadado contigo. ¿Vas a venir?».

Dije: «¿Para qué es la fiesta?».

Yoda dijo: «¡Tú ven!».

Decidí que era hora de que viera a mi gente y, después de vestirme, le dije a
AK
47 que necesitaba que me llevara. Preparé la mochila y me aseguré de meter la espada vikinga, por si Tucán volvía a atacar.

—Igual sería mejor que te quedaras por aquí —me dijo
AK
47.

Ella se estaba arreglando para coger el autobús y empezar su día

de trabajo, y yo sabía por su horario, que estaba pegado en la nevera, como el de las clases de Gert en la de casa, que iba a ir al centro cívico.

—Tengo que ver a mi gente —dije—. Y no se hable más.

En el centro cívico no había nadie en el gimnasio. Seguí las voces por el pasillo y pasé por delante de una flecha pegada en la pared que decía FIESTA DE MARXY y otra flecha que señalaba a una de las salas de reuniones. Abrí la puerta.

Big Todd estaba allí, y Yoda y Hamsa, y otras personas a las que no conocía, y también Marxy con un sombrero gracioso. Estaba riendo delante de una tarta grande con velas. Sarah-Beth estaba sentada a su lado, dando palmas.

Big Todd me vio y se acercó. Le pregunté qué pasaba.

—No es su cumpleaños —dijo.

De pronto todos gritaron. Marxy daba palmas y cantaba.

—Marxy ha conseguido su primer trabajo —dijo Big Todd.

—Ah.

—Le estamos haciendo una fiestecita, ya sabes, para celebrarlo. —Recordé que nadie me había hecho una fiesta a mí cuando había conseguido un trabajo y empecé a deprimirme otra vez. Big Todd me pasó el brazo por los hombros—. Nadie pensaba que Marxy fuera a trabajar nunca —me dijo—. No es muy independiente. No es como tú. O al menos antes no lo era. Pero ahora quiere cambiar porque te ha visto hacerlo a ti.

—¿En serio?

—Sí. Tú lo has inspirado. Eso es brutal.

—¿Me convierte eso en un icono? —pregunté.

Levantó las cejas, pensó un segundo y dijo:

—Sí, supongo que has puesto de moda esforzarse al máximo.

No me explicó lo que quería decir con eso.

Marxy estaba tan contento que me puso contenta a mí. Entonces me sentí mal al pensar que ya no era su novia y en lo que había pasado con Hendo.

—Voy a ensayar mis tiros libres —le dije—. Dile a Marxy que estoy orgullosa de él.

Big Todd me dijo que tendría que decírselo yo misma. Contesté que igual sí, y entonces pasó algo inesperado.

Cuando me iba, Sarah-Beth me vio y me preguntó:

—¿Te apetece un poco de tarta?

Sonreía y llevaba tarta en el pelo.

—No sé —dije.

—Por favor… Marxy ha echado de menos ser tu amigo —dijo, y Big Todd me puso ESA CARA.

—Tú eres su mejor amiga y aún te quiere un huevo. Con perdón —dijo Big Todd.

Sarah-Beth me lo pidió por favor otra vez.

No sabía por qué estaba siendo tan amable conmigo. Me cogió de la mano y me llevó dentro. Marxy me vio, me saludó con la mano y me dijo:

—¡Tengo un trabajo!

Mientras tomaba tarta con Marxy vi a todas las personas a las que había echado de menos. Había gente nueva y también algunos a los que hacía mucho que no veía. Todos llevaban gorritos del McDonald's, de los de papel, porque ahí era donde Marxy había conseguido trabajo. Al principio, me sentí mal al ver a Marxy y no hablé mucho con él, pero era difícil estar triste cuando todos estaban contentos, y ponerme el gorrito me hizo reír.

Marxy se sentó a mi lado, me apoyó una mano en el hombro y me dijo que había conseguido el trabajo gracias a mí.

—Se te daba tan bien lo de la biblioteca… —dijo—. Y hacer cosas por tu cuenta, sin ninguna ayuda. —Intenté decirle que sí tenía ayuda. Me dijo que todos necesitamos ayuda de vez en cuando y que yo lo había ayudado a él—. Si no hubiera sido porque tú pensabas que soy listo, no lo habría intentado.

Me dijo que, a sus ojos, yo era una leyenda, y que Yoda también estaba intentando conseguir un trabajo.

Cuando llegó la hora de irme a la biblioteca, Marxy se levantó y me dio un fuerte abrazo de oso.

—Deberíamos hacernos unas canastas algún día —dijo.

Me dieron ganas de besarlo, pero me acordé de que Sarah-Beth y él estaban juntos. Le tendí la mano y él me la estrechó. Ya no era mi linda doncella, sino la de Sarah-Beth.

—Para mí eres una persona legendaria y una heroína —me dijo.

Pensé que me iba a echar a llorar, porque me había estado sintiendo muy mal mucho tiempo y aquella era la primera vez que

no me sentía como una villana, y era la primera vez en mucho tiempo que me volvía a sentir una leyenda.

29

Durante parte de mi turno en la biblioteca estuve en el mostrador de la entrada, registrando libros. Me sentí bien. No como una heroína, pero tampoco tan mal como antes. Me imaginaba a Marxy trabajando en el
McDonald's,
haciendo hamburguesas y teniendo amigos más normales, y eso me ponía contenta.

Luego pensé en mi lista de COSAS QUE NECESITA UNA LEYENDA y en que había fracasado en muchas de ellas. Ya no tenía una linda doncella y había hecho daño a Gert y a la tribu.

—¿Y esa cara tan larga? —me preguntó Carol.

—Nada.

—Si son problemas de tíos con el comosellame que venía a verte, me parece que estás mejor sin él.

No supe qué decir, así que fui a por el carrito para darme una vuelta por la biblioteca colocando libros.

Había muchos libros por las mesas, lo que significaba que la persona del turno anterior no había hecho muy bien su trabajo. Lo miré y vi que era una nueva, Olga, a la que yo no había conocido. Decidí dejar la biblioteca perfecta para que viera cómo se hacían las cosas.

Fui por ahí, recogiendo los libros y poniéndolos en el carrito de acuerdo con los números de los lomos. Cuando levanté la vista cerca de la sección de Deportes me dio un bote el corazón, porque había alguien sentado donde solía ponerse Hendo.

—¡La hostia! —dije en voz alta, y me di cuenta de que no era Hendo quien estaba sentado allí, sino otro villano.

—No te irás a hacer pis encima otra vez, ¿verdad? —me preguntó Tucán.

Estaba leyendo un número de *National Geographic* con los pies encima de una de las sillas. Me flojearon las rodillas otra vez y me agarré al carrito para no caerme.

Me palpé el bolsillo en busca de la espada vikinga, pero, como la tenía en la mochila, estaba indefensa.

—¿Qué hace aquí? —le pregunté, procurando mantenerme derecha y poderosa.

—Estoy leyendo —dijo, levantando la revista—. ¿No es eso lo que solía hacer tu novio?

Al principio no sabía de quién me estaba hablando. A Marxy no le gustaban nada las revistas de *National Geographic*. Entonces me di cuenta de que se refería a Hendo. Inspiré hondo y apreté el mango del carrito.

—No es mi novio.

Tucán pasó la página de la revista.

—Me encantan estas cosas. Los camarones mantis. —Me enseñó una fotografía de un animal marino que parecía una mezcla de gamba y cangrejo cubierto de arco iris—. Pueden atacar rapidísimo, como una bala —dijo, dando un puñetazo al aire muy rápido—. Y sus ojos. Ven lo que nosotros no vemos. Como yo. Yo veo cosas que otras personas no ven.

Una de las cosas que me ha enseñado Carol es que, cuando te enfrentas a un socio enfadado o a personas que están armando jaleo, siempre hay que mantener la calma como bibliotecaria y repetirles las normas con mucha claridad.

—Muy bien —dije—. Por favor, quite los pies de la silla.

Rio, bajó los pies al suelo y levantó las manos como rindiéndose. Luego cerró la revista y sonrió de un modo que no me gustó.

—¿Sabes, Zelda? Me parece que te haces la tonta porque te gusta que la gente haga cosas por ti. Lo he visto millones de veces. ¿A que sí? Intentas dar pena para no tener que hacer una mierda. Corrígeme si me equivoco.

Abrí la boca porque quería gritar, pero no salió nada, ni siquiera aire. Tucán esperó, negó con la cabeza otra vez y rio tapándose con la revista. Después la dejó en la mesa, se levantó y vino hacia mí. Yo retrocedí y me puse detrás del carrito, usándolo como escudo por si tenía pensado atacarme. Desde allí, le recordé una norma muy importante de la biblioteca.

—Si ha terminado de leer esa revista —dije, señalando el número de *National Geographic*—, voy a volver a colocarla en su estantería.

Tucán se acercó aún más y me dijo que sabía que estaba teniendo sexo con Hendo y que a lo mejor había engañado a Gert, pero que a él no lo engañaba. Me llamó puta e hizo un ruido con la boca que no me gustó.

—Deje de hacer ese ruido —le dije, no tan alto como quería.

—¿Qué? ¿Cómo dices? —Se puso la mano en la oreja—. ¿Sabe Gert todas las cosas repugnantes que has hecho, Zelda?

Entonces, otras personas de la biblioteca empezaron a mirarnos. Bajé la vista al carro y al libro de cocina que estaba en lo alto de la pila. Cerré los ojos y procuré no mirarlo a él.

Volvió a reír, como se ríe un grendel, y no se calló.

—Eso me parecía —dijo—. Te agradecería mucho que le dijeras a tu novio que me llame. Aunque tengas engañados a tu hermano y a quien sea, a mí no.

Fue entonces cuando le grité que era un gilipullo, con lo que la gente que había en la biblioteca levantó la vista de sus libros. Miré alrededor en busca de Carol, pero estaba en su descanso.

El guardia de seguridad que estaba de turno, Larry, se acercó y me preguntó si había algún problema. Tucán de pronto puso cara de contento y me tendió la revista.

—Solo estaba leyendo, pero creo que ya hemos terminado de charlar. Saluda a tu otro amigo de mi parte —me dijo.

—Bueno, vamos a ver —dijo Larry, subiéndose la cinturilla de los pantalones—, vamos a bajar un poco la voz.

—El del centro cívico —dijo Tucán—. ¿Cómo se llama? ¿Max? —Chascó los dedos—. Marxy. Eso es. El crío retrasado.

Me quedé helada y no se me ocurrió qué decir.

Tiró la revista a mi carrito y se fue, y Larry me dijo que en adelante hablara más bajo.

—Ya conoces las normas —me dijo.

Con el estómago revuelto, vi cómo Tucán salía de la biblioteca. Se detuvo un segundo delante del mostrador de devoluciones. Entonces su coche rojo paró a la entrada, y el Gordo bajó del asiento del conductor y se sentó en el del copiloto para que Tucán pudiera subir y alejarse en el coche.

Saqué el móvil y mandé un mensaje a Marxy. Me temblaban las manos.

«¿Estás bien?».

A los pocos segundos me entró su respuesta.

«¡Sí! Aún queda tarta, ¿dónde estás?».

Dejó de palpitarme el corazón.

Volví al ordenador para calmarme. Abrí mi correo electrónico e hice clic en refrescar por si el doctor Kepple me había contestado. Por lo general, no nos dejaban usar nuestro correo electrónico personal en los ordenadores del trabajo a menos que fuera muy importante, pero yo decidí que algo muy importante había pasado.

Como necesitaba escuchar su voz, me tomé el descanso del almuerzo y escuché los extractos del *Manual del vikingo* de Kepple en audiolibro que había en su página web. El doctor Kepple hablaba de Beowulf, el héroe que vence a Grendel, y de cómo después de haber matado a la madre de Grendel, que es aún más poderosa que Grendel, Beowulf se convierte en rey de su tribu. Cincuenta años después, uno de los suyos le roba algo a un dragón, que se enfada y empieza a destruir a la tribu de Beowulf.

Beowulf, que ya es muy anciano y no tan poderoso, decide salvar a su pueblo y enfrentarse al dragón él solo. Aunque no fue él quien robó el oro del dragón, asume la responsabilidad por las personas de su tribu que lo hicieron.

Sus guerreros quieren ayudarlo, pero Beowulf es el héroe y, para completar su leyenda, lucha solo contra el dragón. Apagué el audiolibro.

Hendo había robado el oro y Tucán era el dragón que había hecho daño a Gert. Pensé en qué haría la guerrera vikinga de la tumba. Tendría que encontrar a Hendo para obligarlo a devolverle a Tucán lo que le había robado.

Decidí escribir al doctor Kepple una última carta.

> Querido doctor Kepple:
> Puede que esta sea la última carta que le envíe, porque se me ha ocurrido un plan que me ayudará a volver a ser una heroína. Voy a emprender una cruzada para vencer al villano de mi leyenda. Creo que he afinado mis aptitudes para el combate y que estoy

preparada para enfrentarme a él.
No le he hablado a nadie de esta batalla final porque, aunque los vikingos tienen hombres sabios que les dicen lo que hacer, a veces los héroes deben hacer lo que les dicta el corazón y creer en sí mismos.
¡Deséeme *skál*!
Skál,
Zelda

Le di al botón de ENVIAR e inspiré hondo. Había llegado el momento.

Aunque iba contra las normas emplear datos de los socios con fines personales, a veces los vikingos tienen que saltarse las normas para salvar a la tribu.

Fui al ordenador y busqué la cuenta de socio de Hendo, luego metí su dirección en Google Maps y le di a IMPRIMIR.

30

No fui a casa después de mi turno en la biblioteca. En vez de coger el autobús de siempre, crucé la calle, caminé un par de manzanas y me subí en otro.

No era complicado llegar a casa de Hendo en autobús y, cuando bajé, reconocí el barrio e hice una foto de la parada para acordarme de cómo era.

Google Maps me enseñó por dónde ir hasta que encontré la dirección que buscaba. No era un edificio de apartamentos, sino una caja marrón pegada a otra caja marrón que estaba pegada a otra igual. Las ventanas tenían tablones por encima en vez de cristales, que se habían roto y aún sobresalían, puntiagudos como dientes.

Inspiré hondo y llamé a su puerta.

No abrió nadie. Vi que la puerta tenía mugre amarilla y cáscaras de huevo.

—No está aquí —dijo alguien.

Me volví. Había un hombre sin camisa plantado al otro lado de la verja. Atado de una correa, llevaba un perro muy grande que me miraba fijamente.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Ni puta idea —contestó—. Tan pronto están ahí como no están. Ni siquiera cierran la puerta con llave. Seguramente puede entrar si quiere, pero es muy posible que haya okupas ahí dentro y unos cuantos cristales reventados.

Se fue con su perro. Aquella era una advertencia importante que cualquier vikingo tendría en cuenta.

Saqué mi espada vikinga de la mochila, por si alguno de los okupas de dentro era un villano.

Como me había dicho el hombre, la puerta no estaba cerrada con llave. La casa olía a váter y también a tabaco.

Llamé a Hendo. No contestó nadie. También llamé a Artem,

luego me acordé de que, si Artem estaba allí, como era un bebé, no me iba a contestar.

No había ninguna luz encendida. Sostuve mi espada vikinga delante de mí y usé la luz de mi móvil para iluminar dentro. En el suelo había amontonados envases vacíos de Oreo, tarritos de comida para bebés y cajas de *pizza*. Avancé por un mar de envoltorios y otras cosas asquerosas.

Alguien había escrito con espray NEGRATA en la pared y dibujado a un hombre teniendo sexo con una mujer. La mujer tenía cara de dolor, con los ojos cerrados en dos equis y la boca abierta con la lengua fuera. No era como tenía que ser el sexo. Temblé.

En una de las habitaciones encontré una cama que olía a pis y a vómito. No me quedé mucho rato allí. Cuando intenté encender las luces, ninguna funcionaba.

Tenía mucho miedo, pero sabía que eso formaba parte de ser una leyenda. Sin miedo no puede haber valentía.

En la casa no había nadie, ni siquiera okupas. Miré en todas las habitaciones. Cuando me iba vi unos libros en un rincón. Eran de la biblioteca. Como yo era vikinga y bibliotecaria, los puse en un montón y me los llevé. Hendo aún tenía el libro de trenes que le había buscado para Artem, pero no estaba allí, lo que significa que se lo había llevado y tendría que pagar la multa por retraso cuando hubiera pagado por todas las demás cosas villanas que había hecho.

Cuando salí llevaba los libros debajo de los brazos. Eran tantos que me costaba llevarlos y casi se me cayeron unos cuantos al suelo sucio. Ahora estaba aún más enfadada con Hendo, porque todos aquellos libros tendrían multa por retraso, y a lo mejor alguien había querido leerlos y no había podido porque estaban desaparecidos. Me pregunté si Carol los habría metido ya en el sistema como perdidos y habría comprado otros ejemplares de reemplazo. Algunos eran antiguos, con lo que no podríamos volver a comprarlos.

Iba pensando en los libros que eran demasiado antiguos para reemplazarlos, como el de la foto de Elvis Presley en la cubierta, y casi tropiezo con una agente de policía que había en la acera. Detrás de ella había un coche de policía.

—Mierda —dije, agachándome a coger los libros, y la policía me ayudó.

—No pretendía asustarte —me dijo, dándome dos de los libros, que puse encima de los otros que llevaba en los brazos.

—No pasa nada —dije—. Me tengo que ir.

Caminó conmigo y me dijo que se preguntaba si podríamos hablar un momento.

—En teoría, entrar en una casa que no es tuya es allanamiento de morada —dijo.

Hice como que no la oía y empecé a caminar más deprisa hacia la parada de autobús. Les dije a mis piernas, que me notaba pesadas: «¡Aguantad!».

La policía me siguió por la acera.

—¿Adónde vas?

—A ninguna parte.

—Para no ir a ninguna parte, desde luego vas rápido.

Empecé a andar todavía más rápido y la policía me dijo que la esperara. Yo no quería esperarla y, además, dentro de mí estaban pasando tantas cosas que, si paraba para hablar, podía soltarle sin querer todo lo que me había estado guardando sobre Gert y Hendo y Tucán.

Así que eché a correr. Solté los libros de la biblioteca para correr más rápido, que fue una cobardía como bibliotecaria, y procuré correr por detrás de algunas de las casas.

Pero la policía era más rápida que yo, así que me dio alcance y me agarró del brazo.

—Eh, tranquila —me dijo—. Para. Solo queremos hablar.

No me agarraba muy fuerte, así que me solté y le dije que tendría que llevarme por la fuerza, aunque no tenía claro si pelearse con la policía era algo que haría una leyenda. La policía no se enfadó ni me atacó, como pensé que haría. En cambio, me dijo que quería hablar conmigo de un amigo mío.

—El que vive en la casa donde has entrado —dijo—. He pensado que a lo mejor podríamos buscarlo juntas, nada más.

—Yo no tengo ningún amigo que viva en esa casa —dije.

—Entonces ¿solo ha sido un allanamiento de morada? Porque eso es delito.

Tragué saliva e intenté no mirarla a los ojos, porque no se me dan muy bien los concursos de sostener la mirada.

—Relájate. Solo quiero hablar, ¿vale? —Fue entonces cuando

me enseñó la espada vikinga—. Y se te ha caído esto, que yo creo que se puede considerar un arma. Así que podríamos detenerte si quisiéramos.

Me dijeron que me podían llevar a casa cuando quisiera irme, para que no tuviera que coger el autobús. Como llevaba conmigo los libros de la biblioteca, pedí que me llevaran allí. Procuré no decir nada de Gert ni de Hendo ni de Tucán. Sostuve los libros bien pegados al pecho e intenté decidir qué haría si me hacían preguntas serias mientras me enfocaban la cara con una luz brillante, como hacían en las películas, y qué haría si la luz caliente me daba tanta sed que pedía un vaso de agua y me decían que no me lo daban hasta que lo confesara todo.

—¿Va todo bien por ahí atrás? —dijo la policía.

—No voy a decir nada —contesté.

—Claro. Es que estás temblando un poco.

—Entonces, solo querías recuperar los libros de la biblioteca —me dijo el otro agente, que era el que conducía.

—La dirección del socio estaba en el sistema informático —dije.

—Eres la bibliotecaria más entregada que he conocido nunca —dijo la mujer—. ¿Tienes hermanos?

Miré al frente.

—Zelda… —dijo el otro agente—. Porque me parece que conocemos a tu hermano. Gert.

No dije nada. Ya tenía la garganta como un desierto y ni siquiera me estaban iluminando la cara con una luz brillante.

Pararon delante de la biblioteca. La agente bajó del coche y lo rodeó para abrirme la puerta a mí. Bajé yo también.

—Si alguna vez quieres hablar… —Me dio una tarjeta y mi espada vikinga, que había cogido ella.

Le di las gracias, entré en la biblioteca y dejé los libros de Hendo en el buzón de libros devueltos de la entrada.

31

No le conté a nadie lo de la policía, ni siquiera a
AK
47, ni al doctor Laird. Escondí la tarjeta que la agente me había dado en mi libro de la palabra del día, con una palabra antigua del 14 de agosto, «proliferar», que significa hacer muchas cosas y expandirse y reproducirse.

Tenía la sensación de que, dentro de mí, las cosas que me iba guardando proliferaban. No me gustaba ocultar cosas a la gente, sobre todo a
AK
47, y esos secretos se expandían y se reproducían.

Después de uno de mis turnos en la biblioteca,
AK
47 y yo fuimos a hacer la compra para Gert y se la llevamos al apartamento por sorpresa. Ella estaba aparcando el coche y yo fui a abrir la puerta.

Alf estaba en el portal del edificio, fumando. Hacía mucho que no nos veíamos. Me saludó con la mano, lo saludé yo también, y ya estaba entrando cuando me dijo que quería hablar.

—Sé que no te caigo bien —me dijo— y que tampoco le caigo bien a Annie.

Le dio la última calada al cigarrillo antes de apagarlo en la acera, con el pie.

—Se la quieres robar a Gert —contesté—. Eres su enemigo y también el mío.

—Sí —dijo Alf—, soy tan gilipollas que tengo un ojo morado por intentar impedir que él le pegara.

—Él no le iba a pegar. ¡Cállate!

Entonces llegó

AK
47, cargada con las bolsas de la compra, y Alf intentó ayudarla. Ella no quiso y apartó las bolsas de él cuando intentó cogerlas.

—Ya las llevo yo —le dijo ella.

—Bueno, pues deja que te abra la puerta por lo menos —dijo él. Se adelantó corriendo a
AK
47 y le abrió la puerta a la zona del edificio donde estaban los buzones de correo y el telefonillo—. Le estaba diciendo a Zelda que, aunque no te caigo bien, siempre estoy pendiente de ella.
AK
47 metió la llave equivocada en la cerradura y maldijo por lo bajo, sin escuchar a Alf. Él tenía su llave lista y, cuando ella sacó de la cerradura la llave equivocada, él la metió y abrió.

—Porque eso no suena raro ni nada —le replicó
AK
47, y entró rápidamente mientras Alf le sostenía la puerta.

Alf me sujetó la puerta a mí también, y yo pasé por delante y me encogí de hombros. Yo sabía que Alf quería que ella parara y los dos sabíamos que, si
AK
47 no quería parar, no había nada que hacer.

Ya estaba pulsando el botón de llamada del ascensor.

—¿Puedo decir algo? —preguntó Alf.

—Ahora no —contestó
AK
47—. Vamos, Zee.

Se abrieron las puertas del ascensor. Subimos los tres. Alf se quedó en un rincón del ascensor y
AK
47 y yo en otro. Yo estaba entre los dos y me sentía rara, porque normalmente está Gert a un lado y
AK
47 al otro. El ascensor dio una sacudida y empezó a subir.

Pero Alf detuvo el ascensor.

—Te voy a dar de hostias —le dijo
AK
47, y volvió a pulsar el botón para que el ascensor arrancara.

Gruñeron las paredes y empezó a moverse de nuevo.

—Relájate —dijo Alf, levantando las manos—. No hace falta ponerse así. Solo quería decirte que he oído cosas.

—Tú siempre tienes algo que decir —solté—. Hablas demasiado.

AK

47 rio y me tendió la mano para que chocáramos los puños.

—Amén, hermana.

Pero Alf siguió hablando.

—Me refiero a que he oído cosas malas. Sobre Gert. Y la policía.

Esa vez fue

AK

47 la que paró el ascensor.

—¿De qué estás hablando?

—Corre el rumor de que se lo llevaron ayer. —Alf sacó otro cigarrillo y se lo puso detrás de la oreja—. Y ya sé que no es asunto mío, pero a algunas de las personas con las que se relaciona no les hacen mucha gracia esas cosas.

AK

47 volvió a pulsar el botón y seguimos subiendo.

—Deja de hablar —le dijo a Alf.

—He pensado que deberías saberlo. Porque me importa dos mierdas ese mamón, pero siento lo que podríamos llamar una debilidad personal por vosotras dos.

El ascensor paró en la segunda planta y subió una mujer con la colada. Alf dejó de hablar. En el cuarto, la mujer se quedó y Alf,

AK

47 y yo bajamos.

—Métete en tus asuntos —le dijo

AK

47 a Alf, empujándolo con una de las manos, en la que llevaba las bolsas de la compra, y dio media vuelta hacia nuestro apartamento.

AK

47 entró en casa, cerró la puerta y estuvo normal hasta que, de repente, se apoyó en la pared y descendió, como el ascensor. Yo eché la llave y puse la cadena, y luego me deslicé por la pared a su lado.

Llamó a Gert y miró el móvil meneando la cabeza.

—¡Cabronazo! —dijo—. ¿Lo puedes llamar tú? A mí no me lo

coge.

Probé con mi móvil y luego le mandé unos mensajes. Gert no contestó. Me empezó a preocupar que Gert supiera que había estado con la policía y no le había dicho nada.

Gert volvió a casa una hora más tarde y, cuando

AK

47 empezó a hacerle preguntas, él dijo que no quería hablar del asunto.

—¿Qué «asunto»? —preguntó

AK

47.

—¿La policía? —dije yo.

Gert suspiró.

—Ahora ya lo sabe ella. Sí, la policía. —Se sentó y empezó a quitarse las botas—. El doctor Laird los llamó después de vuestra última cita.

Gert me puso ESA CARA.

—Eso no es culpa mía —dije yo. Pero me alegró tanto que no supiera que yo había hablado con la policía que casi hice un ruidito y tuve que taparme la boca.

—Nadie ha dicho que lo sea, cielo —dijo

AK

47, cruzando los brazos sobre el pecho—. Ella tiene razón, ¿sabes? Si no la hubieras cagado enredándote con esa gente…

—Aún estaríamos viviendo en casa del cabronazo de tío Richard. Eso es lo que estaríamos haciendo. Aún viviríamos con ese pederasta soplapollas.

AK

47 dejó de hablar. Se hizo un silencio absoluto durante un minuto, hasta que ella se aclaró la garganta.

—He hecho la cena —dijo—. Tengo un par de trayectos con el autobús esta noche y algunos a primera hora de la mañana, así que esta noche me quedo en mi apartamento. ¿Se puede quedar ella aquí, o vamos a tener un tiroteo entre cocainómanos a lo Tony Montana?

—¿Un qué? —pregunté yo.

Gert tenía la cabeza enterrada en las manos.

—Muy bueno. Tony Montana. —Dijo algo que no oímos ninguna

de las dos y, cuando
AK
47 le preguntó qué había dicho, contestó que no estaba de humor para bromas sobre *El precio del poder*.

—¿No estás siempre de humor para bromas sobre *El precio del poder*? —le dijo
AK
47.

—Lo hago lo mejor que puedo —dijo él.

—¿Qué tiene que ver eso con *El precio del poder*?

—Tranquilidad —dijo
AK
47. Se acercó a Gert y lo besó y luego le dio una torta en la mejilla, pero no de las malas, sino una de las que demuestran amor—. Luego hablamos, ¿vale? Y si puedes, acuérdate de que Zelda tiene que ir al centro cívico mañana.

—Muy bien —dijo él—. Anotado.

—Muy bien —dijo ella en el mismo tono que él, y luego le rodeó el cuello con los brazos y lo besó, de una forma más sexi, y le pidió que no lo detuvieran ni le dispararan hasta que ella volviera.

Se fue, y Gert y yo nos tomamos juntos la cena, que era pasta. Intenté hacer como si las cosas volvieran a ser normales y le pregunté qué tal le iban las clases.

—Muy bien —contestó, haciendo sonar el tenedor en el plato.

—¿Tienes algún examen pronto?

Se limpió la boca, arrugó la servilleta y la estampó contra la mesa. Mi vaso de agua tembló y me pareció que tenía que agarrarlo para que no se cayera.

—Guau —dije.

Me miró.

—¿Le has contado algo más? —me preguntó.

—¿A quién?

—Al puto papa.

—¿Qué tiene que ver el papa…?

—Al doctor Laird, no me jodas. —Meneó la cabeza—. ¿Le has contado lo de la otra noche… cuando vino Tucán?

Negué con la cabeza.

—Te prometí que no se lo contaría y no se lo he contado.

—¿No se te habrá…, no sé, olvidado?

—Gert, no se me ha olvidado. Sé cuándo le cuento algo a alguien.

Cogió su plato y lo llevó al fregadero. Le pregunté qué le había dicho la policía y si iba a ayudarlos a vencer a Tucán.

—Nosotros no ayudamos a la policía —dijo mientras corría el agua. Luego puso el plato ruidosamente en el escurreplatos de al lado.

—¿Aunque estén de nuestra parte?

—No lo están. —Volvió a la mesa—. ¿Han hablado contigo?

Apoyó las manos en la silla y me puso su cara justo delante de la mía. Cerré los ojos porque sabía que, si lo miraba a los suyos, no iba a poder mentir.

Y después de un rato, no me quedó otro remedio que mirarlo y sacar la tarjeta que la agente de la policía me había dado y enseñársela a Gert.

Le echó un vistazo, luego se dio la vuelta y le pegó un puñetazo tan fuerte a la pared que tembló el mundo.

—¡Joder! —dijo, agarrándose la mano.

—Vale —dije, levantándome. Fui a la nevera y saqué la bolsa de guisantes congelados—. Toma.

—No necesito esa mierda —dijo, pero la cogió de todas formas y se la puso en la mano.

Aunque era más alto que yo, levanté la mano, se la apoyé en el hombro y apreté.

—Ya recojo y lavo los platos yo, ¿vale? —dije.

No contestó. Asintió con la cabeza y se miró la mano, que ya se le estaba poniendo colorada.

32

Antes de que
AK
47 viniera a llevarme al centro cívico, hice pedazos la tarjeta que la agente de policía me había dado y la tiré a la basura para demostrarle a Gert que confiaba en él.

Era viernes y el gimnasio estaba abierto, lo que significaba que podíamos ir a la sala de materiales y jugar con lo que quisiéramos, siempre que lo devolviéramos. Pero estaban jugando al *hockey* en vez de al baloncesto, y yo lo odio. Cogí un palo de *hockey* y fui a saludar a Hamsa y a Yoda, que estaban hablando de una batalla muy poderosa.

—He oído decir que eran ninjas —estaba diciendo Hamsa.

—Tortugas ninja —dijo Yoda.

—Esos no atacan a los buenos, imbécil —le dijo Hamsa—, solo a los maleantes y a los ladrones y a la Patrulla Foot.

Les pregunté de qué hablaban.

—Los enemigos de las Tortugas ninja no son la Patrulla Foot, sino el Clan Foot —dijo Yoda, haciendo chocar su palo de *hockey* contra el de Hamsa, que hizo lo mismo.

Yo puse el mío encima de los suyos y les pregunté de qué estaban hablando.

Se miraron.

—De nada —dijo Hamsa.

—Venga ya —dije yo—. ¿Quién estaba en la batalla?

—Marxy —contestó Yoda.

—Ah.

Intenté fingir que no me importaba lo que decían, porque se trataba de Marxy, y yo ya no era su novia. Levanté mi palo de *hockey* de los suyos.

Hamsa y Yoda se miraron otra vez.

—Se metió en una pelea —dijo Yoda.

—Una grande —añadió Hamsa—. Con ninjas, a lo mejor.

—No sabemos si eran ninjas —dijo Yoda.

Guardaron silencio. Entonces Yoda me miró a los ojos.

—Lo han dejado hecho un asco.

El cerrojo de la cancela de Marxy estaba echado, así que pasé el brazo por encima, lo abrí y subí los peldaños. Llamé al timbre. No sabía bien qué le iba a decir a Pearl si me encontraba con ella.

No me abría nadie, así que volví a llamar.

Entonces se entreabrió la puerta y apareció un hombre.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me preguntó.

—¿Quién es usted? —pregunté yo.

Se me quedó mirando. Era alto y flaco, salvo por la barriga que tenía. Llevaba gafas y pantalones cortos.

Guardamos las distancias.

—Pearl… —la llamó a voces por encima del hombro.

—Quiero ver a Marxy. ¿Está aquí?

Pearl se acercó por su espalda. Me vio y dijo:

—Ay, Zelda, pasa.

Al ver que el hombre no se movía, le dijo que no pasaba nada, que yo era amiga de Marxy.

—No te pongas en plan macho alfa. Ella no le va a hacer daño.

Pearl lo apartó de un empujón, me agarró del brazo y me llevó dentro de la casa.

El hombre era el padre de Marxy. Nos dimos la mano y me dijo que se llamaba Mark. Cuanto más le miraba la cara, más veía que Marxy y él tenían muchas cosas iguales. La misma nariz, recta y grande por la punta. Y los mismos ojos verdes. Además, los dos eran altos.

—Un momento, ¿tiene otra novia? —dijo Mark—. ¿Y qué pasa con esa tal…, cómo se llama, Sarah-Beth?

—Ah, ella no es su novia de verdad. —Pearl le dijo que si estuviera más por allí, sabría esas cosas. Me preguntó si quería beber algo—. Marxy dice que te gustan los refrescos de uva. ¿Es cierto? Mark, ¿te importa…?

Pearl señaló la cocina y Mark meneó la cabeza y fue a buscarme un refresco de uva. Nos quedamos mirándolo y ella también negó

con la cabeza.

—¿Cómo es eso que decís siempre Marxy y tú? ¿Gilipullo?

—Sí —dije yo—. Y pinchamierdas.

—Pues ese hombre es las dos cosas. Siempre llega tarde a la fiesta.

Me llevó arriba a ver a Marxy y le dijo a Mark que esperara en la cocina.

—No quiere verte ahora mismo —le dijo Pearl.

Mark hizo un aspaviento y preguntó para qué lo habían llamado entonces si lo único que iba a hacer era estar allí sentado y sacarle zumo de uva a la gente.

—Refresco de uva, que no es lo mismo. Y deja de portarte como un niño.

Pearl y yo subimos la escalera. Me dijo que Marxy se había metido en una especie de pelea.

—Bueno, no creo que «pelea» sea la palabra. Alguien le ha pegado. Sé que a veces se pone muy pesado, pero ¿quién ha podido hacerle algo así?

—Algún pinchamierdas —dije yo.

Pearl se frotó la cara con las manos.

—¡Qué harta estoy de este mundo y de la gente! —Me pareció que se iba a echar a llorar, así que le puse la mano en el brazo. Me miró la mano, luego a mí—. Perdona —dijo—, es que a veces me cuesta mantener la calma.

—Conozco la sensación —le dije, porque la conocía.

Llegamos arriba. El cuarto de Marxy estaba cerrado. Nos quedamos delante. Ella puso la mano en el pomo de la puerta.

—No es tan grave como parece —dijo Pearl—. Bueno, en realidad, probablemente sí. Lo hemos denunciado a la policía.

Marxy no tenía buen aspecto. Tenía la cara de color púrpura por algunos sitios. Me puso muy triste verlo herido, pero también estaba muy contenta de que Pearl me hubiera dicho que yo era la novia «de verdad» de Marxy.

Estaba sentado en la cama y al verme se levantó. Pearl fue a recolocarle las almohadas.

—Mamá —dijo—, lo puedo hacer yo solo.

—Vale, vale —dijo ella, y le besó la cara de calabaza, muy rápido, y se fue. No cerró la puerta, así que fui a cerrarla yo.

Le pregunté a Marxy qué había pasado.

—Yo estaba solo, jugando al baloncesto en el parque que hay en esta calle, y se me acercó alguien y me pegó. —Sonaba gangoso—. No sé por qué. Me pegó sin más.

—Villano —dije yo.

—Me duele la cabeza —dijo Marxy—. ¿Puedes venir aquí y sentarte cerca?

Me senté en la cama y lo abracé hasta que dejó de respirar tan fuerte. El pomo de la puerta se movió y oí a Pearl al otro lado, preguntando si iba todo bien.

—¡Estoy bien! —le gritó Marxy, y cogió un clínex de la caja que tenía en la mesilla y se sonó. Le salió sangre. Tiró el clínex a la papelera con cuidado.

—¿Te robó algo? —pregunté—. En nuestro barrio te hacen eso cuando te quieren robar.

—Se llevó mi balón de Larry Bird.

Giró la cabeza y me preguntó si podíamos besarnos un poco, pero cuando lo intentamos, le dolía demasiado la boca, así que me quedé sentada en la cama hasta que se durmió. Empezó a roncar y me levanté despacio. No quería despertarlo.

Cuando me iba, Pearl me acompañó afuera. Al salir me despedí de Mark, que estaba viendo un partido de fútbol en la tele del salón. No dijo nada, solo levantó la mano y la sacudió un poco.

Llegamos a la puerta y Pearl me preguntó si podía volver al día siguiente. Me sorprendió.

—¿Quiere que vuelva a venir? —le pregunté.

Se quitó un hilo de la blusa. Por primera vez, la miré a la cara de verdad, a los ojos, y ella hizo lo mismo.

—Tú lo haces feliz —me dijo—. Y ahora mismo solo quiero eso para él.

Antes de que yo saliera de la casa, hizo algo que no había hecho nunca: me abrazó.

Vivíamos en un mundo villano y me enfadaba que hubieran hecho daño a Marxy, que era tan puro e inocente, aunque ya no fuera mi linda doncella. Puse mi cara de enfado para que nadie intentara hablarme hasta que me bajara del autobús en la biblioteca. Mi turno empezaba en menos de una hora, y Carol me había preparado trabajo en el ordenador, donde los socios iban a registrar los libros

que sacaban. Ese es el puesto más poderoso de la biblioteca y Carol contaba conmigo.

Cuando llegué entré en la biblioteca y saludé a Larry, el guardia de seguridad, y fui a la sala de personal, donde Carol se estaba comiendo una ensalada en un recipiente de plástico.

—En teoría, no he llegado tarde —dije, señalando el reloj.

—Yo nunca he dicho eso.

Se metió en la boca las hojas de verdura que había pinchado con el tenedor.

Fui a prepararme para mi jornada de trabajo y vi el balón de baloncesto de Larry Bird de Marxy. Estaba en la caja de objetos perdidos.

—¿De dónde ha salido esto? —pregunté, sosteniendo el balón.

Carol giró la silla.

—Lo he encontrado en una mesa con un número de *National Geographic*. ¿Por qué?

Por qué era una pregunta que yo también me hacía. Ese no era su sitio. Si me lo hubiera encontrado en una cancha de baloncesto, me habría parecido lógico. Pero entonces Carol me enseñó el sitio exacto donde lo había encontrado y caí en la cuenta de que era el mismo en el que se había sentado Tucán. Entonces recordé que me había amenazado. Al principio, no había relacionado las dos cosas, pero luego empecé a entender que Tucán me había dejado el balón a mí.

Lo que significaba que había sido él quien había hecho daño a Marxy.

Lo que significaba que yo era la responsable de que hubieran hecho daño a Marxy.

Cuando volví a casa de la biblioteca, me miré en el espejo y me sentí muy pequeña y estúpida.

—No eres una leyenda —le dije a mi reflejo, y decidí que me iba a quedar en la cama para siempre.

Pero al pasar por delante de mi ordenador vi un mensaje que pensé que jamás llegaría.

—¡Alabado sea Odín! —susurré, e hice clic en el correo electrónico que procedía «Del despacho del doctor Joseph Kepple» y empecé a leerlo.

Querida Zelda:

Mis disculpas por no haber contestado a tus mensajes antes; he estado en el extranjero un tiempo y mi ayudante no me había informado de tus aventuras. No obstante, tus cartas no se parecen a nada que haya recibido antes y casi tengo la sensación de que te conozco.
Leyéndolas veo que has descubierto tú misma a la heroína de tu propia leyenda. Recuerdo que a tu edad me encontraba tan perdido como pareces estarlo tú.
Espero que encuentres lo que buscas. Lo que te puedo decir es que a veces la vida nos encuentra a nosotros y, cuando eso ocurre, tenemos que estar a la altura de las circunstancias y demostrar valor. Y hacemos listas, normas e intentamos poner orden en las cosas, procurando controlarlas, cuando en realidad las partes más importantes de la vida, las que de verdad merece la pena apreciar, son las cosas que no esperamos.
Por favor, no dejes de escribirme.
Atentamente,
Doctor Joseph Kepple
Profesor emérito, Stanford

Releí la carta del doctor Kepple muchas veces. El doctor Kepple había estado perdido, pero se había convertido en un poderoso escritor que lo sabía todo de los vikingos.

La última línea que había escrito era muy poderosa también. Decía que a veces las partes de la vida que son mejores, que es lo que significa «que merece la pena apreciar», son las cosas que no podemos poner en una lista, porque no sabemos que van a pasar, ni que son posibles.

Fue entonces cuando por fin lo entendí.

En muchas leyendas, en las que los héroes tenían que vencer a poderosos villanos, los villanos siempre hacían daño a personas inocentes a las que el héroe quería. Y cuando el villano presiona demasiado al héroe, este va a la batalla.

El héroe de una leyenda vikinga es siempre más pequeño que el villano. Eso es lo que lo convierte en una leyenda. Tucán era más grande que yo. Eso no importaba. Lo que importa es el tamaño de

tu corazón. Como en la película *Karate Kid*, donde un luchador más grande que el protagonista le da una paliza, hasta que el chico utiliza su técnica especial, la patada de la garza, para vencer a su oponente. El valor hace al héroe. Yo no soy grande, salvo cuando se trata de valor y de proteger a la gente a la que quiero, como a Marxy y a Gert.

Inspiré hondo muchas veces antes de darme cuenta de que mi leyenda estaba llegando a su fin. Me quedaba un villano por vencer, según mi lista.

En las leyendas vikingas, el héroe va a buscar al monstruo a su cueva. Yo no tenía la dirección de Tucán. No estaba en el sistema de la biblioteca como la de Hendo, pero sabía que había un sitio donde podía encontrarlo, donde él y su tribu pasaban el tiempo fumando y siendo villanos.

Cogí mi espada vikinga. Con la ayuda de un clínex, la hice brillar mucho, luego me la guardé en la mochila. Sobresalía, así que la envolví en una camiseta vieja y preparé mi corazón para la batalla.

33

El sitio por el que Tucán iba mucho estaba enfrente de una tienda donde vendían tabaco y que olía fatal. Le gustaba sentarse en una silla de plástico y fumar, y a veces la gente iba a verlo. Gert había ido a verlo un montón de veces, y a veces yo lo veía sentado ahí cuando iba en el autobús hacia la biblioteca.

Tucán no estaba en su silla de plástico, sino que había otro hombre allí. Era el Gordo. Estaba mirando el móvil y bostezando.

Se levantó de la silla al verme. Me preguntó qué hacía yo en el lado equivocado de las vías. Le dije que no sabía de lo que hablaba porque las vías del tren que atraviesan la ciudad no pasan ni siquiera cerca de donde vivo.

—Vivimos los dos al mismo lado de las vías —le dije.

—Lo que tú digas. —Tenía una manzana en la mano y empezó a comérsela.

—Quiero ver a Tucán —le dije.

Siguió mordiendo la manzana. Cuando se tragó un bocado grande, me dijo que me pusiera a la cola. Miré alrededor y no había ninguna cola.

Me preguntó si de verdad era tan retrasada.

—Es una metáfora, estúpida —me dijo, tirando el resto de la manzana.

—Tú estás gordo y eres feo de cojones —le dije yo, algo que siempre había pensado pero nunca le había dicho, porque reírse de alguien por su sobrepeso o por cosas que no puede controlar, como el aspecto de su cara, es tan malo como reírse de alguien por ser retrasado. Pero no lo pude evitar.

No se movió.

—Que te den por culo —me dijo, y siguió mirando el móvil.

—No quiero que me den por culo. Quiero ver a Tucán. Sé dónde encontrar a Hendo.

Dejó de jugar con el móvil.

—¿Qué acabas de decir?

—Que sé dónde encontrar a Hendo y la bolsa de deporte que Tucán busca en su cruzada —dije.

Me dijo que se lo dijera y que él le pasaría la información a Tucán. Negué con la cabeza y le dije que era mi leyenda.

—Soy yo quien se lo dirá y quiero que me lleves con él.

—No, me parece que no —dijo el Gordo.

—O me llevas con él o lo encontraré yo misma sin tu ayuda.

El Gordo suspiró y dijo:

—Vale, como quieras.

Me dijo que esperara. Me dio la espalda e hizo una llamada con el móvil.

—¿Zelda, no? —me preguntó. Yo asentí con la cabeza.

Lo dijo al teléfono. Yo me crucé de brazos. Se metió el móvil en el bolsillo y me dijo que fuera con él.

—¿Por qué no viene él a mí?

Sabía una cosa de la batalla: es preferible luchar en terreno neutral. «Neutral» significa que nadie tiene ventaja. Ir hasta Tucán significaría que él tendría la ventaja. En los deportes, el equipo local juega con ventaja. Ir a jugar al gimnasio de otro equipo es entrar en territorio enemigo.

El Gordo señaló un coche aparcado en la calle.

—¿Vienes o te quedas? Tengo cosas mejores que hacer que entretenerme con chorradas.

Llevaba mi espada vikinga y sabía que en las leyendas los héroes no siempre ganan, pero que, más que ganar, el héroe vikingo debe ponerse en pie cuando llega el momento. Inspiré hondo y avancé hacia el coche.

El Gordo no habló conmigo mientras me llevaba allí en el coche. Gert me había dicho que nunca me subiera a un coche con desconocidos. El Gordo puso su música rap en el equipo estéreo y fumó. Mientras avanzábamos, empecé a preguntarme qué estaba haciendo, si de verdad me iba a meter en más líos de los que Gert tuviera que sacarme.

No era el pensamiento adecuado. No puedes tener miedo. Al vikingo que entra en batalla pensando que lo van a vencer lo vencen. Metí la mano en la mochila y procuré agarrar la espada

vikinga por dentro, por si tenía que sacarla para defenderme. El Gordo me preguntó si necesitaba que encendiera el aire acondicionado.

—No —le dije.

—¿Te importa que lo encienda? —preguntó.

—No, adelante.

—Guay —dijo el Gordo, encendiendo el aire acondicionado. Condujo un rato, luego bajó la música.

—Bueno, ¿qué pasa con Gert? —me preguntó.

—¿A qué te refieres?

El Gordo movió la cabeza de un lado a otro.

—No sé. Está hablando con la policía.

Redujo la velocidad en un *stop*, pero no llegó a parar del todo, que es lo que se conoce como «saltarse un *stop*». Me acordé de cuando la policía paró a Gert por saltarse las señales de *stop* y él vomitó.

—Si no te gusta la policía, deberías frenar de verdad en las señales de *stop*. A Gert lo paró una vez un policía por no frenar del todo.

El Gordo rio un poco.

—Ya. En este barrio no.

Pisó a fondo el acelerador y el coche aceleró tanto que me estampó contra el asiento. Volvió a poner la música.

No tuvo que conducir mucho para que yo reconociera adónde íbamos, y luego paró al lado de una casa. Era la casa de Tucán, a la que Gert me había llevado antes, con los setos y el césped y su bonito coche rojo aparcado delante.

—Vamos allá —dijo el Gordo, apagando el motor.

Me quité el cinturón y abrí la puerta. Él no llevaba cinturón, una estupidez por su parte. Se bajó también.

El Gordo hizo girar las llaves en los dedos. Sonaron mientras daban vueltas y vueltas, y entonces se le cayeron al suelo en los escalones que llevaban a la puerta principal. Paró a recogerlas.

Cuando llegamos a la puerta, la abrió y me dejó pasar primero. Iba a darle las gracias, pero no se le dan las gracias a un villano, así que hice un gesto con la cabeza y entré. Me aseguré de que, si hacía falta, podía sacar mi espada vikinga y atacar.

La casa estaba a oscuras. Solo había una luz en un rincón. El resto

de la luz era amarilla porque entraba a través de las cortinas. Sonaba música bajita en alguna parte. El Gordo me dijo que esperara y me señaló el sofá.

—Me ha dicho que te sientes allí —dijo el Gordo.

—Vale —contesté yo.

El Gordo volvió a salir por la puerta. Antes de cerrar, me preguntó si le podía decir a Gert que Big Mike le mandaba saludos.

—Se lo diré —contesté yo.

—Guay —dijo el Gordo, y salió por la puerta, avanzando despacio porque era tan grande que casi no cabía por el hueco.

Cuando se fue, entendí que la batalla estaba cerca. No había pensado en qué decirle a Tucán. Solo sabía que tenía que vencerlo. Me pregunté si vendría e intentaría atacarme, como en las leyendas del libro de Kepple, o si tendríamos una conversación, como Luke Skywalker y Darth Vader, antes de sacar nuestras armas y batallar. Saqué la espada vikinga y me la metí por el cinturón, para que, si era necesario, pudiera desenvainarla y vencer al mal.

—Zelda —dijo Tucán, entrando en la habitación. Iba fumando y se rascó la barbilla cuando me vio—. Me alegro de verte. Mi casa es tu casa —dijo en español—, ¿recuerdas?

—He venido a pararte los pies —dije yo—. Eso es lo que he venido a decirte.

El cigarrillo que se estaba fumando Tucán se puso de color naranja fuerte por la punta. A Tucán le salió humo por la nariz, como les sale a los monstruos. Rio y entonces le salió también por la boca.

Cuando Beowulf venció a Grendel, tuvo que conseguir no asustarse, a pesar de que Grendel era el mayor villano que había visto. Tucán daba miedo. Sentí como si llevara un pajarillo dentro, chocando contra las paredes de mi cuerpo y queriendo salir. Para calmarme, me miré los zapatos y empecé a contar hasta diez.

—¿Te está dando un ataque o algo? —dijo Tucán.

—Me has declarado la guerra haciéndole daño a Marxy. Le robaste su balón de baloncesto y le hiciste daño, igual que a Gert. —Me puse más derecha de lo que había estado nunca—. Te voy a parar los pies.

Esperaba que Tucán se pusiera en posición de batalla, pero no se movió, ni siquiera cambió de expresión.

—No tengo ni idea de qué me hablas. ¿Por qué no nos sentamos y hablamos de esto como adultos? —dijo, señalando el sofá.

Le dije que no quería sentarme. Quería que dejara en paz a Gert, que dejara en paz a Marxy y también que dejara de vender drogas.

No parecía que quisiera luchar. Mientras escuchaba, asentía con la cabeza y decía «vale» todo el tiempo.

Así no era como sucedían las batallas. Él no llevaba arma ni se ponía en posición de lucha. Le dije que el que nos dejara en paz era un ultimátum y que no íbamos a negociar.

Cuando terminé de hablar, dije:

—Estos son mis ultimátums.

Tucán se chupó los dedos y apagó el cigarrillo pellizcándolo. Luego puso lo que quedaba en un cenicero de la mesa. Me preguntó si había terminado.

—Hay una cosa más.

Me llevé la mano al cinturón y saqué mi espada vikinga. La sostuve delante de mí y me puse en posición de lucha.

Tucán silbó.

—Vaya, mira eso —dijo—. Parece peligrosa. ¿Seguro que sabes usarla?

Le dije que iba en serio, que si no prometía que nos iba a dejar en paz a Gert, a Marxy y a mí, tendría que usarla. Cruzó los brazos y se acercó un paso.

Fue un paso lento.

Moví la espada vikinga hacia delante para demostrarle que si se acercaba más, atacaría.

—Quédate donde estás —le dije.

Tucán dio otro paso.

—¿Y si hago esto? —preguntó, y dio otro paso, hasta que estuvo lo bastante cerca para que lo atacara.

—Te he dicho que…

Descruzó los brazos y, con una mano, me agarró de la muñeca. Me retorció el brazo hasta que me dolió tanto que no pude seguir sujetando la espada y tuve que soltarla. Luego me agarró del pelo con la otra mano.

—¡Para! —le dije, pero no paró. Me tiró tan fuerte del pelo que caí a cuatro patas delante de él.

Me sujetaba tan fuerte que parecía que iba a sacarme el cerebro

de la cabeza. Se me empezaron a empañar los ojos de los calambres que me producía por todo el cuerpo.

—¿Qué? —Siguió tirando y me levantó para que lo mirara—. ¿Qué decías?

Quise morderle, pero me tiró aún más del pelo y no pude hacerlo. Luego me soltó de un empujón fuerte. Mi espada estaba en el suelo, a mis pies, pero conseguí sacarme el móvil del bolsillo.

En marcación abreviada, el dos llamaba a

AK

47.

El teléfono sonó una vez y contestó. Yo estaba llorando tanto que las lágrimas y los mocos manchaban la pantalla.

—¿Dónde mierda estás? —me preguntó—. Me tenías preocupada de cojones.

—Socorro —le dije.

—¿Qué? ¿Dónde estás?

Tucán me quitó el móvil, y me agarró del pelo otra vez y me llamó hija de puta y otras palabras feas.

Intenté apartarme de él y me dio un bofetón que hizo que me lloraran aún más los ojos. Me dio un montón de bofetadas, en la misma parte de la cara, y pensé que se me iba a caer la boca.

Me había vuelto a hacer pis encima. Estaba caliente y me picaba la piel.

Mientras me pegaba, Tucán me dijo que olía a pis y me llamó asquerosa e hija de puta por mancharle el suelo. Volvió a pegarme y me dijo que cerrara la boca. Luego me levantó del suelo y me dobló encima del sofá, de forma que yo tenía el vientre apoyado en la parte donde pones los brazos.

—¿Crees que tu novio te folla bien? —me dijo al oído—. Va siendo hora de que sepas cómo lo hace un profesional.

Me bajó los pantalones hasta los tobillos. Noté que me estrujaba las piernas y me las arañaba.

—Por favor —le dije, pero pesaba tanto que yo no podía moverme.

Tucán me puso una pierna entre las mías y me las separó.

En algún sitio que yo no veía, oía al grendel riéndose y haciendo su gruñido que sonaba como a lobos. Mi cuerpo gritaba por dentro, pero él me empujaba tan fuerte hacia abajo que todos esos gritos se

quedaban atrapados dentro.

Fue entonces cuando el Gordo entró en la habitación. Abrió deprisa la puerta y nos vio. Yo no lo veía, salvo un poquito con el rabillo del ojo. Aún me notaba la mano de Tucán en la espalda, pero ya no me pesaba tanto encima.

—¿Qué? —preguntó Tucán.

Oí al Gordo decir:

—Es que…

—¿Es que qué?

Tucán se subió los pantalones. Oí cómo se subía la cremallera. Aunque ya no estaba atrapada, no me podía mover.

—No sé de dónde ha sacado mi número, pero es la novia de Gert. Al teléfono —dijo el Gordo, sosteniendo en alto su móvil.

—Vigílala —dijo Tucán, señalándome. Le cogió el teléfono al Gordo y se fue a otra habitación.

Me dolía la tripa de lo fuerte que me había estado empujando contra el brazo del sillón. El Gordo esperó a que se fuera Tucán para preguntarme si estaba bien.

Noté que me caía al suelo. Cerré los ojos y dije que me quería ir a casa, que por favor me llevara a casa, o a donde fuera, por favor, por favor.

—Toma —me dijo el Gordo—. Coge esto. —Me dio una manta. Empecé a llorar—. Joder —dijo el Gordo—. Esto es una mierda —añadió.

Tucán volvió a la habitación.

—¿Qué haces?

—Tío, está hecha polvo —dijo el Gordo.

—¿Y…?

—Pues eso —dijo el Gordo—. Tío.

Tucán le dijo al Gordo que me llevara al sótano.

—Ahora me ha llenado de pis toda la puta manta. ¿Crees que me hace gracia?

El Gordo negó con la cabeza y empezó a decir más palabrotas por lo bajo. Tucán se acercó al Gordo hasta que sus caras casi se tocaron. El Gordo volvió la suya para mirar a otro sitio.

Tucán le agarró la cara con la mano y le dijo:

—¿Qué?

—Nada —dijo el Gordo.

—Decías algo.

—No —contestó el Gordo—. No decía nada.

—Bien —dijo Tucán, y me dijo que me subiera los pantalones, que estaba harto de mirarme.

El Gordo me tocó el brazo. Yo intenté subirme los pantalones, pero estaban mojados y no subían del todo. El Gordo quiso ayudarme y Tucán le dijo que me cogiera en brazos.

—Pesa como un kilo —le dijo Tucán.

El Gordo me cogió por la cintura. Yo no me veía capaz de moverme ni de decir nada.

—A ver, vamos a calmarnos un poco —dijo el Gordo, y me llevó al sótano, yendo muy despacio. Mi cuerpo no se movía.

Allí abajo había un colchón y me dejó encima. El colchón olía mal, a pis, pero yo también olía a pis. El aire frío del sótano me puso la carne de gallina en las piernas mojadas, y empecé a temblar.

—¿Estás bien? —me preguntó el Gordo, sin mirarme.

—Tengo frío —dije.

—Sí —dijo, sin mirarme, con la mirada clavada al techo.

Buscó una manta. Me dolía el cuerpo de lo fuerte que Tucán me había aplastado. El Gordo me puso la manta por encima.

—¿Puedes decirle a Gert que yo no he tenido nada que ver con esta mierda? —me preguntó el Gordo.

Me envolví todo lo que pude en la manta, me llevé las rodillas al pecho y me las froté hasta que dejé de temblar tanto.

El Gordo empezó a subir la escalera, que crujía con su peso. Entonces se paró y volvió a bajar. Oí a los grendels, gruñendo en algún sitio donde no podía verlos.

El Gordo se acercó y se plantó delante de mí.

—Mierda —dijo. Se agachó. Le crujieron las rodillas—. Voy a dejar la puerta de atrás abierta, ¿vale? ¿Me oyes? —Como no decía nada, me apretó el brazo—. ¡Eh, escúchame!

—Por favor, no me dejes —le dije, aunque el Gordo no era de mi tribu. De repente, yo estaba tan abrazada a él como él a mí. Le vi los ojos llorosos—. Por favor, ayúdame.

—Subes, giras a la izquierda y sales por la puerta de atrás. Hay una puerta en la tapia. Pasa por ahí, ¿vale?

Me tocó el brazo y noté que todo mi cuerpo se tensaba y

temblaba.

—Espera diez minutos y luego ya puedes salir por ahí. ¿Entendido?

—Sí —dije.

El Gordo se levantó. Le colgaban los pantalones por debajo de la cintura, así que se los levantó. Subió la escalera y no miró atrás.

34

No sé cuánto esperé, solo que cada vez que intentaba contar sesenta segundos me olvidaba de cuántas veces lo había hecho. Tardé un montón en ponerme de pie. Tenía los pantalones mojados y ya no quería llevarlos. La humedad me quemaba las piernas. En algún lugar, en la oscuridad del sótano, el grendel gruñía.

Cerré los ojos y le dije que se callara, que se callara, y lo dije en alto:

—¡CÁLLATE!

Subí la escalera despacio, procurando no hacer ruido.

Tucán hablaba con alguien en el salón. Fui por donde el Gordo me había dicho, salí al jardín y empecé a correr hacia la tapia donde estaba la puerta.

Cuando llegué a la puerta, vi el coche de
AK
47. Estaba aparcado delante. Me había encontrado.

Había venido a salvarme y estaba dentro con Tucán y los grendels.

Me senté en el suelo, me agarré la cabeza y le dije a todo que SE CALLARA, a todas las cosas malas que habían pasado. Y pensé en la vikinga de la tumba que se había hecho tan legendaria que ahora, mil años después de su muerte, aún hablaban de ella.

Me acerqué a una ventana e intenté mirar dentro, pero solo podía ver por una rendija de la ventana. Cuando pegué la nariz al cristal, vi a
AK
47 en el salón y a Tucán con ella.

El Gordo se me acercó por la espalda y me cogió del brazo.

—¿Estás loca? Te he dicho que salieras de aquí.

—Mi amiga está dentro —dije, soltándome de él.

—¿Qué crees que va a pasar si se entera de que te has ido?

—Tengo que salvarla. ¿Me ayudas? —le dije—. Tú puedes ayudarme a vencerlo.

—Tienes que irte de aquí, eso es lo que tienes que hacer.

El Gordo negó con la cabeza, dijo «Tío» otra vez y se fue alejando.

Aún me ardían las piernas del pis, y me dolía la tripa y la cara de los golpes que me había dado. Todo había salido mal. Y tenía miedo, más miedo del que había tenido en toda mi vida. Recordé que había tenido miedo de tío Richard cuando le había pegado a Gert con la botella de cerveza y le había gritado.

Pero estaba harta de tener miedo de los grendels y de los villanos como Tucán y tío Richard que quieren hacer daño a personas inocentes.

Aun sin mi espada vikinga, que estaba dentro en alguna parte, decidí que lucharía y salvaría a

AK

47 y a Gert y al mundo.

Levantándome y poniéndome todo lo derecha que pude, susurré: «*Skeggǫld, skálmǫld, skildir ro klofnir*», un grito de batalla vikingo, y le dije a Tyr, el dios vikingo de la guerra, que necesitaba fuerza y valor.

Entré en la casa por la puerta de atrás y seguí por el pasillo hacia el salón, donde Tucán y

AK

47 discutían. Pasé por la cocina, con las botellas marrones de cerveza vacías, y los cigarrillos en el fregadero, y la maría en bolsas y las cartas de juego extendidas por la mesa.

Al acercarme, pude oírlo hablar. Luego los vi.

AK

47 estaba enfrente de Tucán.

Tenía la pistola de Gert en la mano.

—¿Dónde está Zelda? —le gritaba ella.

Tucán no tenía los brazos levantados. Seguía fumando y decía que no tenía ni idea de dónde estaba yo.

Fue entonces cuando

AK

47 me vio y dijo mi nombre, y bajó la pistola de forma que ya no

apuntaba a Tucán.

Ese tiempo le bastó a él para atacar.

Tucán era muy rápido y, antes de que

AK

47 pudiera protegerse, le pegó de la misma forma que me había pegado a mí, y luego le quitó la pistola. Mi cabeza empezó a acelerarse, y cogí el cenicero y se lo tiré. Le rebotó en el brazo y cayó al suelo.

—¡Apártate de ella! —le grité.

Como yo lo estaba distrayendo,

AK

47 placó a Tucán como Gert placaba a otros jugadores en el fútbol. Se lanzó a su estómago y a él le salió el aire por la boca y cayó como un árbol.

—¡Vete! —me dijo

AK

47, tirándose encima de Tucán.

Tucán no tardó mucho en quitársela de encima. La agarró por las muñecas y le dio otro puñetazo. La llamó bollera y putita.

Yo no salí corriendo. Tenía los pies pegados al suelo.

AK

47 hizo un ruido como de un animal al que están estrujando demasiado fuerte.

—¡Zorra! —le dijo Tucán, y volvió a pegarle. Empujó la cabeza de

AK

47 contra la moqueta y brotó sangre. Volvió a pegarle, y entonces cogió el cenicero y le pegó con eso también.

Ella cerró los ojos y abrió la boca a la vez, como un pez.

Los grendels se arrastraban por debajo de la moqueta y por dentro de las paredes, arañándolo todo. La casa entera se estaba volviendo un grendel.

Vi la espada vikinga. Estaba debajo del sofá. No sé cómo había llegado allí.

A lo mejor Odín la había puesto allí para mí, para que salvara con ella a

AK

47, a la que Tucán estaba pegando una y otra vez. De pronto, él

tenía la pistola y le estaba pegando en la cara con ella. Él le daba y los grendels gritaban más alto, y entonces parpadeé y Tucán se había convertido en un grendel que iba a devorar a
AK
47 con su boca gigante.

Los grendels eran la voz de tío Richard pegando a Gert y gritándole, la voz de sus dedos en mi piel, la voz de Hendo diciéndome que era fea y estúpida y retrasada, la voz de las células cancerígenas de mi madre invadiéndolo todo dentro de su cuerpo hasta que no quedaba nada más que cáncer y muerte.

La voz del grendel me decía que no iba a ser una heroína, que ya no hay vikingos y que a
AK
47 le estaban haciendo daño y era por mi culpa. Todo era por mi culpa.

Entonces oí la voz del doctor Laird. Me decía que no era culpa mía. Y la voz del doctor Kepple, diciéndome que a veces la vida nos encuentra a nosotros y que, cuando eso ocurre, debemos estar a la altura de las circunstancias, aunque tengamos miedo.

«Eres una heroína», me dijo su voz. Y entonces
AK
47 intentó darle un puñetazo a Tucán, a pesar de que era pequeña y sangraba debajo de él. Aquello fue lo más heroico que yo había visto jamás.

Cogí la espada vikinga y solté un grito vikingo de batalla con ella en alto.

Hice uno de los ataques que había ensayado, la cuchillada, y le hice un corte con la espada en el brazo con el que sostenía la pistola.

—¡Detente! —le grité, más fuerte que todos los grendels del mundo.

Le sangraba el brazo y, con él en alto, gritaba:

—¡Cabrona!

Vino hacia mí y de pronto paró, como si hubiera chocado contra una pared invisible. Abrió mucho los ojos.

—Aaah —dijo, y a su espalda vi que
AK
47 tenía la pistola y le había disparado por la espalda al estómago.

Esperé un buen rato, incapaz de moverme, antes de coger el móvil de
AK
47 y llamar a emergencias.

35

En comisaría me hicieron muchas preguntas sobre lo ocurrido. La agente de policía que me había dado la tarjeta estaba allí y me preguntó si había sido yo quien le había clavado la espada vikinga en el brazo a Tucán. Dentro de mí explotaban las cosas, pero ninguna de las palabras quería salir. Seguían atascadas. Cada vez que pensaba algo, el pensamiento se pegaba a las palabras que ya tenía atascadas dentro y se hacía una pelota cada vez más grande, hasta que creí que iba a vomitar.

Me pareció que había dejado de funcionarme el corazón, pero cuando me puse el dedo en el cuello, seguía latiendo.

La mujer policía le dijo a otro agente que me llevara al hospital y se quedara allí conmigo. Les preocupaba que los amigos de Tucán se fueran a enfadar e intentaran hacerme daño, o hacer daño a AK47, que estaba dormida y no se despertaba.

—Es solo por precaución —dijo la policía.

Estaba sentada en una sala de espera del hospital, con el policía plantado en el otro extremo de la sala, leyendo una revista. A AK47 la habían llevado a urgencias en una ambulancia mientras yo estaba en comisaría. Cuando apareció el doctor Laird en el hospital, fue la primera vez que lo veía fuera de su consulta. Llevaba un abrigo marrón que le llegaba hasta las rodillas.

Me vio y le dijo algo al policía, y le enseñó un carné de la cartera. Luego se acercó a mí y, antes de decir nada, me dio la pelotita antiestrés. No la quise.

Miré fijamente la pared de su espalda, donde había un cuadro de una playa en verano. Deseé más que nada en el mundo estar ahí con Gert y

AK
47, en la playa, debajo de la palmera.

—Imagino cómo te sientes —me dijo el doctor—. He venido en cuanto me he enterado.

Yo quería seguir enfadada con él por haber llamado a la policía y haber metido en un lío a Gert, pero no podía. No solo era mi médico, también era mi amigo, y miembro de mi tribu y el hombre sabio de mi leyenda. A veces, por el bien común, los miembros de la tribu tienen que hacer cosas que duelen al principio.

—Me siento como una pinchamierdas —le dije.

El doctor Laird me volvió a ofrecer la pelota antiestrés.

—¿Seguro que no la quieres?

Esa vez la cogí y la estrujé.

Se quedó una hora, escuchándome, dejándome llorar. No anotó nada y me dio un paquete de clínex para que me sonara la nariz. Le conté todo lo de Tucán, que había muerto antes de que llegara la policía. Yo debía sentirme poderosa y heroica, pero no me sentía ninguna de las dos cosas. Tucán había intentado hablar conmigo mientras se moría por la sangre que le salía del agujero que le había hecho la bala. Me había tendido la mano y yo se la había cogido. Me había recordado al bebé de Hendo, Artem, cuando me había enroscado los deditos en un dedo.

Tucán no había podido agarrarse a mi mano mucho rato. Al final se la había cogido yo hasta que él me había soltado y yo lo había soltado y se había vuelto un cadáver y dejado de ser una persona.

—Me he olvidado de que era un villano —le dije al doctor—. Era una persona que se estaba muriendo, y
AK
47 intentaba apartarme de él. Y después también ella ha empezado a morirse y yo no sabía qué hacer.

—En la vida, a veces no solo hay héroes y villanos, no es tan simple —me dijo el doctor Laird, acercándose hasta que le pude ver los ojos de cerca, que eran verdes, aunque yo siempre había creído que eran azules—. Pero quiero que sepas que has sido muy valiente y que eres heroica. Podrías haber huido de tus problemas. Muchos hacen eso.

—Ha hecho un ruidito —le dije al doctor, pensando en cuando Tucán había abierto la boca, pero no le había salido ninguna

palabra, solo el ruidito.

Y entonces me eché a llorar otra vez.

—Vale —dijo—. Lo sé. —Y me puso la mano en el brazo, con su anillo de boda grande y sus nudillos peludos.

Nos quedamos sentados en las sillas de la sala de espera, el doctor Laird con la mano en mi hombro y yo hecha una bolita en el asiento.

—¿Podemos hablar de algo? —le pregunté.

—¿De qué?

—De lo que sea menos de lo que está pasando.

El doctor olía a champú y a ropa limpia recién sacada de la lavadora, y me habló de todas las cosas interesantes que estaba aprendiendo su hija en la universidad, como que las mariposas saborean las cosas con los pies y que las estrellas de mar eran de los pocos animales que tienen dos estómagos y uno lo pueden expulsar de su cuerpo.

—Qué asqueroso —dije yo.

—Muy asqueroso. Lo usan para comerse así a las ostras.

Nunca me había hablado de su familia. Ni siquiera sabía que tenía una hija. Teníamos por norma que él nunca hablaba de sí mismo ni de su vida ni de su familia. Le pregunté por qué ya no le parecía mal hablarme de su familia.

—Supongo que esto es distinto.

—Sí —dije yo.

El doctor Laird se miró las manos.

—Creo que no te he estado ayudando tanto como podría y me siento responsable de buena parte de esto. —No entendí a qué se refería. Él siguió estrujándose las manos y empezó a respirar como si fuera a decir algo, pero luego no lo hacía—. Debí haber estado más preparado, con tus antecedentes personales.

—Mis antecedentes personales.

—Con tu historia familiar, quiero decir. Con tu tío.

—Ah. —Jugué con las manos porque me costaba menos hablarles a ellas que al doctor Laird—. Tío Gilipullo.

—Sí, tío Gilipullo.

Salió el médico y dijo que podía ver a

 si quería. El doctor Laird y yo nos levantamos.

—Bueno… —dijo, y me tendió la mano. Yo la cogí y se la estreché.

—¿Podemos darnos otro abrazo? —le pregunté.

—Sí —contestó—, podemos abrazarnos. —Y lo abracé. Quise devolverle la pelota antiestrés, pero me dijo que mejor me la quedara—. Cuando te parezca que vas a reventar, dale un buen apretón.

AK

47 no compartía habitación con nadie. El policía que me vigilaba entró conmigo y con el médico en la habitación. El médico descorrió la cortina que colgaba del techo y rodeaba la cama de

AK

47.

La persona que estaba en la cama no se parecía a

AK

47. Parecía una muerta de las que salen en las series policíacas de la tele. Su piel no brillaba como de costumbre y se le veían unas venitas rosas en los párpados. Le entraba un tubo por la boca y el ordenador que tenía al lado de la cama daba pitidos como de videojuego, como si ella se hubiera convertido en un videojuego que el ordenador convirtiera en sonido.

—¿Está bien? —pregunté.

El doctor se aclaró la garganta.

—No estamos seguros del todo. Ha sufrido lesiones neurológicas importantes y ha perdido bastante sangre.

—¿Qué significa eso?

—Significa que habrá que hacerle más pruebas.

El médico me dijo que podía sentarme con ella hasta que llegara Gert. Aún estaba en la comisaría. Le pregunté al policía cuánto tardaría.

—No sé —contestó—. Ya no debería tardar mucho.

Había una silla junto a la cama y me senté en ella.

AK

47 tenía la mano hacia arriba y llevaba un tubo por dentro sujeto con cinta. Le apoyé la mano encima.

Me quedé una hora entera con

AK

47, hablándole como si estuviera despierta. A veces, en mi cabeza,

ella me contestaba, o al menos me venían a la mente palabras que yo pensaba que ella me diría. Esas palabras me pedían que rezara por ella.

—Sé que aún estás ahí dentro —le dije—. Encontraré una forma de que todo el mundo lo vea.

En circunstancias normales, habría rezado como rezábamos Hamsa y yo, él a su dios musulmán y yo a Odín y al resto de los guerreros del Valhalla y a las nornas, y les habría pedido que eligieran otro día para que muriera

AK

47, pero ya no estaba segura de creer en nada de eso. Ya no sabía si creer en Odín, ni en que las personas buenas podían ir a un sitio como el Valhalla después de su muerte.

AK

47 era una buena persona y le había ido muy mal, como a Tucán, que ya no volvería a estar vivo.

A lo mejor merecía la pena rezar, aunque ya no creyera en ello.

—Odín —dije, cerrando los ojos—, POR FAVOR, AYUDA A

AK

47 A DESPERTAR. PROMETO HONRAROS A TI, Y A ELLA Y A TODOS LOS QUE HABITAN EN EL VALHALLA.

Debí de decirlo muy alto, porque entró la enfermera y me preguntó si todo iba bien.

—He oído gritos —dijo.

—Estaba gritando mi oración por

AK

47 —le dije yo, y como la enfermera seguramente no sabía que yo la llamaba así, se la señalé para que supiera que era por ella por quien yo gritaba mi oración.

—Vale —dijo la enfermera—, igual podemos intentar rezar un poco más bajo. Hay otros pacientes que necesitan descansar.

Sonrió y yo le dije que de acuerdo, que yo ya había gritado mi oración del día.

AK

47 no tenía familia y había elegido a Gert como la persona que debía decidir cuándo se la podía quitar de la máquina que la ayudaba a respirar y a comer. Estábamos en el hospital, de pie a su alrededor. A Gert no lo habían detenido, pero tenía que volver

luego a comisaría porque era una parte muy importante de los planes de la policía para otros como Tucán.

Gert estaba hablando con el médico, que decía que era posible que

AK

47 no despertara. Ya tenían los resultados de las pruebas que le habían hecho y no eran buenos. Tucán le había pegado muy fuerte en el cerebro y le había entrado sangre ahí, y eso era muy malo.

—Pero su cuerpo está vivo —dije yo.

El médico dijo que nos dejaba solos para que habláramos y cerró la puerta. La máquina de

AK

47 soltaba pitidos distintos. Gert y yo nos quedamos vigilándola, el uno pegado al otro. Al otro lado de la ventana, junto a la cama de

AK

47, había un edificio de oficinas alto. Yo veía a un montón de personas moviéndose por dentro. Me recordaron a las hormigas. Me pregunté si ellos también mirarían por la ventana y nos verían y se preguntarían qué hacíamos que nos tenía tan tristes y deprimidos.

—Joder, joder, joder —dijo Gert, y se acercó a la ventana y pegó la cara en el cristal.

A

AK

47 le sobresalía un pie por debajo de la sábana. Aún tenía restos de esmalte plateado en las uñas. Yo llevaba encima un cortaúñas, porque en el libro de Kepple se dice que, cuando un guerrero muere, hay que cortarle las uñas para que no puedan usarlas para construir un barco que se llama Naglfar en el que llegue Ragnarok, el fin del mundo.

Fui dedo por dedo.

—¿Qué haces? —me preguntó Gert.

—Salvar al mundo poniéndole fin —contesté.

AK

47 ya no tenía las uñas largas, la enfermera debía de habérselas cortado, pero quedaba suficiente para cortar y yo me guardé los trozos en la mano. Cuando fui a cortarle las de las manos, le palpé los dedos. Se movían como yo quisiera. Ya no había una

AK

47 que les dijera que fuesen en una dirección o en otra.

Gert se acercó.

—¿Puedo cortarle algunas yo también?

Le di el cortaúñas.

—Ten cuidado —le dije—. No le gustan demasiado cortas.

Gert rodeó la cama despacio. Le quedaban cinco dedos por hacer y se fue guardando las uñas en la mano.

Pensé en Tucán, en que ahora ya era un cadáver con ojos de caballo. Lo que más miedo me había dado había sido que abriera la boca como si fuera a gritar sin que saliera nada de ella. Ya no le quedaba alma dentro.

De pronto, Gert retrocedió de un salto.

—¡La hostia! —dijo.

AK

47 parpadeaba.

—¿Qué estáis haciendo, grillados? —dijo.

Su voz no era normal, pero era la voz de una persona viva.

36

Gert dejó de ir a los cursos de verano. Decía que le resultaba imposible concentrarse en recuperar los créditos que había perdido mientras
AK
47 estaba en el hospital, y venía a verla. A veces discutían y yo esperaba fuera y, cuando volvía a entrar, me los encontraba a los dos juntos en la cama de hospital, cogidos de la mano, a Gert con la cabeza apoyada en el hombro de
AK
47 y los ojos cerrados.

Yo iba a verla todo lo que podía, que no era todos los días porque cada vez trabajaba más horas en la biblioteca.

Al principio tenía que ir en silla de ruedas, porque su cerebro ya no sabía hablarles a sus piernas. Luego le enseñó a hablar con la ayuda de un fisioterapeuta que le hacía practicar primero moviendo los dedos de los pies y luego las piernas.

—¿Alguna vez has oído hablar en japonés? —me dijo
AK
47—. Pues es algo así. Mi cerebro habla japonés y mis piernas no le hacen ni caso.

Un día pudo caminar con un andador, un pie detrás de otro, muy despacio.

Gert y yo la aplaudimos cuando nos enseñó el andador, que se plegaba, y luego, cuando empezó a dar pasos sin él, solo con un bastón de metal, yo canté sus alabanzas.

Pudo volver a su apartamento. Gert quería que se quedara en nuestra casa. Ella dijo que era importante que hiciera las cosas sola, y eso enfadó a Gert al principio.

Después, Gert volvió a los cursos de verano.

—Deberías preocuparte por eso, no por mí —le dijo ella.

Un día,

AK

47 llamó a la biblioteca mientras yo estaba trabajando y dijo que necesitaba hablar conmigo.

—Ven sola —me dijo, y yo pensé que el cumpleaños de Gert era dentro de menos de un mes y quería prepararle una fiesta colosal.

A lo mejor podíamos contratar al estríper vikingo otra vez, de broma. Le dije que me pasaría por su casa después del trabajo, y cogí el autobús y crucé el parque andando desde la parada del autobús hasta su edificio de apartamentos.

AK

47 me abrió con el telefonillo y cuando llegué a su puerta me gritó que estaba abierto. Entré y vi que había unas maletas negras con ruedas junto a la puerta.

Salió de su cuarto con una mochila al hombro, ayudándose del bastón y avanzando paso a paso.

—¿Quieres ayudarme con esto? —me preguntó, y yo fui corriendo a cogerle la mochila. Me dijo que la dejara con las maletas.

—¿Vuelves al hospital? —le pregunté, porque a veces tenía que pasar allí la noche y se llevaba una bolsa con todo lo que necesitaba.

—No exactamente.

Se sentó en el sofá, muy despacio, y empezó a masajearse la pierna.

—¿Qué significa eso?

—Siéntate —dijo, señalando con el bastón la silla que tenía enfrente—. Quiero hablar contigo.

Me senté.

AK

47 se puso el bastón entre las piernas y apoyó la barbilla en el extremo, en la parte que agarras con la mano.

—Me voy —dijo.

—¿De dónde?

—Me marcho de la ciudad. Del estado. —Sonrió—. Del país no sé, pero igual sí. Depende de cómo me sienta. —Parpadeé, intentando entender lo que decía. Cuando empecé a hablar, levantó

la mano para que callara—. Escucha, he estado pensando en todo esto, en Gert y en mi hospitalización. Hay personas a las que necesito ver, de mi propia familia.

—Pensaba que no tenías familia, que habían muerto todos en Arkansas.

—Arizona, en realidad. Y ya sé que os dije eso, y para mí estaban muertos. No muertos muertos. Solo… —

AK

47 apartó la barbilla del bastón y empezó a darle vueltas despacio como si fuera un tapón—. Llevo un tiempo queriendo ir a verlos, supongo.

—¿Gert y yo vamos contigo? Porque yo tengo que pedir los días libres en el trabajo y, para poder autorizármelo, Carol querría que la avisara con una semana de antelación por lo menos.

—Ay, Zelda, sé que irías hasta al infierno por mí, pero esta vez me voy sola.

Me noté una pelota en la garganta.

—¿Cuándo vas a volver?

En vez de contestar, me pidió que le llevara una cosa.

—Está en mi cuarto. Quería haberlo sacado antes de que vinieras, pero no me ha dado tiempo. Como estoy cojita, algunas cosas me cuestan —dijo, dándose unas palmaditas en la pierna mala.

—¿Qué es?

Levantó el bastón y me dio con él.

—Eh, deja de preguntar. Todo se sabrá. Es un sobre. Está en la mesilla. Tráelo.

Había ropa por la cama y por el suelo. Dentro del armario, colgaban las perchas vacías de una barra metálica que iba de un extremo al otro. Había un sobre en la mesilla en el que

AK

47 había escrito ZELDA.

Se lo llevé y me dijo que lo abriera.

El sobre no estaba cerrado con saliva, así que solo tuve que levantar la solapa. Dentro había unos papeles doblados y, cuando los desdoblé, vi que el primero llevaba pegada con celo una llave.

—Esto es lo que vamos a hacer —me dijo, tendiéndome la mano para que le diera los papeles con la llave, que arrancó y me dio a

mí—. Esta es la llave de mi apartamento. Voy a tener que hacerte un duplicado de la del portal, pero de momento puedes memorizar el código. No es muy difícil y vale para el portal. Te lo he escrito aquí. —Me enseñó los papeles y dio unos golpecitos en la esquina superior, donde había escrito 2-6-0-8—. A ver, en estos papeles —dijo, pasando las hojas— tienes que firmar aquí.

—¿Firmar?

—Eso es. Poner tu firma. La que has estado ensayando. —Le dije que no lo entendía.

AK

47 se inclinó hacia delante y yo hice lo mismo hasta que nuestras caras casi se tocaron—. Con estos papeles te transfiero el alquiler. Ya lo he hablado con el dueño del edificio. Sabe que vas a ocupar el apartamento en mi lugar. Tendrás que darle una copia de tu nómina de la biblioteca, para demostrar que tienes ingresos, pero lo podrás pagar. Yo ya he abonado los próximos meses por adelantado, para que te dé tiempo a acostumbrarte a pagar las facturas. La luz está incluida, internet no. Te he mandado un correo electrónico con todos los detalles, pero casi todo lo sabrás hacer tú sola.

Me recosté en el asiento y la miré fijamente, luego miré el apartamento, que de pronto me parecía muy grande.

—¿Qué piensa Gert de esto? —le dije.

—Citando a mi persona favorita del mundo, que eres tú: Gert no forma parte de esta leyenda. Quiero que el apartamento sea para ti, no para Gert y para ti.

—¿Y por qué no puede ser también para Gert?

Se puso las manos en la nuca y se hundió en el sofá.

—¿Sabes?, he tenido mucho tiempo para pensar, en lo que pasó, en cómo me salvaste, en lo chungas que se pusieron las cosas con esa escoria.

Me miré las manos.

—Aún sueño con él a veces.

—Dios, Zee, y yo. Y no es justo. Nada de eso es justo. Pero esto es lo que pienso: ya has limpiado las mierdas de Gert suficiente tiempo.

—Yo no le limpio sus mierdas —dije—. Gert es muy limpio.

—No lo digo en sentido literal. Me refiero a en la vida. —Suspiró—. No puedes salvar a alguien que no quiere que lo

salven. Dios sabe que yo lo he intentado. Y tú también. A veces las personas a las que queremos también son los monstruos, los… ¿Cómo los llamas tú? ¿Los grendels?

—Gert no es un grendel.

—Igual sí, igual no. Pero no va a ser bueno para ti, ni para nadie, hasta que se encuentre a sí mismo.

Le di vueltas a la llave en la mano. Era plateada y brillante, y mientras le daba vueltas, la luz del metal brillaba en las paredes y en el techo.

—Tiene que escribir su propia leyenda —dije.

AK

47 sonrió.

—Exacto.

—No sé si yo puedo tener mi propio apartamento.

AK

47 se levantó, apoyándose en el brazo del sofá para no caerse.

—¿Por qué no? Siempre me puedes llamar. Y ya se lo he dicho a Big Todd, que te va a organizar inspecciones y a ayudarte. Y el doctor Laird. Además, a lo mejor vuelvo dentro de una semana y te echo una mano con todo el plan —dijo, alzando el puño—. Lo importante es que estés dispuesta a intentarlo. Eso es lo que convierte a alguien en una leyenda.

Le dije que necesitaba tiempo para pensarlo.

—¿Cuándo te vas?

Se puso al lado de sus maletas.

—Yo diría que ya.

Me dieron ganas de impedirle que se fuera, pero no lo hice. Estaba poniendo cruces en su propia lista de cosas que debía hacer.

Nos abrazamos y se fue, y yo me quedé plantada en la puerta. Se subió al ascensor y levantó el puño, y yo levanté el puño también, y desde un extremo del rellano cada una nos hicimos un gesto de toque, aunque estábamos demasiado lejos para chocar los puños.

37

Hay que bendecir todos los hogares vikingos y la mejor forma de hacerlo es celebrarlo con todos tus amigos. Vino Hamsa y Yoda también. Hamsa trajo a su tío, que me deseó un hogar feliz e hizo una cosa con las manos a modo de oración.

Marxy y Sarah-Beth vinieron a la fiesta juntos, pero no me molestó. Me alegré mucho por ellos. Marxy había encontrado a alguien que lo entendía y lo quería.

Su madre me abrazó también.

—Sé que tu madre ya no está aquí, pero creo que estaría orgullosa de ti. —Me trajo una runa nórdica especial para proteger la casa—. Tienes que ponerla junto a la puerta. Da buena suerte y todo eso.

Se detuvo junto a la carta del doctor Kepple que yo había impreso y colgado de la pared con un marco de los que venden en el bazar por un dólar y cincuenta centavos.

—Eso es muy especial —le dije, poniéndome a su lado—. Es del doctor Kepple, que es experto en vikingos. La gente piensa que solo los hombres pueden ser poderosos vikingos, pero se equivoca. Las mujeres como nosotras también podemos ser poderosas.

Pearl sonrió.

—Desde luego que podemos ser poderosas, Zelda.

Big Todd se trajo a su novio, y me ayudó con la factura de internet y me enseñó a generar una deducción automática del alquiler. Carol, la de la biblioteca, también vino. Me trajo dos sujetalibros, para que, cuando empezara mi propia biblioteca, pudiera ponerlos en los extremos y que los libros no se cayeran.

También invité al estríper vikingo de mi fiesta de cumpleaños, que resultó ser gay, y a Big Todd y a Noah les pareció superbuenorro.

Les enseñé mi espada vikinga y un disfraz nuevo que había

pedido por internet que era para vikingas.

Vino también el doctor Laird, al que no esperaba, porque no había respondido a la invitación que le había mandado por correo electrónico.

—Ha venido —le dije.

Llevaba su abrigo largo y venía con su mujer. Supe que era ella por las fotos de su mesa.

—He pensado en hacer acto de presencia. —Echó un vistazo a todos los demás invitados y sonrió. Me presentó a su mujer, que me dio la mano y me dijo que era un honor conocerme. Yo le dije que para mí era un honor conocerla a ella—. Qué sitio tan bonito —me dijo el doctor.

—Gracias —dije.

Me preguntó si estaba Gert, y yo le contesté que lo había invitado, pero no había venido.

Yoda se acercó con una bebida para el doctor Laird y su mujer.

—Soy el repartidor oficial de bebidas —dijo—. Y si quieren les cojo sus abrigos —añadió, tendiéndoles los brazos y llevándose sus abrigos al dormitorio, donde estaban los de todos los demás que habían venido, encima de la cama.

—¿Cree que Gert vendrá? —le pregunté al doctor.

—Puede que sí —dijo él—. Puede que no. Pero, aunque no venga, lo has hecho muy bien. Estoy orgulloso de ti.

Me dijo que quería hablar conmigo a solas, y su mujer le dio un beso en la mejilla y le comentó que iba al lavabo.

—¿Te acuerdas del artículo que te di, el de la vikinga? —Contesté que sí—. ¿Sabes por qué te lo di?

—Para que pudiera convertirme en una heroína —dije.

—Todos somos héroes de nuestra propia vida —dijo—. Eso es así por defecto. Pero quería que vieras que a veces el mundo piensa que algo no es posible, pero resulta que se equivocan. Hasta los científicos famosos se equivocan.

—A veces las cosas más importantes no caben en una lista —dije yo—. Y a veces son cosas que no esperamos. Como este apartamento.

El doctor Laird sonrió.

—A veces las cosas más importantes no caben en una lista. Me gusta.

—A mí también.

Chocamos los puños otra vez.

Seguí esperando a que apareciera Gert, pero no vino. No nos habíamos visto mucho desde que

AK

47 se había ido. Ella no le dijo en persona que se iba, algo que a mí no me gustó pero entendí. Gert a veces se enfadaba mucho, y yo sabía que ella no quería discutir con él. Al principio, quise que discutieran, para que Gert la convenciera de que se quedase. Ahora me alegraba de que no la hubiera convencido.

Los invitados a mi fiesta empezaron a irse a casa.

—Si hablas con Annie, dile que la echamos de menos —me dijo Big Todd, y nos abrazamos y le dije que lo haría.

El doctor Laird me dijo que lo llamara para pedir cita siempre que lo necesitara.

Cuando se fue todo el mundo, empecé a limpiar. Ya casi había terminado, a las 22:12, cuando llamaron a la puerta con los nudillos. Por la mirilla vi a Gert delante de la puerta.

—Llegas muy tarde —le dije, abriendo la puerta.

—¿Demasiado tarde?

Sonrió y se apoyó en el umbral de la puerta.

Meneé la cabeza.

—Bienvenido.

Ya estaba entrando en casa cuando yo carraspeé y le señalé las NORMAS DEL APARTAMENTO DE ZELDA. Gert vio el papel y se detuvo.

—Vale, vale —dijo, y se quitó los zapatos—. Me gusta la casa.

Se metió las manos en los bolsillos. No se había afeitado en mucho tiempo y, por cómo olía, supe que había estado bebiendo cerveza.

—Gracias.

No le hice café, sino té. Una de las cosas que he descubierto es que no me gusta el café, no tanto como el té. Tampoco me gusta la moqueta, porque la porquería se esconde en ella y se pone fea y huele mal.

Se sentó y empezó a tirar de un hilo del sofá. Le traje el té.

—¿Cómo te va? —me preguntó.

—Bien. ¿Cómo te va a ti?

Se encogió de hombros.

—No me va mal. —Se aclaró la garganta—. ¿Has sabido algo de ella?

Había sabido de ella y le dije a Gert que le iba bien. Siguió tirando del hilo del sofá. Me preguntó dónde estaba ahora, si estaba en Arizona.

AK

47 me había pedido que no le contara a Gert cosas como dónde estaba. Le podía decir que estaba bien y a salvo.

«Pero no le cuentes nada más», me había dicho en su correo electrónico.

—No estoy segura —dije—. Pero está bien y a salvo.

Gert miró alrededor y se frotó el cuello.

—Me gustaría mucho hablar con ella —dijo—, así que si sabes cómo puedo localizarla… —Se interrumpió y dejó de frotarse el cuello—. No contesta a mis correos.

No había tocado el té.

—Ha emprendido su propia cruzada —dije yo.

—Ya…

Me quitó el móvil.

—Gert. Para.

—¿Cuál es tu código?

Como no se lo dije, lo estampó contra la pared, donde rebotó y cayó al suelo, levantando la pintura de la pared.

Me crucé de brazos.

—Tienes que irte ya —le dije, señalándole la puerta—. Esa es la norma de la casa más importante: nada de gritos ni de tirar cosas.

Gert cogió sus zapatos y se dirigió a la puerta. Se limpió la nariz con la manga.

Salió al rellano y dio un puñetazo en la pared antes de empezar a andar, con los zapatos en la mano.

Al final del rellano, se detuvo y me dijo:

—¿No podrías volver a casa?

—Esta es mi casa ahora —le dije, y aunque era una de las cosas más difíciles que había hecho nunca, más incluso que enfrentarme a Tucán, volví dentro y cerré la puerta.

Llevé los últimos platos de la fiesta al fregadero, apagué la música y me fui a mi cuarto, donde todo estaba en silencio y lleno

de sombras.

Pero sabía que no había monstruos en las sombras, ni grendels en las paredes. Solo mi respiración en la oscuridad, y fuera una luna luminosa colgada del cielo.

Cuando desperté a la mañana siguiente y empecé a arreglarme para ir a trabajar, encontré un sobre debajo de la puerta. Me agaché a cogerlo y vi que el sobre llevaba mi nombre, con la letra de Gert, que era grande y con una Z que parecía un tres.

Dentro había un papel doblado tres veces. Era el escrito de la beca de Gert, el que había hecho para la universidad y no quería que yo leyera.

Lo estiré en la mesita de centro.

> Al Comité de Becas de la Universidad de Rivergreen:
>
> Me llamo Gert MacLeish. Tengo veintiún años, no me gradué en el instituto y nadie que yo conozca ha ido a la universidad tampoco.
>
> No se me da muy bien escribir, así que esto solo va a funcionar si escibro como hablo.

Fruncí el ceño. Gert había escrito mal «escribo». Tendría que haber corregido las faltas. Cogí un lápiz y lo arreglé antes de seguir leyendo.

> A algunas personas las obligan a ir a la universidad, a otras no. Siempre he pensado que yo era de los segundos. Jugaba al fútbol. Mis notas no eran estupendas, pero eso ya lo verán en mi expediente. El fútbol iba a ser mi pase. Cuando me reventó la rodilla, reventaron también mis sueños de ser alguien.
>
> Mi hermana Zelda no llegó a conocer a nuestro padre. Era pequeña cuando él se fue. Cuando murió mamá de cáncer de pecho, terminamos viviendo con nuestro tío Richard, un tipo malo de verdad. A Zelda le gusta mucho todo eso de los vikingos y los villanos y los héroes, y si hay un villano, un dragón de los que escupen fuego sobre el mundo, ese es tío Richard.
>
> Ella no sabe de verdad lo mal que se pusieron las cosas con él, no sabe lo de sus abusos. Un hombre no debería hablar de esa clase de cosas, y no sé por qué lo menciono aquí, salvo porque en las instrucciones dice que se hable de las «circunstancias atenuantes». Tío Richard es la definición

de «circunstancias atenuantes». Zelda siempre está hablando de grendels, esos monstruos malvados que se esconden en las sombras y vienen a por ti en la oscuridad. Cuanto más tiempo llevábamos con tío Richard, más claro me quedaba a mí que era a él a quien Zelda tenía miedo, al monstruo que aparecía en la oscuridad. Y como ella no podía defenderse, debía defenderla yo, sacarnos a los dos de allí. No soy de los que piden ayuda, pero eso es lo que estoy haciendo con esta carta.

Al principio he dicho que había dos tipos de personas y que yo era de uno, del que la mayoría de la gente seguramente piensa que no pinta nada en una universidad. Bueno, pues mi hermana, Zelda, es del otro tipo. Nuestra madre también era bebedora y, aunque dejó de beber unos años antes de morir, aún bebía cuando nos tuvo. Yo salí bien, pero el alcoholismo de mamá fue veneno para el cerebro de Zelda y ella nació con Trastorno del Espectro Alcohólico Fetal. Nos dijeron que seguramente nunca podría leer y que tendrían que cuidarla toda la vida.

Se equivocaron en las dos cosas, y ella es la razón por la que solicito esta beca. A lo mejor, si yo puedo hacer esto, ella puede hacer algo parecido también. El mundo mira a Zelda y ve a alguien débil e indefenso. Una de las cosas que más me avergüenzan es verla así yo también y no ver lo fuerte que puede ser, más fuerte que yo incluso. Si yo tuviera la mitad de su fortaleza y su determinación, no tendría que suplicar una beca. En un universo justo, ella sería la que iría a la universidad, no yo.

Hacía una eternidad que no escribía y llevo ya más de quinientas palabras con las que tendría que convencerlos de que mi sitio está en Rivergreen. Una de las normas que recuerdo de las clases de Inglés es que siempre hay que empezar con una teoría, así que supongo que me estoy saltando las normas otra vez poniéndola al final.

Aquí va: hay personas sentadas a la mesa de póquer de la vida cuyas manos no son perfectas y que, cuando ven lo que tienen, se rinden enseguida. Ni se molestan en jugar. Creo que yo he sido esa clase de persona. Pero aunque no consiga entrar en Rivergreen, aunque no me den la beca, estoy cansado de rendirme sabiendo que mi hermana es de las que jugarían esa mano por malas que fueran sus cartas.

Mientras yo escribo esto, ella está escuchando un audiolibro sobre vikingos, anotando cosas importantes. Para ella el mundo es un sitio donde el valor y la tribu significan

más que cualquier otra cosa, donde todos somos vikingos que reman juntos al ritmo del mismo tambor. Y esa es la cosa: todo este tiempo que he estado intentando proteger a Zelda, ella ha sido la única de la tribu que remaba. Ya es hora de que me suba a su barco y coja los remos.

Atentamente,

Gert MacLeish

Cuando terminé de leer, corrí a coger mi teléfono y llamé al móvil de Gert. Como no lo cogía, le dejé un mensaje diciéndole que no quería cerrarle la puerta para siempre, y que lo quería y que siempre remaríamos juntos. Se me puso la carne de gallina al pensar que Gert pudiera creer que no lo quería en mi vida.

Entonces en algún otro sitio oí el pitido del buzón de voz. Miré alrededor y volví a marcar su número.

Sonaba un teléfono al fondo del rellano. Cuando seguí el sonido y abrí la puerta de la calle, tuve una sensación buena y mala a la vez.

Gert estaba dormido a la puerta de mi casa. Su cuerpo era muy pequeño, como una pelota, apoyado en la pared y abrazándose. Se abrió una puerta en la otra punta del rellano y salió una mujer, vestida con ropa de ir a trabajar. Sonaron sus llaves y Gert gruñó, pero no llegó a despertarse del todo.

—No he querido llamar a la policía —dijo la mujer, pasando por delante mientras se guardaba las llaves en el bolso—, pero se ha pasado la noche llorando.

Me agaché. No era agradable ver el aspecto de Gert. Llevaba la camisa manchada de salsa de *pizza* y olía a cerveza caliente. Me hizo sentir mal no querer estar a su lado. Me levanté y volví a mi apartamento; me quedé plantada en el pasillo. Luego fui a mi cuarto y saqué mi sudadera de los Vikings de Minnesota, que me había comprado con dinero de mi sueldo de la biblioteca (aunque Gert es más de los Patriots).

Salí de nuevo al rellano y le toqué el brazo. Gert abrió los ojos despacio. Los tenía rojos e hinchados.

—Hola —me dijo, sentándose y estirando el cuello—. ¿Eso es una sudadera de los Vikings?

—Sí, porque es el equipo que me gusta a mí, Gert.

Le di la sudadera. Lo ayudé a levantarse. Le dije que ahora él

estaba en mi casa y que ya era hora de que entrara.

Agradecimientos

Como cualquier buena saga vikinga, la historia de Zelda cuenta con hordas de personas que han hecho posible su publicación.

Para empezar, muchos toques para mi superlativa e infatigable agente Grace Ross, que ha hecho magia con este libro y vio su potencial desde el principio. Muchas gracias también a Markus Hoffmann, Joe Regal y a todo el equipo de RHA.

Skál por la tribu Scout, sobre todo por mi extraordinaria editora y poderosa paladina, Alison Callahan; por mi doble doctor favorito, Jen Bergstrom; por la siempre dispuesta Brita Lundberg, y por Aimée Bell, Meagan Harris, Emi Battaglia, Stuart Smith y los múltiples guerreros de la edición de S&S que han hecho posible a Zelda. Gracias especiales a Carolyn Reidy por creer en este libro.

Y gracias al todopoderoso contingente canadiense: Nina Pronovost, Felicia Quon, Kevin Hanson y el resto del equipo.

Al maestro, Larry Garber, que ha regalado a este humilde infeliz un poco de su tiempo y su buen talante. A los mentores Edie Meidav, Sabina Murray y Jeff Parker. Gracias también a Annie Liontas por sus comentarios sobre el primer borrador.

A mi familia, postiza y no postiza: mamá y papá, los Mitchell (sobre todo
L.
, uno de mis primeros padrinos), los Maecks, Melissa Carroll, Beaker y George, y los Beckerman.

Adoración absoluta para el equipo de Good Egg: Tim Alamenciak, Shannon Alberta, Shastri Akella, Amy Cunningham, Erin Pienaar, JoAnna Novak, Ali Ünal (mira, he puesto bien la diéresis), Morgan Bruner, Catherine Stryker, Kathryn Pilkington, Margaret DeRosia, Trenna Sharpe, Julia Kramer, Arielle Bernstein.

Y muchos muchos otros ante los que me inclino y a los que abro mi corazón. Ya sabéis quiénes sois.

Gracias al Toronto Arts Council, al Ontario Arts Council y al Canada Council for the Arts por su apreciadísimo respaldo financiero.

Para más información sobre el Trastorno del Espectro Alcohólico Fetal, para donar o para implicarse: **Visual TEAF**, **SAF Group** o **Afasaf**.